



DAPHNE DU MAURIER

—
LA POSADA
DE JAMAICA

Lectulandia

Tras la muerte de sus padres, Mary Yellan tiene que ir a vivir con sus tíos, a los que sólo vio en una ocasión siendo niña. Su tío es propietario de *La posada de Jamaica*, una posada de muy mala fama. Cuando llega, la cruda realidad la golpea con rudeza.

Su tío es un borracho que trata a su tía como a un trapo sucio. Su tía es una sombra de lo que fue antaño, nerviosa y asustada continuamente de su marido. *La posada de Jamaica* es un antro de mala muerte a la que acude la peor calaña; borrachos, criminales y gente de dudoso honor. Y su tío tiene entre manos negocios algo turbios.

Algunas noches, Mary oye el sonido de carretas que se detienen frente a la posada y gente descargando o cargando cajas. Y en la posada hay un cuarto cerrado a cal y canto al que tiene prohibida la entrada.

Mary desconoce en qué anda metido su tío, pero cuando lo descubre no puede dar crédito a tal horror...

Lectulandia

Daphne Du Maurier

La posada de Jamaica

ePub r1.0

GONZALEZ 06.09.16

Título original: *Jamaica Inn*
Daphne Du Maurier, 1936
Traducción: Versiones Centro Literario

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Era un día frío y gris de últimos de noviembre. El tiempo había cambiado durante la noche última, en el curso de la cual los vientos contrarios trajeron un cielo plomizo y una persistente lluvia. Aunque eran poco más de las dos, la palidez de la tarde invernal parecía haber descendido sobre las colinas, envolviéndolas en bruma. A las cuatro reinaría la oscuridad más completa.

El aire era pegajoso y frío, y a pesar de las bien cerradas ventanillas penetraba en el interior de la diligencia. Los asientos de cuero estaban húmedos; debía de haber alguna grieta en el techo, porque de vez en cuando caían suavemente pequeñas gotas de agua sobre ellos, dejando unas manchas azul oscuro como borrones de tinta. El viento venía por ráfagas, sacudiendo a veces la diligencia. Al pasar por las curvas del camino y en los parajes abiertos de la carretera, el viento soplaba con tanta fuerza que el cuerpo entero de la diligencia temblaba y se balanceaba, cabeceando entre las altas ruedas como un borracho.

El cochero, embozado en una gran capa que le cubría las orejas, se inclinaba en el pescante hasta casi doblarse, en un vano intento de encontrar abrigo en sus propios hombros, mientras los cansinos caballos seguían de mala gana sus órdenes, demasiado maltrechos por el viento y la lluvia para sentir el látigo que pendía de los yertos dedos del hombre y que de vez en cuando restallaba sobre sus cabezas.

Las ruedas de la diligencia; chirriaban y gemían al hundirse en los baches, y algunas veces lanzaban blandas salpicaduras de barro contra las ventanillas, donde se mezclaban con la constante lluvia, borrando sin remedio la poca visión que pudiera tenerse del paisaje.

Los escasos viajeros, apretados unos contra otros para darse calor, clamaban al unísono cada vez que la diligencia se hundía en un bache más profundo que el anterior. Un viejo que había estado quejándose casi sin interrupción desde que tomó la diligencia en Truro, se levantó bruscamente de su asiento y, manipulando el pasador, bajó el cristal de un golpe, haciendo caer un chaparrón sobre él y sobre sus compañeros. Sacó la cabeza por la ventanilla e increpó, con voz chillona arguyendo que todos estarían muertos antes de llegar a Bodmin si persistía en seguir conduciendo a uña de caballo. No les queda aliento en el cuerpo. Aseguró, por último, que jamás volvería a viajar en diligencia.

Si el cochero le oyó o no es cosa que no se supo; lo más probable es que la lluvia de reproches se la llevase el viento, ya que el viejo, después de esperar un instante, volvió a subir el cristal, tras de haber enfriado completamente la diligencia, y cubriendo cuidadosamente sus rodillas con la manta, prosiguió murmurando para sí.

Su vecino más cercano, una mujer de faz roja y jovial, envuelta en un abrigo azul, suspiró profundamente, y con un guiño dirigido a cualquiera que pudiese mirar y un movimiento de cabeza hacia el viejo, repitió por vigésima vez que aquella era la noche más infame que había conocido, y ella había conocido algunas; que era un mal

tiempo sin discusión y que no había que confundirlo con el verano. Acto seguido buscó en las profundidades de un gran cesto, sacó un gran trozo de torta y la emprendió con él con sus fuertes y blancos dientes.

Mary Yellan ocupaba el asiento de enfrente, donde se filtraba el agua a través de la grieta del techo. Algunas veces caía sobre sus hombros una fría gota, que ella limpiaba con dedos impacientes.

Estaba sentada, descansando la barbilla en las manos, los ojos fijos en la ventanilla salpicada de barro y lluvia, esperando con una especie de interés exacerbado que algún rayo de luz rompiera la pesada cubierta del cielo y dejase ver, aunque fuese por un momento, el pálido cielo azul que había lucido en Helford el día anterior, brillando como un mensajero de la Fortuna.

Aunque escasamente a cuarenta millas de camino de la que había sido su casa durante veintitrés años, la esperanza se había marchitado en su corazón, y el noble valor, que era una gran parte de su personalidad y la había sostenido durante la larga agonía de la enfermedad y muerte de su madre, desmayaba ahora con este primer golpe de lluvia y de viento persistentes.

El país le era desconocido, lo que ya significaba una derrota. Al mirar a través de las brumosas ventanillas de la diligencia veía un mundo muy diferente; del que ella conocía. ¡Qué remotas y qué escondidas, quizá para siempre, estaban las rutilantes aguas de Helford, las verdes colinas y los suaves valles, los grupos de casitas a la orilla del agua! La lluvia que caía en Helford era suave; una lluvia que golpeaba los árboles y se perdía en la lustrosa hierba, formando arroyos y riachuelos que se vertían en un ancho río, hundiéndose en la agradecida tierra, que, en pago, devolvía flores. En cambio, esta lluvia que azotaba sin piedad, que golpeaba en las ventanillas de la diligencia, era absorbida por una tierra dura y desnuda. No había árboles; solo uno o dos extendían sus desnudas ramas a los cuatro vientos, dobladas y retorcidas por siglos de tormenta; pero tan renegridas por el tiempo y las tempestades que, aunque la primavera llegase a tal paraje, ningún retoño se atrevería a florecer en ellas por miedo a que las últimas escarchas lo matasen. Era una tierra pobre, mezquina, de brezo negro y raquítica vegetación.

«Aquí nunca podrá hacer un tiempo suave —pensó Mary—; o crudo invierno como hoy, o riguroso verano. Sin un valle para dar sombra y abrigo, la hierba se agostará antes que pase mayo». Hasta las gentes que se veían en los caminos y aldeas estaban en armonía con el paisaje.

En Helston, donde tomó la primera diligencia, había pisado tierra familiar. ¡Cuántos recuerdos de su niñez iban unidos a Helston! El viaje semanal con su padre al mercado, en los días lejanos, y, cuando él murió, en compañía de su madre, que con admirable fortaleza ocupó su puesto, yendo y viniendo, en todo tiempo, como él lo había hecho, con sus gallinas, sus huevos y su mantequilla en la parte trasera del carrito, mientras Mary, sentada a su lado, sostenía un canasto tan grande como ella, apoyando su barbilla en el asa.

Los vecinos de Helston eran amables. El nombre de Yellan era conocido y respetado en la comarca, porque la viuda había tenido que luchar con una vida dura cuando su esposo murió, y no todas hubieran sabido vivir como ella: sola, con una niña y una granja que atender, sin pensar jamás en volverse a casar. Hubo un granjero, en Manaccan, que la hubiera pretendido, de haberse atrevido, y otro, remontando el río, en Gweek; pero ellos sabían por su mirada que jamás los aceptaría, pues pertenecía en cuerpo y alma al hombre que había muerto.

Fue el rudo trabajo de la granja lo que la aniquiló al fin. No podía cuidarse. Aunque había mantenido, y dirigido su energía durante los diecisiete años de su viudez, no pudo sostener la tensión, y cuando llegó la última prueba su corazón falló.

Poco a poco, sus reservas habían disminuido. Los tiempos eran malos —así lo decían en Helston— los precios habían descendido casi a la nada; no había dinero en ninguna parte. Dentro de poco el hambre haría su aparición en las granjas. Una epidemia atacó al ganado de las aldeas próximas a Helston. No tenía nombre ni se encontraba manera de atajarla. Era una plaga que lo destruía todo; era como una helada que llega con la luna nueva y desaparece, no dejando más señal de su paso que los tristes despojos que yacen por los prados y caminos.

Fue un tiempo de angustiada ansiedad para Mary Yellan y su madre. Uno tras otro, todos los patos y polluelos que habían criado enfermaron y murieron. El ternero cayó en el mismo prado donde pastaba. Lo más doloroso fue la pérdida de la vieja vaca que les había servido durante veinte años, sobre cuyo ancho y robusto lomo tantas veces había cabalgado Mary. Murió una mañana en el establo, apoyando su fiel cabeza en la falda de Mary. Cuando, al fin, se abrió el hoyo en el huerto, al pie del manzano, y se la enterró, y supieron que ya nunca las llevaría a Helston los días de mercado, la madre de Mary se volvió hacia ella y le dijo:

—Algo de mí misma se ha ido con la pobre Nelly, Mary; no sé si es mi fe o lo que es, pero me siento cansada y no puedo continuar.

Entró en la casa y se metió en la cocina, pálida como una muerta y diez años más vieja. Se encogió de hombros, indiferente, cuando Mary dijo que iría en busca del doctor.

—Ya es tarde, hija mía —dijo—; demasiado tarde...

Y empezó a llorar suavemente. ¡Ella, que jamás había llorado!

Mary fue en busca del doctor —el mismo que la había traído al mundo—. Cuando venían en el cochecillo del médico, este moviendo pesarosamente la cabeza, le dijo:

—De antemano sé lo que tiene tu madre. No ha cuidado ni su cuerpo ni su alma desde que tu padre murió. Viene esto en una mala época; no me gusta nada...

El cochecillo rodaba por el tortuoso camino hacia la granja, que dominaba la aldea. En la puerta, una vecina les salió al encuentro, ávida de dar malas nuevas.

—Tu madre está peor —dijo—. Salió a la puerta hace un momento; parecía un

espectro, temblaba toda ella y cayó en el camino. La señora Hoblyan y Will Searle están con ella; la llevaron dentro, tiene los ojos cerrados.

El doctor apartó a los curiosos que había en la puerta, y entre él y Searle levantaron el inmóvil cuerpo y lo llevaron a la alcoba del piso alto.

—Es una congestión —dijo el doctor—; pero respira. Su pulso es regular. Esto era lo que yo me temía; que se desplomase de pronto. Solo Dios y ella saben cómo esto no ha ocurrido antes en el transcurso de estos años. Ahora, Mary, tienes que mostrarte digna de tus padres y ayudarla; tú eres la única que puedes hacerlo.

Durante seis largos meses o más, Mary cuidó a su madre en su primera y última enfermedad. Pero, a pesar de todos los cuidados de ella y del doctor, la viuda no quiso mejorar; no deseaba luchar para salvar su vida.

Parecía como si desease descansar, y oraba silenciosamente para que llegase aprisa.

—No quiero que luches como yo he luchado —le dijo a Mary—. Se destroza el cuerpo y el espíritu. No hay nada que te retenga en Helford una vez que yo haya muerto. Será mejor para ti que te vayas con la tía Patience a Bodmin.

Fue inútil que Mary dijera a su madre que no podía morir. Era su idea fija, contra la cual no se podía luchar.

—No tengo ganas de dejar la granja, madre —dijo—. Nací aquí y aquí nació mi padre. Tú también eres de Helford. Aquí pertenecen los Yellan. No tengo miedo a la pobreza ni a la ruina en que se encuentra la granja. Tú trabajaste durante diecisiete años, ¿por qué no he de hacer yo lo mismo? Soy fuerte y puedo hacer el trabajo de un hombre; tú bien lo sabes.

—No es vida para una muchacha —replico la madre—. Yo lo hice durante estos años por tu padre y por ti. El trabajar por alguien sostiene a una mujer en calma y contenta, pero es muy distinto trabajar para uno mismo; carece de interés.

—Yo no serviría para nada en una ciudad —arguyó Mary—. No conozco más que esta vida, ni quiero conocer otra. Helston es suficiente para mí. Me siento mejor aquí con los pocos polluelos que nos quedan, la verdura de la huerta, el cerdo y la barca en el río. ¿Qué voy a hacer con mi tía Patience en Bodmin?

—Una muchacha no puede vivir sola, Mary, sin volverse un poco loca o acabar mal; sin remedio le tiene que ocurrir una cosa u otra. ¿Has olvidado a la pobre Susan, que andaba por los alrededores del cementerio, a medianoche, llamando al amante que nunca tuvo? Antes que tú nacieras, hubo una muchacha que quedó huérfana a los seis años. Pues bien: una noche se escapó a Falmouth y se fue con los marineros... No descansaré tranquila en la tumba si no te dejo en lugar seguro. Querrás a tu tía Patience, ella fue siempre alegre y divertida, con un corazón tan grande como la vida. ¿Recuerdas cuando vino aquí, hará doce años? Llevaba cintas en su sombrero y una falda de seda. Un muchacho que trabaja en Trelowarren la pretendió pero ella se creía demasiado para él.

Sí, Mary recordaba a tía Patience, con surizado flequillo y sus grandes ojos

azules, su manera de reír y de charlar; de cómo recogía sus faldas y andaba de puntillas al cruzar el barro del patio. Era rubia y bonita.

—No puedo decirte la clase de hombre que es tu tío Joshua, porque jamás le he echado la vista encima, ni conozco a nadie que lo haya hecho. Cuando tu tía se casó con él, hará diez años el día de san Miguel, nos escribió contándonos una serie de tontadas propias de una muchacha, pero no de una mujer de treinta años.

—Me encontrarán ruda —dijo Mary pausadamente—; no tengo las maneras delicadas que ellos esperan. No tendremos nada que decirnos unos a otros.

—Te querrán por ti misma y no por tus maneras y donaires. Quiero que me prometas esto hija; que cuando yo haya muerto escribirás a tu tía Patience y le dirás que mi último y más ferviente deseo fue que te fueras a vivir con ella.

—Lo prometo —dijo Mary.

Pero su corazón estaba agobiado y desconsolado ante un futuro tan incierto y tan distinto de todo cuanto había amado y conocido, y no le quedaba ni el consuelo de andar por los parajes conocidos, que la ayudaran en los malos días que vendrían.

Día a día, su madre se debilitaba; día a día, la vida huía de ella. Se sostuvo durante la siega y la recogida de la fruta, y aún hasta los primeros días de otoño. Pero cuando las nieblas se levantaban por la mañana; cuando la escarcha cubría la tierra; cuando el hinchado río corría, crecido, en busca del turbulento mar y las olas bramaban y se rompían en las pequeñas playas de Helford, la viuda se revolvió en la cama, agarrándose convulsivamente a las sábanas. Llamó a su hija con el nombre de su esposo muerto y habló de cosas pasadas y de personas que Mary no había conocido nunca. Durante tres días vivió en un mundo totalmente suyo y al cuarto día murió.

Una a una, Mary vio pasar a otras manos las cosas que había amado y comprendido. El ganado fue llevado al mercado de Helston. El mobiliario lo compraron los vecinos pieza a pieza. Un hombre que vino de Coverack se encaprichó con la casa y la compró. Con la pipa en la boca paseaba por el patio señalando los cambios que pensaba hacer, los árboles que pensaba cortar para mejorar la vista. Mary le contemplaba con sordo aborrecimiento desde la ventana, mientras empaquetaba sus bártulos en el baúl de su padre.

Este extraño de Coverack le hacía sentirse una intrusa en su propia casa; adivinaba en sus ojos que deseaba que se fuera, y ella no tenía ahora otro pensamiento que marcharse y volver la espalda para siempre.

Una vez más leyó la carta de su tía, escrita con letra dificultosa en papel ordinario. Le decía que estaba anonada por el golpe sufrido por su sobrina; que no tenía idea de que su hermana estuviese enferma. ¡Hacía tantos años que no había estado en Helford! Y continuaba diciendo: «Ha habido cambios en nosotros que no podía imaginar. Ya no vivimos en Bodmin, sino a unas doce millas, en el camino de Launceston. Es un sitio salvaje y solitario, y si te vienes con nosotros me alegraré de tu compañía en el invierno. Le he preguntado a tu tío, y él no se opone, siempre que

no hables alto y no seas charlatana y prestes tu ayuda cuando sea necesario. No te puedo dar dinero ni alimento de balde, como comprenderás. Espera que le ayudes en la taberna en pago de tu pupilaje. Tu tío es el dueño de la “Posada de Jamaica”».

Mary dobló la carta y la guardó en el baúl. Para ser de la sonriente tía Patience que ella conocía, era un extraño mensaje de bienvenida.

Una fría y hueca carta que no contenía ni una palabra de consuelo, ni admitía nada excepto que la sobrina no debía pedir dinero. ¡Tía Patience, con su falda de seda y sus maneras delicadas, mujer de un posadero! Mary llegó a la conclusión de que esto era algo que su madre no pudo prever. La carta era muy diferente de la escrita recién casada hacía diez años. A pesar de ello, Mary había hecho una promesa y no podía dejar de cumplirla. Su casa vendida; ya no había allí sitio para ella. Cualquiera que fuese el recibimiento que le dispensara su tía, era la hermana de su madre, y esto era lo único que debía tener presente. La antigua vida, la querida granja familiar y las brillantes aguas de Helford, quedaban atrás. Delante, el futuro y la «Posada de Jamaica».

Así fue como Mary Yellan se encontró camino del Norte desde Helston, en la oscilante diligencia, a través de la ciudad de Truro, en la parte inferior del Fal, con sus innumerables tejados y espiras, sus anchas calles empedradas con guijarros, su despejado cielo azul que hablaba todavía del Sur, sus gentes en las puertas, sonriendo y agitando las manos al paso de la estrepitosa diligencia. Pero cuando Truro quedó atrás, en el valle, el cielo comenzó a encapotarse y el campo, a ambos lados de la carretera, aparecía descuidado y salvaje. Las aldeas eran ahora escasas y se veían pocas caras sonrientes. Los árboles eran raros; no se veían setos. El viento azotaba la lluvia, formando fuertes aguavientos. De esta manera entró la diligencia en Bodmin, gris e inhóspito, como las colinas que lo rodeaban. Uno tras otro, todos los viajeros fueron recogiendo sus bártulos preparándose para la marcha; todos menos Mary, que continuaba inmóvil en su rincón. El cochero miró por la ventanilla mostrando su cara chorreando por la lluvia.

—¿Va usted a seguir hasta Launceston? —dijo—. Atravesar los marjales esta noche será un viaje endemoniado. Puede quedarse esta noche en Bodmin y continuar mañana por la mañana en la otra diligencia. Nadie continúa el viaje en esta sino usted.

—Mis amigos me están esperando —dijo Mary—, y, por otra parte, no tengo miedo al viaje. Además, no pienso ir hasta Launceston. ¿Hará el favor de llevarme hasta la «Posada de Jamaica»?

El hombre la miró con curiosidad.

—¿La «Posada de Jamaica»? ¿Qué va a hacer en la «Posada de Jamaica»? Ese no es un lugar propio para una muchacha. Debe de haberse equivocado seguramente —añadió.

Y se quedó mirándola fijamente.

—¡Oh! Ya sé que es un lugar solitario —dijo Mary—; pero yo no vengo tampoco

de una ciudad. Solitarias son también las orillas del Helford, en invierno y en verano; de allí vengo y nunca he sentido la soledad.

—Yo no he hablado nada de soledad —contestó el hombre—. Puede ser que usted, siendo forastera, no lo comprenda. No son las veinte millas, más o menos, en lo que estoy pensando, aunque esto ya asustaría a muchas mujeres... Espere un momento.

Volvió la cabeza y llamó a una mujer que se hallaba a la puerta de la Posta encendiendo el farol del porche, pues ya había oscurecido.

—Patrona —dijo—, venga acá y haga entrar en razón a esta muchacha. Me dijeron que iba a Launceston y ahora me pide que la lleve a la «Posada de Jamaica».

La mujer bajó los escalones y vino a mirar dentro de la diligencia.

—Aquel es un paraje yermo y salvaje —dijo—. Si lo que busca es trabajo, no lo encontrará; no quieren extraños en los marjales. Haría mejor quedándose en Bodmin.

—Estaré perfectamente —dijo sonriendo—. Voy con mis parientes. Mi tío es el dueño de la «Posada de Jamaica».

Se produjo un largo silencio. Desde la semipenumbra de la diligencia, Mary pudo ver cómo la mujer y el cochero la miraban asombrados. Sintió un estremecimiento de ansiedad; deseaba que la mujer le dijese alguna palabra tranquilizadora, pero esta no llegó.

—Perdón —dijo al fin la mujer, retirándose de la portezuela—. Desde luego, no es cosa de mi incumbencia. Buenas noches.

El cochero comenzó a silbar, un poco arrebolado, como el que desea salir de una situación embarazosa. Mary se inclinó impulsivamente y le tocó en el brazo.

—¿Me dirá lo que pasa? —dijo—. No me importa lo que pueda contarme. ¿No quieren bien a mi tío? ¿Ocurre algo?

El hombre la miró muy confuso. Habló con brusquedad, apartando la vista de ella.

—La «Posada de Jamaica» tiene mala fama. Corren historias extrañas sobre ella; ya sabe cómo esto sucede, pero no deseo causar ninguna molestia. Quizá no sea verdad.

—¿Qué clase de historias? —preguntó Mary—. ¿Quiere usted decir que abundan las borracheras por allí? ¿Tiene malas compañías?

—No quiero ocasionar molestias —repitió el hombre, que no quería comprometerse—. Yo no sé nada; tan solo lo que la gente dice. Las personas honradas no van ya a la «Posada de Jamaica»; esto es todo lo que yo sé. En otros tiempos solíamos abrevar los caballos allí y darles pienso, mientras tomábamos un bocado y un vaso en la posada, pero ya no paramos. Ahora fustigamos a los caballos y no nos detenemos por nada hasta que no llegamos a Five Lanes, donde tampoco paramos mucho.

—¿Por qué no va la gente? —insistió tenazmente Mary.

El hombre dudaba; parecía como si buscara palabras.

—Tienen miedo —dijo al fin.

Después movió la cabeza y no dijo más. Quizá pensó que había estado grosero con la muchacha, puesto que, un momento después, se asomó a la ventanilla y le dijo:

—¿Quiere tomar una taza de té antes de salir? —y añadió—. Tiene por delante una larga jornada, y hace mucho frío en los marjales.

Mary movió la cabeza negativamente. No tenía ganas de comer, y aunque el té la hubiera reconfortado, no quería bajar de la diligencia y entrar en la Posta, donde, con toda seguridad, la mujer se quedaría mirándola y la gente murmuraría. Por otra parte, dentro de ella latía una persistente cobardía que le susurraba: «Quédate en Bodmin, quédate en Bodmin». Tenía conciencia de que habría cedido a ello en el refugio momentáneo que le ofrecía la Posta. Había prometido a su madre reunirse con su tía Patience, y no debía quebrantar la promesa.

—Entonces, es mejor que nos pongamos en marcha —dijo el cochero—. Usted es el único viajero esta noche. Aquí tiene otra manta para las piernas. Fustigaré a los caballos cuando subamos la colina de las afueras de Bodmin, pues no hace noche para andar por los caminos. No hay muchos de entre nosotros que les guste atravesar los marjales en invierno o con mal tiempo.

Cerró de golpe la portezuela y se encaramó en el pescante.

La diligencia rodó por las calles. Quedaron atrás las sólidas casas, las parpadeantes luces y las contadas personas que se dirigían a sus casas para cenar, inclinados los cuerpos para defenderse del viento y de la lluvia. A través de las cerradas ventanillas, Mary podía ver el resplandor de acogedoras luces de vela. Dentro, en el hogar, había una buena lumbre; un mantel extendido sobre la mesa, una mujer y unos niños sentados alrededor, comiendo, mientras el hombre se calentaba las manos delante de la alegre llama. Pensó en la sonriente campesina que había sido su compañera de viaje, y se la imaginaba, ahora, sentada a su mesa, al lado de sus hijos. ¡Qué reconfortante era su presencia, con sus mejillas como manzanas y sus manos curtidas y ásperas! ¡Cuánta seguridad y firmeza en su recia voz! Mary imaginó una historia de cómo habría bajado de la diligencia, rogándole que la dejase ir en su compañía y le diera un hogar. Estaba segura de que no se lo habría negado. Hubiera encontrado una sonrisa, una mano amiga y un lecho. Hubiera servido a la mujer y habría aprendido a quererla, compartiendo su vida y trabando amistad con su gente.

Los caballos subían ahora la empinada colina, fuera de la ciudad. Mirando por la ventanilla de la parte posterior de la diligencia, podía ver las luces de Bodmin desaparecer una a una hasta que el último destello tembló, fue amortiguándose y desapareció al fin. Ahora estaba sola con el viento y la lluvia, y doce millas de desnudos pantanos entre ella y su punto de destino.

Comparaba su situación a la de una nave que deja atrás la seguridad del puerto; pero su desolación, su zozobra, eran aún mayores que las de cualquier navío, aunque el viento bramase y las olas lamiesen su cubierta.

La linterna esparcía un resplandor enfermizo, y su amarillenta llama oscilaba de

un lado a otro, a impulsos del viento que pasaba por la grieta del techo poniendo en peligro el cuero de los asientos. Mary pensó que sería mejor apagarla. Así lo hizo, y quedó sumida en la oscuridad más completa. Acurrucada en su rincón, sacudida por los vaivenes de la diligencia, tuvo la sensación de que hasta entonces no supo cuánto mal había en la soledad. Hasta la misma diligencia, que durante todo el día la había mecido como una cuna, la amenazaba ahora con sus sacudidas y gemidos. Al desaparecer el abrigo que daban las colinas, el viento zumbaba contra el techo y los aguaceros aumentaban en violencia, escupiendo con renovado encono su veneno contra las ventanillas. A ambos lados del camino, el paisaje se extendía interminable, sin límites. Ni árboles, ni caminos, ni grupos de casitas o aldeas, sino millas y millas de desnudos páramos, oscuros y solitarios, extendiéndose como un desierto hacia un horizonte invisible. Ningún ser viviente podría habitar este desolado país y seguir siendo como los demás —pensó Mary—. Hasta los niños nacerían contrahechos, como los renegridos retoños de la vegetación; torcidos por la violencia de un viento que no cesaba de azotar de Este a Oeste y de Norte a Sur. Sus almas estarían también contrahechas, y sus pensamientos se tornarían malignos, diabólicos, al habitar en estas tierras de cieno y granito, de áspero brezo y de piedra que se desmorona.

Nacerían de seres extraños que dormirían teniendo por almohada esta horrenda tierra y por techo este negro cielo; habría en ellos algo del espíritu del mal. El camino se retorció a través de la oscura y saliente tierra, sin que ni una lucecilla brillara por un instante como un mensaje de esperanza a la pobre viajera, sumida en las tinieblas de la diligencia. Quizá no habría ni una sola en las veintiuna millas que se extendían entre Bodmin y Launceston. Quizá no habría ni un chozo de pastores en todo el desolado camino, sino el sombrío albergue que era la «Posada de Jamaica».

Mary había perdido la noción del tiempo y del espacio. Podría ser medianoche y haber recorrido centenares de millas, y ella no lo hubiera sabido nunca. En su soledad, se confiaba al amparo de la diligencia, que, al fin, le era familiar; la conocía desde el amanecer, y ya había transcurrido mucho tiempo desde entonces. Por muy larga que fuese la pesadilla de este viaje eterno, tenía, al menos, las cuatro paredes que la protegían, el destartado techo y, al alcance de la voz, la tranquilizadora presencia del cochero. Le parecía que conducía a mayor velocidad, oía cómo gritaba a los caballos, y el sonido de su voz entraba por la ventanilla, llevado por el viento.

Levantó la cortinilla y miró fuera. Una ráfaga de viento y lluvia la cegó por un momento; sacudiendo sus cabellos y apartándoselos de los ojos, vio que la diligencia coronaba la cima de la colina, a un fuerte galope, mientras que a ambos lados del camino los marjales aparecían negros como la tinta en medio de la niebla y de la lluvia.

Delante de ella, sobre la cresta y hacia la izquierda, había una especie de caserón, algo apartado del camino. En la oscuridad podía distinguir las altas chimeneas vagamente negruzcas. No había ninguna otra casa ni cabaña. Si esta era la «Posada de Jamaica», estaba sola en su gloria, abierta a los cuatro vientos. Mary se rebujó en su

capa, abrochándosela. Los caballos se habían parado y sudaban bajo la lluvia, desprendiéndose de ellos una nube de vaho.

El cochero echó pie a tierra. Bajó el equipaje de Mary.

—Ya está usted aquí. Al otro lado del patio; ahí enfrente. Si llama a la puerta, la dejarán entrar. Yo debo irme en seguida para poder llegar a Launceston esta misma noche.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo otra vez en su puesto, asido a las riendas. Gritó a los caballos y los fustigó en una fiebre de ansiedad. La diligencia chirrió, se sacudió y en un instante estuvo otra vez en la carretera, desapareciendo, como si nunca hubiera existido, tragada por la oscuridad.

Mary estaba sola, con el baúl a los pies. Oyó ruido de cerrojos que se descorrían en la oscura casa, detrás de ella, y las puertas que se abrían. Una enorme figura avanzó hacia el patio, balanceando una linterna de un lado a otro.

—¿Quién va? —dijo—. ¿Qué desea por aquí?

Mary dio un paso hacia delante y miró al hombre a la cara.

La luz le dio en los ojos y no pudo ver nada. Él balanceó la linterna delante de ella y de súbito lanzó una carcajada. La agarró por el brazo y la empujó rudamente hacia el porche.

—¡Ah! ¿Eres tú? —dijo—. ¿Al fin has llegado? Yo soy el tío Joss Merlyn y te doy la bienvenida a la «Posada de Jamaica».

La llevó al abrigo de la casa, riendo de nuevo. Cerró la puerta y dejó la linterna sobre una mesa, en el corredor.

Se miraron el uno al otro, cara a cara.

Era un hombre gigantesco, de cerca de siete pies de altura; la frente, sombría y arrugada; la piel, atezada como un gitano. Su espeso y oscuro cabello le caía en forma de flequillo sobre la frente y sobre las orejas. Parecía tener la fuerza de un caballo, con sus enormes y poderosos hombros. Los largos brazos le llegaban hasta la rodilla y sus manos abultaban como jamones. Su cuerpo era tan grande que su cabeza aparecía empequeñecida y hundida entre los hombros. Parecía su andar el balanceo de un gigantesco gorila, con sus negras cejas y su mechón de pelo sobre la frente. Pero a pesar de los largos miembros y de la poderosa estructura, no había en sus facciones nada que recordase al mono. Su nariz era aguileña, curvándose sobre la boca, que habría sido perfecta alguna vez, pero que ahora aparecía caída y sumida. Había todavía algo hermoso en sus grandes ojos oscuros, a pesar de las arrugas y bolsas, y a pesar, también, de estar ensangrentados.

Lo que conservaba mejor eran los dientes, todos sanos y muy blancos, de forma que, cuando sonreía, brillaban sobre lo moreno de su cara, dándole la apariencia de un lobo flaco y hambriento. Y aunque hay un mundo de diferencia entre la sonrisa de un hombre y las desnudas fauces de un lobo, en Joss Merlyn eran una y la misma cosa.

—De modo que tú eres Mary Yellan —dijo, al fin, dominándola con su estatura e inclinando su cabeza para observarla más de cerca—. Y has recorrido todo este largo camino para ver a tu tío Joss. Me parece muy bien.

Rio de nuevo, burlándose de ella, y su risa resonó por toda la casa, repercutiendo como un latigazo en los tensos nervios de Mary.

—¿Dónde está mi tía Patience? —preguntó, mirando a su alrededor en el lúgubre corredor, con sus frías losas de piedra y su estrecha y desvencijada escalera—. ¿No me espera?

—¿Dónde está mi tía Patience? —se burló el hombre—. ¿Dónde está mi querida tita para besarme y mimarme? ¿No hay un beso para tu tío Joss?

Mary dio un paso atrás. La idea de besarle le repugnaba. Estaba loco o borracho. Probablemente las dos cosas. No quería irritarle, sin embargo; estaba demasiado asustada para ello.

Él adivinó sus pensamientos y se rio de nuevo.

—¡Oh, no! —dijo—. No voy a tocarte; estás tan segura como en una iglesia. Nunca me gustaron las mujeres morenas. Tengo otras cosas más importantes que hacer que andar cortejando a mi propia sobrina.

La miró desdeñosamente, cansado ya de su propia broma. Después alzó la cabeza hacia las escaleras.

—¡Patience! —gritó—. ¿Qué diablos estás haciendo? La muchacha ha llegado gimoteando. Ya está harta de verme.

Sonó un ligero ruido en lo alto de la escalera y se escucharon unos cansinos

pasos. Se vio el resplandor de una vela y se oyó una exclamación. Una mujer bajaba por la escalera, resguardando sus ojos de la luz. Llevaba una raída cofia sobre los escasos cabellos grises que caían en enmarañadas guedejas sobre sus hombros. Había liado las puntas de sus cabellos en vano intento de volver a ensortijarlos, pero el rizo había desaparecido. Su cara estaba ajada y la piel se estiraba sobre los pómulos; sus ojos eran grandes y miraban como en una perpetua interrogación. Tenía la costumbre de mover la boca alargando los labios. Llevaba una desteñida falda de rayas que en tiempos fue de color cereza y que ahora era un rosa desvaído, y sobre sus hombros un remendado chal. Se veía que acababa de poner una cinta nueva en su cofia con la idea de mejorar su vestido, lo cual ponía una nota falsa e incongruente en su atuendo; era de un rojo brillante y formaba un horrible contraste con la palidez de su cara.

Mary se quedó mirándola, muda y asombrada, con tristeza. ¿Era esta pobre y estropeada criatura la encantadora tía Patience de sus ensueños, vestida ahora con tal desaliño y aparentando tener veinte años más?

La mujercilla acabó de bajar la escalera y entró en el vestíbulo; cogió entre sus manos las manos de Mary y la miró a la cara.

—¿Has venido realmente? —murmuró—. Eres mi sobrina Mary Yellan, ¿verdad? ¿La hija, de mi hermana muerta?

Mary asintió, dando gracias a Dios de que su madre no pudiera verla en aquel estado.

—¡Querida tía Patience! —dijo dulcemente—. ¡Cuánto me alegro de verte de nuevo! ¡Hace tantos años que fuiste a vernos a Helford!

La mujer continuó manoseándola, acariciando sus ropas, palpándola, y de pronto se abrazó a ella, escondiendo el rostro en sus hombros y rompiendo a llorar desconsoladamente con fuertes y entrecortados sollozos.

—¡Vamos, cállate! —gruñó el marido—. ¿Qué clase de recibimiento es este? ¿A qué viene el gimotear ahora, condenada? ¿No ves que la chica necesita cenar? Llévatala a la cocina y dale un poco de tocino y algo de beber.

Se agachó y cogió el baúl de Mary con la misma facilidad que si fuera un lío de papel.

—Llevaré esto a su habitación, y si cuando baje no hay algo que cenar en la mesa te voy a dar motivos para que llores. Y a ti también, si quieres —añadió acercando su cara a la de Mary y poniéndole un dedo sobre la boca—. ¿Estás domesticada o muerdes? —preguntó, y rio de nuevo, llegando hasta el techo el eco de su risa.

Con el baúl de Mary sobre sus hombros subió las estrechas escaleras.

La tía Patience se sobrepuso, hizo un esfuerzo sobrehumano y sonrió, poniendo en orden sus escasos rizos con un ademán que Mary creyó reconocer. Parpadeando nerviosamente, la condujo por otro lóbrego corredor hasta la cocina, que estaba alumbrada por tres velas y en cuyo hogar ardía un mortecino fuego de hojarasca.

—No tienes que hacer caso a tu tío Joss —dijo, cambiando de actitud, como un perro quejumbroso que ha sido obligado por la crueldad constante a una total

sumisión, y que, a pesar de los golpes y juramentos, peleara por su amo con la ferocidad de un tigre—. Hay que llevarle la corriente; tiene sus manías y, al pronto, los extraños no le comprenden. Para mí es un buen marido, y lo ha sido desde el día de nuestra boda.

Siguió charlando mecánicamente, moviéndose de un lado para otro por la enlosada cocina, mientras preparaba la mesa para cenar, cogiendo el pan, el queso y la grasa del asado de una alacena situada detrás de los entrepaños. En tanto Mary, acurrucada al lado del fuego, trataba en vano de calentar sus dedos yertos.

La atmósfera de la cocina era pesada, a causa del humo de la turba. Subía hasta el techo y se metía por todos los rincones, flotando en el aire como una nube azul. A Mary le picaba en los ojos y se le introducía por la nariz y boca.

—Pronto te gustará el tío Joss y comprenderás su modo de ser —continuó la tía—. Es un hombre muy bueno y muy valiente. Tiene un nombre muy popular y respetado en estos alrededores. Nadie dirá nada en contra de Joss Merlyn. Algunas veces viene mucha gente; no siempre está esto tan solitario. Este es un camino muy concurrido, como sabes. Las diligencias pasan todos los días y la nobleza es muy amable con nosotros. Ayer mismo vino un vecino y le hice un pastel para llevárselo a su casa. «Señora Merlyn —me dijo—, es usted la única mujer en Cornualles que sabe hacer un buen pastel». Estas fueron sus mismas palabras. Y hasta el señor Bassat, ¿sabes?, de North-Hill, que posee todas las tierras de los alrededores, me encontró el otro día en el camino, el martes, y se quitó el sombrero: «Buenos días, señora», me dijo, y me hizo una reverencia desde su caballo. Dicen que le gustaron mucho las mujeres. Entonces salió Joss del establo, donde había estado arreglando la rueda del carricoche. «¿Cómo le va, señor Bassat?», dijo. «Tan bien como a usted», contestó el caballero, y los dos rompieron a reír.

Mary murmuró algo en contestación a este pequeño discurso, pero estaba preocupada y sobre todo le daba pena ver cómo tía Patience evitaba su mirada. La misma volubilidad de sus palabras era sospechosa en sí. Hablaba como cuando un niño con imaginación se cuenta a sí mismo una historia. Le dolía verla comportarse de esta forma y ansiaba que cesara este torrente de palabras, más desolador aún que lo habían sido sus lágrimas.

Se oyeron unos pasos al otro lado de la puerta y con dolor de su corazón, Mary se dio cuenta de que Joss Merlyn había bajado otra vez, y era posible que estuviese escuchando la conversación de su mujer.

Tía Patience le oyó también, porque palideció y empezó a mover la boca.

Entró en la habitación y las miró a ambas.

—¿De modo que las gallinas ya están parloteando? —dijo sin sonreírse y con los ojos entornados—. Vosotras pronto secáis las lágrimas si podéis hablar. Te he oído, idiota, charla que te charla como una pava. ¿Te figuras que tu preciosa sobrina cree una sola palabra de lo que dices? No engañarías a un crío y mucho menos a una mujercita como ella.

Cogió una silla y la acercó a la mesa; se sentó pausadamente y la silla crujió bajo su peso. Cogió el pan y cortó una gran rebanada, la untó con la grasa del asado y se la metió en la boca, corriéndole la pringue por la barbilla. Ordenó a Mary que se sentara a la mesa.

—Necesitas comer —dijo.

Y procedió a cortar una fina rebanada de pan, que dividió en varios pedazos y untó en grasa. Todo ello hecho con gran esmero y delicadeza, en asombroso contraste con su manera anterior de servirse; tanto, que Mary se horrorizó por el cambio de su ruda brutalidad anterior a sus delicadas maneras de ahora. Era como si sus dedos poseyeran un oculto poder que los convirtiera, de torpes y hoscos, en diligentes y delicados servidores. Si hubiese cortado un trozo de pan y se lo hubiese tirado, no le habría importado tanto. Hubiera estado más en consonancia con lo que había visto de él; pero este rápido cambio, estos ágiles y delicados movimientos de sus manos fueron una rápida y casi siniestra revelación por lo inesperada. Le dio las gracias suavemente y empezó a comer.

Su tía, que no se había movido desde que su marido entró en la habitación, se ocupaba ahora en freír el tocino. Nadie hablaba. Mary se daba cuenta de que Joss Merlyn la miraba a través de la mesa, y detrás de ella podía oír a su tía trajinando con la sartén, con torpes dedos. De pronto se le cayó y lanzó un ligero grito de disgusto. Mary se levantó para ayudarla, pero Joss le gritó para que no se moviese.

—¡Con una idiota ya es suficiente; no hacen falta dos! —gritó—. Quédate en tu sitio y deja que tu tía arregle el estropicio. No será el último.

Se echó hacia atrás en la silla y empezó a hurgarse los dientes con las uñas.

—¿Qué quieres beber? ¿Coñac, vino o cerveza? Tú te podrás morir aquí de hambre, pero no de sed. No se pondrán los gaznates resacos en la «Posada de Jamaica».

Río fuerte, guiñando los ojos y sacando la lengua.

—Quisiera tomar una taza de té —dijo Mary—. No estoy acostumbrada a tomar alcohol, ni siquiera vino.

—¿No? Pues peor para ti, me alegro de poder decirlo. Tómate tu té esta noche, pero de seguro que necesitarás un poco de coñac dentro de un par de meses.

Extendió el brazo sobre la mesa y le cogió la mano.

—Tienes unas manos muy bonitas para ser una persona que ha trabajado en una granja —dijo—. Tuve miedo de que fueran ásperas y rojas. Si hay algo que disguste a un hombre, es que le sirvan la cerveza unas manos feas. No es que mis clientes sean muy delicados, pero es que nunca hemos tenido una muchacha en la «Posada de Jamaica» hasta ahora.

Le hizo una burlona inclinación de cabeza y le soltó la mano.

—Patience, querida —dijo—, aquí está la llave. Tráeme una botella de coñac por el amor de Dios. Tengo tanta sed, que todas las aguas de Dozmary no podrían apagarla.

Su esposa atravesó la habitación a toda prisa al ruido de su voz y desapareció en el corredor. Él empezó otra vez a hurgarse en los dientes, silbando de vez en cuando, mientras Mary comía pan y manteca y bebía el té que él mismo había colocado delante de ella. Una horrible jaqueca le atormentaba la frente y estaba a punto de desplomarse. Le lloraban los ojos a causa del humo de la turba, pero no estaba tan casada como para dejar de mirar a su tío, pues ya se había contagiado algo de la nerviosidad de su tía Patience, y le parecía que estaban allí como ratones cogidos en una trampa, incapaces de escapar mientras él jugaba con ellas como un gato monstruoso.

Unos minutos después regresó su mujer con el coñac, que colocó delante de su marido, y mientras ella terminaba de freír el tocino, de servir a Mary y de servirse ella, él comenzó a beber, mirando malhumorado, delante de sí y dando con el pie a la pata de la mesa. De pronto dio un puñetazo sobre la mesa, que hizo saltar platos y tazas; alguna loza cayó al suelo y se rompió.

—Te digo, Mary Yellan —gritó—, que yo soy el amo de esta casa y he de hacértelo comprender; servirás a mis clientes y de esta forma no te pondré la mano encima. Pero, ¡vive Dios!, que si abres la boca y hablas, te golpearé hasta que vengas a comer en mi mano, lo mismo que tu tía, aquí presente.

Mary le miró a través de la mesa. Se puso las manos en la falda para que no viera que temblaba.

—Ya te entiendo —dijo—, pero no soy curiosa; no he chismorreado nunca. Me tiene sin cuidado lo que hagas en la posada o la gente que venga. Haré mi trabajo en la casa y no te daré motivos para que refunfuñes, pero, ¡entiéndelo bien!, si maltratas a mi tía Patience, de cualquier manera que sea, dejaré la «Posada de Jamaica», buscaré un abogado, lo traeré aquí y haré caer sobre ti todo el peso de la ley. Y entonces, trata de pegar si quieres.

Mary se había puesto pálida. Sabía que si él le gritaba ahora rompería a llorar y la dominaría para siempre. El torrente de palabras que había pronunciado contra su voluntad se lo había dictado la compasión que le inspiraba su pobre tía, sin poderlo contener. Pero ella se había salvado sin saberlo. Su muestra de valor había impresionado al hombre, que se echó hacia atrás, en la silla, negligentemente.

—Esto está muy bonito —dijo—, muy bonito, por supuesto. Ahora sabemos perfectamente qué clase de huésped tenemos. Aráñala y sacaré las uñas. Muy bien querida. Tú y yo somos más parecidos de lo que esperaba. Si jugamos jugaremos juntos. Yo podré darte trabajo en la posada algún día. Trabajo que no has hecho en tu vida: trabajo de hombre Mary Yellan en el cual se juega con la vida y con la muerte.

Mary oyó a su tía Patience que se hallaba a su lado, lanzar un sollozo contenido.

—¡Oh, Joss, por favor! —murmuró.

Había tal súplica en su voz, que Mary la miró sorprendida. Vio a su tía inclinarse hacia delante y hacer señas a su marido para que callase. La súplica de sus ojos, la misma ansiedad de su gesto, pasmaron a Mary más que todo cuanto había sucedido

aquella noche.

De pronto, tuvo miedo. Se sentía helada y casi enferma. ¿Qué había motivado aquel pánico en tía Patience? ¿Qué había querido decir Joss Merlyn? Se sentía invadida por una febril y terrible curiosidad. Su tío hizo un ademán de impaciencia con la mano.

—Vete a la cama, Patience —dijo—. Estoy cansado de ver tu cara de muerta en mi mesa. Esta chica y yo nos comprendemos bien.

La mujer se levantó al punto y se dirigió a la puerta con una última mirada de desaliento. La oyeron subir las escaleras. Joss Merlyn y Mary quedaron solos. Él empujó su vacía copa de coñac lejos de sí y cruzó los brazos sobre la mesa.

—Tengo una sola debilidad en la vida —dijo—, y te diré cuál es: la bebida. Es una maldición y lo sé, pero no puedo dejarla. Algún día acabará conmigo, ¡y no será mala cosa! Algunos días no tomo más que una copa, como esta noche, pero después siento que me invade la sed, y me empapo. Estoy horas enteras empapándome. Es el poder, la gloria, las mujeres: el reino de Dios que entra en uno. Me siento que tengo las riendas del mundo en mis manos. Es el cielo y el infierno. Entonces hablo, hasta que todas las condenadas cosas que he hecho en mi vida salen a los cuatro vientos. Me encierro en mi habitación y digo mis secretos a la almohada. Tu tía echa la llave, y cuando estoy sereno aporreo la puerta y ella me deja salir. No hay nadie que sepa esto sino ella y yo, y ahora te lo he dicho, a ti. Te lo he dicho porque estoy ya un poco borracho y no puedo sujetar mi lengua, pero no estoy lo suficiente borracho para perder la cabeza. No estoy lo suficiente borracho para decirte por qué vivo en este lugar olvidado de Dios, y por qué soy el patrón de la «Posada de Jamaica».

Su voz se había enronquecido y hablaba casi en un murmullo. El fuego de hojarasca estaba casi consumido en el hogar y las negras sombras se proyectaban sobre la pared en largas manchas.

Las velas estaban a punto de consumirse también y proyectaban la monstruosa sombra de Joss Merlyn en el techo. Le dirigió una sonrisa y con gesto idiota de borracho se puso el dedo en la nariz.

—No te he dicho eso, Mary Yellan. ¡Oh, no! Me queda todavía algo de astucia. Si quieres saber algo más, puedes preguntárselo a tu tía. Ella te contará un cuento. La he oído esta noche parlotando diciéndote que aquí tenemos muy buenos parroquianos: que el juez la saluda quitándose el sombrero. Eso es mentira, todo mentira. Esto sí te lo diré puesto que te enterarás de algún modo: el señor Bassat está demasiado asustado para asomar las narices por aquí. Si me ve en el camino, hace la señal de la cruz y mete espuela a su caballo. Y lo mismo hace toda la distinguida nobleza. Las diligencias no paran ahora aquí, ni tampoco los correos. Pero no me importa; tengo suficiente clientela. Cuanto más espacio me deja la nobleza, más me alegro. ¡Oh! Se bebe mucho aquí; quizá demasiado. Hay algunos que cuando piensan en la «Posada de Jamaica» el sábado por la noche, cierran su puerta y duermen con los dedos puestos en las orejas. Hay noches en que todas las casitas de los marjales están a

oscuras y silenciosas y las únicas luces visibles en muchas millas son las de las ventanas de la «Posada de Jamaica». Dicen que los gritos y las canciones pueden oírse hasta en las granjas, más abajo de Roughtor. Tú estarás en el mostrador estas noches, si te gusta, y verás qué gente tengo.

Mary estaba sentada muy quieta, agarrando los bordes de la silla. No se atrevía a moverse por temor al brusco cambio en sus maneras que ya había observado, y que podía convertir este tono de íntima confianza en ruda y áspera brutalidad.

—Todos me tienen miedo —siguió diciendo—; todos sin excepción. Tienen miedo de mí, que no temo a nadie, que no temo a ningún hombre. Si yo hubiera sabido de letras, podía haber paseado por Inglaterra con el mismo rey Jorge. Ha sido la bebida la que me ha perdido; la bebida y mi sangre ardiente. Es la maldición de todos nosotros, Mary. No ha habido nunca un Merlyn que haya muerto en paz en su cama. A mi padre lo ahorcaron en Exeter. Tuvo una gresca con uno y lo mató. A mi abuelo le cortaron las orejas por ladrón y lo enviaron a una colonia penitencia; murió loco de remate de la picadura de una serpiente en los trópicos. Yo soy el mayor de los tres hermanos; todos nacimos a la sombra del Kilmar, allá lejos, sobre Twelve Mens's Moor. Caminas atravesando el East Moor, hasta que llega a Rushyford; allí verás un gran risco de granito, como una mano de diablo apuntando hacia el cielo. Ese es el Kilmar. Si hubieras nacido a su sombra, te daría por beber igual que a mí. Mi hermano Matt se ahogó en el pantano de Trewartha. Creímos que se había alistado como marinero; no tuvimos noticias de él, y luego, en el verano, hubo una sequía y no llovió durante siete meses, y allí estaba Matt, hundido en el barro, con las manos sobre la cabeza y los chorlitos volando a su alrededor. Mi hermano Jem, ¡maldito sea!, era el más pequeño. Colgaba de las faldas de mi madre cuando ya Matt y yo éramos hombres. Nunca nos pusimos frente a frente Jem y yo. Es demasiado listo y tiene mala lengua. Algún día lo cogerán y lo colgarán lo mismo que a mi padre.

Quedó en silencio un momento, mirando su vaso vacío; lo cogió y lo volvió a dejar.

—No —dijo—; ya he dicho bastante, no hablaré más esta noche. ¡Vete arriba a dormir antes que te retuerza el pescuezo! Aquí tienes tu vela. Tu habitación es la que está encima del porche.

Mary cogió la palmatoria sin pronunciar palabra. Al pasar junto a él la cogió de los hombros y le hizo dar la vuelta:

—Habrá algunas noches que oirás ruedas sobre el camino —dijo—, y que estas ruedas no continuarán, sino que se detendrán a la puerta de la posada. Y oirás pasos en el patio y voces junto a tu ventana. Cuando esto ocurra, quédate en la cama, Mary Yellan, y tápate la cabeza con las manos. ¿Has entendido?

—Sí, tío.

—Está bien. Ahora, márchate, y si me haces alguna pregunta sobre todo esto, te romperé todos los huesos de tu cuerpo.

Mary salió de la habitación y entró en el oscuro corredor, dándose un golpe contra

el banco del vestíbulo. Subió las escalera tanteando el camino, procurando adivinar dónde estaba, volviéndose de nuevo hacia las escaleras. Su tío le había dicho que su habitación estaba sobre el porche y, a oscuras, cruzó el rellano. Pasó dos puertas a cada lado. «Habitaciones para huéspedes —pensó—, esperando a unos viajeros que ahora no llegan ni buscan refugio bajo el techo de la “Posada de Jamaica”». Después tropezó con otra puerta, dio vuelta al picaporte y vio, a la oscilante luz de la vela, que aquella era su habitación, puesto que estaba allí su baúl.

Las paredes eran ordinarias, sin empapelar; las tablas del suelo, desnudas. Un cajón puesto boca abajo con un rajado espejo encima, servía de tocador. No había ni jarro ni palangana; supuso que tendría que lavarse en la cocina. La cama crujió al echarse en ella, y las dos delgadas mantas le parecieron húmedas al tocarlas. Decidió no desnudarse; se acostaría sobre ellas con sus ropas de viaje, sucias de barro como estaban. Se arroparía con el abrigo.

Se acercó a la ventana y miró fuera. El viento había cesado, pero continuaba lloviendo; una lluvia menuda que resbalaba por la pared y salpicaba el sucio cristal de la ventana.

Un ruido llegó desde el lejano rincón del patio, un extraño gemido semejante al de un animal doliente. Estaba demasiado oscuro para poder distinguir algo, pero pudo adivinar una forma negruzca balanceándose suavemente de un lado a otro. En un momento de pesadilla, su imaginación, excitada por las historias que Joss Merlyn le había contado, creyó era una horca y un hombre colgado. Después se dio cuenta de que se trataba de la muestra de la posada, que se había desprendido de uno de sus clavos y se balanceaba a impulsos de la más leve brisa. No era ya más que un triste pedazo de cartón que en su primitiva forma había conocido mejores días, pero ahora sus grises y emborronadas letras estaban a merced de los cuatro vientos: «Posada de Jamaica».

Mary bajó la persiana y se acostó.

Le castañeteaban los dientes y sus pies y sus manos estaban insensibles. Durante un buen rato permaneció acurrucada en la cama, presa de una honda desesperación. Pensaba si habría alguna posibilidad de escapar de la casa y encontrar su camino de vuelta a Bodmin. Se preguntaba si su debilidad le permitiría soportarlo, o si, extenuada, caería profundamente dormida al pie del camino para despertar con la luz de la mañana y ver la enorme figura de Joss Merlyn contemplándola.

Cerró los ojos, y al momento vio su cara sonriéndole, pero la sonrisa se trocó en un gesto de desagrado, y el gesto de desagrado se cambió en millares de arrugas. Tembló de rabia, y vio su gran mata de pelo, su aguileña nariz y sus poderosos dedos que poseían una gracia mortal.

Se sentía aprisionada como un pájaro en una red, que por más que luchaba no podía escapar. Si quería ser libre, tenía que marcharse ahora mismo, descolgándose por la ventana, y corriendo como una loca por el blanco camino que serpenteaba a través del páramo. Mañana sería demasiado tarde.

Esperó hasta que oyó los pasos de Joss en la escalera. Le oyó hablar consigo mismo y se tranquilizó al oír que se volvía y se iba por otro corredor, a la izquierda del hueco de la escalera. Oyó cerrarse una puerta a lo lejos y se hizo el silencio. Decidió que no debía esperar más. Si permanecía una sola noche bajo aquel techo, sus nervios la dominarían y estaría perdida. Perdida, loca y destrozada, lo mismo que tía Patience. Abrió la puerta y se deslizó por el corredor. De puntillas, marchó hasta lo alto de la escalera. Se paró y escuchó. Su mano estaba en la barandilla y ya tenía un pie en el primer escalón cuando oyó un ruido que venía del otro corredor. Alguien lloraba. Se oía respirar entre sollozos, como si alguien tratase de ahogar el llanto contra la almohada. Era tía Patience. Mary se detuvo un momento y después volvió a su habitación. Se tiró sobre el lecho, cerrando los ojos. Fuese lo que fuese lo que tuviera que soportar en el futuro, y por muy aterrada que llegase a estar, no abandonaría la «Posada de Jamaica» por ahora. Debía quedarse con su tía Patience. Ella la necesitaba aquí. Quizás encontrase un consuelo en ella; podrían llegar a comprenderse de alguna manera que ella no veía ahora por estar muy fatigada para hacer planes; pero estaba segura de que se entendería de alguna forma. Mary actuaría como protectora de su tía, interponiéndose entre ella y Joss Merlyn. Durante diecisiete años su madre había vivido y trabajado sola, pasando más penalidades que ella pudiera conocer. Su madre no hubiese huido por causa de un hombre loco. No hubiera tenido miedo a una casa que parecía endemoniada, por muy aislada que estuviese en la colina azotada por todos los vientos, solitario hito que parecía desafiar al hombre y a la tempestad. Su madre habría tenido valor para luchar contra sus enemigos. Sí, y para vencerlos al final. Estaba decidida: no cedería.

Y así permaneció en su duro lecho, preocupada, rezando para conciliar el sueño. Cualquier ruido repentino repercutía en sus nervios: desde el arañar de un ratón en la pared, detrás de ella, hasta los crujidos de la muestra del patio. Contaba las horas y los minutos de esta noche inacabable. Cuando el primer gallo cantó en el campo, detrás de la casa, dejó de contarlos, suspiró y se quedó dormida como una cosa muerta.

Mary se despertó con un fuerte viento del Oeste y un sol de agua. Fueron las sacudidas de la ventana las que la despertaron. Por la claridad y el color del cielo juzgó que había dormido hasta muy tarde. Debían de ser más de las ocho. Mirando por la ventana, a través del patio, observó que la puerta del establo estaba abierta y que en el barro había huellas recientes de herraduras. Con una gran sensación de alivio se dio cuenta de que el posadero había salido; así podría estar a solas con tía Patience, aunque fuera por poco tiempo.

Desató rápidamente su baúl, sacando su falda gruesa, su delantal de colores y los pesados zapatos que había usado en la granja, y en menos de diez minutos se encontraba en la parte de atrás de la cocina, lavándose en el fregadero.

Tía Patience llegó de su visita al gallinero que había detrás de la casa, trayendo en el delantal algunos huevos recién puestos, que le enseñó con una ligera sonrisa de misterio.

—Creí que te gustaría uno para el desayuno —dijo—. Anoche noté que estabas demasiado cansada para comer mucho. Te he guardado un poco de nata para el pan.

Sus maneras eran bastante normales esta mañana, y a pesar de los cercos rojizos de sus ojos, que hablaban de una noche de ansiedad, evidentemente estaba haciendo un esfuerzo para parecer alegre.

Mary pensó que solamente en presencia de su marido se desplomaba como un chiquillo miedoso, pero cuando él se marchaba todo lo olvidaba, como un niño, encontrando placer en las pequeñas cosas como esta de hacer el desayuno para Mary cociéndole un huevo.

Ambas evitaron toda referencia a la noche anterior y no se mencionó el nombre de Joss. Mary no preguntó adónde ni a qué había ido; no le importaba. Solamente sentíase contenta de verse libre de él.

Mary pudo notar que su tía estaba ansiosa de hablar de cosas ajenas a su vida presente. Parecía tener miedo a cualquier pregunta; por eso no se la hizo y se enfrascó en un relato de los años en Helford, las dificultades de los malos tiempos y también la muerte de su madre.

Si tía Patience se daba o no cuenta de lo que escuchaba, no podía decirlo; bien es verdad que de cuando en cuando asentía con la cabeza y fruncía los labios, movía la cabeza o exhalaba pequeñas exclamaciones; pero a Mary le parecía que los años de temor y ansiedad le habían robado todo su poder para concentrarse y que algún miedo interior le impedía poner un completo interés en cualquier conversación.

Durante la mañana tuvieron el trabajo usual de la casa, y Mary pudo de esta forma explorar la posada detenidamente.

Era un lugar oscuro, destartalado, con largos corredores y habitaciones inesperadas. Había una entrada aparte para la taberna, al lado de la casa, y aunque la habitación estaba ahora vacía, había algo pesado en la atmósfera que recordaba la

última vez que estuvo llena: un olor persistente a tabaco rancio, agrio hedor a bebida, y la impresión de humanidad caliente y sucia, apretándose en los oscuros bancos manchados.

A pesar de las desagradables impresiones que evocaba, era la única habitación de la posada que tenía vitalidad y no era lúgubre y triste. Las otras habitaciones aparecían descuidadas e inhabitables; incluso la sala, al lado de la entrada del porche, tenía un aire solitario, como si hiciera muchos meses desde que algún honrado viajero hubiera cruzado el umbral y calentado su espalda delante de la encendida chimenea. Las habitaciones para los huéspedes, arriba, estaban aún en peor estado. Una se utilizaba para los trastos viejos, con cajas apiladas contra la pared y viejas mantas de caballo, roídas y destrozadas por familias enteras de ratones. En la habitación de enfrente, patatas y nabos se amontonaban sobre una cama rota.

Mary dedujo que su pequeña habitación había estado en la misma forma y que debía a su tía el que estuviera ahora amueblada. En la habitación de ellos, al final del corredor no se atrevió a entrar. Debajo de ella, y al final también de un corredor que iba paralelo al de arriba, largo y en dirección contraria a la cocina, había otra habitación, cuya puerta estaba cerrada. Salió al patio para mirar por la ventana, pero tenía clavado un cartón al marco y no pudo ver nada.

La casa y los edificios exteriores formaban los tres lados del pequeño cuadrado que era el patio, en el centro del cual había una banda de hierba y un abrevadero. Más allá quedaba la carretera como una blanca cinta, extendiéndose en ambas direcciones hacia el horizonte, rodeada por el marjal oscuro y empapado por las fuertes lluvias. Mary salió al camino y miró a su alrededor, tan lejos como alcanzaba su vista, y no vio sino las negras colinas y el marjal. La posada, de un gris pizarra, con sus altas chimeneas, amenazadoras y su aspecto de casa inhabitada, era la única morada en todo el paisaje. Hacia el oeste de la «Posada de Jamaica», altos tormos alzaban sus cabezas; algunos eran suaves como laderas, y la hierba brillaba amarillenta, al sol invernal; pero otros aparecían austeros y siniestros, con los picos coronados de granito y grandes lajas de piedra. De vez en cuando el sol se ocultaba tras una nube y largas sombras pasaban sobre la llanura, semejantes a dedos gigantes. El color aparecía en manchas: unas veces las colinas se teñían de púrpura, como manchadas de tinta y moteadas; después, un débil rayo de sol filtraba por un jirón de nube, y una colina aparecía de oro viejo, mientras sus compañeras languidecían en la oscuridad. La escena nunca era la misma: unas veces brillaba la gloria del mediodía al Este, con el marjal tan inanimado como un desierto de arena, mientras que, hacia el Oeste, el invierno ártico descendía sobre las colinas, traído por una dentada nube, parecida al capote de un salteador de caminos, que derramaba granizo y nieve, escupiendo una fina y punzante lluvia sobre los pétreos tormos. El aire era vivificante y perfumado, frío como el aire de la montaña y extrañamente puro. Fue una revelación para Mary, acostumbrada al cálido y suave clima de Helford, con sus altos setos y árboles protectores. Ni aun el aire del Este era duro allí, pues el brazo del promontorio

actuaba como una defensa, y solamente el río corría turbulento y verde, con las encrespadas ondas coronadas de espuma.

Por muy hosca y odiosa que fuera esta tierra nueva, por muy árida e inculta que estuviese, por muy solitaria que apareciese la «Posada de Jamaica», elevándose sobre la colina azotada por los cuatro vientos, había en el aire un desafío que animaba a Mary Yellan a probar la aventura. La aguijoneaba, poniendo color en sus mejillas y brillo en sus ojos; jugaba con sus cabellos, que flotaban alrededor de su rostro, y, al respirar, se introducía en sus pulmones, más dulce y reconfortante que un sorbo de sidra. Se acercó al abrevadero y puso las manos bajo el chorro de la fuente. El agua corría clara y fría como el hielo. Bebió un buen trago. Era distinta a todas las aguas que había bebido antes, amarga y extraña, con un persistente sabor a turba, como el humo de hojarasca del fuego de la cocina.

El agua la satisfizo y le apagó la sed.

Se encontró fuerte de cuerpo y atrevida de ánimo, y entró en la casa, donde encontró a tía Patience. Traía buen apetito. Empezó a comer con gusto el estofado de carnero y nabos, que calmó su hambre por primera vez después de veinticuatro horas. Notó que recobraba su valor y se sintió dispuesta a hacer preguntas a su tía, y afrontar las consecuencias.

—Tía Patience —empezó—, ¿por qué es mi tío el dueño de la «Posada de Jamaica»?

El directo e inesperado ataque cogió a la mujer desprevenida, y por un momento, se quedó mirando a Mary sin responder. Después enrojeció y empezó a mover la boca.

—Porque —balbució— es..., es un puesto muy bueno, aquí en el camino. Tú puedes verlo. Este es el camino principal desde el Sur. Las diligencias pasan por aquí dos veces por semana. Vienen de Truro y de Bodmin y siguen hasta Launceston. Tú viniste ayer. Siempre hay alguien en el camino. Viajeros, caballeros particulares, y algunas veces marineros de Falmouth.

—Sí, tía Patience; pero ¿por qué no paran en la «Posada de Jamaica»?

—Sí paran. Muy a menudo piden bebidas en la taberna. Aquí tenemos muy buena clientela.

—¿Cómo puedes decir eso cuando la sala no se usa nunca y las habitaciones de los huéspedes están llenas de trastos viejos, no pudiendo habitarlas más que las ratas? Las he visto yo misma. He estado en otras posadas mucho más pequeñas que esta. En mi pueblo había una posada. El posadero era amigo nuestro. Muchas veces mi madre y yo hemos tomado el té en la sala, y en el piso alto, aunque solamente había dos habitaciones, estaban amuebladas y preparadas para cualquier clase de viajero.

Su tía quedó silenciosa un momento, frunciendo la boca y retorciéndose las manos sobre la falda.

—Tu tío Joss no anima a la gente a quedarse —dijo al cabo de un rato—. Dice que nunca sabe a quién se va a albergar. En un sitio tan solitario pueden asesinarlos

mientras dormimos. En un camino como este hay toda clase de personas. No sería prudente.

—Tía Patience, estás diciendo tonterías. ¿Para qué sirve una posada que no pueda dar a un honrado viajero una cama para pasar la noche? ¿Para qué otra cosa ha sido hecha? ¿Cómo vivís si no tenéis clientela?

—Tenemos clientela —respondió la mujer hoscamente—. Ya te lo he dicho. Hay hombres que vienen de las granjas y de lugares distantes. Hay granjas y casitas esparcidas por estos lugares, en muchas millas alrededor, y la gente viene de allí. Hay noches en que la taberna está llena.

—El cochero de la diligencia me dijo ayer que la gente honrada no viene ya a la «Posada de Jamaica». Dijo que tenían miedo.

—Tu tío Joss tiene un genio muy fuerte —dijo—. Ya lo habrás visto por ti misma. Se irrita fácilmente y no deja que la gente se meta con él.

—¿Por qué ha de meterse nadie con el dueño de la posada, que hace su negocio legítimo? Por muy mal genio que tenga un hombre, su carácter no hace que la gente huya. Esa no es una razón.

Su tía volvió a quedar en silencio. Había agotado todos sus recursos y permanecía sentada, terca como una mula, sin dejarse persuadir.

—En primer lugar, ¿por qué viniste a este sitio? Mi madre no sabía nada de esto; creíamos que estabas en Bodmin, desde donde escribiste cuando te casaste.

—Conocí a tu tío en Bodmin, pero nunca vivimos allí —replicó despacio tía Patience—. Vivimos cerca de Padstow por algún tiempo, y después nos vinimos a vivir aquí. Tu tío compró la posada al señor Bassat. Había estado vacía muchos años, según creo, y tu tío decidió que le convenía. Quería establecerse. Había viajado muchísimo; ha estado en tantos sitios, que no puedo recordar los nombres. Creo que una vez estuvo en América.

—Parece curioso venir a establecerse a un lugar como este. No pudo elegir uno peor, ¿verdad?

—Esto está cerca de su antigua casa —dijo su tía—. Tu tío nació a unas cuantas millas de aquí, en Twelve Men's Moor. Su hermano Jem vive todavía allí, en una casita, el tiempo que no está correteando por el país. Viene aquí algunas veces, pero tu tío Joss no le quiere mucho.

—¿Viene el señor Bassat a la posada alguna vez?

—No.

—¿Por qué no, si él se la vendió a mi tío?

La tía Patience jugaba con sus dedos y movía la boca.

—Tuvieron un disgusto —repitió—. Tu tío la compró por mediación de un amigo. El señor Bassat no supo quién era el tío Joss hasta que estuvimos establecidos, y entonces no le gustó mucho.

—¿Por qué?

—No había visto a tu tío desde que era joven, cuando vivía en Trewartha. Tu tío

era muy loco de muchacho; era conocido por su mal genio. No era culpa suya, Mary, era su sino. Todos los Melvyn son así. Su hermano más joven, Jem, es mucho peor de lo que fue él, pero el señor Bassat dio oídos a un montón de mentiras sobre tu tío Joss, y se disgustó mucho cuando se enteró de que le había vendido la «Posada de Jamaica». Eso es todo lo que pasó.

Se inclinó hacia atrás en su silla, exhausta por el interrogatorio. Los ojos parecían suplicar que no se le hicieran más preguntas; su rostro estaba pálido y cansado. Mary se dio cuenta de que había sufrido bastante; pero, con la casi cruel audacia de la juventud, aventuró una pregunta más.

—Tía Patience —dijo—, quiero que me mires y me contestes a esto. Después no te molestaré más. ¿Qué tiene que ver la habitación cerrada que está al final del corredor con el ruido de las ruedas que se pararon anoche a la puerta de la «Posada de Jamaica»?

Tan pronto como hubo pronunciado estas palabras se arrepintió. Hubiera deseado no haberlas dicho, pero era ya demasiado tarde; el daño estaba hecho.

El rostro de tía Patience tomó una extraña expresión, y sus grandes y hundidos ojos miraron con espanto. Su boca temblaba. Se llevó las manos a la garganta, aterrorizada, como perseguida.

Mary empujó su silla hacia atrás y se arrodilló a su lado. Rodeó con sus brazos a tía Patience, la atrajo hacia sí y la besó en el cabello.

—Lo siento —dijo—. No te enfades. No tiene esto nada que ver conmigo. No tengo derecho a preguntar nada. Por favor, olvida lo que he dicho.

Su tía ocultó el rostro entre las manos. Permanecía inmóvil, sin prestar atención a su sobrina. Durante algunos minutos estuvieron en silencio, mientras Mary le acariciaba los hombros y le besaba las manos.

Al fin, descubrió el rostro y la miró.

El pavor había huido de sus ojos y parecía serena. Cogió entre las suyas las manos de Mary y la miró a la cara.

—Mary —dijo con voz apagada y casi en un susurro—, no puedo contestar a tus preguntas porque de muchas de ellas no conozco la contestación. Pero como eres mi sobrina, la hija de mi hermana, debo darte un consejo.

Miró hacia atrás como si temiese que Joss Merlyn estuviera en las sombras, detrás de la puerta.

—Pasan cosas en la «Posada de Jamaica» de las cuales yo nunca me he atrevido a hablar. Cosas malas, cosas diabólicas, que jamás te las podré decir; yo misma no puedo creerlas. Con el tiempo sabrás algunas; viviendo aquí no podrás evitarlo. Tu tío Joss se reúne con hombres extraños y de mala vida. Algunas veces vienen por la noche, y desde tu ventana, que está sobre el porche, podrás oír sus pisadas, sus voces y sus llamadas a la puerta. Entran, y desde mi alcoba, que está arriba, puedo oír el murmullo de sus voces durante largas horas. Antes del amanecer se marchan sin dejar rastro. Cuando vengan, Mary, no debes decirnos nada, ni a mí ni a tu tío Joss.

Quédate en la cama y tápate los oídos. No debes preguntar nada, ni a mí, ni a él, ni a nadie, porque si llegas a adivinar tan solo la mitad de lo que sé yo, te saldrán más canas que a mí; temblarás al hablar, llorarás por las noches y toda tu bella y descuidada juventud morirá como ha muerto la mía.

Dicho esto, se levantó de la mesa y empujó hacia un lado su silla. La oyó subir las escaleras con pesados y vacilantes pasos, seguir hasta su habitación y cerrar la puerta.

Mary, sentada en el suelo junto a la silla vacía, vio por la ventana de la cocina que el sol había desaparecido ya tras la distante colina, y pensó que antes que transcurrieran muchas horas, el gris maléfico de un crepúsculo de noviembre caería una vez más sobre la «Posada de Jamaica».

Joss Merlyn llevaba fuera de casa cerca de una semana, y durante este tiempo Mary había ido conociendo algunas cosas del país.

Su presencia no fue necesaria en la taberna, porque nadie iba a ella cuando el posadero estaba ausente. Después de ayudar a su tía en los trabajos de la casa y de la cocina, quedaba libre para corretear por donde quisiera. A Patience Merlyn no le gustaba andar; no le agradaba ir más allá del gallinero, situado en la parte posterior de la posada. Carecía del sentido de la orientación y solo tenía una vaga idea de los nombres de los tornos porque había oído mencionarlos a su marido, pero no sabía dónde pudieran estar ni cómo se llegaba hasta ellos. Por lo tanto, Mary salía de paseo al mediodía, a su antojo, sin más norte ni guía que el sol y su buen sentido, ese sentido común que era su herencia natural de campesina, que tan profundamente arraigado estaba en ella.

Los marjales eran más salvajes aún de lo que había imaginado en un principio. Como un inmenso desierto, se extendían de Este a Oeste, con senderos aquí y allá, que cruzaban su extensión y trepaban por las grandes colinas que quebraban la línea del horizonte.

Ella no podía decir dónde estaban sus límites, excepto una vez que yendo hacia el Oeste, después de trepar al más alto torno que había detrás de la «Posada de Jamaica», alcanzó a ver el plateado cabrilleo de las aguas del mar. Era, en verdad, un silencioso y desolado país que, aunque extenso, no había sido tocado por la mano del hombre. Sobre los altos tornos, las lajas de piedra se apoyaban unas contra otras, tomando extrañas formas y caprichosas figuras; pétreos centinelas que permanecían allí desde que la mano de Dios los creó.

Algunos tenían forma de un mobiliario gigantesco, con sillas monstruosas y mesas torcidas. En otros, las piedras más pequeñas, que se habían derrumbado, aparecían sobre la cima de la colina como un gigante tendido, oscurecida su enorme figura por el brezo y la espinosa hierba. Había largas piedras que permanecían apoyadas en uno de sus extremos, balanceándose de una manera milagrosa, batidas por el viento. Otras, grandes, lisas como aras, cuyas planas y pulidas superficies miraban al cielo en espera de la celebración de un sacrificio que no llegaba nunca. En los altos tornos vivían carneros salvajes, cuervos y aves de rapiña. Las colinas eran la morada de toda clase de criaturas solitarias.

Allá abajo, en el llano, pastaban las ocas, hollando el duro suelo con sus palmeadas patas, evitando, en su instinto natural, la crecida y tentadora hierba, que no era tal, sino traidores pantanos que suspiraban y murmuraban. Cuando el viento soplaba sobre las colinas, silbaba lúgubrememente en las grietas de las piedras, y algunas veces ululaba como un ser atormentado.

Soplaban extraños vientos, que no se sabía de dónde procedían. Se deslizaban sobre la hierba, y la hierba temblaba; soplaban sobre los charcos formados por la

llovía en los socavones de la piedra, y los charcos se agitaban. A veces, el viento mismo chillaba y gemía, y el sonido era devuelto por la oquedad, gimiendo y perdiéndose de nuevo. En los tormos reinaba un silencio que pertenecía a otra edad; a una edad pretérita y desvanecida, que no hubiese existido; a una edad sin hombres; pero las colinas parecían haber sido holladas por pasos paganos. En el aire había una quietud y una extraña paz que no era la paz de Dios.

A medida que Mary Yellan paseaba por el marjal, trepaba a los tormos o descansaba en las orillas bajas, al lado de las fuentes y arroyuelos, pensaba en Joss Merlyn, y en lo que habría sido su niñez. Pensaba que habría crecido como esta hierba espinosa: robada su lozanía por el viento del Norte.

Un día cruzó el marjal del Este en la dirección que él le había indicado aquella primera noche, y cuando hubo andado un buen trecho, sola sobre el borde de la loma, rodeada por el desierto marjal, vio que la tierra descendía hacia un traidor pantano. Una eminencia, al lado del pantano, amenazaba al cielo con sus grandes dedos. Era un risco parecido a una mano rajada, saliendo del llano; la superficie moldeada en granito, como esculpida; la escarpa, de un gris maligno.

Así, pues, este era el Kilmar Tor. A la sombra de aquella masa de piedra, cuyas aristas hería el sol, había venido al mundo Joss Merlyn, y allí vivía ahora su hermano. A sus pies, en el pantano, se había ahogado Mathews Merlyn. Con la imaginación le vio avanzando por las tierras altas, silbando una canción el murmullo del arroyo en sus oídos. La noche le sorprendió antes que pudiera darse cuenta; le fallaron los pies, y volvió sobre sus pasos. Le veía detenerse y reflexionar un momento, jurar de quedo y después lanzarse en medio de la niebla, volviéndole la confianza; pero antes que hubiera dado cinco pasos notó que la tierra cedía bajo sus pies; vaciló, cayó y de repente se encontró con que las hierbas y el cieno le llegaban hasta las rodillas. Se agarró a unas hierbas, pero estas cedieron a su peso. Trató de mover los pies, pero no respondieron a su esfuerzo; volvió a intentarlo y pudo libertar uno de ellos, pero al tratar de salir, impaciente y aterrorizado, se hundió en el agua más profundamente aún, debatiéndose sin esperanza, asido a las hierbas. Le oyó gritar loco de terror. Un chorlito levantó el vuelo en el pantano frente a él, agitando sus alas y lanzando un lúgubre graznido. Cuando el chorlito se perdió de vista, ocultándose tras un repliegue del terreno, el pantano quedó quieto de nuevo, y solamente algunos tallos de hierba temblaban, movidos por el viento. Se hizo el silencio. Mary dio la espalda a Kilmar y echó a correr por el marjal, tropezando con el brezo y las piedras, y no paró hasta que el pantano quedó detrás de la colina y el risco mismo quedó oculto. Había ido más lejos de lo que pensaba y el camino hasta la casa era largo; le pareció una eternidad hasta que hubo pasado y quedó atrás la última colina, y las altas chimeneas de la «Posada de Jamaica» aparecieron encima del tortuoso camino. Al cruzar el patio notó, con desaliento, que la puerta del establo estaba abierta y que el caballo estaba dentro. Joss Merlyn había regresado.

Abrió la puerta lo más silenciosamente que pudo, pero rozó contra las losas de

piedra y rechinó como protestando. El ruido repercutió en el silencioso corredor, y en un momento el posadero apareció al fondo, inclinando su cabeza al resplandor. Tenía arremangada la camisa por encima del codo y llevaba un paño en las manos. Parecía estar de muy buen humor, pues gritó ruidosamente a Mary y agitó el vaso.

—Bien —exclamó—; no pongas la cara larga. ¿No te alegra verme? ¿Me has echado mucho de menos?

Mary hizo un esfuerzo para sonreír y le preguntó si había tenido un buen viaje.

—Agradable, ¡maldito sea! —respondió—. Había dinero a ganar y eso era lo que me importaba. No he estado en el palacio del rey, si es eso lo que quieres decir.

Soltó una carcajada por su chiste, y su esposa apareció, a sus espaldas, sonriendo a tono.

Tan pronto como murió su risa, la sonrisa desapareció de la cara de tía Patience, y la extraña expresión de animal acosado, la expresión fija y casi idiota que tenía habitualmente en presencia de su esposo, volvió de nuevo.

Mary se dio cuenta de que el breve descanso, libre de preocupaciones, que su tía había disfrutado durante la pasada semana, había terminado, y que volvía a ser la nerviosa y destrozada criatura de antes.

Ya se volvía para subir la escalera y dirigirse a su habitación, cuando Joss la llamó.

—Oye —le dijo—; esta noche no te puedes quedar sola ahí arriba. Habrá trabajo para ti en la taberna, al lado de tu tío. ¿No sabes qué día es hoy?

Se paró un momento para pensar. Estaba perdiendo la cuenta del tiempo. ¿Fue la diligencia del lunes la que había tomado? Hoy era sábado. Noche de sábado. Se dio cuenta de lo que Joss Merlyn quería decir; esta noche habría gente en la «Posada de Jamaica».

Las gentes de los marjales iban llegando por separado. Cruzaban el patio rápida y silenciosamente, como si no quisieran ser vistos. En la penumbra, sus figuras carecían de consistencia, y más que hombres parecían sombras al deslizarse, arrimados a la pared, bajo la protección del porche, para llamar a la puerta de la taberna y ser admitidos. Algunos de ellos llevaban linternas, cuyo débil resplandor parecía preocupar a sus portadores, ya que trataban de ocultarlo, cubriéndolas con sus ropas. Uno o dos entraron en el patio montados en pequeños caballos, cuyas herraduras sonaban fuertemente sobre las piedras y el martilleo resonaba extrañamente en la quieta noche, el cual era seguido del crujido de la puerta del establo al girar sobre sus goznes y del murmullo de las voces de los hombres que llevaban sus caballos a la cuadra. Otros entraban de manera más furtiva: cruzaban el patio con los sombreros encasquetados y los abrigos subidos hasta las orejas, denunciando la cautela de sus movimientos el deseo de no ser vistos. No se comprendía la causa de tanta precaución, ya que cualquier viajero que pasase por el camino podía ver que la

«Posada de Jamaica» daba hospitalidad aquella noche.

La luz salía por las ventanas, de ordinario tan cerradas y atrancadas, y a medida que oscurecía y las horas pasaban, el sonido de las voces se elevaba en el aire. Algunas veces se cantaba y se gritaba, y el eco de las carcajadas indicaba que estos visitantes de la posada, que vinieron de manera tan furtiva, como avergonzados, habían perdido su temor al encontrarse al abrigo de la casa, y que, una vez en la taberna, junto a sus compañeros, con las pipas encendidas y los vasos llenos, habían dejado de un lado toda precaución.

Era aquella una extraña reunión, agrupada en la taberna alrededor de los Joss Merlyn. En seguridad, separada por el mostrador y medio escondida por una barrera de botellas y vasos, Mary podía ver a los reunidos y pasar inadvertida. Se sentaban a horcajadas en los taburetes y se tendían sobre los bancos; se recostaban contra la pared y se inclinaban al lado de las mesas, y uno o dos, cuyas cabezas o estómagos eran más débiles que los del resto, estaban ya tendidos en el suelo cuan largos eran. La mayoría iban sucios, andrajosos, descuidados, con el cabello enmarañado y las uñas rotas; vagos, cazadores furtivos, ladrones, vagabundos, ladrones de ganado y gitanos. Había un labrador que perdió su granja por mala administración y deslealtad; un pastor que había prendido fuego a los almiarés de su amo; un corredor de ganado que había sido expulsado de Devon; un individuo que había sido zapatero remendón en Launceston, y que, a cubierto de su negocio, pasaba géneros robados; uno que estaba sumido en un sopor de embriaguez había sido en un tiempo piloto de una goleta en Padstow, e hizo encallar su barco. El hombrecillo que estaba sentado en el rincón más apartado, mordiéndose las uñas, era un pescador de Port Isaac. Corrían rumores de que tenía una cantidad de oro en una media, escondida en la chimenea de su cabaña, pero nadie podía decir la procedencia del oro. Había algunos que vivían cerca, bajo la sombra de los tormos, que no habían conocido otro país que el marjal, pantano y granito. Uno había venido andando, sin linterna, desde Crowdy Marsh, más allá de Roughtor, pasando por el Brown Willy con sus largas zancadas. Otro, que venía de Cheesewring, estaba sentado, con los pies sobre la mesa, y la cara embutida en un jarro de cerveza, al lado de un pobre muchacho medio tonto, que había venido a trompicones por el camino de Dozmary. Tenía este último un antojo o marca de nacimiento, de color púrpura, que le atravesaba el rostro, y se pellizcaba y manoseaba la mejilla constantemente de tal forma, que Mary, que se hallaba frente a él, aunque separada por las botellas, sentía náuseas y casi se desmayaba a su vista. Además, el olor a bebidas agrias, el tabaco y la atmósfera enrarecida por una multitud de cuerpos sucios, la producían un malestar físico que no podría resistir si permanecía allí mucho tiempo.

Afortunadamente, no tenía que moverse entre ellos; su obligación consistía en permanecer detrás del mostrador, lo más escondida posible; fregar y limpiar los vasos cuando era necesario y volverlos a llenar del barril o la botella, mientras Joss Merlyn se los daba a sus clientes o levantaba la trampilla del mostrador y pasaba a la

habitación, lanzando una frase a uno, riéndose, dando una palmada en el hombro a otro, haciendo un movimiento de cabeza al de más allá. Tras el primer desahogo de hilaridad, los reunidos en la taberna dejaron de prestar atención a Mary. La aceptaban como sobrina del posadero; una especie de criada de la esposa de Merlyn, que era como había sido presentada. Uno o dos de los más jóvenes hubiesen hablado y bromeado con ella de buena gana, pero tenían miedo de que cualquier familiaridad con la muchacha enfureciera al posadero, ya que era lo más probable que la hubiese traído para su propia diversión. Por tanto, Mary no fue molestada, afortunadamente para ella, aunque, de saber las razones de este retraimiento, hubiera salido de la taberna aquella noche llena de vergüenza y de aborrecimiento.

Su tía no apareció en la reunión, aunque Mary pudo entrever su sombra detrás de la puerta algunas veces, oír sus pasos en el corredor, y una vez su mirada se cruzó con la suya, atisbando por una hendidura de la puerta. La noche parecía interminable. Mary deseaba verse libre. La atmósfera era muy densa a causa del humo y de las respiraciones, y le era difícil ver, con sus ojos cansados y medio cerrados, a través de aquel turbio ambiente. Las caras de aquellos seres aparecían sin formas, distendidas, todo pelo y dientes; las bocas, demasiado grandes para sus cuerpos. Los que estaban ya completamente borrachos y no podían tomar una sola gota más, aparecían tendidos en los bancos o en el suelo, como muertos, con las caras ocultas entre las manos.

Los que aún permanecían suficientemente serenos para tenerse en pie, rodeaban al pequeño y sucio tunante de Redruth, el cual se había erigido en el gracioso de la reunión. La mina donde había trabajado estaba ahora en ruinas y se había echado al camino como calderero, buhonero y mozo de cuerda. Había adquirido un repertorio de canciones abominables, aprendidas quizá en los agujeros de tierra negra donde había trabajado, y con estas joyas proporcionaba ahora diversión a los contertulios de la «Posada de Jamaica».

Las carcajadas que celebraban sus chistes retumbaban en el techo, dominándolas el vozarrón del posadero.

Para Mary había algo aterrador en aquella risa escandalosa que, por algún extraño motivo, no tenía notas de alegría, sino que resonaba en los oscuros corredores de piedra y dentro de las habitaciones vacías como el eco de la voz de una criatura torturada. El buhonero hacía objeto de sus burlas al desgraciado idiota de Dozmary, que medio loco por la bebida no podía ni levantarse del suelo, donde se agazapaba como un animal. Lo levantaron y lo pusieron sobre una mesa, y allí el buhonero le hacía repetir la letra de sus canciones, completándolas con mímica en medio del frenesí de risas de los reunidos, y el pobre ser, excitado por los aplausos, bailaba sobre la mesa, gimiendo de placer y sobándose la mancha purpúrea del antojo con una de sus rotas uñas.

Mary no pudo resistir más. Tocó a su tío en el hombro y él se volvió hacia ella, la cara enrojecida por el calor, brillante de sudor.

—No puedo resistir esto —dijo—. Tendrás que atender a los clientes tú solo. Yo

me voy arriba a mi habitación.

Él se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa y se quedó mirándola. Ella se sorprendió al ver esto, pues aunque había estado bebiendo toda la noche, estaba sereno, y a pesar de ser él el cabecilla de la tumultuosa y loca reunión, sabía lo que hacía.

—¿Conque ya has tenido bastante? ¿Eres demasiado señorita para codearte con nosotros? Debo decirte, Mary, que tu labor detrás del mostrador ha sido sencilla, y por ello deberías ponerte de rodillas y darme las gracias. Te han dejado tranquila, querida, porque eres mi sobrina, que si no hubieses tenido ese honor, ¡vive Dios!, poco daría por ti.

Se rio a carcajadas y la pellizcó, haciéndole daño.

—Vete entonces —dijo—. De todas formas, es ya cerca de medianoche, y no te necesito. Cierra la puerta con llave esta noche, Mary, y baja la persiana. Tu tía hace ya más de una hora que está en la cama, tapándose la cabeza con las mantas.

Bajó la voz, e inclinándose hasta su oído, le cogió la muñeca retorciéndola hacia la espalda hasta que ella lanzó un grito de dolor.

—Está bien —dijo él—. Esto es solo una muestra del castigo que puedes esperar. En boca cerrada no entran moscas. No conviene ser curioso en la «Posada de Jamaica». No lo olvides.

Estaba riendo ahora, pero la miraba con ceño fruncido, como si quisiera leer sus pensamientos.

—Tú no eres tan idiota como tu tía —dijo lentamente—, esto es lo malo. Tienes una carita de mono listo, una imaginación de mico curioso y no te asustas fácilmente. Pero te advierto que si te pones a curiosear, no te dejaré un hueso sano en el cuerpo. ¡Hala! Ahora vete arriba, a la cama, que no queremos saber nada más de ti esta noche.

Le volvió la espalda, y todavía con el ceño fruncido, cogió un vaso del mostrador, dándole vueltas entre sus manos y frotándolo lentamente con el paño. El desprecio que vio en los ojos de Mary le había irritado, pues todo su buen humor desapareció en el momento. En un arranque de mal humor, tiró el vaso a un lado, y el vaso se rompió en menudos pedazos.

—Desnudad a ese maldito idiota —gritó— y devolvedlo desnudo a su madre. Puede ser que el aire de noviembre le enfríe su roja cara y le cure de sus tretas de perro. Ya le hemos soportado bastante en la «Posada de Jamaica».

El buhonero y su grupo chillaron encantados, y acto seguido lo tiraron al suelo y empezaron a arrancarle la chaqueta y los pantalones. El pobre idiota, asombrado, les golpeaba inútilmente, balando como un cordero.

Mary se lanzó fuera de la taberna, dando un portazo, y a medida que subía las desvencijadas escaleras, tapándose los oídos, no podía dejar de oír el ruido de las carcajadas y la salvaje canción que resonaba en el corredor, siguiéndola hasta su habitación y penetrando en ella por resquicios de la puerta.

Se sentía enferma y se tiró sobre la cama con la cabeza entre las manos. Una gran algarada y aullidos de risa se oían abajo, en el patio, mientras que el rayo de luz de una linterna ponía un débil resplandor en la ventana. Se levantó y bajó la persiana, pero no sin haber visto antes una temblorosa y desnuda forma humana corriendo, a través del patio, a grandes zancadas, chillando como una liebre, perseguida por un puñado de hombres que gritaban y se mofaban. Al frente de estos últimos aparecía la gigantesca figura de Joss Merlyn, haciendo restallar un látigo sobre su cabeza.

Entonces Mary hizo lo que le había dicho su tío. Se desnudó rápidamente y se metió en la cama, tapándose la cabeza con las mantas y apretándose los oídos con los dedos. Su único deseo era no oír la espantable orgía que se desarrollaba abajo; pero aun con los ojos cerrados y el rostro apretado contra la almohada, veía la cara rojiza del pobre idiota levantada hacia sus perseguidores y oía el eco de su grito al tropezar en un agujero y caer.

Permanecía en ese estado de semiinconsciencia que es la frontera del sueño. Los sucesos del pasado día aparecieron en su mente revueltos en alborotada confusión. Algunas veces le parecía estar vagando por el marjal con el Kilmar, empequeñeciendo todas las colinas cercanas. Se daba cuenta del pequeño camino de luz que la luna trazaba en el suelo de su habitación, y del constante batir de la persiana.

Habían cesado las voces y todo estaba en silencio. A lo lejos, en el camino, galopaba un caballo y se había oído ruido de ruedas, pero ahora todo estaba quieto. Se quedó dormida y de pronto sonó algo que rompió la paz que la envolvía. Se despertó súbitamente, sentándose en el lecho. La luz de la luna le daba de lleno en el rostro.

Se quedó escuchando, pero al principio no oyó sino los latidos de su corazón. A los pocos instantes distinguió otro ruido, pero esta vez bajo su habitación; ruido de cosas que eran arrastradas sobre las losas de piedra en el corredor de abajo y que golpeaban contra las paredes. Se levantó y se acercó a la ventana, alzando un poco la persiana. En el patio había cinco grandes carros. Tres de ellos estaban cubiertos; cada uno iba tirado por un par de caballos y los dos restantes eran carretas de labradores. Uno de los carros cubiertos estaba precisamente debajo del porche; de los caballos se desprendía un denso vaho.

Rodeando los carros se hallaban algunos de los hombres que habían estado bebiendo aquella noche en la taberna. El remendón de Launceston estaba bajo la ventana de Mary, hablando con el tratante de caballos; el marinero de Fadstow había recobrado el sentido y acariciaba la cabeza de uno de los caballos; el buhonero que había torturado al pobre idiota estaba subido en uno de los carros abiertos y levantaba algo del suelo.

También había algunos desconocidos en el patio, a quienes Mary no había visto antes. Podía ver sus rostros a la luz de la luna, cuyo brillo parecía preocupar a los hombres, y que uno de ellos, mirando hacia arriba, movió la cabeza mientras su

compañero se encogía de hombros. Otro, que tenía cierto aire de superioridad, movió un brazo impaciente, como apremiándolos para que se dieran prisa. Tres de ellos se volvieron al momento y pasaron a la posada por debajo del porche. Mientras tanto, el ruido de cosas arrastradas continuaba, y Mary no podía distinguir sin dificultad la dirección en que eran llevadas. Algo era arrastrado al final del corredor, a la habitación que tenía las ventanas atrancadas y la puerta cerrada.

Empezaba a comprender. Los bultos se traían en los carros que eran descargados en la «Posada de Jamaica» y almacenados en la habitación cerrada. A juzgar por el aspecto de los caballos, debían de venir de muy lejos, tal vez de la costa, y tan pronto como los carros fueran descargados, marcharían, desapareciendo en la noche, tan rápida y sigilosamente como habían llegado.

En el patio, los hombres trabajaban con rapidez para ganar tiempo. El contenido de uno de los carros cerrados no fue transportado al interior de la posada, sino trasladado a uno de los carros abiertos de labranza, que estaba en el patio al lado del abrevadero. Eran bultos de diferentes tamaños y formas: grandes fardos, pequeños paquetes, largos rollos envueltos en paja y papel. Cuando el carro estuvo lleno, el conductor, desconocido por Mary, se subió al pescante y arrancó. Los carros restantes fueron descargados uno a uno, y los bultos se colocaron parte en los carros abiertos, que salieron del patio, y parte fueron llevados por los hombres al interior de la casa. Todo fue hecho en silencio. Aquellos hombres que habían gritado y cantado en las primeras horas de la noche estaban ahora serenos y tranquilos, entregados por completo al asunto que tenían entre manos. Hasta los caballos parecían comprender las necesidad de absoluto silencio, permaneciendo inmóviles.

Joss Merlyn salió del porche llevando a su lado al buhonero. Ninguno de los dos llevaba chaqueta ni sombrero, a pesar del frío, y ambos llevaban las mangas de la camisa arrolladas hasta el codo.

—¿No hay más? —preguntó el posadero quedamente al conductor del último de los carros.

Negó este y agitó su mano. Los hombres empezaron a subirse a los carros. Algunos de los que habían venido a pie hasta la posada se fueron con ellos, evitándose así la caminata de una o dos millas de su larga jornada de regreso. No se marchaban de vacío, todos llevaban alguna cosa: cajas sobre los hombros, líos bajo los brazos. El remendón de Launceston no solo había cargado su caballejo con sacos que reventaban de llenos, sino que él también se había cargado de cosas, de tal manera que su cintura era mucho, más gruesa que cuando vino.

Así, pues, los carros salieron de la «Posada de Jamaica», chirriando, uno tras otro, en extraña y fúnebre procesión. Al llegar al camino, unos se dirigían al Norte y otros hacia el Sur, hasta que todos desaparecieron y nadie quedó en el patio, sino un hombre a quien Mary no había visto antes, el buhonero y el patrón de la «Posada de Jamaica».

Después los tres hombres se volvieron, entraron en la casa, y el patio quedó

desierto. Los oyó marchar a lo largo del corredor, en dirección a la taberna. El sonido de los pasos se apagó y la puerta se cerró de un golpe.

No se oía otro ruido que el ronco jadeo del reloj y el chirrido que precedía a las campanadas. Sonaron las tres, y a continuación los estertores del acompasado jadeo del reloj, que parecía un hombre que jadease moribundo.

Mary se retiró de la ventana y fue a sentarse sobre el lecho. Se estremeció al sentir en los hombros el aire frío y cogió su chal. Pensar en dormir era imposible; estaba desvelada y nerviosa. Aunque la aversión y el miedo que le inspiraba su tío eran tan fuertes como siempre, su creciente interés y una malsana curiosidad iban adueñándose de ella. Ahora comprendía algo de sus negocios. Lo que había presenciado aquella noche no era otra cosa que operaciones de contrabando en gran escala. No había duda de que la «Posada de Jamaica» estaba idealmente situada para este fin, y que había sido adquirida con este único objeto. Todo lo que le hablaba de regresar al hogar de su niñez era una tontería. La posada, estaba sola en el camino real que corría de Norte a Sur, y Mary pudo discernir que para una persona con capacidad de organización era bastante fácil montar un equipo de carros desde la costa hasta la orilla del Tamar, teniendo como punto de parada y almacén general la posada.

Para trabajar con éxito se necesitaban confidentes en todo el país; para eso estaban el marinero de Padstow, el remendón de Launceston, los gitanos, los vagabundos y el pequeño buhonero.

Pero, no obstante y a pesar de su acentuada personalidad, su energía y el miedo que infundía su extraordinaria fuerza física, ¿tenía Joss Merlyn la capacidad y la astucia necesarias para dirigir tal empresa? ¿Había planeado cada movimiento, cada partida, y había hecho los preparativos necesarios para el trabajo de esta noche, durante la pasada semana, mientras estuvo ausente de la casa?

Así debía de ser; no veía otra solución. Aunque su desprecio por el posadero iba en aumento, no podía dejar de sentir cierto respeto por su capacidad de dirección.

Todo el negocio debía estar rigurosamente vigilado, y los agentes escogidos, no obstante sus rudas maneras y sus atrabiliarias cataduras, ya que de otro forma no podría haber sido burlada la ley durante tan largo tiempo. Un magistrado que tuviese sospechas del contrabando podría haber sospechado de la posada, antes, a no ser que él mismo estuviese complicado en ello. Mary frunció el ceño, apoyando su barbilla en las manos. Si no fuera por tía Patience, se marcharía de la posada ahora mismo, buscaría el camino de la ciudad más próxima y denunciaría a Joss Merlyn. Pronto estaría en prisión y con él el resto de los bandidos, poniéndose así fin a semejante tráfico. Era inútil contar con tía Patience. El hecho de que aún conservara una abyecta devoción por su esposo hacía el problema más difícil, casi imposible por el momento.

Daba vueltas al asunto en su cabeza y no estaba del todo satisfecha. Había algo que no estaba claro. La «Posada de Jamaica» era un nido de ladrones y cazadores furtivos, que, con su tío como jefe aparente, hacían un negocio productivo de

contrabando entre la costa y Devon. Hasta aquí sí estaba claro. Pero ¿había visto ella todo el juego, o quedaba todavía otra parte por conocer? Recordaba el pavor reflejado en los ojos de tía Patience y aquellas palabras dichas quedamente la primera tarde, cuando las sombras del prematuro crepúsculo iban invadiendo la cocina; «Suceden cosas en la “Posada de Jamaica” de las cuales nunca me he atrevido a hablar. Cosas malas, cosas diabólicas, que jamás te podré decir; yo misma no puedo creerlas». Y subió las escaleras hacia su habitación, pálida y atormentada, arrastrando los pies como mi guiñapo humano.

El contrabando era peligroso, era fraudulento; estaba terminantemente prohibido por la ley: pero ¿era diabólico? Mary no podía contestarse. Necesitaba consejo y no podía pedirselo a nadie. Estaba sola en un mundo odioso y vil, sin ninguna esperanza de poder cambiarlo por otro mejor. Si hubiese sido un hombre, habría desafiado a Joss Merlyn y a sus compinches. Sí, habría luchado con ellos y derramado sangre, si la suerte le acompañaba, y después habría cogido un caballo del establo, y con tía Patience a la grupa, habría marchado de nuevo al Sur, a las acogedoras playas de Helford, estableciéndose como granjera, en pequeña escala, en el camino de Mawgan Geweek, dejando a su tía al cuidado de la casa.

Bueno, no había que soñar, había que hacer frente a esta situación, y con valor además, si se quería sacar algo bueno de ella.

Aquí estaba ella, una muchacha de veintitrés años, vestida con una falda y un chal, sin más armas que su inteligencia, para enfrentarse con un hombre que le doblaba la edad, y ocho veces más fuerte que ella, quien si se enteraba de que había presenciado la escena de aquella noche desde su ventana, la agarraría por el cuello y, con una ligera presión de sus dedos, pondría fin a todas sus preguntas.

Mary profirió un juramento, cosa que no había hecho más que una vez en su vida cuando fue perseguida por un toro en Manaccan, y lo hizo con el mismo objeto que ahora; para darse valor y afectar arrogancia.

—No demostraré miedo delante de Joss Merlyn ni de cualquier otro hombre —se dijo—. Y para probarlo bajaré ahora mismo al oscuro corredor y miraré lo que están haciendo en la taberna. Si me mata, mía será la culpa.

Se vistió rápidamente, se puso las medias, dejando los zapatos donde estaban, y después, abriendo la puerta, permaneció un momento escuchando. No oyó más que el acompasado y lento tictac del reloj del vestíbulo.

Se deslizó por el corredor y llegó hasta la escalera. Ahora sabía ya que el tercer escalón de arriba crujía, y lo mismo le ocurría al último. Anduvo suavemente con una mano apoyada en la barandilla y la otra a la pared, para aligerar su peso, y de esta forma llegó al sombrío corredor de la puerta de entrada, completamente vacío, de no ser por una silla desvencijada, y los vagos contornos del reloj de pared, cuyo bronco jadeo resonaba fuertemente en sus oídos y vibraba en medio del silencio como una cosa viva. El vestíbulo estaba oscuro como un pozo, y aunque sabía que estaba completamente sola, se sentía amenazada por la misma soledad. La cerrada puerta de

la sala sugería toda clase de pensamientos.

El aire estaba enrarecido y pesado, en extraño contraste con las frías losas de piedra, que sentía heladas bajo sus pies cubiertos solamente con las medias. Dudó un momento, haciendo acopio de valor para seguir adelante. Un repentino haz de luz brilló en el corredor, alargándose hasta el fondo del vestíbulo. Oyó voces. La puerta de la taberna se había abierto y alguien salió. Oyó pasos en la cocina, y unos minutos después los oyó volver de nuevo. Pero, quienquiera que fuese, dejó entreabierta la puerta de la taberna, ya que el murmullo de voces continuó y el rayo de luz seguía brillando. Mary estuvo tentada de volver a subir la escalera, entrar en su habitación y buscar seguridad en el sueño; pero, al mismo tiempo, el demonio de la curiosidad que llevaba dentro no estaba satisfecho y la llevó más allá en el corredor, y así permaneció acurrucada contra la pared, a pocos pasos de la puerta de la taberna. Sus manos y su frente estaban húmedas de sudor, y al principio no pudo oír más que los fuertes latidos de su corazón. La puerta de la taberna estaba abierta lo suficiente para poder distinguir los contornos del mostrador y la colección de botellas y vasos, mientras que, exactamente delante de ella, veía una estrecha franja del suelo. Los fragmentos del vaso que su tío había roto estaban aún allí, y a un lado una oscura mancha de cerveza, derramada por alguna mano insegura. Los hombres debían de estar sentados en los bancos del fondo; no podía verlos. Ahora estaban en silencio, y de pronto se oyó la voz de un hombre, fuerte y temblorosa; la voz de un extraño.

—No, y mil veces no —dijo—. Lo digo por última vez, conmigo no contéis. Romperé con vosotros ahora y para siempre, poniendo fin a nuestro convenio. Es asesinato lo que proponéis, Merlyn; no hay otro nombre para ello: asesinato vulgar.

La voz sonaba estridente, con un temblor en la nota final, como si el que hablase estuviese dominado por la fuerza de sus sentimientos y hubiese perdido el dominio de su lengua. Alguien —el posadero mismo, sin duda alguna— replicó en voz baja. Mary no pudo percibir sus palabras, pero su frase fue interrumpida por un golpe de risa, que reconoció como del buhonero. Su eco era inconfundible: insultante y grosero.

Debía de haber hecho una pregunta, porque el desconocido replicó con viveza, defendiéndose.

—¿Es la horca? Yo me he expuesto a la horca antes de ahora; no tengo miedo a perder el cuello. No, no es eso; estoy pensando en mi conciencia y en Dios todopoderoso, y aunque me pondría delante de cualquier hombre para luchar lealmente, recibiendo el castigo si era necesario, cuando se trata de asesinar a criaturas inocentes, probablemente mujeres y niños entre ellas, eso significa ir directamente al infierno, Joss Merlyn, y tú lo sabes tan bien como yo.

Mary oyó el ruido de una silla y el hombre se puso en pie; pero al mismo tiempo alguien dio un puñetazo sobre la mesa y lanzó un juramento. Su tío levantó la voz por primera vez:

—¡No tan aprisa, amigo —dijo—, no tan aprisa! Tú estás metido en este negocio

hasta el cuello, y ¡al diablo la maldita conciencia! Te digo que no puedes volverte atrás ahora; es demasiado tarde, demasiado tarde para ti y para todos nosotros. Desde un principio he dudado de ti, con tu aire de caballero y tus puños limpios y, ¡vive Dios!, que se ha demostrado que tenía razón. Harry, cierra aquella puerta y pon la barra.

Súbitamente hubo un forcejeo; se oyó un grito y el ruido de un cuerpo caer a tierra. Por primera vez una mesa fue derribada y la puerta del patio se cerró de un golpe. Una vez más sonó la risa del buhonero, odiosa y obscena, y comenzó a silbar una de sus canciones.

—¿Le haremos cosquillas como a Samuel *el Tonto*? —dijo de pronto—. No será nada sin sus bonitas ropas. A mí me vendrá bien su reloj y su cadena. Los pobres de los caminos, como yo, no tenemos dinero para comprar relojes. Hazle cosquillas con el látigo, Joss, y vamos a ver de qué color tiene el pellejo.

—Cierra la boca, Harry, y haz lo que se te dice —respondió el posadero—. Quédate dónde estás, junto a la puerta, y pínchale con el cuchillo si trata de pasar. Ahora, mire, señor pasante, o lo que quiera que seas en Truro. Te has portado como un idiota esta noche, y no vas a hacer que yo lo sea también. Te gustaría salir por esa puerta, ¿verdad?, montar a caballo y marchar a Bodmin. Sí, y a las nueve de la mañana tendremos a todos los magistrados y a un regimiento de soldados en la «Posada de Jamaica». Este es tu bonito plan, ¿no?

Mary podía oír al desconocido respirar trabajosamente; debían de haberle herido en la refriega, porque su voz era entrecortada, como si estuviese sufriendo.

—Vosotros podéis seguir —murmuró—, si queréis. Yo no puedo deteneros, y os doy mi palabra de honor de que no os denunciaré. Pero no iré con vosotros; es mi última palabra.

Hubo un silencio, y después Joss Merlyn habló de nuevo.

—Ten cuidado —dijo suavemente—. Ya oí a otro hombre decir lo mismo en otra ocasión, y cinco minutos después estaba pataleando en el aire al final de una cuerda, amigo mío, y el dedo gordo de su pie estaba a media pulgada del suelo. Le pregunté si le gustaba estar tan cerca de la tierra, pero no me contestó. La cuerda le había obligado a sacar la lengua y se la mordió por la mitad. Después dijeron que había tardado en morir siete minutos y tres cuartos.

Fuera, en el corredor, Mary sintió que su cuello y su frente se cubrían de sudor, y que sus brazos y piernas le pesaban como si fuesen de plomo. Delante de sus ojos danzaban pequeños puntos negros, y se dio cuenta con espanto de que estaba a punto de caer desmayada.

No tenía otro pensamiento que el de escurrirse hasta el desierto corredor y alcanzar la sombra del reloj. De ninguna manera debía caer aquí y ser descubierta. Se apartó del haz de luz y tanteó la pared. Temblaban sus rodillas y se daba cuenta de que, de un momento a otro, no la sostendrían. Sintió vértigo y un intenso malestar.

Oyó la voz de su tío, viniendo de muy lejos; como si hablara con las manos

puestas en la boca:

—Déjame solo con él, Harry —dijo—; no hay más trabajo para ti esta noche en la «Posada de Jamaica». Llévate su caballo y déjalo suelto al otro lado de Cameldford. Yo arreglaré este asunto.

Como pudo, llegó Mary hasta el vestíbulo, y así, sin darse cuenta de lo que hacía, levantó el picaporte de la puerta de la sala y entró. Se derrumbó en el suelo, con la cabeza entre las rodillas.

Debió de permanecer sin sentido uno o dos minutos, porque los puntitos negros que danzaban delante de sus ojos se agruparon en un todo y se hundió en las tinieblas. Pero la posición en que había caído la obligó a volver en sí mucho antes que hubiera podido hacerlo otra cosa cualquiera, y después de un momento se sentó apoyándose en un codo. Oyó el golpeteo de las herraduras del caballo, fuera, en el patio; también oyó una voz maldiciendo para que se estuviese quieto. Era Harry el buhonero; después debió de montar y hundir los talones en los ijares del caballo, porque el sonido de las herraduras se apagó en el patio y se perdió en la distancia por la carretera y en la ladera, de la colina. Su tío estaba ahora solo en la taberna con su víctima y Mary se preguntaba si le sería posible llegar al lugar habitado más próximo al camino de Dozmary y pedir auxilio. Representaba una jornada de dos o tres millas a través de la senda del marjal antes de llegar a la primera cabaña de pastores. Por aquella misma senda había huido el pobre idiota aquella noche, y quizás estuviese todavía gimiendo por allí.

Ella no sabía nada de los habitantes de las cabañas; posiblemente pertenecían a la banda de su tío, en cuyo caso habría caído en una trampa. Tía Patience arriba en su cama, no era una ayuda; más bien un estorbo. Era una situación desesperada y parecía no haber salvación para el desconocido, quienquiera que fuese, a menos que él mismo llegara a un arreglo con Joss Merlyn. Con un poco de astucia, quizá podría vencer a su tío. Ahora que el buhonero se había marchado, estaban igualados en lo que se refería al número, aunque la fuerza física de su tío pesaba mucho en su favor. Mary empezó a sentirse desesperada. Si, por lo menos, tuviese una escopeta o un cuchillo, podrá herir a su tío o siquiera desarmarle, mientras la infeliz víctima huía de la taberna. No tenía miedo por ella misma; era solamente cuestión de tiempo el que fuera descubierta, y no tenía objeto el permanecer acurrucada en la sala vacía. El desmayo había sido pasajero y se despreciaba por su debilidad. Se incorporó, poniendo ambas manos sobre el picaporte para hacer menos ruido, y abrió la puerta unas pulgadas. No se sentía otro ruido que el tictac del reloj, y se había extinguido el rayo de luz que lucía al final del corredor. La puerta de la taberna había sido cerrada. Tal vez en aquel momento el desconocido estaría luchando por su vida, peleando para poder respirar entre las enormes manazas de Joss Merlyn, rodando de un lado a otro sobre el suelo de piedra de la taberna. No podía oír nada, sin embargo; pasara lo que pasara detrás de la puerta cerrada, se realizaba en silencio.

Mary estaba a punto de salir al vestíbulo una vez más y subir las escaleras hacia

el corredor más lejano, cuando un sonido, que venía de arriba, la hizo detenerse y levantar la cabeza. Era el crujido de una tabla. Se hizo el silencio durante un minuto y después sonó de nuevo: pisadas quedas andando suavemente arriba. Tía Patience dormía en el otro corredor, al otro extremo de la casa, y Mary había oído a Harry el buhonero marcharse en el caballo, hacía escasamente diez minutos. Su tío estaba en la taberna con el desconocido y nadie había subido la escalera desde que ella bajó. La madera crujió de nuevo y las suaves pisadas continuaron. Alguien había en la vacía habitación para huéspedes del piso de arriba.

El corazón de Mary empezó a palpar fuertemente y su respiración se aceleró. Quienquiera que estuviese escondido arriba, debía de llevar allí muchas horas. Debía de estar esperando desde las primeras horas de la noche; estaría detrás de la puerta cuando ella se fue a acostar. Si hubiese entrado después, ella habría oído sus pasos en la escalera. Quizá habría espiado la llegada de los carros como ella la había hecho, y habría visto escapar chillando al idiota de Dozmary. Había estado separada de él por el débil tabique y habría oído todos sus movimientos: cuando se acostó y después cuando se vistió y abrió la puerta.

Por tanto, debía de desear permanecer oculto. De otra forma, hubiera salido al rellano cuando ella lo hizo; si fuese alguno de los de la banda que hubo en la taberna, habría hablado con ella de seguro; habría espiado sus movimientos. ¿Quién le había dejado entrar? ¿Cuándo había entrado en la habitación? Debía de haberse escondido allí para no ser visto por los contrabandistas. Por tanto, no era uno de ellos. Era enemigo de su tío. Las pisadas habían cesado otra vez, y aunque retuvo el aliento y escuchó atentamente, no pudo oír nada. No se había equivocado, sin embargo, estaba convencida de ello. Alguien —quizás un aliado— estaba escondido en la habitación de los huéspedes al lado de la suya y podría ayudarla a salvar al desconocido. Había puesto un pie en el primer escalón cuando el rayo de luz brilló una vez más en el corredor y oyó que se abría la puerta de la taberna. Su tío se dirigía hacia el vestíbulo. Mary no tenía tiempo para subir las escaleras antes que él diera vuelta al recodo; por tanto, se vio forzada a penetrar rápidamente en la sala, quedando con una mano apoyada en la puerta. En la oscuridad del vestíbulo, su tío no podría ver que la puerta no estaba completamente cerrada. Temblando de miedo y excitación, esperó en la sala, y oyó al posadero atravesar el vestíbulo y subir las escaleras hasta el rellano. Sus pasos se detuvieron en la puerta de la habitación para los huéspedes y estuvo allí uno o dos segundos, como si él también esperase oír algún ruido extraño. Después llamó dos veces suavemente, a la puerta.

Una vez más crujieron las tablas, alguien cruzó la habitación de arriba y abrió la puerta. Mary sintió desfallecer su corazón, creyendo en su primitiva desesperación. No podía ser un enemigo, después de todo. En primer lugar, probablemente Joss Merlyn le había facilitado la entrada en las primeras horas de la noche, cuando ella y su tía Patience habían estado preparando la taberna para la reunión, y él había estado esperando allí hasta que los hombres se marcharon. Era algún amigo personal del

posadero que no deseaba mezclarse en sus negocios nocturnos, y que no se había dejado ver ni aun de su esposa.

Su tío sabía que había permanecido allí todo el tiempo, y por ello alejó al buhonero. No quiso que aquel viese a su amigo. Entonces dio gracias a Dios por no haber subido la escalera y llamado a la puerta.

Suponiendo que ellos entraran en su habitación para ver si estaba dormida, tenía poca esperanza de salvarse una vez que su ausencia fuese descubierta. Miró detrás de sí hacia la ventana. Estaba cerrada y atrancada. No tenía por donde escapar. Ahora bajaban la escalera; se detuvieron un instante delante de la puerta de la sala. Por un momento, Mary pensó que iban a entrar. Estaban tan cerca de ella, que podía tocar el hombro de su tío a través del resquicio de la puerta. Su tío habló quedamente casi a su oído.

—Usted es quien tiene que decidirlo —bisbiseó—; ha de ser su decisión y no la mía. Yo no lo haré o lo haremos entre los dos; pero usted debe decidirlo.

Oculto como estaba por la puerta, Mary no podía ver ni oír al nuevo compañero de su tío, y cualquiera que fuese el gesto o la señal que hiciera en respuesta, escapó a su percepción. No permanecieron a la puerta de la sala, sino que volvieron al vestíbulo, y por el corredor se dirigieron hacia la taberna.

Cerraron la puerta y no pudo oírlos más.

Su primera intención fue abrir la puerta principal, salir al camino y huir de ellos; pero, reflexionando, se dio cuenta de que haciendo esto no ganaría nada. Podía haber otros hombres —el buhonero y tal vez el resto de la banda— apostados a intervalos, a todo lo largo del camino, para evitar posibles sorpresas.

Parecía como si este nuevo individuo, que había permanecido escondido toda la noche en la habitación de arriba, no la hubiese oído, después de todo, cuando salió de su habitación; de otro modo, habría informado ya a su tío y la habrían buscado, a menos que estimasen que ello no tenía más que una importancia secundaria dentro del plan general. El hombre de la taberna era su preocupación; de ella se ocuparían después.

Debió de estar esperando durante diez minutos o más algún ruido o señal, pero todo permaneció en silencio. Únicamente el reloj del vestíbulo continuaba con su tic-tac, marcando despacio, indiferente a toda acción, como símbolo del tiempo y de la ecuanimidad. Por un instante creyó haber oído un grito, pero se desvaneció y se perdió al instante, y fue tan débil y tan lejano, que bien pudiera haber sido producto de su imaginación atormentada por todo cuanto había visto aquella noche.

Después Mary salió al vestíbulo y se dirigió al oscuro corredor. Ni un rayo de luz salía por debajo de la puerta en la taberna. Debían de haber apagado las velas. ¿Estarían los tres sentados en la habitación, en la oscuridad? En su imaginación se presentaba este extraño cuadro: un silencioso cuadro; un silencioso y siniestro grupo animado de algún propósito que ella no podía comprender. El hecho mismo de haber apagado las luces hacía más fúnebre aún aquella quietud.

Se aventuró hasta la puerta y puso su oído contra las tablas. No se oía ni el murmullo de una voz, ni siquiera la respiración de alguien. El pesado olor a bebidas que había impregnado la atmósfera del corredor toda la noche, se había disipado, ya través del ojo de la cerradura pasaba una corriente de aire. Mary, obedeciendo a un impulso incontenible, levantó el pestillo, abrió la puerta y penetró en la habitación. No había nadie. La puerta que daba al patio estaba abierta y la habitación saturada del fresco aire de noviembre. Esto era lo que daba origen a la corriente que había en el corredor. Los bancos estaban vacíos y la mesa que había sido derribada en la primera refriega continuaba con sus patas apuntando al techo.

Los hombres se habían marchado. Debieron de dirigirse hacia la izquierda, fuera de la cocina, penetrando directamente en el marjal, ya que de otro modo habría oído cruzar el camino. El aire que azotaba su cara era frío, y ahora que su tío y el desconocido habían salido de la habitación, esta le parecía tan vulgar e inofensiva como siempre. El horror había pasado.

El último rayo de luna formaba un círculo blanco en el suelo, y en medio del círculo se movía una mancha oscura, semejante a un dedo. Era el reflejo de una sombra. Miró hacia el techo y vio que una cuerda pendía de la viga. Era el cabo de la cuerda lo que formaba la mancha dentro del blanco círculo, y siguió balanceándose a impulsos de la corriente que pasaba por la puerta abierta.

A medida que pasaban los días, Mary iba amoldándose a la vida de la «Posada de Jamaica» con una especie de terca resolución. Era evidente que no podía dejar a su tía sola durante el invierno, pero quizás a la llegada de la primavera Patience Merlyn se avendría a razones y las dos dejarían los marjales por la paz y la quietud del valle de Helford.

Esta era, por lo menos, la esperanza de Mary, y mientras tanto debía tratar de pasar lo mejor posible los seis desagradables meses que faltaban, y, si fuera posible, estaba resuelta a sacar ventajas de su tío, a la larga, y ponerle a él y sus compinches en manos de la justicia. Si solamente se trataba de contrabando, se hubiera encogido de hombros, aunque la evidente inmoralidad del negocio la disgustaba; pero todo lo que había visto hasta ahora probaba que Joss Merlyn y sus amigos no se contentaban con esto solo; eran hombres desesperados que no tenían miedo de nada ni de nadie; no se paraban ni ante el crimen. Los acontecimientos de aquella primera noche de sábado no se apartaban de su imaginación, y el cabo de cuerda colgando de la viga del techo hablaba por sí solo, Mary no tenía duda de que el desconocido había sido asesinado por su tío y el otro individuo, y que su cuerpo estaba enterrado en algún lugar del marjal.

Sin embargo, no había nada que lo probase. Considerada a la luz del día, toda la historia resultaba fantástica. Ella había vuelto a su habitación aquella noche, después de descubrir la cuerda, porque la abierta puerta de la taberna daba a entender que su tío volvería de un momento a otro, y exhausta por todo lo que había visto, debió de quedarse dormida, porque cuando despertó el sol estaba alto y podía oír a tía Patience moviéndose de un lado para otro, abajo en el vestíbulo.

Nada quedaba que recordara el trabajo de la noche: la taberna había sido barrida y arreglada; el mobiliario, colocado en su sitio; los fragmentos del vaso roto, retirados, y no había ninguna cuerda colgando de la viga. El posadero pasó toda la mañana en la cuadra y en el establo, sacando el estiércol al patio y haciendo el trabajo que habría hecho un vaquero, de tener alguno a su servicio. Cuando entró en la cocina, al mediodía, para devorar una abundante comida, preguntó a Mary sobre el ganado de Helford, pidiéndole su opinión sobre una ternera que se había puesto enferma, sin hacer referencia alguna a los sucesos de la noche anterior. Parecía de muy buen humor y pudiera creerse que había olvidado maldecir a su esposa, que, como siempre, se movía a su alrededor acechando la expresión de sus ojos, como un perro que quisiera complacer a su amo. Joss Merlyn se comportó como un hombre perfectamente normal y sereno, y era imposible creer que hubiera asesinado a un hombre pocas horas antes.

Pudiera ser que fuese inocente de esto y que toda la culpa recayese sobre su desconocido compañero; pero, de todas formas, Mary le había visto con sus propios ojos perseguir al desnudo idiota a través del patio y había oído gritar al muchacho al

sentir en su carne la correa del látigo del posadero. Le había oído capitanear aquella vil pandilla en la taberna; le había oído amenazar al desconocido que se oponía a sus deseos, y ahora estaba sentado frente a ella, con la boca llena de caliente estofado, moviendo, preocupado, la cabeza por una ternera enferma.

Ella contestaba «sí» y «no» en respuesta a su tío y bebía el té, mirándole sobre el borde de la taza, posando sus ojos alternativamente en el gran plato de humeante estofado y en sus poderosos dedos, terribles en su fuerza y en su gracia.

Pasaron dos semanas sin que se repitiera lo de la noche de aquel sábado. Quizá el último golpe había satisfecho al posadero y a sus compañeros y estaban contentos con ellos de momento, porque Mary no volvió a oír los carros, y aunque su sueño era profundo ahora, estaba segura de que el sonido de las ruedas la habría despertado. Su tío parecía no tener objeción que hacer a sus paseos por los marjales, y día a día se familiarizaba más con los campos de los alrededores, encontrando veredas que no había visto al principio, que la llevaban al camino real, conduciéndola después hasta los tornos y aprendiendo a evitar la corta hierba de empenachados tallos que, por su misma apariencia inofensiva, invitaba a ser curioseada, para después resultar ser las orillas de peligrosos y traidores pantanos.

Aunque sola, no se sentía totalmente desgraciada, y estos paseos a la grisácea luz de las primeras horas de la tarde la mantenían sana, atenuando la tristeza y la depresión que le producían las largas y oscuras noches pasadas en la «Posada de Jamaica», cuando su tía, sentada, con las manos sobre la falda miraba el fuego de turba y Joss Merlyn se quedaba solo en la taberna o desaparecía a lomos de su caballo con rumbo para ella desconocido.

No existía camaradería alguna, ni nadie venía a la posada a descansar o a comer. El cochero de la diligencia había dicho la verdad cuando dijo a Mary que ya nadie paraba en la «Posada de Jamaica». Ella solía salir al patio cuando sentía la diligencia que pasaba dos veces por semana. La veía bajar estrepitosamente la colina y remontar la siguiente, continuando en dirección a Five Lanes, sin parar ni aflojar la marcha, desapareciendo rápidamente.

Una vez agitó la mano al reconocer al cochero, pero este no le hizo caso; al contrario, fustigó a los caballos con más dureza y ella se dio cuenta, con una sensación de desesperada impotencia, de que era considerada por las gentes como de la misma condición que su tío, y suponía, que de ir a Bodmin o a Launceston, nadie la recibiría y todas las puertas se le cerrarían.

El futuro se le presentaba negro a veces, especialmente porque tía Patience no hacía ningún esfuerzo por mostrarse afable y comunicativa, pues aunque en algunas ocasiones le cogía las manos y se las acariciaba durante algunos minutos y le mostraba su contento por tenerla en la casa la mayor parte del tiempo lo pasaba la infeliz mujer como una sonámbula, realizando los quehaceres de la casa de una manera mecánica y rara vez por completo. Si hablaba, era para decir un torrente de majaderías sobre el gran hombre que podía haber sido su marido si la mala suerte no

le hubiese perseguido constantemente. Cualquier conversación normal era prácticamente imposible, y ella acabó por llevarle la corriente y hablarle con suavidad, como lo había hecho con una criatura pequeña, todo lo cual significaba un tormento para sus nervios y para su paciencia.

En este estado de ánimo y con un endiablado humor por no haber podido aventurarse fuera el día anterior a causa del viento y de la lluvia, se puso una mañana a limpiar el largo pasillo de piedra que había en la parte trasera de la casa. Este rudo trabajo, si bien fortaleció sus músculos, no mejoró su humor, ya que, al tiempo de terminar, se sentía tan disgustada con la «Posada de Jamaica» y con sus moradores, que a punto estuvo de salir al trozo de jardín, donde su tío estaba trabajando insensible a la lluvia que caía sobre sus desgreñados cabellos, y tirarle a la cara el cubo de agua sucia. La vista de su tía, que inclinada, removía el mortecino fuego de turba con el extremo de un palo, la desarmó, y Mary se disponía a emprenderla con las losas de piedra de la entrada del vestíbulo, cuando oyó un ruido de herraduras en el patio, y un momento después alguien llamaba con fuertes golpes a la cerrada puerta de la taberna.

Nadie se había acercado anteriormente a la «Posada de Jamaica», y estas llamadas eran un acontecimiento. Mary fue a la cocina para avisar a su tía, pero esta había salido de la habitación, y mirando por la ventana la vio dirigirse, a través del jardín, hacia su marido, que estaba cargando turba del montón en una carretilla. Los dos estaban fuera del alcance de su voz y no podían haber oído al recién llegado. Se secó las manos en el delantal y entró en la taberna. La puerta no debía de estar cerrada, pues, con gran sorpresa suya vio a un hombre que estaba sentado a horcajadas en una silla con un vaso lleno de cerveza hasta el borde, que tranquilamente se había servido él mismo del barril. Durante unos minutos se contemplaron en silencio uno a otro.

Había algo de familiar en él, y Mary se preguntaba dónde le había visto antes. La curva de la boca, el contorno de la mandíbula, los párpados, algo caídos, y hasta la descarada e insolente mirada con que la favoreció eran cosas que conocía y que, sin duda, le disgustaban.

El verle mirándola de arriba abajo y bebiendo su cerveza al mismo tiempo la irritaba sobremanera.

—¿Qué está usted haciendo? —dijo con aspereza—. No tiene usted ningún derecho a estar aquí y servirse a su gusto. Además, al posadero no le gustan los desconocidos.

En cualquier otro momento se habría reído de sí misma al hablar de esta manera, como en defensa de su tío, pero el fregado de las losas de piedra había dado al traste con su sentido del humor, aunque solo fuese de momento, y creyó que debía descargar su mal humor sobre la víctima más próxima.

El hombre acabó su cerveza y le alargó el vaso para que se lo volviese a llenar.

—¿Desde cuándo tienen una doncella en la «Posada de Jamaica»? —le preguntó, y sacando de su bolsillo una pipa la encendió, lanzándole una bocanada de humo a la

cara.

Sus maneras irritaron a Mary, que se inclinó hacia delante, arrancándole la pipa y tirándola al suelo detrás de ella, donde se hizo pedazos. Él se encogió de hombros y comenzó a silbar, enfureciéndola aún más con la disonancia de su silbido.

—¿Es así cómo te enseñan a tratar a los clientes? —le dijo de pronto—. No creo que hayan escogido bien. En Launceston, donde estuve ayer, hay muchachas de mejores maneras y tan bonitas como pinturas. ¿Qué has estado haciendo? Estás despeinada y tienes la cara sucia.

Mary le volvió la espalda y se dirigió hacia la puerta, pero él la llamó.

—Lléname el vaso. Para eso es para lo que estás aquí, ¿no? —le dijo—. He hecho veinte millas a caballo desde que almorcé y tengo sed.

—Me da igual que sean cincuenta millas —dijo Mary—, y como, al parecer, conoce esto, puede volver a llenarse el vaso. Le diré al señor Merlyn que está usted en la taberna, y si quiere, él mismo le podrá servir lo que le apetezca.

—¡Oh!, no molestes a Joss; a esta hora del día estará de mal humor —fue la respuesta—. Además, no está nunca muy deseoso de verme. ¿Qué le ha pasado a su esposa? ¿La ha echado para que entres tú? Me parece muy duro para la pobre mujer. De todas maneras, no estarás con él diez años.

—La señora Merlyn está en el jardín, si quiere usted verla —dijo Mary—. Puede salir por esa puerta, torcer a la izquierda y llegará a un trozo de jardín y al camino del gallinero. Hace cinco minutos estaban los dos ahí abajo. No puede usted ir por ese otro lado porque acabo de fregar el corredor y no quiero tener que volver a hacerlo otra vez.

—¡Oh!, no te excites; hay tiempo suficiente —replicó él.

Ella pudo darse cuenta de que estaba todavía observándola de arriba abajo, pensando en cómo la clasificaría, y su familiar y perezosa insolencia la enfureció.

—Bueno, ¿quiere usted hablar con el posadero, o no? —dijo ella al fin—. Porque yo no puedo estar aquí todo el día contemplándole. Si no quiere usted hablar con él y ha terminado de beber, puede dejar el dinero encima del mostrador y marcharse.

El hombre se echó a reír, y su risa y el brillo de sus dientes despertaron un recuerdo en su memoria, pero todavía no podía decir con quién le encontraba parecido.

—¿Ordenas a Joss de esta manera? —dijo él—, si es así, debe de haber cambiado mucho. ¡Qué criatura más contradictoria es el amigo, después de todo! Nunca pensé que tuviera una muchacha junto con sus otras actividades. ¿Qué hacéis de la pobre Patience por las noches?

Mary se puso como la grana.

—Joss Merlyn es mi tío político —dijo—. Tía Patience es la única hermana de mi madre. Mi nombre es Mary Yellan, si es que esto significa algo para usted. Buenos días, ahí detrás tiene la puerta.

Salió de la taberna y entró en la cocina, dándose de manos a boca con el

posadero.

—¿Con quién diablos estabas hablando en la taberna? —la increpó—. Creo que te he advertido que tuvieras la boca cerrada.

Sus gritos resonaron en el corredor.

—Está bien —dijo el hombre desde la taberna—. No le pegues. Me ha roto la pipa y se ha negado a servirme, eso demuestra que la estás enseñando, ¿no? Ven y deja que te eche una mirada. Espero que esta muchacha te haya mejorado algo.

Joss Merlyn frunció el ceño, y empujando a Mary a un lado entró en la taberna.

—¡Ah! ¿Eres tú, Jem? —dijo—. ¿Qué te trae hoy por la «Posada de Jamaica»? No te puedo comprar ningún caballo, si es eso lo que pretendes. Las cosas van malamente; estoy tan pobre como una rata de campo después de una mala cosecha.

Cerró la puerta dejando a Mary fuera, en el corredor, la cual se volvió al vestíbulo, donde tenía el cubo, limpiándose el rostro con su delantal. ¿De modo que este era Jem Merlyn, el hermano más joven de su tío? Desde luego, ella notó el parecido desde el primer momento, pero había sido tan tonta que no se dio cuenta de ello. Él le había recordado a su tío durante toda la conversación, sin que ella lo advirtiese. Tenía los ojos de Joss Merlyn, pero sin los sangrientos ramalazos ni las bolsas; tenía su misma boca, aunque firme y sin la debilidad que denotaba la del posadero; estrecha donde la de este se combaba. Era lo que Joss Merlyn había sido a los dieciocho o veinte años, pero más bajo, menos corpulento y más cuidadoso de su persona.

Mary echó agua, sobre las losas de piedra y comenzó a frotar con furia, apretando los labios fuertemente.

¡Qué raza más vil era esta de los Merlyn, con su estudiada rudeza e insolencia; con sus maneras groseras y brutales! Este Jem tenía la misma traza de crueldad que su hermano; podía verlo en la forma de su boca. Tía Patience había dicho que era el peor de la familia. Aunque apenas le llegaría a los hombros, y aun teniendo solo la mitad de su anchura, parecía poseer una fuerza que no tenía el hermano mayor. Su mirada era dura y penetrante. El posadero tenía el mentón caído y los hombros parecían pesarle; era como si todo su vigor se hubiera malgastado. Mary sabía que la bebida podía hacer esto con un hombre, y, por primera vez se dio cuenta de la ruina que era Joss Merlyn en comparación con lo que había sido antes. La presencia de su hermano se lo había revelado. El posadero se había traicionado a sí mismo. Si Jem Merlyn tenía algún sentido, trataría de contenerse antes de seguir el mismo camino. Quizá no le importara, sin embargo; esta debía ser la fatalidad de la familia Merlyn, que echaba por tierra todo propósito de hacer algo bueno en la vida y salir adelante con resolución. Su historia era demasiado negra. «Contra el impulso de la sangre nada se puede —solía decir su madre—; al final siempre sale. Aunque trates de dominarla, a la postre vencerá. Si dos generaciones viven limpiamente, es posible que se purifique, más la tercera lo mismo puede volver atrás, que no». ¡Qué derroche; qué derroche y qué lástima! Y aquí estaba tía Patience, arrastrada en la corriente de los

Merlyn, marchitada su juventud y su alegría, y, a decir verdad, muy poco superior al idiota de Dozmary.

Y tía Patience podía haber sido la esposa de un granjero de Gweek; tener hijos, una casa, un pedazo de tierra y las pequeñas alegrías de una vida normal y feliz, chismorreando con los vecinos, yendo a la iglesia el domingo y al mercado una vez por semana, recogiendo la fruta y cosechando. Cosas que había amado y que tenían fundamento. Habría conocido la placidez y serían años tranquilos los que, hubieran encanecido sus cabellos de trabajo firme y tranquila alegría. Todas estas venturas las había echado a un lado para vivir con un cerdo, con un hombre cruel y borracho. «¿Por qué serían las mujeres tan ciegas y tan necias?», se preguntaba Mary, y restregó la última losa de piedra del vestíbulo con tal furia como si con esta acción pudiese limpiar al mundo y borrar todas las imprudencias de su sexo.

Su energía se había convertido en un verdadero frenesí y volviendo del vestíbulo comenzó a barrer la sombría sala, que hacía mucho tiempo que no había visto una escoba. Golpeó salvajemente la destrozada estera, y una nube de polvo la envolvió. Estaba tan entregada a su desagradable ocupación, que no sintió la piedra que tiraron a la ventana de la sala, y hasta que una lluvia de guijarros hizo un agujero en el cristal, no se dio cuenta de nada. Miró por la ventana y vio a Jem Merlyn en el patio, al lado de su caballo.

Frunció el ceño y dio media vuelta, pero él contestó con otra lluvia de piedrecitas, averiando esta vez seriamente el cristal, de modo que un trozo se estrelló contra el suelo al lado de una piedra.

Descorrió los cerrojos de la pesada puerta de entrada y salió al porche.

—¿Qué quiere usted ahora? —le preguntó, dándose cuenta de pronto del desorden de su cabello y de su delantal sucio y arrugado.

Él la miró con curiosidad todavía, pero la insolencia había desaparecido y tuvo la delicadeza de demostrar que estaba un poco avergonzado de sí mismo.

—Perdóneme, si es que he estado grosero hace un momento —dijo—. No esperaba encontrar una mujer en la «Posada de Jamaica», y menos una joven como usted. Creía que Joss la había encontrado en alguna ciudad y se la había traído aquí para su capricho.

Mary se ruborizó y se mordió los labios.

—Yo no tengo nada como para encapricharse conmigo —dijo desdeñosamente—. ¿Estaría yo bien en una ciudad con este delantal viejo y estos zapatos? Creo que cualquiera con ojos en la cara podría ver que soy una campesina.

—¡Oh, no sé...! —dijo él negligentemente—. Póngase un buen vestido, un par de zapatos con tacones, péinese bien y me atrevo a asegurar que pasaría muy bien por una señora, incluso en un sitio tan importante como Exeter.

—Debería sentirme halagada por ello; pero, agradeciéndoselo mucho, prefiero llevar mi vieja ropa y parecerme a mí misma.

—Por supuesto que puede usted hacer muchas cosas peores que esa.

Al mirarle vio que se estaba riendo de ella. Dio media vuelta y entró en la casa.

—¡Venga aquí, no se marche! —dijo él—. Sé que merezco que me mire usted mal, por haberle hablado así, pero si usted conociera a mi hermano como yo, comprendería mi equivocación. Parece extraño que haya una muchacha en la «Posada de Jamaica». En primer lugar, ¿por qué ha venido usted aquí?

Mary le examinó desde la sombra del porche. Estaba serio y su semejanza con Joss había desaparecido de momento. Deseaba que no fuese un Merlyn.

—Vine aquí para estar al lado de mi tía Patience. Mi madre murió hace algunas semanas y no tengo ningún otro pariente. Una cosa le digo, señor Merlyn: doy gracias a Dios de que mi madre no haya podido ver a su hermana ahora.

—No creo que el matrimonio con Joss sea un camino de rosas —dijo el hermano—. Siempre ha tenido un genio del diablo, y además, bebe como una esponja. ¿Por qué se casó con él? Ha sido siempre lo mismo. Tenía por costumbre zurrarme cuando era pequeño, y haría lo mismo ahora si se atreviese.

—Segura que a ella le engañaron sus brillantes ojos —dijo Mary desdeñosamente—. Mi madre solía decir que tía Patience había sido en Helford como una mariposa. No quiso casarse con el granjero que la pretendía y se marchó hacia el interior del país, donde después conoció a su hermano. Ese fue el día más desgraciado de su vida.

—Entonces, ¿no tiene usted muy buena opinión del posadero? —preguntó él.

—No, y no —replicó ella—. Es un matón y un bruto y otras muchas cosas peores. De una mujer feliz y sonriente ha convertido a mi tía en una criatura miserable, agotada. No se lo perdonaré mientras viva.

Jem silbó distraídamente y acarició el cuello de su caballo.

—Nosotros, los Merlyn, nunca hemos sido buenos para nuestras mujeres —dijo—. Me acuerdo de cómo mi padre pegaba a mi madre hasta que no podía más, sin embargo, ella no le dejó; estuvo toda su vida al lado suyo. Cuando le ahorcaron, en Exeter, estuvo tres meses sin hablar a nadie. El cabello se le puso blanco del sufrimiento. No puedo recordar a mi abuela, pero dicen que luchó al lado de mi abuelo una vez cerca de Callington, que los soldados fueron a prenderlo, y a uno de ellos le mordió el dedo hasta el hueso. No puedo decir por qué quería tanto a mi abuelo, ya que él no preguntó una sola vez por ella después de que lo prendieron y dejó todos sus ahorros a una mujer que vivía al otro lado del Tamar.

Mary estaba silenciosa. Su tono indiferente le aterraba. Hablaba sin pudor alguno y sin compasión, y ella pensaba que había nacido como el resto de su familia: carente de toda ternura.

—¿Cuánto tiempo piensa estar aquí? —preguntó él de repente—. Es una pena para una muchacha como usted, ¿no? No hay mucha gente con quien pueda tratar.

—Yo no puedo remediarlo —dijo Mary—. No me iré a no ser que pueda llevarme a mi tía. No la dejaré aquí sola después de lo que he visto.

Jem se inclinó para quitar un poco de barro del casco de su caballo.

—¿De qué se ha enterado usted en tan poco tiempo? En conciencia hay muchas

cosas de qué enterarse.

A Mary no se la convencía fácilmente. Supuso que Joss había encargado a su hermano que hablase, para de esta manera obtener informes. No, ella no era tan tonta como todo eso. Se encogió de hombros y cambió de conversación.

—Ayudé a mi tío en la taberna el sábado por la noche y no tengo muy buena impresión de la gente que acudió.

—No; supongo que no —dijo Jem—. A los tipos que vienen a la «Posada de Jamaica» no les han enseñado buenos modales. Pasan demasiado tiempo en la cárcel del Condado. Me gustaría saber qué pensaron de usted. Supongo que se equivocarían igual que yo, y a estas horas estarán difamándola por todo el país. Me atrevo a decir que la próxima vez Joss se la jugará a los dados y usted se encontrará cabalgando a la grupa de algún sucio cazador furtivo del otro lado de Roughtor.

—No hay mucha posibilidad de eso —replicó Mary—. Tendrían que dejarme sin sentido antes que yo cabalgase a la grupa de nadie.

—Con sentido o sin él, las mujeres son todas muy parecidas, si vamos a eso —dijo Jem—. De todas formas, los cazadores furtivos del marjal de Bodmin no apreciarían la diferencia.

Y se rio de nuevo, asemejándose más a su hermano.

—¿Cómo se gana usted la vida? —preguntó Mary con repentina curiosidad, pues durante la conversación se había dado cuenta de que él hablaba mucho mejor que su hermano.

—Soy ladrón de caballos —dijo tranquilamente—, pero en realidad no se gana mucho dinero. Mis bolsillos están siempre vacíos. Usted debería montar aquí. Yo tengo un caballo pequeño que le vendría muy bien. Ahora está en Trewartha. ¿Por qué no viene conmigo para verlo?

—¿No tiene miedo de que le cojan? —dijo Mary.

—El robo es una cosa difícil de probar —dijo—. Supongamos que un caballo se escapa de la cuadra y que su dueño va a buscarlo. Bien, usted ha visto que estos marjales están llenos de ganado y de caballos salvajes. No es tarea fácil para el dueño dar con el suyo. Supongamos que el caballo tiene una larga crin, una mancha blanca en una pata y una marca en una oreja. Esto simplificaría la cuestión, ¿no? Y el dueño se va al mercado de Launceston con los ojos muy abiertos pero nunca encuentra su caballo. Y fíjese bien, el caballo está allí y lo compra cualquier tratante para venderlo después en el interior. Únicamente se le ha recortado la crin, las patas ya son todas del mismo color y la marca de la oreja es ahora alargada. El dueño ni siquiera lo miró dos veces. Es sencillo, ¿verdad?

—Tan sencillo que no comprendo cómo no pasa usted por delante de la «Posada de Jamaica» en coche propio, con un empolvado lacayo al estribo —dijo Mary vivamente.

—¡Oh! Ahí tiene usted —contestó él—. Nunca he tenido la cabeza para los números. Se asombrará cuando sepa lo rápido que se me escurre el dinero entre mis

dedos. La semana pasada tenía diez libras en el bolsillo. Hoy tengo solamente una moneda de un chelín. Por eso quiero que me compre usted el caballito.

Mary se rio en contra de su voluntad. Era tan franco en su picardía, que no tuvo valor para enfadarse con él.

—No puedo gastarme mis pocos ahorros en caballos. Estoy guardando para mi vejez, y si alguna vez salgo de la «Posada de Jamaica» necesitaré hasta el último penique, puede tenerlo por seguro.

Jem Merlyn la miró gravemente, y después, en un impulso repentino, se inclinó hacia ella, mirando en dirección al porche.

—Mire —dijo—; hablo ahora en serio. Puede olvidar todas esas tonterías que le he dicho. La «Posada de Jamaica» no es sitio para una muchacha ni para ninguna mujer, si vamos a eso. Mi hermano y yo nunca hemos sido buenos amigos y puedo decirle lo que quiera de él. Vamos cada uno por nuestro camino sin ocuparnos uno del otro. Pero no hay razón para que usted se vea envuelta en sus sucios manejos. ¿Por qué no escapa? Yo cuidaría de dejarla en el camino de Bodmin.

Su tono era persuasivo y casi habría confiado en él. Pero no podía olvidar que era hermano de Joss Merlyn, y que, como tal, podía traicionarla. No se atrevía a hacer un confidente de él; todavía no. El tiempo diría al lado de quién estaba.

—No necesito ayuda —dijo—, puedo cuidarme sola.

Jem echó una pierna sobre el lomo del caballo y metió los pies en los estribos.

—Está bien —dijo—, no la molestaré. Mi cabaña está al otro lado del Withy Brook, por si me necesita. Al otro lado del pantano Trewartha, al pie del Twelve Men's Moor. Estaré allí hasta la primavera. Adiós.

Y se fue camino abajo antes que ella tuviese tiempo de decir una palabra.

Mary volvió despacio a la casa. Se habría confiado a él si su nombre no fuera el de Merlyn. Sentía una apremiante necesidad de tener un amigo, pero no podía considerar como tal al hermano del posadero. No era más que un vulgar ladrón de caballos, un pícaro desaprensivo, después de todo. Poca diferencia había, en fin de cuentas, entre él y Harry, el buhonero y sus amigos. Porque tenía una sonrisa atrayente y una voz no del todo desagradable, había estado a punto de creer en él, y quizá todo el tiempo se había estado riendo de ella en su fuero interno. Llevaba mala sangre en sus venas, quebrantaba la ley a diario y, sobre todo, era hermano de Joss Merlyn. Había dicho que no existía lazo alguno entre ellos, pero aun eso podía ser una mentira para granjearse su simpatía, y quién sabe si toda su conversación no había sido inspirada por el mismo posadero.

No, pasase lo que pasase, debía mantenerse alejada y no confiar en nadie. Las mismas paredes de la posada trascendían a delito y a engaño, y el hablar en voz alta, aun en los alrededores del edificio, significaba desgracia.

La casa estaba oscura y en quietud. El posadero había vuelto a la carbonera, al final del jardín, y tía Patience estaba en la cocina. Lo inesperado de la visita había sido una pequeña conmoción que rompió la larga monotonía de la jornada. Jem

Merlyn había traído consigo algo del mundo exterior; un mundo que no estaba circunscrito a los marjales ni constreñido por los tornos de granito. Parecía que al marcharse él el esplendor del día huyó también. El cielo se había encapotado y la inevitable lluvia venía del Oeste, envolviendo en niebla las cimas de las colinas. El mal humor que se había adueñado del ánimo de Mary durante la mañana se había disipado, quedando en su lugar una sorda indiferencia, nacida de la fatiga y de la desesperación. Delante de ella se extendían, interminables, los días y las semanas, sin otra visión que el largo y blanco camino que era una tentación, las paredes de piedra y las eternas colinas.

Pensó en Jem Merlyn, y se lo imaginó cabalgando con una canción en los labios, hundiendo sus talones en los ijares del caballo, con la cabeza descubierta, sin importarle el viento ni la lluvia, escogiendo libremente su camino.

Se acordó de la senda que conducía a la villa de Helford, como se retorció serpenteando y zigzagueando de pronto hacia la orilla del agua, mientras los patos chapoteaban en el barro antes que volviese la marea, y más allá un hombre llamaba a sus vacas desde el campo. Todas estas cosas formaban parte de su vida y continuaban allí, sin un pensamiento para ella, que estaba atada aquí por una promesa que no debía romper, y para recordárselo ahí estaba el sonido de los pasos de tía Patience, moviéndose en la cocina de un lado para otro.

Mary miraba las pequeñas lanzas de lluvia empañando los cristales de la ventana de la sala. Sentada allí sola con la barbilla apoyada en las manos, las lágrimas corrían por sus mejillas al mismo tiempo que la lluvia. Indiferente, las dejaba correr sin enjuagarlas, mientras que la corriente de aire que entraba por la puerta, que se olvidó de cerrar, rizaba una larga tira de papel que colgaba de la pared. En otro tiempo fue de color rosa, pero ahora estaba descolorido. Las paredes estaban manchadas por la humedad de un color pardusco. Mary se alejó de la ventana y la fría y lúgubre atmósfera de la «Posada de Jamaica» la envolvió.

Los carros volvieron aquella noche otra vez. Mary se despertó al sonido del reloj del vestíbulo. Dieron las dos. Casi al instante se dio cuenta de que sonaban pasos abajo, en el porche. Oyó una voz que hablaba quedamente y con suavidad. Se deslizó del lecho, acercándose a las ventanas. Sí; eran ellos, pero esta vez únicamente se veían dos carros, tirados por un solo caballo cada uno y, junto a ellos en el patio, menos de media docena de hombres.

A la incierta luz, los vehículos tenían una apariencia espectral, parecían carrozas mortuorias, y los hombres, seres fantasmagóricos que no tuviesen lugar en el mundo, a la luz del día. Se movían por el patio como entes sobrenaturales de una fantástica pesadilla. Había en ellos algo horrendo, algo siniestro, que envolvía a los mismos furgones, al venir, como lo hacían de noche y furtivamente. La impresión que causaron esta noche a Mary fue más intensa y duradera, porque ahora conocía la índole de su comercio.

Eran hombres desesperados que trabajaban en este camino y llevaban convoyes a la «Posada de Jamaica». La última vez que vinieron con los carros, uno de ellos fue asesinado. Quizás esta noche se cometiese otro crimen, y la cuerda retorcida pendería, una vez más, de la viga del techo.

La escena del patio tenía una siniestra fascinación, y Mary era incapaz de abandonar la ventana. Ahora los carros habían llegado vacíos, y eran cargados con el resto de los bultos depositados en la posada la vez anterior. Dedujo que este era su sistema de trabajo. La posada se utilizaba como almacén durante unas cuantas semanas y después, cuando se presentaba la oportunidad, los carros eran enviados nuevamente para ser cargados, transportando el cargamento hasta la orilla del Tamar, donde se distribuía. La organización debía de ser muy vasta para poder cubrir toda la extensión del país en un momento determinado, y es posible que hubiera agentes esparcidos por todas partes para ejercer la necesaria vigilancia sobre los acontecimientos. Quizá habría centenares de personas complicadas en el tráfico, desde Penzance y St. Ives, en el Sur, hasta Launceston, en el límite de Devon. En Helford se hablaba poco de contrabando, y cuando se hablaba era como un guiño y una sonrisa de indulgencia, como si una pipa de tabaco o una botella de coñac, de algún barco en el puerto de Falmouth, fuese un lujo ocasional e inocente y no un peso en la conciencia.

Pero aquí era diferente. Esto era un horrendo negocio; un negocio repulsivo y sangriento, y por lo que Mary había visto, había poco de que reírse. Si a alguno le remordía la conciencia, en pago se le ponía una soga al cuello. No debía haber ningún eslabón débil en la cadena, y esta era la explicación de la cuerda que pendía de la viga. Aquel desconocido sintió escrúpulos, y acto seguido fue eliminado. Con una sensación de disgusto, Mary se preguntó si la visita de Jem Merlyn no tendría algún significado. Era una extraña coincidencia que los carros hubiesen venido por su

mismo camino. El vino de Launceston, según dijo, y Launceston estaba a orillas del Tamar. Mary se sintió irritada contra él y consigo misma. A pesar de todo, su último pensamiento, antes de quedarse dormida, fue la posibilidad de su amistad. Tonta sería si pusiera sus esperanzas en ello. Los dos sucesos corrían parejos de manera indiscutible, y era bien fácil comprender su significado.

Jem podía estar disgustado con su hermano, pero ambos se ocupaban en el mismo negocio. Había ido a la «Posada de Jamaica» para avisar al posadero que debía esperar los carros aquella noche. Era bien fácil de comprender. Y después, como tenía corazón, había aconsejado a Mary que se marchase a Bodmin. «No es lugar para una muchacha», había dicho. Nadie lo sabía mejor que él mismo, siendo uno de los de la banda. Era un negocio abominable y condenable por completo y ella se encontraba en medio de todo esto, con su tía Patience como un niño en sus brazos, sin entrever ni un rayo de esperanza en ninguna dirección.

Los carros estaban ya cargados, y los conductores subidos en los pescantes con sus compañeros. La función no había sido muy larga esta noche.

Casi a la altura del porche, Mary podía ver la enorme cabeza y los hombros de su tío. Tenían una linterna en la mano, cuya luz estaba velada por una pantalla. Los carros salieron del patio y torcieron hacia la izquierda, como Mary había supuesto, o sea en dirección a Launceston.

Se apartó de la ventana y volvió a meterse en el lecho. Al momento oyó los pasos de su tío en las escaleras, que se dirigían, por el otro corredor, a su alcoba. Esta noche no había nadie escondido en la habitación de los huéspedes.

Los días siguientes transcurrieron sin incidente alguno, y el único vehículo que transitó por el camino fue la diligencia que iba a Launceston, que pasó ruidosamente por delante de la «Posada de Jamaica» como un asustado escarabajo negro. Llegó una hermosa mañana.

El suelo estaba cubierto de escarcha y por primera vez el sol brillaba en un cielo sin nubes. Los tornos se destacaban audazmente sobre el profundo cielo azul y la hierba del marjal, generalmente oscura y empapada, brillaba ahora blanca y tersa a causa de la escarcha. El abrevadero del patio tenía una ligera capa de hielo. El barro se había endurecido, particularmente en los surcos que las vacas abrieron, y las huellas de sus pezuñas se conservaban formando rugosidades que no desaparecerían hasta que no cayesen las próximas lluvias. Un ligero viento venía rumoroso del Noroeste, y hacía frío.

Mary, cuyo espíritu revivía a la vista del sol, hizo aquella mañana día de colada, y con las mangas enrolladas por encima del codo, hundió sus brazos en la artesa de agua caliente y jabonosa, burbujeante de espuma, que acariciaba su piel en agradable contraste con el frío y penetrante aire.

Sentíase satisfecha y cantaba, mientras trabajaba. Su tío se había marchado por

los marjales, y sentía una sensación de libertad cuando estaba fuera. Aquí detrás estaba algo protegida del viento por la ancha y sólida casa, y al retorcer la ropa y extenderla en un raquítrico matorral vio que el sol la bañaba con toda su fuerza y que estaría seca para el mediodía.

Una llamada apremiante desde la ventana le hizo mirar hacia arriba, y vio que tía Patience la llamaba.

Tenía el rostro muy pálido y evidentemente estaba asustada.

Se secó las manos en el delantal y corrió hacia la puerta de la casa. Tan pronto como entró en la cocina, su tía la cogió con manos temblorosas y empezó a balbucir incoherentemente.

—Cálmate, cálmate —dijo Mary—. No puedo entender nada de lo que dices. Siéntate en esta silla y bebe un poco de agua, por amor de Dios. Ahora, ¿qué pasa?

La pobre mujer se balanceaba hacia delante y hacia atrás, moviendo la boca nerviosamente y sacudiendo la cabeza en dirección a la puerta.

—Es el señor Bassat, de North Hill —murmuró—. Lo vi desde la ventana de la sala. Viene a caballo con otro caballero. ¡Oh!, querida, querida, ¿qué vamos a hacer?

Estaba aún hablando cuando sonó una fuerte llamada en la puerta; después, tras una pausa, una lluvia de golpes.

Tía Patience lanzó un gemido y se mordió la punta de los dedos, rompiéndose una uña.

—¿Por qué ha venido aquí? —gritó—. Nunca había venido hasta ahora. Ha oído algo, estoy segura de ello. ¡Oh!, Mary, ¿qué vamos a hacer? ¿Qué le diremos?

Mary discurrió rápidamente. Se encontraba en una situación muy delicada. Si era, efectivamente, el señor Bassat, él representaba la ley y a ella se le presentaba la oportunidad de denunciar a su tío. Podía decirle lo de los carros y todo lo que ella había visto desde su llegada. Miró a la temblorosa mujer, que estaba a su lado.

—¡Mary! ¡Mary! ¡Por el amor de Dios! Dime lo que tengo que decir —suplicaba tía Patience, y cogió la mano de su sobrina y la puso sobre su corazón.

Los golpes en la puerta eran continuos.

—Escúchame —dijo Mary—. Tenemos que dejarle entrar o echarán la puerta abajo. Serénate. Después de todo, no hay necesidad de decir nada. Di que el tío Joss no está en casa y que tú no sabes nada. Yo iré contigo.

La mujer la miró con ojos anhelantes y desesperados.

—Si el señor Bassat te pregunta qué es lo que sabes, no le contestes. ¿Lo harás? ¿Puedo confiar en ti? Si a Joss le ocurre algo, me mataré, Mary.

Después de aquello no había más que decir. Mary se hubiese condenado antes de hacer sufrir a su tía. Tenía que hacer frente a la situación, por muy irónica que fuese su posición.

—Vamos a abrir, no debemos hacer esperar más al señor Bassat. No tengas miedo de mí; no diré nada.

Salieron juntas al vestíbulo, y Mary descorrió los cerrojos de la pesada puerta de

entrada. Había dos hombres en el porche. Uno de ellos se había apeado del caballo y aporreaba la puerta. El otro era un individuo corpulento y fuerte, con un pesado paletó, y permanecía montado en un hermoso caballo castaño. Tenía el sombrero echado sobre los ojos, pero Mary pudo ver que su cara estaba llena de arrugas y curtida por el viento.

Juzgó que tendría unos cincuenta años.

—Parece que no tienen mucha prisa —dijo—. A lo que veo, no se acoge muy bien a los viajeros. ¿Está en casa el posadero?

Patience Merlyn tocó disimuladamente a su sobrina, y Mary entonces contestó.

—El señor Merlyn está fuera, caballero —dijo—. ¿Desea usted algo para comer o beber? Yo le serviré si pasan ustedes a la taberna.

—¡Al diablo con la comida y la bebida! Sé bien lo que se puede esperar en la «Posada de Jamaica», en ese aspecto. Quiero hablar con el dueño. Oiga, ¿es usted la mujer del posadero? ¿Cuándo regresará?

Tía Patience le hizo una ligera reverencia.

—Si me hace la merced, señor Bassat —dijo, hablando de una manera chillona y clara, como un niño que ha aprendido la lección—. Mi marido salió después de desayunarse, y en realidad no sé si volverá antes de la noche.

—¡Hum! —gritó el caballero—. ¡Qué fastidio! Quería decirle unas palabras al señor Joss Merlyn. Escuche, buena mujer; su apreciable esposo pudo comprar la «Posada de Jamaica» sin yo saberlo, con engaños según su costumbre, y no voy a volver sobre ello; pero lo que no consentiré es que mis tierras sean la sede de todos los negocios sucios y miserables del país.

—No sé lo que quiere decir, señor Bassat —dijo la tía—. Nosotros vivimos muy pacíficamente, y aquí, mi sobrina puede decirle lo mismo.

—Mire, no soy tan tonto —respondió el caballero—. He estado observando este lugar durante mucho tiempo. Una casa no adquiere mala fama sin motivos, señora Merlyn, la «Posada de Jamaica» apesta de aquí a la costa. No trate de hacerse la inocente. ¡Ven acá, Richard! Sujeta este maldito caballo, ¿quieres?

El otro hombre, que por su vestido parecía ser un criado, sostuvo las bridas mientras el señor Bassat se apeaba con trabajo.

—Ya que estoy aquí voy a echar una ojeada a esto —dijo—, y le digo de antemano que es inútil que trate de impedírmelo. Soy magistrado y tengo autorización para ello.

Apartó a las dos mujeres y pasó al pequeño vestíbulo. Tía Patience hizo un movimiento como si fuera a detenerlo, pero Mary movió la cabeza y le hizo una seña.

—Déjale —murmuró—. Si ahora tratamos de impedirlo, se pondría más furioso.

El señor Bassat lo miraba todo con disgusto.

—¡Dios mío —exclamó—, esto huele como una tumba! ¿Qué diablo han hecho ustedes? La «Posada de Jamaica» fue siempre tosca y sencilla, sin pretensiones, pero esto es ya demasiado. La casa está desnuda como la palma de la mano; no tiene ni

muebles.

Abrió la puerta de la sala y señaló con su fusta a las lúgubres paredes.

—Se les vendrá el techo encima si no evitan eso —dijo—. En mi vida he visto cosa semejante. Vamos, señora Merlyn, condúzcame arriba.

Pálida y angustiada, Patience Merlyn se dirigió a la escalera, buscando los ojos de su sobrina para que le diesen fuerza.

Exploraron concienzudamente las habitaciones del rellano. El caballero miró por todos los rincones, levantó los sacos viejos, apartó las patatas, lanzando exclamaciones de desagrado durante todo el tiempo.

—¿Y a esto llaman una posada? —dijo—. Pero si no tienen ni una cama en que pueda dormir un gato. Todo está destrozado, completamente deshecho. ¿Qué se proponen? ¿Se ha quedado muda, señora Merlyn?

La pobre mujer no podía contestar; continuaba con las manos temblorosas y moviendo la boca, y Mary sabía que tanto su tía como ella no pensaban en otra cosa que en lo que sucedería al llegar a la puerta atrancada que estaba abajo, al final del corredor.

—La señora del posadero parece que se ha quedado muda y sorda de repente —dijo el caballero secamente—. Y usted, joven, ¿no tiene tampoco nada que decir?

—Hace muy poco tiempo que estoy aquí. Mi madre murió, y yo he venido a cuidar a mi tía. Como puede ver no está muy fuerte. Está nerviosa y se trastorna por cualquier cosa.

—No me extraña, viviendo en un sitio como este —dijo el señor Bassat—. Bien, aquí ya no hay nada que ver. Vamos abajo, y haga el favor de enseñarme la habitación que tiene las ventanas clavadas. La he visto desde el patio, y la quiero ver por dentro.

Tía Patience se pasó la lengua por los labios y miró a Mary.

Era incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Lo siento mucho, señor —replicó Mary—, pero si se refiere usted a la habitación de los trastos, que está al final del corredor, me temo que esté cerrada. Mi tío guarda siempre la llave, y no sé dónde la pone.

El caballero miró a una y a otra con desconfianza.

—Y usted, señora Merlyn, ¿tampoco sabe dónde guarda las llaves su marido?

Tía Patience movió la cabeza. El caballero dio un bufido y giró sobre sus talones.

—Eso se arregla fácilmente —dijo—. Echaremos la puerta abajo en un momento.

Y salió al patio para llamar a su criado. Mary cogió de la mano a su tía y la atrajo hacia sí.

—Procura no temblar tanto —murmuró con energía—. Cualquiera puede ver que tienes algo que ocultar. Tu única posibilidad es demostrar que no te importa nada y que te tiene sin cuidado que se registre toda la casa.

Momentos después regresó el señor Bassat con Richards, el cual sonreía con toda su cara ante la idea de destruir algo. Llevaba una barra de hierro que había encontrado en el establo y que, evidentemente, pensaba utilizar como ariete.

Si no hubiese sido por su tía, Mary se habría regocijado con la escena. Al fin iba a poder echar una ojeada al interior de la habitación cerrada. Sin embargo, el hecho de que, tanto su tía como ella, se encontrasen complicadas si se descubría algo, le hacía experimentar encontrados sentimientos, y por primera vez se dio cuenta de que le iba a ser difícil demostrar su completa inocencia. Nadie creería sus protestas, ya que su tía se pondría ciegamente de parte del posadero.

Mary observaba con inquietud al señor Bassat y a su criado, que cogiendo la barra entre los dos empezaron a golpear con ella la cerradura. Durante algunos minutos resistió, y el ruido de los golpes resonaba por toda la casa. Después la madera cedió con un crujido, y la puerta quedó abierta ante ellos. Tía Patience lanzó un grito de angustia, y el caballero pasó, por delante de ella, al interior. Richards se apoyaba en la barra limpiándose el sudor que le corría por la frente. Mary podía ver el interior de la habitación por encima de su hombro. Estaba oscura por completo; las clavadas ventanas aparecían cubiertas con sacos, no dejando pasar luz alguna.

—Tráigame una vela —gritó el caballero—. Está oscuro como un pozo.

El criado sacó del bolsillo un cabo de vela y lo encendió. Dio la bujía al caballero, el cual, levantándola sobre su cabeza, avanzó hasta el centro del cuarto.

Hubo un momento de silencio mientras el caballero daba vueltas alumbrando todos los rincones. Después dio un chasquido con la lengua en señal de disgusto y desencanto, y se volvió hacia el pequeño grupo que había detrás de él.

—Nada —dijo—, nada en absoluto. El posadero se ha burlado otra vez de mí.

La habitación estaba completamente vacía, a excepción de un montón de sacos que había en un rincón. Lo cubría una espesa capa de polvo y de las paredes colgaban telarañas tan grandes como la palma de la mano. No había mueble alguno, la chimenea había sido obstruida con piedras y el suelo estaba enlosado como el corredor.

Sobre la pila de sacos había una cuerda enrollada.

El caballero se encogió de hombros y volvió de nuevo al corredor.

—Bien —dijo—; el señor Joss Merlyn ha ganado otra vez. En esta habitación no hay pruebas ni para matar a un gato. Me doy por vencido.

Las dos mujeres le siguieron por el vestíbulo hasta el porche, mientras que el criado se dirigía al establo para coger los caballos.

El señor Bassat se golpeaba la bota con la fusta y miraba pensativo delante de sí.

—Ha tenido suerte, señora Merlyn —dijo—. Si llego a encontrar en esta maldita habitación lo que esperaba, mañana, a estas horas, su marido habría estado en la cárcel del Condado...

Una vez más dio un chasquido con la lengua, con disgusto, dejando sin terminar la frase.

—¡Muévete, Richards! —gritó—. No puedo perder más tiempo esta mañana. ¿Qué diablos estás haciendo?

El criado apareció a la puerta del establo conduciendo los dos caballos.

—Ahora, óigame —dijo el señor Bassat, apuntando a Mary con la fusta—: Su tía ha perdido el habla y con ella el uso de los sentidos, pero creo que usted entenderá bien el inglés. ¿Quiere decir que no sabe nada de los negocios de su tío? ¿No viene aquí nadie, ni de día ni de noche?

Mary le miró a los ojos.

—Yo no he visto a nadie —contestó.

—¿No ha mirado nunca, antes de hoy, en la habitación cerrada?

—No, nunca en mi vida.

—¿Tiene usted alguna idea de por qué está cerrada?

—No, ninguna.

—¿Ha oído alguna vez ruido de ruedas en el patio?

—Tengo un sueño muy pesado; nada me despierta.

—¿Dónde va su tío cuando sale de casa?

—No lo sé.

—¿No cree usted que es muy raro tener una posada en el camino real y cerrar y atrancar puerta a todos los que pasan?

—Mi tío es un hombre muy extraño.

—Lo es. Tan endiabladamente extraño, que las gentes del país no dormirán tranquilas en sus camas hasta que lo cuelguen, lo mismo que a su padre. Se lo puede decir de mi parte.

—Se lo diré, señor Bassat.

—¿No tiene usted miedo de vivir aquí, sin oír nada, sin ver nada, sin un vecino, teniendo por toda compañía a esta mujer medio loca?

—Se pasa el tiempo.

—No tiene usted la lengua muy larga, ¿verdad joven? Bueno, no le envidio sus parientes. Preferiría ver muerta a mi hija, antes que viviendo en la «Posada de Jamaica» con un hombre como Joss Merlyn.

Se volvió y montó a caballo, cogiendo las riendas.

—Otra cosa —dijo desde la silla—: ¿Ha visto usted al hermano más joven de su tío, Jem Merlyn, de Trewartha?

—No —dijo Mary tranquilamente—; nunca viene por aquí.

—¡Ah! ¿No? Bueno, esto es todo lo que quería por hoy. Buenos días a las dos.

Y se marchó del patio, camino abajo, siguiendo por la cima de la colina más distante.

Tía Patience había precedido a Mary en la cocina, y estaba en la silla medio desvanecida.

—Vamos, recóbrate —dijo Mary con fastidio—. El señor Basset se ha ido sin haber sacado nada de su visita y muy picado por ello. Si hubiera encontrado la habitación llena de bebidas, tendrías motivo para llorar. Pero tal como ha sido, el tío Joss ha escapado bien.

Se sirvió un vaso de agua y se lo bebió sin respirar. Mary estaba a punto de perder

la paciencia. Había mentido para salvar a su tío, cuando con todas sus fuerzas deseaba denunciarle. No le extrañaba haber encontrado vacía la habitación, ya que recordaba la vista de aquel trozo de cuerda, que reconoció inmediatamente como el que había colgado en la viga, era algo más de lo que podía soportar. Y por causa de su tía tenía que permanecer callada. Era una cosa infame; no había otro nombre. Bien; ahora estaba comprometida y no podía volverse atrás. Para bien o para mal, se había convertido en una de la banda de la «Posada de Jamaica». Mientras bebía el vaso de agua, reflexionaba fríamente y colegía que, al final, probablemente la colgarían a ella al lado de su tía. No solamente había mentido para salvarle —pensaba con creciente rabia—, sino que había mentido para ayudar a su hermano Jem. Jem Merlyn debía estarle agradecido también. No sabía por qué había mentido en lo que a él se refería. Probablemente él nunca llegaría a saberlo, y si se enteraba, lo tomaría como una cosa natural.

Tía Patience continuaba quejándose y gimiendo delante del fuego. Mary no se encontraba con ánimos de consolarla. Creía que había hecho lo suficiente por la familia, por hoy, y sus nervios estaban destrozados con todo ello. Si permanecía en la cocina un momento más, acabaría dando gritos de rabia. Volvió junto a la artesa, en el trozo de jardín, camino del gallinero, y metió las manos con violencia en el agua jabonosa, que estaba ahora fría como el hielo.

Joss Merlyn regresó antes de mediodía. Le oyó entrar en la cocina, viniendo de la parte delantera de la casa. Su mujer le salió al encuentro inmediatamente, hablando atropelladamente. Mary permaneció junto a la artesa; estaba decidida a dejar que tía Patience explicara las cosas a su manera, y si la llamaba para confirmarlas, ya habría tiempo suficiente para entrar.

No podía oír nada de lo que pasaba entre ellos. La voz de su tía resonaba chillona y penetrante, y de vez en cuando su tío la interrumpía ásperamente con alguna pregunta. Después llamó a Mary desde la ventana y ella entró. Joss estaba delante del hogar, con las piernas muy separadas y el rostro sombrío.

—¡Ven acá! —gritó—. ¡Suéltalo todo! Oigamos tu cuento. No puedo sacar de tu tía más que un chorro de palabras; una cotorra habla con más sentido que ella. ¿Qué demonio ha pasado aquí?

Mary le contó con calma, con pocas y bien escogidas palabras, lo que había ocurrido durante la mañana. No omitió nada, excepto la pregunta del caballero sobre su hermano, y terminó con las mismas palabras del señor Bassat: «... que las gentes del país no dormirán tranquilas en sus camas hasta que lo cuelguen, lo mismo que a su padre».

El posadero escuchó en silencio, y cuando hubo terminado dio un puñetazo sobre la mesa de la cocina, lanzó un juramento y de una patada tiró una de las sillas al otro lado de la habitación.

—¡Maldito y rastroso bastardo! —vociferó—. No tiene más derecho que cualquier otro hombre para entrar en mi casa. La autorización del magistrado de que

habló era mentira, idiotas; no había tal autorización, ¡vive Dios! Si llego a estar yo aquí le mando a North Hill de tal forma, que ni su mujer le hubiese reconocido ni le sirviera ya para nada. ¡Así se le salten los ojos! Enseñaré al señor Bassat quién es el que manda en este país, y tendrá que venir a darme explicaciones. Os asustó, ¿verdad? Le quemaré su casa en sus mismas narices si vuelve a hacerme otra faena.

Y Joss Merlyn gritaba con toda la fuerza de sus pulmones; el ruido era ensordecedor. Mary no le tenía miedo cuando se ponía así: todo era pura fanfarronería. Le temía cuando bajaba la voz y hablaba con suavidad. Todo este escándalo demostraba que estaba asustado. Ella se daba cuenta de que su confianza había sufrido un duro golpe.

—Dadme algo de comer —dijo—; tengo que irme, y no hay tiempo que perder. ¡No hagas más gestos o te rompo la cabeza, Patience! Te has portado bien, Mary, y no lo olvidaré.

Su sobrina le miró a los ojos.

—No creerás que lo he hecho por ti, ¿verdad? —dijo.

—Maldito lo que me importa por qué lo has hecho; el resultado es el mismo —respondió él—, ya que un idiota como Bassat no habría encontrado nada; nació con la cabeza en los pies. Dame un trozo de pan y cállate. Siéntate a la mesa en tu sitio.

Las dos mujeres se sentaron en silencio, y la comida transcurrió sin otro incidente. Tan pronto como terminó, el posadero se puso en pie, y sin decir una palabra se dirigió hacia el establo. Mary creyó que cogería el caballo otra vez y se marcharía, pero un minuto después estaba de vuelta y atravesando la cocina se encaminó al extremo del jardín y salió por el portillo. Ella le observó mientras cruzaba el marjal a grandes zancadas y ascendió por la pendiente que conducía a Tolborough Tor y a Codda. Por un momento dudó de la conveniencia del plan que acababa de ocurrírsele, pero el eco de los pasos de su tía en el piso de arriba acabaron de decidirlo.

Esperó hasta que la puerta del dormitorio se cerró, y desatándose el delantal, cogió su manto de la percha y se lanzó al campo en seguimiento de su tío. Cuando llegó al extremo del jardín se agachó al lado de la pared de piedra hasta que la figura de su tío cruzó la línea del horizonte y desapareció. Entonces se levantó de nuevo, siguiendo su rastro entre las espinosas hierbas y las piedras. Era una loca aventura sin objeto, pero era de ánimo esforzado y necesitaba algo de desahogo tras el silencio de la mañana.

Su idea era no perder de vista a Joss Merlyn sin ser descubierta ella, y es posible que lograra averiguar algo de su secreta misión. No tenía duda de que la visita del caballero a la «Posada de Jamaica» había alterado sus planes, y que su repentina marcha a pie, a través del corazón del Weest Moor, tenía relación con ella. Todavía no era la una y media, y hacía una tarde ideal para pasear. A Mary, con sus fuertes zapatos y su falda corta hasta los tobillos, le importaba poco lo agreste del terreno. El suelo estaba seco —el hielo había endurecido su superficie—, y acostumbrada como

estaba a la húmeda zona de la playa de Helford y al áspero barro del patio de la granja, esta marcha por el marjal le parecía sencilla. En sus anteriores paseos había aprendido muchas cosas. Se mantenía, todo cuanto le fuera posible, cerca de la carretera y seguía en la medida de sus fuerzas, los senderos que había tomado su tío.

Su labor era difícil, y después de unas cuantas millas empezó a darse cuenta de ello. Se veía forzada a mantener una buena distancia con objeto de no ser vista, y el posadero marchaba a tal velocidad y daba tan tremendas zancadas, que al poco tiempo, Mary se dio cuenta de que se rezagaba. Quedó atrás el Codda Tor, y él torció hacia el oeste en dirección a las tierras bajas, al pie del Brown Willy, que aparecía, a pesar de su altura, como un pequeño punto negro sobre la parda extensión del erial.

La perspectiva de tener que subir mil trescientos pies fue un contratiempo para Mary. Se detuvo un momento, enjugándose el sudor; para mayor comodidad se soltó el pelo, que quedó flotando alrededor de su rostro. No alcanzaba a comprender por qué el dueño de la «Posada de Jamaica» tenía que subir, en una tarde de diciembre, al punto más alto de Bodmin. Mas como ya había llegado tan lejos, decidió continuar, dispuesta a obtener alguna compensación a sus fatigas, y prosiguió la marcha a paso más vivo.

Sentía bajo sus pies la tierra empapada por el agua que la escarcha temprana había dejado al deshacerse, y toda la baja planicie que se extendía ante ella aparecía blanda y amarillenta por las lluvias invernales. Una fría y viscosa humedad se filtraba en sus zapatos, y el borde de su falda se hallaba salpicado de barro y desgarrado en algunos sitios. Levantándola más y atánosela alrededor de la cintura con el lazo que se había quitado del cabello, Mary se lanzó tras las huellas de su tío; pero él, con asombrosa rapidez, hija de la larga costumbre, había atravesado ya la parte más difícil de la tierra baja. Podía ver a su figura entre el negro brezal y los grandes peñascos, al pie del Brown-Willy; pero después le ocultó una arista de granito, y no le vio más.

Era imposible descubrir el camino que había seguido a través del fangal. Apareció con la rapidez del rayo, y Mary le siguió lo mejor que pudo, tropezando a cada paso. Comprendía que era una locura el intentarlo, pero una estúpida terquedad le hacía continuar. Como ignoraba dónde se encontraba la senda por la que había ido su tío a pie seco, sobre el fango, Mary tuvo el suficiente buen sentido de describir una ancha curva para evitar las traidoras tierras, y caminando dos millas en dirección contraria, pudo atravesarlo con relativa seguridad. Ahora, ya no tenía esperanzas de encontrar a su tío otra vez.

Sin embargo, comenzó a escalar el Brown-Willy, escurriéndose y tropezando en el húmedo musgo y en las piedras, trepando a los grandes picos dentados, que obstruían su paso a cada momento, mientras que, de vez en cuando, algún carnero salvaje, asustado por el ruido que hacía, salía de detrás de un peñasco a mirarla, pateando. Las nubes, que venían del Oeste, proyectaban cambiantes sombras sobre la llanura, ocultando el sol.

Reinaba un gran silencio en las colinas. Un cuervo apareció a sus pies y ella lanzó

un grito; el pájaro levantó el vuelo, agitando sus grandes alas negras, descendiendo después con ásperos graznidos de protesta.

Cuando Mary alcanzó la cima de la colina, las nubes del atardecer se habían agrupado arriba, sobre su cabeza, y el mundo aparecía gris. El lejano horizonte era borroso en el crepúsculo, y una tenue y blanca neblina se desprendía de los marjales más abajo. Habiendo alcanzado el tomo por su lado más pendiente y difícil, como lo había hecho, perdió casi una hora, y la oscuridad no tardaría en descender sobre ella. Su escapada había sido de poco provecho, porque en todo lo que alcanzaban sus ojos no había un solo ser viviente.

Joss Merlyn se había esfumado hacía tiempo, y por lo que ella vio, quizá ni había escalado el tomo, sino que, bordeando sus laderas entre el áspero brezo y las piedras más pequeñas, había seguido su camino, solo, sin ser observado, hacia el Este o el Oeste, donde le hubiera llevado su asunto, para desaparecer entre los pliegues de las colinas más lejanas.

Ahora Mary nunca podría encontrarle. Lo mejor era descender del tomo por el camino más corto y de la manera más rápida, pues de otro modo tendría que afrontar la noche invernal en el campo abierto, con el negro brezo por almohada, y sin más abrigo que los hoscos riscos de granito. Reconocía su locura por haberse aventurado tan lejos, en una tarde de diciembre, ya que la experiencia le había enseñado que los crepúsculos en el marjal de Bodmin no eran largos. La noche descendía rápidamente, sin aviso, oscureciendo inmediatamente el sol. Las nieblas eran peligrosas también; se levantaban de la tierra húmeda, semejantes a una nube, cerniéndose después sobre los pantanos como una blanca barrera.

Deprimida y desalentada, desaparecida toda su excitación, Mary descendió por la empinada ladera del tomo, con la vista puesta en los pantanos y en la oscuridad que amenazaba con envolverla. Inmediatamente debajo de ella había una poza o ciénaga, que se decía el nacimiento del río Fowey, que corría después al mar, y esta debía evitarse a toda costa, pues las tierras de su alrededor eran fangosas y traidoras y la poza misma de una profundidad desconocida.

Se dirigió hacia la izquierda para evitarla; pero cuando, habiendo descendido felizmente al Brown-Willy, que elevaba su majestuosa cresta y solitario esplendor a su espalda, llegó a la planicie, la niebla y la oscuridad habían descendido sobre los marjales, y perdió todo sentido de orientación.

Sucediese lo que sucediese, debía conservar la serenidad y no dejarse dominar por el creciente pánico. Aparte de la niebla, la noche era hermosa y no demasiado fría.

En los pantanos no había peligro si se mantenía en tierra alta. Recogiéndose las faldas de nuevo y envolviéndose bien en el chal, Mary marchó decididamente hacia delante, tanteando el terreno con cuidado cuando tenía duda, y evitando los rodales de hierba que, blandos, cedían a sus pies. Era evidente que la dirección que llevaba en las primeras millas le era desconocida, ya que, de pronto, su camino se vio cortado por un arroyo que no había pasado a la ida. Si continuaba por su orilla, la llevaría una

vez más a las tierras bajas y pantanosas. Así, pues, sin pensarlo más, se metió en él, cubriéndole el agua hasta más arriba de las rodillas. No le importaba que se mojaran sus medias y sus zapatos; se consideraba afortunada con que el arroyo no hubiese sido más profundo, pues de serlo se hubiese visto obligada a nadar, con riesgo de coger un enfriamiento. El terreno parecía elevarse ahora ante ella, lo que suponía un alivio en su caminata, ya que el piso era más firme y podía marchar más rápidamente a través del monte bajo. La distancia parecía interminable, y, al fin, llegó a un tosco sendero que tenía una ligera inclinación hacia la derecha. Por lo menos, este había sido utilizado alguna vez por una carreta, y por donde había pasado una carreta, ella podía muy bien hacerlo. Lo peor había pasado, y ahora que su mayor ansiedad había desaparecido, se sentía atrozmente débil y cansada.

Sentía una gran pesadez en las piernas, le parecía que sus miembros se arrastraban y que casi no le pertenecían, y los ojos se le habían hundido. Caminaba trabajosamente, con la cabeza baja y las manos colgando a lo largo de su cuerpo, pensando que las altas y grises chimeneas de la «Posada de Jamaica» iban a ser, por primera vez, una visión grata y consoladora. El camino se ensanchaba ahora, y estaba cruzado por otro que iba de izquierda a derecha. Se detuvo unos instantes, dudando sobre qué dirección debía tomar. Fue entonces cuando oyó el resoplido de un caballo, como si marchara al trote, saliendo de las tinieblas, a su izquierda.

—¡Hola! —gritó—. ¿Quién anda ahí? ¿Hay alguien en peligro?

Miró hacia abajo y exclamó sorprendido:

—¡Una mujer! ¿Qué hace usted por aquí?

Mary cogió las riendas, aquietando al nervioso caballo.

—¡Me he extraviado, y estoy a muchas millas de mi casa! ¿Podría usted indicarme el camino?

—¡Quieto! —gritó al caballo—. ¡Estate quieto! Desde luego que la ayudaré, si puedo. ¿Dónde vive usted?

La voz era queda y suave, y por lo que pudo entrever, debía de ser persona de calidad.

—Vivo en la «Posada de Jamaica» —dijo.

Apenas salieron estas palabras de su boca, se arrepintió de haberlas pronunciado. Ahora no le ayudaría, por supuesto; el nombre solo de la «Posada de Jamaica» era suficiente para que hubiese espoleado a su caballo, dejando que ella encontrase el camino como mejor pudiese. Había sido una tonta al hablar.

Durante un momento, el hombre permaneció silencioso, como ella esperaba; pero cuando habló de nuevo, su voz no había cambiado: era baja y suave, como antes.

—La «Posada de Jamaica» —dijo—. Me temo que se ha apartado usted mucho de su camino. Ha debido de tomar la dirección opuesta. Está usted al otro lado de Hendra Downs.

—Eso no me dice nada —dijo ella—. Nunca he venido por este camino; ha sido una locura por mi parte aventurarme tan lejos, en una tarde de invierno. Le

agradeceré que me indique el camino, y una vez en la carretera llegaré pronto a mi casa.

Él la examinó un momento, y después, saltando de la silla, echó pie a tierra.

—La veo muy agitada —dijo—; no está usted en condiciones de dar un solo paso, y, además, yo no voy a dejarla que lo haga. No estamos muy lejos de la aldea; la llevaré allí. Si me da un pie, la ayudaré a montar.

De un salto estuvo sobre la silla, y él permaneció en tierra, con las bridas en la mano.

—Así está mejor, ¿no? —dijo él—. Ha debido de hacer una larga y pesada caminata por los marjales. Tiene los zapatos mojados y también el borde del vestido. Vendrá conmigo, se secará la ropa, descansará un rato y tomará alguna comida. Después, yo mismo la llevaré a la «Posada de Jamaica».

Hablaba con tal solicitud, con tan tranquila autoridad, que Mary dio un suspiro de alivio, dejando, de momento, toda responsabilidad a un lado, contenta de confiarse a su cuidado. Él arregló las riendas convenientemente y la miró. Por primera vez le vio los ojos bajo el ala de su sombrero. Eran unos ojos extraños, transparentes como el cristal y de un color tan pálido, que parecían blancos; un fenómeno de la naturaleza que no había visto hasta entonces. Se clavaban en ella y la examinaban como si pudiera leer sus pensamientos. Mary se ablandó ante él y cedió, sin importarle nada. También era blanco su cabello, bajo el sombrero de teja. Se le quedó mirando, perpleja, porque su rostro no estaba arrugado y su voz no era la de un anciano.

Tras un momento de embarazo, comprendió la razón de su anomalía y apartó los ojos. Era un albino.

Él se quitó el sombrero, quedando con la cabeza descubierta ante ella.

—Quizá sea mejor que me presente —dijo sonriendo—. Aunque nuestro encuentro no haya sido muy correcto, entiendo que esto es lo que, en general, se hace. Mi nombre es Francis Davey, y soy el vicario de Altarnun.

Había en la casa una extraña tranquilidad; algo raro y difícil de definir. Parecía la casa de alguna antigua historia, que el héroe descubriría en un atardecer de verano. Debería de tener alrededor una barrera de espinos, que él habría de atravesar abriéndose camino con su cuchillo, y después una vía de flores, creciendo en profusión, con monstruosos capullos, jamás cuidados por mano humana. Helechos gigantes y blancos lirios de largos tallos crecerían en masa bajo las ventanas. En el centro, las ramas de hiedra cubrirían las paredes interceptando la entrada, y la casa habría estado mil años dormida.

Mary sonrió de sus fantasías, y extendió una vez más sus manos hacia el fuego de troncos. Este silencio le agradaba, mitigaba su fatiga y le quitaba el miedo; era un mundo distinto del de la «Posada de Jamaica». Allí, el silencio era agresivo, cruel y estaba cargado de perversidad; las habitaciones en desuso, abandonadas. Aquí era diferente. La habitación en que se hallaba sentada tenía la tranquila impersonalidad de un salón que solamente fuese habitado por la noche. El mobiliario, la mesa en el centro y los cuadros de las paredes carecían de aquella apariencia de sólida familiaridad, patrimonio del día. Eran como cosas dormidas, con las cuales se había tropezado por sorpresa a medianoche. Alguien debía de haber vivido aquí alguna vez; gente apacible y feliz, viejos rectores con antiguos infolios bajo el brazo, y cerca de la ventana una mujer de grises cabellos se entretenía en enhebrar su aguja. De esto hacía mucho tiempo; ahora dormían en el cementerio de la iglesia, más allá de la puerta, y sus nombres aparecían ilegibles sobre las losas, cubiertas de líquen. Desde que ellos se fueron, la casa se había concentrado en sí misma, haciéndose silenciosa, y el hombre que ahora vivía en ella había tolerado que la personalidad de aquellos que marcharon permaneciese inalterable.

Mary le miraba mientras ponía la mesa para la cena, y pensaba que, sabiamente, se había dejado sumergir en la atmósfera que envolvía la casa; otro hombre habría charlado, o hecho algún ruido con las tazas, pareciéndole el silencio una opresión. Mary dejaba vagar sus ojos por la habitación, aceptando sin extrañeza las paredes desnudas, con los textos bíblicos de rigor; el pulimentado escritorio vacío, sin los papeles y los libros que ella asociaba en su mente a la sala de una rectoría. En un rincón había un caballete, y sobre él un cuadro a medio terminar de la ciénaga de Dozmary. Había sido pintado en un día gris, con nubes de lluvia sobre el cielo, y el agua carecía de brillo, tenía un color pizarroso, sin un rizo. La escena retenía los ojos de Mary, y la fascinaba. Ella no entendía nada de pintura, pero el cuadro tenía fuerza y casi sentía la lluvia en el rostro. Él debió de seguir la dirección de su mirada, pues se acercó al caballete y dio la vuelta al cuadro.

—No lo mire —dijo—, fue hecho muy de prisa y no tuve tiempo para terminarlo. Si le gusta la pintura, verá algo mejor. Pero antes de nada le voy a dar la cena. No se mueva de la silla. Acercaré la mesa a su lado.

Era una novedad ser servida, pero lo hacía con tanta tranquilidad, tan sin aparato, que parecía una cosa natural y diaria, por lo que Mary no se sentía desconcertada.

—Hannah vive en la aldea —dijo él—. Se marcha a las cuatro de la tarde. Yo prefiero estar solo. Me gusta prepararme la cena y hacerlo cuando me parece. Afortunadamente, ha hecho hoy tarta de manzana. Espero que pueda comerla. En repostería no es más que regular.

Le sirvió una taza de humeante té con una cucharada de nata. Ella no se podía acostumbrar aún a sus blancos cabellos y a sus ojos. Eran un contraste tan fuerte con su voz y con sus negras vestiduras, que los hacían aún más extraordinarios, sentíase todavía algo cansada, extraña en aquel ambiente, y él respetaba su deseo de silencio. Mary tomaba su cena y de vez en cuando le lanzaba una furtiva mirada, ya que al momento volvía hacia ella sus ojos blancos y fríos, semejantes a la mirada impersonal y penetrante de un ciego, y ella separaba sus ojos, mirando hacia las verdosas paredes de la habitación o hacia el caballete.

—Fue providencial el que yo la encontrara en el marjal esta noche —dijo él al fin, cuando ella apartó su plato y volvió a hundirse en el sillón con la barbilla sobre la mano.

El calor de la habitación y el té caliente le habían producido sueño, y su modulada voz le llegaba de muy lejos.

—Mi trabajo me lleva a veces a las más apartadas cabañas y a las granjas —continuaba él—. Esta tarde he ayudado a traer un niño al mundo. Vivirá y la madre también. Estas gentes de los marjales están endurecidas y no les importa nada. Lo habrá notado usted. Yo siento un gran respeto por ellos.

Mary no respondió. La gente que había visto en la «Posada de Jamaica» no le había inspirado respeto. Extrañaba el perfume de rosas que impregnaba el aire, y se dio cuenta por primera vez del tazón lleno de hojas secas que había sobre una mesita, detrás de su asiento. Cuando él habló de nuevo, su voz era suave como siempre, pero con una nota nueva de curiosidad.

—¿Por qué vagaba por el marjal esta noche? —preguntó.

Mary se sobresaltó, y le miró a los ojos. La miraban con tan infinita compasión, que ella deseaba acogerse a su misericordia.

Casi sin darse cuenta de ello, se oyó contestarle:

—Estoy en un apuro terrible —dijo—. Algunas veces creo que llegaré a estar como mi tía, y me volveré loca. Usted debe de hacer oído rumores aquí, en Altarnun, y se habrá encogido de hombros; no les habrá prestado atención. Yo no llevo en la «Posada, de Jamaica» mucho más de un mes, pero me parece que hace veinte años. Es mi tía lo que me preocupa, ¡si por lo menos pudiera llevármela...! Pero ella no dejará al tío Joss, a pesar del trato que le da. Cada noche, al acostarme, me pregunto si me despertará el ruido de los carros. La primera vez vinieron seis o siete; traían grandes paquetes y cajas, que los hombres almacenaron en la habitación atrancada, al final del corredor. Aquella noche se asesinó a un hombre; yo vi la cuerda colgando de

la viga... —interrumpió, sonrojándose—. Nunca se lo he dicho a nadie antes —dijo—, tenía que hacerlo. No podía callarme más tiempo. Pero no debí decirlo. He hecho algo terrible.

Durante un corto tiempo él no respondió. La dejó recobrar, y después habló despacio y con dulzura, como un padre que tranquiliza a un niño asustado.

—No tenga miedo —le dijo—, su secreto está seguro, nadie sabrá esto sino yo. Está usted muy cansada, y es culpa mía por haberla traído a esta habitación caliente y hacerla comer. Debí llevarla a la cama. Ha debido de estar horas en el marjal, y hay malos parajes desde aquí a la «Posada de Jamaica»; los fangales están en esta época del año peor que nunca. Cuando haya descansado la llevaré en mi cochecillo y le daré mis excusas al posadero, si lo desea.

—¡Oh, no debe hacer eso! —dijo Mary rápidamente—. Si sospecha la mitad de lo que he hecho esta noche me mataría, y a usted también. Usted no lo comprende. Es un hombre violento que no se para ante nada. No; en último caso trataré de subir por el porche a la ventana de mi habitación, y entrar de esa manera. Él no debe saber nunca que he estado aquí, ni que le he encontrado a usted.

—¿No está dejando correr un poco su imaginación? —dijo el vicario—. Sé que debo parecerle frío y poco comprensivo, pero estamos en el siglo XIX y los hombres no se asesinan sin motivo unos a otros. Creo que tengo tanto derecho a llevarla por el camino real como su mismo tío. Después de lo que me ha contado, ¿no cree usted mejor que me debe explicar el resto de la historia? ¿Cómo se llama usted y cuánto tiempo lleva viviendo en la «Posada de Jamaica»?

Mary levantó la vista hacia los pálidos ojos de aquel descolorido rostro, con el halo de blanco cabello, y se preguntó de nuevo qué extraño fenómeno de la Naturaleza era este hombre, que lo mismo podía tener veintiún años que sesenta, y que, de proponérselo, con su dulce y persuasiva voz, la obligaría a contarle todos los secretos que su corazón poseía. Podía confiar en él; de esto, por lo menos, estaba segura. Todavía titubeaba, dando vueltas a las palabras en su imaginación.

—Vamos —dijo él con una sonrisa—. He oído confesiones en otro tiempo; no aquí en Altarnun, sino en Irlanda y en España. Su historia no me parece tan extraña como usted cree. Hay otros mundos además de la «Posada de Jamaica».

Su charla la hacía sentirse humilde y un poco confundida. Era como si él se burlara, a pesar de todo su tacto y de su amabilidad, y la creyera un poco histérica y demasiado joven. Continuó de lleno con su historia con frases espasmódicas y deshilvanadas, empezando con aquella primera noche de sábado, en la taberna, y terminando con su llegada a la posada. Su historia insípida y carente de convicción, aun para ella misma, que sabía era verdad, y su gran fatiga, la hacían contarla trabajosamente, de forma que continuamente no encontraba las palabras, y se paraba para reflexionar, volviendo de nuevo a su historia, repitiendo lo que había dicho antes. La oyó hasta el final sin un comentario, sin una pregunta, pero durante todo el tiempo sus blancos ojos no se apartaron de ella. Tenía un tic nervioso como si tragase

algo a intervalos, que instintivamente presentía y esperaba. El miedo que había tenido, la agonía y la duda sonaban en sus oídos, al escucharse, como una ficción producto de una imaginación excitada, y la conversación entre su tío y el desconocido la contó de una manera perfectamente estúpida. Presentía, más que veía, la incredulidad del vicario, y en un intento desesperado de enmendar su ridículo relato, su tío, que había sido el villano, pasó a ser el vulgar borracho bravucón que pegaba a su mujer una vez por semana; los mismos carros no tenían otro significado que carretas de transporte que viajaban por la noche para repartir el género.

La visita del caballero de North-Hill aquella mañana tenía alguna lógica, pero la habitación vacía era otro contrasentido, y la única parte del relato que tenía visos de realidad era la pérdida de Mary en los marjales durante la noche.

Cuando hubo terminado, el vicario se levantó de su asiento y comenzó a pasear por la habitación. Silbaba entre dientes con suavidad y jugaba con un botón de su levita, que pendía de un hilo. Después se paró delante del hogar, de espaldas al fuego, mirándola, pero Mary no pudo leer nada en sus ojos.

—Desde luego la creo —dijo después de un rato—. No tiene cara de mentir, y dudo de si conoce el significado de la palabra historia. Pero su relato no tendría efecto ante un tribunal, por lo menos como lo ha contado esta noche. Parece más un cuento de hadas. Otra cosa significa escándalo y violencia, todos los sabemos; pero el contrabando abunda en todo el Condado, y la mitad de los magistrados sacan de él muy buen provecho. Esto la sorprende, ¿verdad?, pero le aseguro que es cierto. Si la ley fuese más estricta, habría mucha más vigilancia y el pequeño nido de su tío en la «Posada de Jamaica» hace tiempo que habría desaparecido. Yo he encontrado al señor Bassat una o dos veces, le creo honrado, un individuo realmente sincero, pero, entre nosotros, un poco tonto. Habla y fanfarronea, pero eso es todo. No dirá nada de su expedición de esta mañana, a menos que me equivoque mucho. En la circunstancia no tiene derecho para entrar en la posada y registrar las habitaciones, y si se hace público que no encontró nada, a pesar de todo, se convertirá en el hazmerreír del país. Una cosa puedo decirle, sin embargo: la visita ha asustado a su tío, que permanecerá inactivo por algún tiempo. No irán más carros a la «Posada de Jamaica» en una temporada; creo que puede estar segura de ello.

Mary escuchaba sus razonamientos con algún recelo. Había esperado que se conmoviera, una vez convencido de la veracidad de su historia, pero continuaba tranquilo e indiferente en apariencia, tomándolo todo como una cosa natural.

Él debió ver el desencanto en su cara, porque habló de nuevo.

—Puedo ver al señor Bassat si usted quiere —dijo—, y relatarle su historia, pero a menos que coja a su tío *in fraganti* y los carros en el patio, hay pocas probabilidades de probarle nada. Quiero fijar esto en su mente. Siento no parecerle de gran ayuda, usted no desea que su tía aparezca complicada en el asunto, y no veo cómo podrá ser evitado si se llega a una detención.

—¿Qué me aconseja usted? ¿Qué haré entonces? —dijo Mary, descorazonada.

—Yo que usted, esperaría —replicó él—. Vigile de cerca a su tío, y cuando los carros vuelvan, dígamelo en seguida. Entonces decidiremos juntos lo mejor que pueda hacerse. Esto es, si me honra de nuevo con su confianza.

—Y ¿qué me dice del desconocido? —dijo Mary—. Fue asesinado, estoy segura de ello. ¿Quiere usted decir que nunca podrá saberse nada sobre esto?

—Me temo que no, a menos que se encuentre el cuerpo, lo que es muy poco probable —dijo el vicario—. Por otra parte, es muy probable que no fuera asesinado. Perdóneme, pero creo que deja usted correr su imaginación en esto. Recuerde que todo lo que vio usted fue un trozo de cuerda. Si hubiera visto al individuo muerto, o por lo menos herido, entonces sería una cosa muy diferente.

—Oí que mi tío le amenazaba —insistió Mary—. ¿No es esto suficiente?

—¡Pero mi querida niña!, las gentes se amenazan unas a otras todos los días del año, pero no se las ahorca por eso. Ahora, escúcheme. Soy un amigo y puede confiar en mí. Si alguna vez está preocupada o disgustada por cualquier motivo, quiero que venga usted y me lo cuente. No tiene usted miedo a pasear, como lo demuestran sus actos de esta tarde, y Altarnun está solo a unas cuantas millas por el camino real. Si usted viene y yo no estoy, Hannah se encontrará aquí y ella cuidará de usted. Esto es un convenio entre nosotros, ¿verdad?

—Muchas gracias.

—Ahora póngase las medias y los zapatos otra vez, mientras voy a la cuadra a preparar el cochecillo. Voy a llevarla a la «Posada de Jamaica».

El pensamiento de volver era odioso para Mary, que tenía que hacerle frente. Había de evitar a toda costa el contraste entre esta apacible habitación con sus velas de suaves pantallas, el cálido fuego de leños, el comfortable sillón, y los oscuros y fríos corredores de la «Posada de Jamaica» con su habitación semejante a una alacena sobre el porche. Había una cosa que debía retener en su memoria, y era que podía volver aquí siempre que quisiera.

La noche era hermosa; las oscuras nubes del crepúsculo habían desaparecido, y el cielo brillaba con las estrellas. Mary iba sentada al lado de Francis Davey, en el elevado asiento del cochecillo, envuelta en un abrigo con un gran cuello de terciopelo. Este no era el mismo caballo gris, que fresco por un descanso en la cuadra, corría como el viento. Era una carrera extraña y estimulante. El viento azotaba el rostro de Mary, punzándole los ojos. La subida desde Altarnun había sido lenta al principio, porque la colina era empinada, pero ahora que estaban en la carretera, con los rostros vueltos hacia Bodmin el vicario fustigaba con el látigo al caballo, que, con las orejas hacia atrás, galopaba desesperadamente.

Sus cascos golpeaban sobre la dura y blanca carretera, levantando una nube de polvo, y Mary era lanzada contra su compañero. Él no hizo esfuerzo alguno para disminuir la carrera del caballo, y mirándole, vio que iba sonriendo.

—Corre, corre; puedes correr más aprisa —decía en voz baja y excitada, como si estuviera hablando consigo mismo.

El efecto no era natural; un poco sorprendente, y Mary se sintió algo desconcertada, como si él se hubiera ido a otro mundo, olvidándose de su existencia. Sentada como estaba, podía observarle de perfil por vez primera, y vio qué acusadas eran sus facciones, qué prominente la fina nariz; quizá era el capricho de la Naturaleza, que le había creado blanco en el principio, lo que le hacía diferente a todos los hombres que ella había visto hasta entonces.

Parecía un pájaro. Acurrucado en su sitio, con su negro abrigo con esclavinas agitado por el viento, sus brazos parecían alas. Podía tener cualquier edad. Ella no podía definirla. Después sonrió y volvió a humanizarse.

—Adoro estos marjales —dijo—. Desde luego, usted ha tenido una mala introducción en ellos, por tanto, no puede usted entenderme. Si los conociera como yo los conozco, y los hubiera visto en todas las formas en invierno y en verano, los querría también. Tienen un hechizo diferente al de cualquier otra parte del Condado. Son muy antiguos. Algunas veces creo que son supervivencias de otra edad. Los marjales fueron las primeras cosas creadas; después vinieron las selvas, los valles y el mar. Suba a Roughtor una mañana antes de la salida del sol y escuchará el viento entre las piedras. Entonces sabrá lo que quiero decir.

Mary continuó pensando en el pastor de su aldea. Era un alegre hombrecillo, con una larga serie de chiquillos exactamente iguales a él, y su esposa hacía flanes de ciruela. Predicaba siempre el mismo sermón el día de Navidad, y sus feligreses podían encontrarle siempre dispuesto. Ella se preguntaba qué diría Francis Davey en su iglesia de Altarnun. ¿Predicaría sobre el Roughtor y sobre la luz en la ciénaga de Dozmary? Habían llegado a la hondonada de la carretera, donde un grupo de árboles formaba un pequeño valle en el río Fowey, y delante de ellos se extendía la cuesta que conducía a las desabrigadas tierras altas. Mary podía ver ya las altas chimeneas de la «Posada de Jamaica» recortadas sobre el cielo. La marcha había terminado y la excitación desapareció. Volvieron el antiguo miedo y el odio hacia su tío.

El vicario detuvo el caballo en el patio, al socaire del banco de hierba.

—No hay señal de nadie —dijo despacio—. Es como una casa de muertos. ¿Quiere usted que trate de abrir la puerta?

Mary sacudió la cabeza.

—Tiene siempre los cerrojos echados y las ventanas están atrancadas. Mi habitación está sobre el porche. Puedo encaramarme allí, si usted deja que me suba sobre sus hombros. Me las he ingeniado en sitios peores allá en mi casa. Mi ventana se abre por arriba; una vez sobre el porche, es muy fácil.

—Se escurrirá en esas pizarras —contestó él—. No permitiré que lo haga. Es absurdo. ¿No hay otra forma de entrar? ¿Y por detrás?

—La puerta de la taberna está cerrada y la de la cocina también —dijo Mary—. Si quiere, podemos ir a asegurarnos.

Siguieron por el camino, al otro lado de la casa, y de pronto se volvió hacia él, con un dedo en los labios.

—Hay una luz en la cocina —murmuró—. Eso significa que mi tío está ahí. Tía Patience se acuesta siempre temprano. No hay cortinas en la ventana; si pasamos, nos verán.

Se recostó contra la pared de la casa. Su compañero le hizo señas para que permaneciera quieta.

—Muy bien —dijo él—, tendré cuidado para que no me vean. Voy a mirar por la ventana.

Ella le observó al lado de la ventana, donde permaneció unos minutos mirando al interior de la cocina. Después le hizo señas para que le siguiera, con la misma tensa sonrisa que había notado antes. Su rostro estaba muy pálido bajo el negro sombrero de teja.

—Esta noche no habrá disputa con el dueño de la «Posada de Jamaica» —dijo.

Mary siguió la dirección de sus ojos, y se acercó más a la ventana. La cocina estaba alumbrada por una sola vela colocada, torcida, sobre una botella. Se había consumido hasta la mitad y colgaban de los lados grandes chorretones de grasa. La llama oscilaba y chisporroteaba a causa de la corriente de aire que entraba por la puerta del jardín, que estaba abierta de par en par. Joss Merlyn estaba tumbado sobre una mesa, en un sopor de borracho, con sus largas piernas extendidas a cada lado y el sombrero echado hacia atrás. Miraba ante sí a la goteante vela con los ojos fijos y vidriosos, como los de un muerto. Otra botella con el cuello roto estaba sobre la mesa, al lado de un vaso vacío.

El fuego de turba se había consumido.

Francis Davey señaló a la puerta abierta.

—Puede entrar y marchar arriba a acostarse —dijo—. Su tío no la verá siquiera. Cierre la puerta cuando entre y apague la vela. No vaya a quemarse la cara. Buenas noches, Mary Yellan. Si alguna vez se encuentra en peligro y me necesita, la estaré esperando en Altarnun.

Volvió la esquina de la casa y desapareció.

Mary entró de puntillas en la cocina y cerró y aseguró la puerta. Podría haber dado un portazo sin que su tío lo notase.

Él se encontraba en su reino del cielo, y el pequeño mundo no existía para él. Mary apagó la luz que había a su lado y le dejó solo en la oscuridad.

Joss Merlyn estuvo borracho durante cinco días. La mayor parte del tiempo estaba insensible, tendido en una cama que Mary y su tía habían improvisado para él en la cocina. Dormía con la boca completamente abierta, y el sonido de su respiración podía oírse desde los dormitorios de arriba. Sobre las cinco de la tarde se despertaba, durante media hora o así, gritando que le dieran coñac y sollozando como una criatura. Su esposa acudía al momento a su lado, calmándole y arreglando sus almohadas. Le daba un poco de agua con coñac, hablándole con suavidad, como lo haría a un niño pequeño, sujetándole el vaso contra los labios, y él miraba alrededor con ojos brillantes, inyectados en sangre, murmurando y temblando como un perro.

Tía Patience se había convertido en otra mujer, mostrando una fría calma y una presencia de ánimo que Mary no la había creído capaz de poseer. Se dedicaba por entero al cuidado de su esposo. Se veía obligada a hacerlo todo, y Mary la miraba cambiar sus mantas y su ropa blanca con un sentimiento de disgusto en su corazón, pues ella no habría podido acercarse a él. Tía Patience lo tomaba todo como una cosa natural, y los juramentos y los gritos con que la recibía no parecían asustarla. Estas eran las únicas veces en que podía manejarlo; él se dejaba lavar la frente con una toalla mojada en agua caliente, sin protestar. Después le ponía una manta limpia debajo y le alisaba el enmarañado cabello; unos minutos después estaba dormido de nuevo, con el rostro purpúreo y la boca completamente abierta, con la lengua colgando, roncando como un buey. Era imposible hacer la vida en la cocina, y convirtieron la sala, que no se utilizaba, en un cuarto de estar. Tía Patience, por primera vez, hacía compañía a alguien. Charlaba, feliz, de los viejos tiempos en Helford, cuando ella y la madre de Mary eran niñas. Se movía por la casa, viva y rápidamente, y algunas veces canturreaba trozos de antiguos himnos al ir de un lado a otro por la cocina. Estos ataques de alcoholismo solía padecerlos Joss Merlyn cada dos meses aproximadamente; pero ahora eran mucho más frecuentes, y tía Patience no estaba nunca segura de cuánto iban a sobrevenir. Este último ataque lo había originado la visita del señor Bassat a la posada. El posadero se puso muy trastornado y violento, según dijo a Mary, y cuando volvió de los marjales, a las seis de la tarde, se fue derecho a la taberna. Ella sabía lo que iba a ocurrir.

Tía Patience aceptó, sin hacer pregunta alguna, la explicación del extravío de su sobrina en los marjales. Ella le dijo que debía tener cuidado en los fangales, y todo terminó así. Mary quedó más tranquila. No quería dar más detalles de su aventura y, por otra parte, estaba decidida a no contar nada de su encuentro con el vicario de Altarnun. Mientas tanto, Joss Merlyn continuaba en la cocina sumido en su sopor, y las dos mujeres pasaron cinco días relativamente tranquilas.

El tiempo era frío y gris, y Mary no se sentía tentada a salir de la casa. Pero en la mañana del quinto día el viento cedió y brilló el sol, y a pesar de su correría de días atrás decidió aventurarse de nuevo en los marjales. El posadero se despertó a las

nueve y comenzó a chillar con toda la fuerza de sus pulmones. Con el ruido que hacía, el olor de la cocina, que invadía toda la casa, y la vista de tía Patience con mantas limpias sobre el brazo, corriendo escaleras abajo, Mary sintió disgusto y odio por todo aquello.

Avergonzada de sí misma, salió de la casa; envolvió un pedazo de pan en un pañuelo y cruzó la carretera hacia los marjales. Esta vez se dirigió al East Moor, hacia el Kilmar; teniendo el día por delante, no tenía miedo de perderse. Seguía pensando en Francis Davey, el extraño vicario de Altarnun y se daba cuenta de lo poco que le había hablado de sí mismo, mientras que ella le había contado toda su historia en una noche. Pensaba en la extraña figura que habría hecho pintando un cuadro al lado de las aguas de Dozmary, quizá sin sombrero, con la aureola de sus blancos cabellos alrededor de su cabeza; las gaviotas volarían, tierra adentro, desde el mar, rozando la superficie del lago, y él se asemejaría a Elías en el desierto.

Se preguntaba qué le habría llevado al pastorado y si sería querido en Altarnun. Se aproximaba Navidad. En Helford las gentes estarían ya decorando sus hogares con acebo, siemprevivas y muérdago.

Se estarían preparando grandes cantidades de tartas y confituras; ya se estarían cebando pavos y gansos. El pequeño presbítero, con aire festivo, sonreiría ante su grey, y el día de Nochebuena iría, después del té, a beber ginebra de endrinas a Trelowarren. ¿Adornaría Francis Devey su iglesia con el acebo y pediría la bendición a Dios para su grey?

Una cosa era cierta: en la «Posada de Jamaica» habría poca alegría.

Mary paseó durante más de una hora, hasta que encontró un camino cerrado por un arroyo que lo dividía, corriendo en direcciones opuestas. El arroyo estaba en un valle, entre colinas, y rodeado de pantanos. El terreno no le era desconocido, y mirando más allá de la verde superficie del torma que tenía enfrente vio la gran mano rajada del Kilmar, señalando con sus dedos al firmamento. Estaba mirando al Trewartha Marsh, en el sitio donde había estado el primer sábado, pero esta vez su rostro estaba vuelto hacia el Sudeste, y las colinas parecían diferentes a la cruda luz del sol. El arroyo burbujeaba alegremente sobre las piedras y al otro lado del vado había un portillo de troncos. El viento suave balanceaba los tallos de la hierba, que temblaban susurrando, y en medio del atrayente verde se veían macizos de basta hierba con las puntas parduscas y los tallos rechonchos y amarillentos.

Allí estaban las traidoras islas del fangal dando con su anchura la sensación de solidez, pero cuya consistencia no era otra que la de la flor del cardo, sobre las cuales la planta de un hombre se hundiría rápidamente en pequeños charcos de agua plomiza que, arremolinándose aquí y allá, se tornarían en negra espuma.

Mary volvió la espalda al pantano y atravesó el portillo sobre el arroyo. Continuó por las tierras altas, dejando atrás el arroyo, que seguía su curso entre las colinas a lo largo del tortuoso valle. Hoy había pocas nubes y los marjales se extendían bajo el sol como si fueran de ascua. Un chorlito permaneció inmóvil al lado del arroyo,

contemplando su imagen en el agua; su largo pico se hundió después con increíble rapidez en los juncos, hiriendo el blando barro; volvió la cabeza, dobló las patas y se elevó en el aire, y lanzando su plañidera nota se dirigió hacia el Sur.

Algo le había asustado; unos minutos después Mary vio la causa. Un grupo de potros se lanzaban colina abajo, chapoteando en el arroyo para beber. Sus cascos resonaban con estrépito sobre las piedras, empujándose unos a otros, agitando sus colas al viento. Debieron de llegar por una puerta a la izquierda, un poco más arriba, que estaba abierta, atrancada con una piedra, que conducía a un tosco sendero cubierto de barro.

Mary se apoyó en la puerta mirando a los caballos, y con el rabillo del ojo vio a un hombre que venía por el sendero llevando un cubo en cada mano. Estaba a punto de reanudar su paseo, siguiendo la curva de la colina, cuando él agitó un cubo en el aire, gritándole.

Era Jem Merlyn. No había tiempo para escapar, y permaneció donde estaba hasta que llegó. Llevaba una camisa sucia que nunca había visto el agua y unos mugrientos pantalones de montar llenos de crin y de la suciedad del corral. No llevaba sombrero ni chaqueta y tenía la barba crecida de varios días. Se echó a reír, enseñando los dientes, asemejándose en un todo a lo que su hermano había sido veinte años antes.

—¿De modo que ha encontrado el camino para venir hasta mí? —dijo—. No la esperaba tan pronto; de lo contrario, habría cocido pan en su honor. No me he lavado hace tres días, y he estado alimentándome de patatas. Coja este cubo.

Le puso uno de los cubos en la mano antes que ella tuviera tiempo de protestar, y se metió en el agua detrás de los potros.

—¡Salid de ahí! —gritó—, ¡atrás! ¡Me ensuciaréis el agua de beber! ¡Vamos, diablo negro!

Dio un golpe con el cubo en las ancas al más grande de los potros, y salieron del agua disparados, colina arriba, coceando al aire.

—Ha sido culpa mía por no cerrar la puerta —le dijo a Mary—. Deme el otro cubo. El agua está bastante clara al otro lado del arroyo.

Ella lo llevó al arroyo y él llenó los dos, haciendo guiños por encima del hombro.

—¿Qué habría hecho usted de no encontrarme en casa? —dijo, secándose el rostro con la manga.

—Ni siquiera sabía que vivía usted aquí —dijo—. Seguro que no he venido por este camino con la intención de encontrarle. Si lo hubiera sabido, habría torcido hacia la izquierda.

—No la creo —dijo—. Usted ha venido hasta aquí con la esperanza de verme, y es inútil que pretenda lo contrario. Ha llegado usted a buena hora para hacerme la comida. Tengo un trozo de carnero en la cocina.

La condujo por el fangoso sendero, y dando una vuelta llegaron a una pequeña cabaña gris, edificada sobre la ladera de la colina. Había algunas toscas dependencias a su espalda y una franja de tierra sembrada de patatas. Una delgada columna de

humo se desprendía de la achatada chimenea.

—El fuego está encendido y no tardará usted mucho en guisarme el trozo de carnero. Supongo que sabrá usted guisar.

Mary le miró de arriba abajo.

—¿Se aprovecha usted siempre de la gente en esta forma? —le dijo.

—No se me presenta la ocasión a menudo —contestó—, pero usted puede hacerlo, ya que está aquí. Desde que mi madre murió, siempre he guisado yo mismo; no ha habido ninguna mujer en la cabaña desde entonces. ¿No quiere entrar?

Le siguió, inclinando la cabeza, lo mismo que él, al pasar el umbral.

La habitación era pequeña y cuadrada: la mitad de tamaño que la cocina de la «Posada de Jamaica», con un gran hogar abierto en un rincón. El suelo estaba sucio y cubierto de desperdicios: cáscaras de patatas, tronchos de col y migajas de pan. Había trastos viejos esparcidos por toda la habitación y las cenizas del fuego lo cubrían todo. Mary miró a su alrededor con desaliento.

—¿No limpia usted nunca? —le preguntó—. Tiene usted la cocina que parece una pocilga. Debería avergonzarse. Deme ese cubo de agua y búsqueme una escoba. Yo no comeré en un sitio como este.

Se puso a trabajar en seguida. Todos sus instintos de limpieza y de orden despertaron con esta suciedad y este abandono. En media hora tuvo la cocina fregada y limpia, el suelo de piedra húmedo y brillante, y todos los desperdicios quitados de en medio. Encontró en el armario alguna vajilla y un trozo de mantel, con lo que procedió a poner la mesa, mientras el cordero se cocía en una cazuela rodeado de patatas y nabos.

El olor era bueno, y Jem se acercó a la puerta olfateando el aire como un perro hambriento.

—Tendré que traerme una mujer —dijo—. Lo estoy viendo. ¿Quiere usted dejar a su tía y venir a cuidarme?

—Me tendría que pagar demasiado —contestó Mary—. Nunca tendrá dinero suficiente para lo que yo pida.

—Las mujeres son siempre interesadas —dijo él, sentándose a la mesa—. No sé lo que hacen con el dinero, porque nunca lo gastan. Mi madre era lo mismo. Siempre tenía el suyo guardado en una media vieja, y nunca vi de qué color era. De prisa con la comida. Tengo más hambre que un lobo.

—Es usted impaciente, ¿no? —dijo Mary—. Ni siquiera una palabra de agradecimiento por haberle guisado. Retire las manos, el plato está caliente.

Puso el humeante cordero enfrente de él, que se relamió.

—Por lo menos le han enseñado a usted algo en el sitio de donde viene. Yo digo siempre que hay dos cosas que las mujeres hacen por instinto, y el guisar es una de ellas. Deme un jarro de agua, ¿quiere? Encontrará el cántaro ahí fuera.

Mary le había llenado ya una copa y se la alargó en silencio.

—Aquí nacimos nosotros —dijo Jem, mirando hacia el techo—, en la habitación

de ahí arriba, pero Joss y Matt eran hombres hechos y derechos cuando yo era todavía una criatura agarrada a las faldas de mi madre. Nunca vimos mucho a mi padre; pero cuando estaba en casa lo notábamos muy bien. Recuerdo que una vez le tiró un cuchillo a mi madre; la hirió por encima del ojo y la sangre corrió por su cara. Yo estaba asustado, y corrí a esconderme en el rincón, junto al fuego. Mi madre no dijo nada; se lavó el ojo con un poco de agua y después dio de cenar a mi padre. Era una mujer valiente, tengo que reconocerlo, aunque hablaba muy poco y no nos daba mucho de comer. Yo era su favorito, supongo que por ser el más pequeño, y mis hermanos solían zurrarme cuando ella no los veía. No estábamos muy unidos, nunca fuimos una familia muy cariñosa; yo he visto a Joss golpear a Matt hasta que no podía tenerse en pie. Matt era un diablejo; era tranquilo y parecido a mi madre. Se ahogó ahí, en el pantano. Se puede gritar en él hasta que revienten los pulmones y nadie lo oirá. Yo he estado a punto de ser atrapado por él en otro tiempo.

—¿Cuánto tiempo hace que murió su madre? —preguntó Mary.

—En Navidad hará siete años —respondió él, sirviéndose más carnero guisado—. Con mi padre ahorcado, Matt ahogado, Joss en América y yo creciendo salvaje como un halcón, se volvió religiosa, y se pasaba el tiempo rezando aquí y suplicando a Dios. Yo no podía soportar aquello y me marché. Por algún tiempo estuve embarcado en una goleta en Padstow, pero el mar no le sentaba bien a mi estómago y me volví a casa. Encontré a mi madre delgada como un esqueleto. «Debes comer más», le dije; pero ella no me hizo caso; volví a marcharme y estuve en Plymouth algún tiempo, ganando un chelín o dos a mi manera. Volví aquí para comer la cena de Navidad, y encontré el lugar desierto y la puerta cerrada. Estaba loco; no había comido hacía veinticuatro horas. Regresé a North Hill y me dijeron que mi madre había muerto. Llevaba enterrada tres semanas. Podía haberme quedado en Plymouth, por lo que a la comida de Navidad se refería. Hay un trozo de queso detrás de usted. ¿Quiere comerse la mitad? Tiene gusanos, pero no le harán daño.

Mary movió la cabeza y dejó que él lo alcanzara.

—¿Qué le pasa? —dijo él—. Parece usted una oveja enferma. ¿Le ha hecho ya daño el cordero?

Mary le vio volver a su sitio y extender el trozo de queso seco sobre una rebanada de pan.

—Será buena cosa cuando no quede un Merlyn en Cornualles —dijo Mary—. Para un país es preferible sufrir una epidemia que tener una familia como la suya. Usted y sus hermanos nacieron torcidos y con malos instintos. ¿No ha pensado nunca cuánto debió de sufrir su madre?

Jem la miró sorprendido, con el pan y el queso a medio camino de la boca.

—Mi madre estaba bien, nunca se quejaba. Estaba acostumbrada a nosotros. Se casó con mi padre a los diecisiete años. Nunca tuvo tiempo para sufrir. Joss nació al año, y después Matt. Todo el tiempo lo tenía ocupado cuidándolos, y cuando ya podían valerse por sí mismos tuvo que empezar conmigo de nuevo. Mi nacimiento

fue tardío. Mi padre se emborrachó en la feria de Launceston, después de vender tres vacas que no le pertenecían. Si no hubiese sido por eso no estaría aquí sentado hablando con usted. Deme ese jarro.

Mary había terminado de comer. Se levantó y empezó a quitar los platos, en silencio.

—¿Cómo está el dueño de la «Posada de Jamaica»? —dijo Jem, echándose hacia atrás en su silla, y mirando cómo metía los platos en el agua.

—Tan borracho como su padre —respondió Mary secamente.

—Eso será la perdición de Joss —dijo su hermano con severidad—. Empina el codo hasta que se queda insensible, y luego se lleva acostado como un tronco varios días. Algún día le costará la vida. ¡Condenado idiota! ¿Cuánto le ha durado esta vez?

—Cinco días.

—¡Oh!, eso no es nada para Joss. Si le dejan, estará una semana. Después se levantará tambaleándose como un ternero recién nacido, con la boca más negra que el Trewartha Marsh. Cuando se ha deshecho del líquido sobrante y ha digerido el resto de la bebida es cuando hay que vigilarle. Entonces es peligroso; ya lo verá usted.

—No me tocará; tendré buen cuidado de ello —dijo Mary—. Tiene otras cosas en que ocuparse. Hay muchas cosas que le tienen preocupado.

—No sea misteriosa ni mueva la cabeza frunciendo la boca. ¿Ha ocurrido algo en la posada?

—Eso depende de cómo se mire —dijo Mary, observándole por encima del plato que estaba secando—. Tuvimos la visita del señor Bassat, de North Hill, la semana pasada.

Jem puso la silla en el suelo con un golpe seco.

—¡Demonio! —dijo—. ¿Y qué tenía que decirles ese caballero?

—El tío Joss no estaba en casa —dijo Mary—, y el señor Bassat insistió en entrar en la posada y en registrar las habitaciones. Entre él y su criado echaron abajo la puerta que hay al final del corredor, pero la habitación estaba vacía. Pareció disgustado y muy sorprendido, y se marchó lleno de rabia. También preguntó por usted, y yo le dije que no le había visto nunca en mi vida.

Jem silbaba con expresión indiferente mientras Mary hablaba; pero cuando llegó al final de su frase y mencionó su nombre, sus ojos se estrecharon y se echó a reír.

—¿Por qué le mintió?

—En aquel momento me pareció lo mejor —dijo Mary—. Si lo hubiera pensado más, sin duda le habría dicho la verdad. Usted no tiene nada que ocultar, ¿verdad?

—No mucho, a excepción del potro negro que vio en el arroyo, que le pertenece —dijo Jem descuidadamente—. La semana pasada estaba moteado de gris y le valía una pequeña fortuna al caballero que lo había criado. Yo ganaré con él unas cuantas libras en Launceston, si tengo suerte. Venga y échele una mirada.

Salieron al sol, Mary, secándose las manos en el delantal, permaneció unos momentos en la puerta de la cabaña, mientras Jem fue por los caballos. La cabaña

estaba edificada en la pendiente de la colina, sobre el Withy Brook, cuyo curso serpenteaba por el valle y se perdía en las colinas lejanas. Detrás de la casa se extendía una ancha planicie que se elevaba en grandes tormos a cada lado, y este terreno —como un prado para pastar el ganado—, sin límites en todo lo que abarcaba la vista, a excepción de la escarpada amenaza del Kilmar, debía de ser zona de terreno conocida por el nombre de Twelve Men's Moor.

Mary se imaginaba a Joss Merlyn salir por esta puerta corriendo, cuando era niño, con el pelo cayéndole en flequillo sobre los ojos y la flaca y solitaria figura de su madre detrás, con los brazos cruzados, mirándole con una interrogación en sus ojos. Un mundo de tristeza y silencio, de ira y de amargura debía de haber pasado también bajo el techo de esta pequeña cabaña.

Se oyó un grito y ruido de cascos, y Jem apareció por una esquina de la casa montado sobre el potro negro.

—Este es el amigo que quería que comprase —dijo—, pero es usted muy tacaña. La llevaría bien; el caballero lo crio para su esposa. ¿Está usted segura de no haber cambiado de parecer?

Mary sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Supongo que me dejaría usted que lo atase en la cuadra de la posada —dijo—, y cuando el señor Bassat viniese de nuevo no le reconocería, ¿verdad? Muchas gracias por su atención, pero prefiero no arriesgarme. He mentido ya bastante por su familia.

Jem puso una cara muy larga y saltó a tierra.

—Ha renunciado usted a la mejor ganga que se le haya podido ofrecer —dijo—. No le daré otra oportunidad. Iré a Launceston en Nochebuena; los tratantes se lo rifarán.

Dio unas palmadas en la grupa del potro.

—¡Vete!

Y el animal se lanzó, asustado, por la brecha del bancal.

Jem cogió un tallo de hierba y empezó a mordisquearlo, mirando de reojo a su compañera.

—¿Qué esperaba encontrar el caballero Bassat en la «Posada de Jamaica»? —dijo.

Mary le miró a los ojos.

—Usted debería saberlo mucho mejor que yo —respondió.

Jem mordiscaba el tallo de hierba, pensativo, escupiendo trocitos sobre la tierra.

—¿Cuánto sabe usted? —dijo de pronto, arrojando el tallo.

Mary se encogió de hombros.

—No he venido a contestar preguntas —dijo—; tuve bastante con el señor Bassat.

—Fue suerte para Joss el que el género se hubiera retirado —dijo su hermano tranquilamente—. La semana pasada le dije que se estaba arriesgando demasiado. Solo es cuestión de tiempo el que lo cojan. Y todo lo que hace en su defensa el

condenado idiota es emborracharse.

Mary no dijo nada. Si Jem trataba de sonsacarla con sus muestras de franqueza, se iba a ver defraudado.

—Debe usted de tener muy buenas vistas desde su pequeña habitación de encima del porche. ¿La despiertan a usted de su sueño angelical?

—¿Cómo sabe usted que es esa mi habitación? —preguntó Mary rápidamente.

Parecía que la pregunta le había cogido desprevenido; vio la sorpresa en sus ojos. Entonces él se echó a reír y cogió otro tallo de hierba del bancal.

—La ventana estaba de par en par cuando entré la otra mañana en el patio, y el viento agitaba un trozo de persiana. Jamás he visto antes de ahora una ventana abierta en la «Posada de Jamaica».

La explicación era plausible, pero no lo suficiente para Mary. Una horrible sospecha asaltó su mente. ¿Habría sido Jem el que estuvo escondido en la habitación vacía la noche de aquel sábado? Se quedó helada.

—¿Por qué guarda tanto silencio sobre todo ello? —continuó—. ¿Cree usted que voy a ir a mi hermano a decirle: «Tu sobrina tiene la lengua muy larga»? No, Mary; usted no está ciega ni es sorda; hasta un niño se daría cuenta de ello si estuviese viviendo un mes en la «Posada de Jamaica».

—Está usted tratando de que se lo cuente, ¿verdad? —dijo Mary—. ¿Y qué le importa a usted lo que yo sepa? Todo lo que pienso es sacar a mi tía de aquel lugar lo más pronto posible. Ya se lo dije cuando fue a la posada. Tardaré algún tiempo en convencerla, pero tendré paciencia. En cuanto a su hermano, me tiene sin cuidado que se emborrache hasta quedarse muerto. Su vida es suya, igual que su negocio. No me importa nada.

Jem silbó, dando un puntapié a una piedra suelta.

—¿De modo que el contrabando no le da miedo, después de todo? —dijo—. Dejaría usted a mi hermano llenar todas las habitaciones de la posada con barriles de coñac y ron sin decir una palabra, ¿no es eso? Pero suponiendo que estuviese mezclado en otras cosas, en una cuestión de vida y muerte, y tal vez de asesinato, entonces, ¿qué?

Se volvió y la miró de frente, y esta vez pudo ver que no estaba jugando con ella; su risa y su despreocupación habían desaparecido; su mirada era grave, pero no podía leer lo que había detrás de ella.

La miró durante un largo rato sin pronunciar palabra. Era como si tratara de resolver algún problema en su mente y únicamente pudiese encontrar la solución en la expresión de su cara. Toda semejanza con su hermano había desaparecido. Se había endurecido y hecho más viejo de repente; parecía de otra sangre.

—Quizá no —dijo él, al fin—; pero llegará a saberlo si permanece allí mucho tiempo. ¿Por qué parece su tía un fantasma viviente? ¿Puede decírmelo? Pregúnteselo la próxima vez que el viento sople del Noroeste.

Empezó de nuevo a silbar suavemente, con las manos metidas en los bolsillos.

Mary le miraba en silencio. Hablaba enigmáticamente, pero no sabía si era para asustarla. Al Jem, ladrón de caballos, de maneras descuidadas, podía comprenderle; pero este era distinto. No sabía si le gustaba más.

Él se echó a reír y se encogió de hombros.

—Entre Joss y yo ocurrirá algo algún día, y será él el que tenga que lamentarlo, no yo.

Y con tan misteriosa observación, giró sobre sus talones y se fue hacia el marjal detrás del potro. Mary le miró pensativamente, con los brazos envueltos en su chal. ¡De modo que su primera impresión había sido acertada! Había algo detrás del contrabando. El desconocido, aquella noche en la taberna, habló de asesinato, y ahora Jem había repetido sus mismas palabras. No era tonta ni estaba histérica, aunque lo pensase así el vicario de Altarnun.

Era difícil precisar el papel que desempeñaría Jem Merlyn en esto, más por un momento dudó de que estuviese complicado.

Si era el hombre que bajó las escaleras detrás de su tío con tanta seguridad, debía saber bien que ella salió de un cuarto aquella noche y que estuvo escondida en algún sitio escuchándolos. Entonces él debía recordar la cuerda que colgaba de la viga y suponer que ella la había visto después que él y el posadero salieron al marjal.

Si Jem era este individuo, había motivo suficiente para todas sus preguntas. «¿Cuánto sabe usted?», había preguntado; pero ella no se lo había dicho.

La conversación le había estropeado el día. Quería marcharse, quedar libre de él, estar a solas con sus pensamientos. Empezó a descender lentamente por la colina hacia el Withy Brook. Había llegado al portillo situado al final del sendero, cuando oyó sus pisadas corriendo detrás de ella, y alcanzó primero la puerta. Parecía medio gitano, con la barba crecida y sus mugrientos pantalones.

—¿Qué hace usted? —dijo—. Es temprano todavía; no oscurecerá hasta después de las cuatro. Iré con usted hasta Bushyford Gate. ¿Qué le pasa?

Le cogió la barbilla y la miró a la cara.

—Creo que me tiene miedo —dijo—. Cree que tengo barriles de coñac y rollos de tabaco en las pequeñas alcobas de arriba; que se lo voy a enseñar, y después le voy a cortar el cuello, ¿no es eso? Que los Merlyn son una cuadrilla de perdidos, y Jem el peor de todos. ¿Es eso lo que está pensando?

Ella le sonrió, a pesar suyo.

—Algo por el estilo —confesó—, pero no tengo miedo de usted; no lo piense. Hasta me gustaría, si no me recordase tanto a su hermano.

—No puedo remediarlo —dijo—; pero soy mucho más guapo que Joss, debe reconocerlo.

—Tiene usted presunción suficiente para compensar las otras condiciones que no posee —convino Mary—: no le privaré de su hermoso rostro. Puede romper todos los corazones que quiera. Ahora déjeme marchar; hay un largo camino hasta la «Posada de Jamaica», y no tengo ganas de perderme de nuevo en los marjales.

—¿Cuándo se ha perdido usted? —preguntó.

Mary frunció el entrecejo ligeramente. Se le habían escapado las palabras.

—La otra tarde fui al Wes Moor. La niebla se levantó temprano. Estuve vagando algún tiempo antes de poder encontrar el camino de vuelta.

—Es usted tonta saliendo a pasear. Hay lugares entre la «Posada de Jamaica» y «Roughtor» que podrían tragarse a un rebaño de vacas, y no digamos nada de una cosita como usted. No es pasatiempo para una mujer. ¿Por qué lo hizo?

—Quería estirar las piernas. Había estado encerrada en la casa varios días.

—Bien, Mary Yellan; la próxima vez que quiera usted estirar las piernas, puede estirarlas en esta dirección. Si atraviesa el portillo, no puede perderse, como tampoco si deja el pantano a la izquierda, como lo ha hecho hoy. ¿Va a venir conmigo a Launceston en Nochebuena?

—¿Qué va usted a hacer en Launceston, Jem Merlyn?

—Únicamente vender el potro del señor Bassat, querida. Es mejor que ese día esté fuera de la posada, o no conozco yo a mi hermano. Estará restableciéndose de su borrachera y buscando camorra. Si están acostumbrados a sus vagabundeos por los marjales, no dirán nada por su ausencia. La llevaré a casa a eso de medianoche; diga que va a venir, Mary.

—Supongamos que le cogen en Launceston con el potro del señor Bassat; parecería un tonto, ¿no? Y yo también lo parecería si me encerraban en la cárcel con usted.

—Nadie me va a coger; todavía no. Atrévase, Mary; ¿no le gustan las emociones, para que cuide tanto de su pellejo? Deben de criarlas muy delicadas en Helford.

Ella mordió el anzuelo.

—Está bien, Jem Merlyn; no piense que tengo miedo. Preferiría estar en la cárcel a vivir en la «Posada de Jamaica». ¿Cuándo vamos a Launceston?

—La llevaré en el cochecillo, y el potro negro del señor Bassat irá detrás de nosotros. ¿Conoce el camino que va a North Hill a través del marjal?

—No.

—No tiene más que seguir la dirección de su nariz. Camine una milla por la carretera y llegará a una brecha en el seto, en la cima de la colina, a la derecha. Tendrá el Carey Tor delante y el Hawk's Tor a la derecha, y si continúa en línea recta, no puede perder el camino. Yo le saldré al encuentro a la mitad del camino. Seguiremos por el marjal todo lo que podamos. Habrá algún tráfico en la carretera el día de Nochebuena.

—¿A qué hora debo salir entonces?

—Dejemos que la gente se tome su tiempo y llegue al mediodía. Las calles estarán lo suficientemente concurridas para nosotros, a eso de las dos. Puede salir de la posada, si quiere, hacia las once.

—No lo prometo. Si no me ve, siga su camino. ¿Olvida que tía Patience me necesita?

—Está bien; ponga pretextos.

—Ahí está el portillo del arroyo —dijo Mary—. No necesita venir más lejos. Puedo encontrar sola mi camino. Debo ir derecha por la cima de esa colina, ¿no?

—Puede presentarle mis respetos al posadero, si gusta y decirle que espero que se le hayan mejorado el humor y la lengua. Dígale que si quiere que le cuelgue un ramo de muérdago en el porche de la «Posada de Jamaica». ¡Cuidado con el agua! ¿Quiere que la lleve a través del portillo? Se mojará los pies.

—Aunque me moje hasta la cintura, no me hará daño. Buenas tardes, Jem Merlyn.

Y Mary se lanzó atrevidamente en la corriente del arroyo, apoyando una mano en el portillo. Sus faldas se hundieron en el agua y se las levantó. Oyó reírse a Jem Merlyn desde la otra orilla, y continuó su camino, colina arriba, sin volver la cabeza ni agitar la mano.

Que mida las fuerzas con los hombres del Sur, pensó, con los hombres de Helford, de Gweek y Manaccan. En Constantine había un herrero que podría arrollárselo en su dedo meñique, Jem Merlyn tenía poco de qué estar orgulloso. Un ladrón de caballos, un vulgar contrabandista, un vagabundo y un asesino, quizá. ¡Se criaban buenos hombres en los marjales!

Mary no le tenía miedo, y para probarlo iría a su lado en el cochecillo, a Launceston, el día de Nochebuena.

Comenzaba a oscurecer cuando cruzó la carretera en dirección al patio. Como de ordinario, la posada estaba a oscuras, y parecía deshabitada, con la puerta cerrada y las ventanas atrancadas. Dio la vuelta a la casa y llamó a la puerta de la cocina. Su tía estaba pálida y parecía intranquila; le abrió inmediatamente.

—Tu tío ha estado preguntando por ti todo el día —dijo—. ¿Dónde has estado? Son cerca de las cinco; has estado fuera desde la mañana.

—He estado andando por los marjales —replicó Mary—; no creía que eso tuviera importancia. ¿A qué ha de preguntar el tío Joss por mí?

Se daba cuenta de que estaba un poco nerviosa, y miró hacia la cama, en el rincón de la cocina. Estaba vacía.

—¿Dónde está? —dijo—. ¿Se encuentra mejor?

—Quiso sentarse en la sala; dijo que estaba cansado de la cocina. Ha estado sentado allí toda la tarde mirando por la ventana a ver si venías. Debes seguirle la corriente ahora, Mary; hablarle bien, y no le contradigas. Es un mal período cuando se está restableciendo...; cada día estará algo más fuerte, y, por tanto, más voluntarioso, quizá violento. Tendrás cuidado con lo que le digas, ¿verdad, Mary?

Era la tía Patience de antes, con manos nerviosas y temblorosa boca, que miraba sobre el hombro mientras hablaba. Era lamentable verla, y Mary se contagió de su agitación.

—¿Por qué quiere verme? —dijo—. Nunca tiene nada que decirme. ¿Qué puede querer?

Tía Patience pestañeó y movió los labios.

—Es solo un capricho —dijo—. Murmura y habla para sí; no debes dar importancia a lo que diga en estas épocas. Realmente, no es el mismo. Iré a decirle que estás en casa.

Salió de la habitación y marchó por el corredor hacia la sala.

Mary fue al trincherero y se sirvió un vaso de agua. Tenía la garganta seca. Le temblaban las manos y se reprochó su debilidad. Hacía unos momentos había sido atrevida en los marjales, y tan pronto como estaba dentro de la posada la abandonaba su valor y se ponía nerviosa, temblando como un niño. Tía Patience volvió a la habitación.

—Por el momento está tranquilo —murmuró—. Está dormitando en el sillón. Ahora puede estar dormido toda la noche. Cenaremos temprano. Hay un poco de pastel frío para ti.

Todo el apetito de Mary había desaparecido y tuvo que hacer un esfuerzo para comer. Bebió dos tazas de té hirviendo y retiró su plato. Ninguna de las mujeres habló. Tía Patience continuaba mirando a la puerta. Cuando terminaron la cena, retiraron el servicio en silencio. Mary echó un poco de hojarasca en el fuego y se acurrucó al lado. El punzante humo azul se difundió por el ambiente, introduciéndosele en los ojos, que, como siempre, le picaban. Pero de la hojarasca en llama no se desprendió mucho calor.

Fuera, en el vestíbulo, el reloj dio las seis con una repentina y chirriante nota. Mary contuvo el aliento mientras contaba las campanadas. Rompían el silencio con deliberación; parecía una eternidad hasta que sonó la última nota, resonando en toda la casa y apagándose al fin. El lento tictac del reloj continuaba. No se oía ruido alguno en la sala, y Mary respiró de nuevo. Tía Patience estaba sentada a la mesa enhebrando una aguja a la luz de la vela. Tenía los labios fruncidos y la frente ceñuda mientras hacía su trabajo.

Pasó el largo crepúsculo y aún no había llegado la llamada del posadero desde la sala. Mary daba cabezadas y se le entornaban los ojos, en contra de su voluntad, y en el pesado y estúpido estado de somnolencia en que se encontraba oyó a su tía retirar con rapidez su silla y dejar su trabajo en el armario, al lado del trincherero. En sueños, oyó que le murmuraba al oído: «Me voy a la cama. Tu tío no se despertará ahora; debe de haberse quedado tranquilo para toda la noche. No le molestaré». Mary murmuró algo en respuesta, y semiinconsciente oyó el ligero ruido de las pisadas en el corredor y el crujido de las escaleras.

Arriba, en el rellano, una puerta se cerró suavemente. Sintió que el letargo del sueño la dominaba, y su cabeza se hundió más entre las manos. El lento tictac del reloj resonaba en su mente como pisadas arrastrándose por una carretera: uno..., dos..., uno..., dos..., se seguían uno a otro; ella se encontraba en los marjales, al lado

del arroyo, y el fardo que llevaba era pesado, demasiado pesado. ¡Si pudiera desprenderse de él por un momento, descansar en la orilla y dormir...!

Hacía frío, demasiado frío. Tenía los pies chorreando. Debía alejarse más a la orilla... El fuego se había extinguido. Abrió los ojos y vio que se hallaba tendida en el suelo al lado de las blancas cenizas. La cocina estaba muy fría y la luz era escasa. La vela se había casi consumido. Bostezó temblando y estiró sus entumecidos brazos. Cuando levantó los ojos vio que la puerta de la cocina se abría muy despacio, poquito a poco, pulgada a pulgada.

Mary estaba sentada, inmóvil, las manos apoyadas sobre el frío suelo. Esperaba, y nada sucedió. La puerta se movió otra vez y después se abrió de par en par, golpeando contra la pared. Joss Merlyn estaba en el umbral de la habitación; los brazos extendidos, tambaleándose sobre sus pies.

Al principio pensó que no la había visto; sus ojos estaban fijos en la pared de enfrente, y permaneció quieto donde estaba, sin aventurarse dentro de la habitación. Ella se encogió más, poniendo la cabeza más baja del nivel de la mesa, no oyendo otra cosa que los latidos de su corazón. Lentamente se volvió en su dirección y la miró unos instantes sin hablar. Cuando sonó su voz, era tensa y áspera; apenas un susurro.

—¿Quién está ahí? —dijo—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no hablas?

Su rostro estaba grisáceo, había desaparecido su color ordinario. Sus ojos, inyectados en sangre, se fijaron en ella, sin reconocerla. Mary no se movió.

—Deja ese cuchillo —murmuró—. Déjalo; te digo que lo dejes.

Ella deslizó una mano por el suelo hasta tocar la pata de una silla con la punta de los dedos. No podía cogerla a menos de moverse. Estaba fuera de su alcance. Esperó, conteniendo el aliento. Él marchó hacia delante por la habitación, con la cabeza inclinada, las manos palpando el aire, y se dirigió lentamente en dirección a ella.

Mary le miraba las manos hasta que estuvieron a una yarda de distancia y podía percibir su aliento en la mejilla.

—Tío Joss —dijo suavemente—, tío Joss...

Él se acurrucó donde estaba, mirándola, e inclinándose hacia delante, le tocó el cabello y los labios.

—Mary —dijo—. ¿Eres tú, Mary? ¿Por qué no me hablas? ¿Adónde se han ido? ¿Los has visto?

—Te has equivocado, tío Joss —dijo—. Aquí no hay nadie más que yo. Tía Patience está arriba. ¿Estás enfermo? ¿Puedo ayudarte?

Él miró alrededor en la semipenumbra, escudriñando los rincones de la habitación.

—No pueden asustarme —murmuró—. Los muertos no hacen daño a los vivos. Se han apagado como una vela..., ¿no es eso, Mary?

Ella asintió, mirándole a los ojos. Él cogió una silla y se sentó, extendiendo las manos sobre la mesa. Suspiró pesadamente y se pasó la lengua por los labios.

—Son sueños —dijo—, todo sueños. Los rostros aparecen como cosas vivas en las tinieblas, y yo me despierto bañado en sudor. Tengo sed. Mary, toma la llave, ve a la taberna y tráeme un poco de coñac.

Se buscó en los bolsillos y sacó un manajo de llaves.

Ella las cogió con manos temblorosas y se deslizó fuera de la habitación, al corredor. Dudó por un instante; pensó subir a su habitación y encerrarse en ella, dejándole delirar solo en la cocina. Empezó a andar de puntillas por el corredor en dirección al vestíbulo.

De repente le gritó desde la cocina.

—¿Qué estás haciendo? Te dije que me trajeses coñac de la taberna.

Oyó el ruido de la silla al retirarla de la mesa. Era demasiado tarde. Abrió la puerta de la taberna y tanteó en el armario entre las botellas. Cuando volvió a la cocina estaba echado sobre la mesa, con la cabeza entre las manos. Al principio creyó que estaba dormido de nuevo; pero al ruido de sus pasos levantó la cabeza, extendió los brazos y se inclinó hacia atrás en la silla. Llenó el vaso hasta la mitad y lo cogió con ambas manos, mirándola por encima del borde.

—Eres una buena chica —dijo—. Te quiero, Mary. Tienes sentido y arrestos. Harías una buena compañera para un hombre. Debiste nacer muchacho.

Paladeó el coñac, sonriendo bobamente, y después le guiñó un ojo apuntándole con el dedo.

—Pagarían oro por esto tierra adentro —dijo—. Lo mejor que puede comprar el dinero. Ni el mismo rey Jorge lo tiene mejor en su bodega. ¿Y qué pago yo? Ni un maldito penique. En la «Posada de Jamaica» bebemos gratis.

Se echó a reír y sacó la lengua.

—Es un juego duro, Mary; pero por eso es un juego de hombres. He arriesgado el cuello diez o veinte veces. Me han perseguido pisándome los talones, y un tiro me rozó los cabellos. No me pueden coger, Mary, soy demasiado astuto; he estado en el negocio demasiado tiempo. Antes de venir aquí estaba en Padstow trabajando en la costa. Atrapábamos un lugre cada quince días durante las mareas de primavera; éramos cinco. Pero no hay ganancias trabajando en pequeña escala. Tiene que hacerse en grande, y hay que saber recibir órdenes. Ahora somos más de cien trabajando en el interior, desde la frontera hasta la costa. ¡Vive Dios! He visto sangre en mis tiempos, Mary, y he visto matar a hombres unas cuantas veces; pero este juego los gana a todos; es marchar al lado de la muerte.

Hizo otro guiño y la llamó a su lado, mirando primero hacia la puerta por encima de su hombro.

—Ven aquí —murmuró—; ponte muy cerca de mí, aquí en el suelo, donde pueda hablarte. Me doy cuenta de que tienes redaños; tú no te asustas como tu tía. Tú y yo haríamos buena pareja.

Cogió a Mary del brazo y la obligó a sentarse en el suelo, al lado de su silla.

—Esta maldita bebida es la que hace de mí un imbécil —dijo—. Soy tan débil

como una rata en cuanto me domina; ya lo ves. Tengo sueños, pesadillas, veo cosas que nunca me asustan cuando estoy sereno. ¡Maldita sea! Mary, he matado hombres con mis propias manos, los he pisoteado bajo el agua, golpeándolos con rocas y piedras, y nunca he vuelto a pensar en ellos; dormía en mi cama como un niño. Pero cuando estoy borracho los veo en sueños; veo sus lívidos rostros contemplándome con ojos que se han comido los peces; los veo destrozados, con la carne colgando en tiras sobre los huesos, y algunos de ellos tienen algas en los cabellos. Una vez, Mary, había una mujer; estaba cogida a una balsa, y tenía un niño en sus brazos; sus cabellos, sueltos por la espalda. El barco estaba muy cerca, sobre las rocas, y el mar estaba tan liso como la palma de la mano. Todos llegaban a la orilla con vida; todos ellos. Y, ¿cómo no?, si el agua no llegaba por encima de la cintura. Gritó pidiéndome ayuda, Mary, y yo le aplasté la cara con una piedra. Cayó hacia atrás, golpeando la balsa con las manos; soltó la criatura y la volví a golpear; los contemplé mientras se ahogaban en cuatro pies de agua. Entonces nos asustamos; tuvimos miedo de que alguno pudiera alcanzar la orilla... Por primera vez no habíamos contado con la marea. En media hora hubieran estado andando a pie seco sobre la arena. Tuvimos que golpearlos a pedradas, Mary; tuvimos que romperles los brazos y las piernas, y se ahogaban a nuestra vista, como la mujer y el niño, no llegándoles el agua a los hombros. Se ahogaban porque los aplastábamos con rocas y con piedras; se ahogaban porque no podían mantenerse en pie...

Su rostro estaba muy junto al de Mary; sus ojos, inyectados fijos en los de ella, y su aliento le rozaba la mejilla.

—¿No has oído hablar nunca de los raqueros?

Fuera, en el corredor, el reloj dio la una, y la campana solitaria resonó en el aire como una llamada. Ninguno se movió. La habitación estaba muy fría porque el fuego se había apagado. Por la puerta abierta entraba una corriente de aire. La amarillenta llama de la bujía se inclinaba y vacilaba. Él se acercó a Mary y le tomó la mano. Quizá se dio cuenta de que se había quedado helada de horror, pues la soltó y desvió la mirada. Se quedó contemplando la copa vacía que tenía delante, y empezó a repiquetear con los dedos sobre la mesa. Acurrucada en el suelo, a su lado, Mary miraba una mosca que le subía por las manos a su tío. La vio atravesar el negro vello y seguir por las gruesas venas y los nudillos hasta el extremo de los largos y esbeltos dedos. Recordaba la viva y rápida gracia de estos dedos cuando cortaron el pan para ella la primera noche, y que cuando querían podían ser delicados y ligeros; los contemplaba tamborileando ahora sobre la mesa, y en su imaginación los vio crisparse sobre un bloque de piedra, afianzarse en él; los vio lanzar la piedra por el aire...

Una vez más se volvió hacia ella, y señalando con la cabeza el reloj, dijo con voz áspera y queda:

—Algunas veces el sonido retumba en mi cabeza, y cuando da la una, como ahora, es igual que el tañido de la campana de la boya de una bahía. La he oído venir

en el aire con el viento del Oeste... Uno, dos, uno, dos, hacia delante y hacia atrás, el badajo golpea la campana como si tañese a muerto. La he oído en mis sueños. La oigo esta noche. Un fúnebre y triste sonido, Mary, es este de la campana de la boya en la bahía. Crispa los nervios y da deseos de gritar. Cuando se trabaja en la costa, tienes que ir a ella y hacerla callar, envolverle la lengua en una franela; esto los mata. Entonces se hace el silencio. Puede que una noche brumosa, con retazos de blanca niebla sobre el agua, fuera de la bahía, haya un barco tratando de encontrar su rastro, como un sabueso. Espera oír la campana de la boya, pero no percibe ningún sonido. Entonces viene navegando a través de la niebla derecho hacia nosotros, que le esperamos, Mary, y, de pronto, le vemos temblar, chocar, y entonces las rompientes se apoderan de él.

Cogió la botella del coñac y vertió un poco en el vaso, despaciosamente. Lo olió y lo saboreó con la lengua.

—¿Has visto alguna vez moscas presas en un jarro de melaza? —dijo—. Yo he visto hombres así, apresados como un enjambre de moscas. Se afanan por salvarse, gritando aterrorizados a la vista de las rompientes. Lo mismo que las moscas, repartidos por las vergas, pequeños puntos negros, que son hombres... He visto romperse el barco bajo ellos, quebrados como hilos los palos y las vergas y han sido lanzados al mar, donde han nadado para salvarse. Pero al alcanzar la orilla eran hombres muertos, Mary.

Se limpió la boca con el dorso de la mano y la miró.

—Los muertos no hablan, Mary.

Su rostro se inclinó hacia ella. De pronto, se hizo borroso y se esfumó por completo. Ya no estaba arrodillada en el suelo de la cocina aferrándose a la mesa con las manos; era de nuevo una niña que corría al lado de su padre por la escollera de detrás de Saint Keverne. Él la subió sobre los hombros; otros hombres, que gritaban y vociferaban, corrían a su lado. Algunos señalaban al distante mar, y ella, cogida a la cabeza de su padre, vio un gran barco blanco que, como un pájaro, cabeceaba desamparado en medio del mar con los palos rotos y arrastrando las velas por el agua. «¿Qué hacen?», preguntaba la niña que ella había sido, y nadie respondía; permanecían inmóviles, contemplando con horror al barco, que se bamboleaba y se hundía. «Dios tenga piedad de ellos», dijo su padre, y la niña comenzó a llorar llamando a su madre, que salió al momento de entre la muchedumbre; la tomó en sus brazos y se alejó con ella de la vista del mar. Aquí la memoria le fallaba, se desvanecía, la historia no tenía final; pero cuando ya no fue una niña, oyó a su madre hablar del día que fueron a Saint Keverne, cuando un gran navío se hundió con todo el pasaje, con la popa rota en los temidos escollos. Mary tembló y suspiró. Una vez más, el rostro de su tío apareció ante ella enmarcado en sus desgreñados cabellos; otra vez estaba arrodillada ante él en la cocina de la «Posada de Jamaica». Se sentía muy enferma, tenía las manos y los pies fríos como el hielo. Solo deseaba tirarse sobre la cama y hundir la cabeza en sus manos, cubriéndosela con las mantas y la

almohada para estar más en tinieblas. Quizá si se apretaba los ojos con los dedos podría borrar el rostro de su tío y las imágenes que le habían pintado. Quizá si se tapaba los oídos con las manos podría ahogar el sonido de su voz y el tronar de las rompientes sobre la costa. Aquí podía ver los pálidos rostros de los ahogados, con los brazos sobre sus cabezas; podía oír los alaridos de terror y los gritos; podría oír el lúgubre tañido de la campana de la boya al balancearse hacia atrás y hacia delante en el mar. Mary tembló de nuevo.

Miró hacia su tío y vio que se había desplomado en su silla, la cabeza caída sobre el pecho. Tenía la boca abierta, roncaba y balbucía en su sueño. Sus largas y oscuras pestañas rozaban sus mejillas. Los brazos descansaban sobre la mesa, y tenía las manos cruzadas como en oración.

El día de Nochebuena amaneció nublado y amenazaba con llover. La temperatura había subido, y el barro, en el patio, estaba revuelto allí donde las vacas habían pisado. Las paredes de la habitación de Mary, al tacto, aparecían húmedas, y en un rincón, donde el caliche se había desprendido, había una gotera amarillenta.

Mary se asomó a la ventana; el aire, suave y húmedo, rozó su cara. Dentro de una hora, Jem Merlyn la estaría esperando en los marjales para llevarla a la feria de Launceston. Solo dependía de ella el que se encontrasen, pero no se decidía. Había envejecido en estos cuatro días; su rostro, reflejado en el roto y gastado espejo, aparecía macilento y cansado.

Tenía grandes ojeras y sus mejillas estaban hundidas. No conciliaba el sueño hasta muy entrada la noche y había perdido el apetito. Por primera vez en su vida se encontró un parecido con tía Patience; tenía la misma arruga en la frente y la misma boca. Si hacía una mueca con los labios y se los mordía, podría ser la misma tía Patience la que se hallaba allí con el lacio cabello castaño enmarcándole el rostro. Sería fácil contagiarse de ese hábito, como también de la costumbre nerviosa de retorcerse las manos. Se apartó del espejo acusador y empezó a pasearse por su exigua habitación.

Durante los últimos días había permanecido recluida en su cuarto el mayor tiempo posible, con la excusa de que tenía un enfriamiento. Por ahora, Mary no se sentía con valor para hablar mucho tiempo con su tía; sus ojos la hubiesen delatado. Se mirarían la una a la otra con el mismo horror, con la misma oculta angustia, y llegaría a comprender lo ocurrido. Compartía ahora un secreto, del cual nunca podrían hablar. Se preguntaba cuántos años haría que tía Patience conocía este secreto y cómo había podido conservarlo en angustioso silencio. En adelante, dondequiera que fuese, le acompañaría el dolor de esta revelación. Ahora comprendía la causa de ese rostro pálido y desencajado, de esas manos crispadas que tiraban del vestido, de esos ojos abiertos, de mirada fija. Ahora que lo sabía, la verdad se hacía clara y palpable.

Al principio sintió angustia: una angustia de muerte. Por la noche, tendida en su cama, suspiraba y pedía que el sueño se apoderase de ella; pero le había sido negado. En la oscuridad veía caras desconocidas, los rostros desfigurados de gentes ahogadas. Veía un niño con las muñecas rotas, una mujer con sus largos y mojados cabellos pegados al rostro, las caras espantadas de hombres que no sabían nadar. A veces le parecía que sus propios padres estaban en estos espectros; la miraban con ojos desorbitados, labios lívidos, alargando sus manos hacia ella. Quizá fuera esto lo que tía Patience padecía cuando, por las noches, se hallaba sola en su cuarto. Los rostros se le aparecían también a ella suplicantes y los rechazaba. A su manera, tía Patience era también una asesina, los había matado con su silencio. Su delito era tan grande como el de Joss Merlyn, puesto que ella era su mujer y él un monstruo. Él estaba

unido a ella, corporalmente, y había permitido que continuara así. Al cabo de tres días, el primer espanto había pasado. Sentíase indiferente, algo envejecida y muy cansada: casi no sentía ya emoción. Le parecía que siempre lo había sabido; que, inconscientemente, había estado preparada para ello. La primera visión que tuvo de Joss Merlyn, en pie bajo el porche, con la linterna en la mano, fue un presagio, y el ruido de la diligencia alejándose por la carretera había sonado en sus oídos como un adiós postrero.

En Helford, en los viejos tiempos, hubo rumores de estas cosas, fragmentos de murmuraciones escuchadas en los caminos, retazos de historia. Una negación, un movimiento de cabeza; los hombres de por allí no hablaban mucho, y pronto los cuentos se olvidaron. De esto hacía veinte a cincuenta años, cuando su padre era joven; pero no ahora, en este siglo. Una vez más vio el rostro de su tío cerca del suyo, y le oyó murmurar a su oído: «¿Has oído hablar antes de los raqueros?». Jamás había escuchado esta palabra; pero tía Patience había vivido entre ellos por espacio de diez años. Mary no pensó más en su tío. Había perdido el miedo que le tenía. Lo único que quedaba en su corazón era odio; odio y aborrecimiento. Él había permitido todo sentimiento de humanidad; era una alimaña nocturna. Ahora que le había visto borracho, que le conocía tal como era, no podía asustarla. Ni él ni el resto de su banda. Eran engendros del mal que infectaban aquella comarca, y no descansaría hasta que fueran pisoteados y barridos. Esta vez no los salvaría su sentimentalismo.

Quedaban tía Patience y Jem Merlyn. Este irrumpió en sus pensamientos, contra su voluntad, y no lo deseaba. Tenía otras muchas cosas en que ocuparse. Se parecía demasiado a su hermano. Sus ojos, su boca y su sonrisa. Este era el peligro. Podía ver a su tío en su modo de andar, en la forma en que volvía la cabeza. Comprendía por qué tía Patience había hecho aquella locura hacía diez años. Sería bien sencillo enamorarse de Jem Merlyn. Los hombres no habían significado mucho en su vida, hasta el presente; había tenido demasiado quehacer en la granja de Helford para ocuparse de ellos. Algunos muchachos le habían sonreído en la iglesia y habían ido con ella de jira en la época de la recolección. En cierta ocasión, un vecino la besó detrás de un almiar, después de beber un vaso de sidra. Fue una tontería, y ella había evitado al individuo desde entonces; un chico inofensivo que olvidó el incidente cinco minutos después. De todas maneras, no se casaría; hacía mucho tiempo que lo tenía decidido. Ahorraría dinero de alguna forma, y haría el trabajo de un hombre en cualquier granja. Una vez que saliera de la «Posada de Jamaica», dejándola atrás, y pudiera arreglar un negocio para tía Patience, de seguro que le quedaría mucho tiempo para pensar en los hombres. Y aquí, en contra de su voluntad, aparecía nuevamente la cara de Jem, con la barba crecida como un vagabundo, su sucia camisa y su descarada y ofensiva mirada. Carecía de delicadeza, era rudo, tenía más de un rasgo de crueldad, era un ladrón y un embustero. Representaba todo lo que odiaba, todo lo que temía y despreciaba; pero sabía que podía amarle. A la Naturaleza no importan los prejuicios. Suponía que hombres y mujeres eran lo mismo que los

animales en la granja de Helford. Había una ley de atracción, común a todos los seres vivientes; alguna afinidad de piel o de tacto que se atraía mutuamente. No había elección racional. Los animales no razonan, ni tampoco los pájaros del aire. Mary no era hipócrita; era un producto de la tierra, y había vivido mucho tiempo entre pájaros y bestias; los había visto aparearse, reproducirse y morir. En la Naturaleza había poco romanticismo, y ella no lo buscaría en su vida. Había visto a las muchachas pasear con muchachos de la aldea; se cogían de las manos, se ruborizaban confusos, exhalaban profundos suspiros y miraban la luna reflejada en las aguas. Mary los había visto vagar por el sendero de hierba detrás de la granja —los llamaban amantes del camino, aunque los viejos tenían una palabra mejor—, y el muchacho rodeaba con su brazo la cintura de la chica, que reclinaba la cabeza en el hombro de él. Contemplaban las estrellas y la luna o la llameante puesta del sol, si era verano, y Mary, limpiándose el sudor del rostro, con las manos chorreando, salía del cobertizo de las vacas pensando en el ternero recién nacido que acababa de dejar al lado de su madre. Contemplaba a la pareja que se alejaba, sonreía, se encogía de hombros y, al entrar en la cocina, decía a su madre que habría una boda en Helford antes que terminase el mes. Después sonarían las campanas, se cortarían el pastel, y el muchacho, con su ropa de los domingos, esperaría a la puerta de la iglesia, con el rostro brillante, restregándose los pies uno con otro, con su novia al lado, vestida de muselina, con el pelo rizado; pero antes que terminase el año, la luna y las estrellas podrían brillar toda la noche sin que a ellos les importara; el muchacho regresaba a su casa al anochecer, cansado de su trabajo en los campos, y gritaba ásperamente que la cena estaba quemada y no era buena ni para un perro, mientras que la muchacha, en la alcoba del piso alto, con el cuerpo descuidado y sin rizos ahora, paseaba de un lado a otro con un envoltorio en los brazos que maullaba como un gato y que no quería dormir. Entonces no hablaban de la luz de la luna sobre las aguas. No; Mary no se hacía ilusiones románticas. Enamorarse era una palabra muy bonita; pero no era todo. Jem Merlyn era un hombre y ella era una mujer; y si eran sus manos, o su piel o su sonrisa, ella no lo sabía; pero algo dentro de sí se identificaba con él, y hasta su solo pensamiento la irritaba y la estimulaba al mismo tiempo. Se apoderaba de ella y no la dejaba. Sabía que tendría que verle de nuevo.

Una vez más, Mary miró el cielo gris y a las bajas nubes.

Si iba a ir a Launceston, ya era tiempo de prepararse para la marcha. No tendría que dar explicaciones.

En los últimos cuatro días se había endurecido. Tía Patience podía pensar lo que gustase. Si tenía intuición, debía comprender que Mary no quería verla. Podía mirar a su marido con los ojos inyectados en sangre y las manos temblorosas, y lo comprendería. Una vez más, quizá la última, la bebida había soltado su lengua. Había divulgado su secreto; Mary tenía el futuro en sus manos. Todavía no había decidido el uso que haría de su descubrimiento, pero no le salvaría otra vez. Hoy iría a Launceston con Jem Merlyn, y esta vez sería él quien respondiera a sus preguntas;

demostraría más humildad cuando se diera cuenta de que ya no les tenía miedo, y que podía detenerlos cuando quisiera. Y mañana..., bueno, mañana ya vería. Tenía a Francis Davey y su promesa; tendría paz y refugio en su casa, de Altarnun.

Era una extraña situación para ser un día de Navidad, reflexionaba al caminar a través del East Moor, teniendo como guía a Hawkr's Tor y las colinas que se alzaban a cada lado. El año último se había arrodillado en la iglesia al lado de su madre y había rezado para que se les concediese salud, fuerza y valor. Había pedido tranquilidad de espíritu y seguridad. Había pedido que le viviera mucho su madre y que prosperase la granja. Como respuesta, vinieron la enfermedad, la pobreza y la muerte. Estaba sola, presa en una red de brutalidad y crimen, viviendo bajo un techo que odiaba, entre gentes que despreciaba; y ahora marchaba a través de un desnudo e inhóspito marjal para encontrar a un ladrón de caballos y asesino de hombres. Esta Navidad no ofrecería oraciones a Dios.

Mary esperó en las tierras altas, más arriba de Ruschyford, y allá lejos vio una pequeña caravana que se acercaba: el potro, el cochecillo y dos caballos atados detrás. El cochero levantó el látigo en señal de bienvenida; Mary sintió afluir la sangre a su rostro y abandonarlo después. Esta debilidad era una cosa que le atormentaba; deseaba que fuese una cosa tangible y viva para podérsela arrancar y pisotearla. Envolvió las manos en el chal, y con la frente alta y el ceño fruncido esperó. Él se aproximaba silbando y le tiró a los pies un paquete pequeño.

—¡Felices Pascuas! —gritó—. Ayer tuve una pieza de plata en el bolsillo y me hizo un agujero. Ahí tiene un pañuelo nuevo para la cabeza.

Había pensado mostrarse seca y silenciosa al encontrarse con él, pero este principio lo hacía difícil.

—Es mucha amabilidad por su parte —respondió—, pero me temo que todas maneras ha perdido usted su dinero.

—Eso no me importa; estoy acostumbrado —y silbando una cancioncilla la miró de arriba abajo de la manera fría y ofensiva que tenía por costumbre—. Llegaste pronto —dijo al fin—. ¿Tenías miedo de que fuera sin ti?

Mary se encaramó en el cochecillo a su lado y empuñó las riendas.

—Me gusta coger las riendas en las manos otra vez —dijo eludiendo su pregunta—. Mi madre y yo íbamos a Helston una vez por semana los días de mercado. Me parece que hace mucho tiempo. Me duele el corazón cuando pienso en ello y en cómo solíamos reír, aun cuando los tiempos eran malos. Usted no podría comprenderlo, por supuesto. Nunca se ha preocupado de nadie más que de usted mismo.

Jem se cruzó de brazos mirando cómo guiaba.

—Ese potro atravesaría el marjal con los ojos tapados. Afloja las riendas. Nunca ha tropezado en su vida. Así es. Recuerda que estás confiada a su cuidado y que no hay nada que temer. ¿Qué decías?

Mary llevaba las riendas suavemente y miraba el camino que se extendía ante ella.

—Nada de importancia —dijo—. Estaba hablando para mí sola, hasta cierto punto. ¿De modo que va a vender dos potros en la feria?

—Ganancia doble, Mary Yellan, y si me ayudas tendrás un vestido nuevo. No sonrías ni te encojas de hombros. Odio la ingratitud. ¿Qué te ocurre hoy? Has perdido el color y el brillo de los ojos. ¿Te encuentras enferma? ¿Te duele algo?

—No he salido de la casa desde que le vi la última vez —contestó ella—. Me he quedado en mi habitación, a solas con mis pensamientos; y estos no son una compañía alegre. Soy mucho más vieja que hace cuatro días.

—Siento que se haya estropeado. Imaginé que iría a Launceston al lado de una muchacha bonita y que los chicos se quedarían mirándonos al pasar y guiñarían los ojos. Hoy estás amarilla. No me engañes, Mary. No soy tan ciego como crees. ¿Qué ha ocurrido en la «Posada de Jamaica»?

—No ha ocurrido nada. Mi tía sigue andando por la cocina, y mi tío se sienta a la mesa con la cabeza entre las manos delante de una botella de coñac. Soy yo la que ha cambiado.

—¿No habéis tenido más visitas?

—No. Por lo menos, que yo sepa, nadie ha cruzado el patio.

—Tienes los labios muy apretados y muchas ojeras. Estás cansada. Una vez vi a una mujer con esa expresión, pero había una razón para ello. Su marido había vuelto a Plymouth después de estar diez años embarcado. Se le podía dispensar. ¿Has pensado en mí, por casualidad?

—Sí, he pensado en usted una vez —dijo—. Pensé que a quién colgarían primero, a usted o a su hermano. No es mucho que digamos.

—Si cuelgan a Joss, será culpa suya —dijo Jem—. Si existe algún hombre que se haya puesto una soga al cuello, este ha sido Joss. Anda tres cuartos del camino buscando el peligro. Cuando le cojan, le estará muy bien empleado, entonces no tendrá una botella de coñac para salvarse; le ahorcarán en su sano juicio.

Siguieron al trote corto y en silencio; Jem jugaba con el mango del látigo, y Mary vigilaba sus manos, cerca de ella. Las miraba con el rabillo del ojo y veía que eran largas y delgadas; tenía la misma fuerza y la misma gracia que las de su hermano. Estas le atraían, las otras le repugnaban. Se daba cuenta por primera vez de que la atracción y la aversión marchan juntas; que la línea que las separa es muy estrecha. El pensamiento era tan desagradable, que lo desechó. Suponiendo que este hubiera sido Joss hacía veinte años... Relegó el pensamiento al fondo de su mente, asustada del cuadro que evocaba. Sabía ahora que odiaba a su tío.

Su voz rompió el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué mira? —preguntó él.

Levantó la vista y miró al frente.

—Miraba sus manos —dijo secamente—; son iguales a las de su hermano. ¿Hasta cuándo iremos por el marjal? ¿No es el camino real el que serpentea allá?

—Lo tomaremos un poco más abajo. ¿De modo que reparas en las manos de un

hombre? Nunca lo hubiera pensado en ti. Eres una mujer, después de todo, y no un medio muchacho. ¿Vas a decirme por qué has estado cuatro días en tu habitación sin hablar o prefieres que lo adivine? A las mujeres os gusta ser misteriosas.

—No hay ningún misterio en ello. La última vez que nos encontramos me preguntó si sabía por qué mi tía parecía un fantasma viviente. Estas fueron sus mismas palabras, ¿no? Bueno, ahora ya lo sé; eso es todo.

Jem la miró con ojos curiosos y después silbó de nuevo.

—La bebida es una cosa extraña —dijo al cabo de unos momentos—. Yo me emborraché una vez, en Amsterdam, cuando me escapé para embarcarme. Recuerdo que oía la campana de una iglesia dar las nueve y media de la noche y que estaba sentado en el suelo con los brazos alrededor de una bonita muchacha de pelo rojo. Lo que recuerdo después es que eran las siete de la siguiente mañana: estaba tendido de espaldas en la cuneta sin pantalones ni botas. A menudo pienso qué pude hacer durante aquellas diez horas. Pero, por más que pienso, que me maten si puedo recordarlo.

—Eso es una suerte para usted —dijo Mary—. Su hermano no es tan afortunado. Cuando se emborracha recobra la memoria, en lugar de perderla.

El potro aflojó el paso y ella le fustigó ligeramente.

—Si está solo, puede hablar todo lo que quiera consigo mismo —continuó—; no afectará mucho a las paredes de la «Posada de Jamaica». Pero esta vez no estaba solo. Por casualidad yo estaba allí cuando despertó de su sopor, y había estado soñando...

—Y cuando hubo escuchado sus sueños, se encerró en su cuarto durante cuatro días, ¿no es eso? —dijo Jem.

—Casi —dijo ella.

Jem se inclinó sobre ella de repente y le quitó las riendas de las manos.

—No miras por dónde vas —dijo—. Te dije que este potro no había tropezado en su vida, pero eso no quiere decir que le llesves al encuentro de un trozo de piedra más grande que una bala de cañón. Déjame.

Ella se recostó en el cochecillo y le dejó conducir. Era verdad que no había puesto cuidado y merecía sus reproches.

El potro se rehízo y empezó a trotar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jem.

Mary se encogió de hombros.

—Todavía no lo he pensado —dijo—. Tengo que reflexionar sobre tía Patience. No espera que se lo diga, ¿verdad?.

—¿Por qué no? No siento ninguna simpatía por Joss.

—Usted es su hermano, y eso es bastante para mí. Hay muchas lagunas en la historia, y usted encaja muy bien en algunas.

—¿Crees que pierdo el tiempo trabajando para mi hermano?

—Creo que no pierde el tiempo, por lo que he visto. Hay ganancia más que suficiente en este negocio, y no hay que pagar por las mercancías. Lo muertos no

hablan, Jem Merlyn.

—Pero los barcos desaparecidos, sí, cuando se acercan a las costas con viento favorables. Los barcos se guían por las luces, Mary, cuando buscan el puerto. ¿Has visto alguna mariposa revolotear alrededor de una vela y chamuscarse las alas? A un barco le pasaría lo mismo con una luz falsa. Puede ocurrir una o dos veces, quizá tres; pero a la cuarta vez que un barco se hunde, el país entero se subleva y quiere saber el porqué. Mi hermano ha perdido el timón y busca la costa.

—¿Le acompañará usted?

—¿Yo? ¿Qué tengo yo que ver con él? Puede meter la cabeza en el nudo corredizo si quiere. No niego que en algunas ocasiones haya cogido un poco de tabaco y que varias veces haya hecho alijos. Pero una cosa te digo, Mary Yellan, y puedes creerla o no, según te plazca: todavía no he matado a nadie.

Hizo restallar el látigo salvajemente sobre la cabeza del potro, que rompió a galopar.

—Delante de nosotros hay un vado, en ese seto que corre hacia el Este. Cruzaremos el río y estaremos a una media milla del camino de Launceston. Tenemos otras siete millas o más por delante antes de llegar a la ciudad. ¿Estás cansada?

Ella movió la cabeza.

—Debajo del asiento hay pan y queso, una manzana o dos y algunas peras. Debes de tener hambre —dijo él—. ¿De modo que piensas que hago naufragar barcos y que aguardo en la orilla para ver ahogarse a los hombres? ¿Y que después les registro los bolsillos cuando están empapados de agua? ¡Qué cuadro más bonito!

Mary no podía decir si su cólera era fingida o verdadera, pero tenía la boca apretada y sobre los pómulos unas manchas de rojo vivo.

—Todavía no lo ha negado, ¿verdad?

Él la miró con insolencia, medio enfadado, medio divertido, y se echó a reír, como si Mary fuese una criatura ignorante. Le dio por esto, y con repentina intuición se dio cuenta de la pregunta que le estaba haciendo, y sintió que le ardían las manos.

—Si creías eso de mí, ¿por qué vienes hoy conmigo a Launceston? —preguntó Jem.

Estaba dispuesto a burlarse de ella; una evasiva o una respuesta torpe sería un triunfo para él, y se esforzó en aparecer alegre.

—Porque me gustan tus ojos, Jem —dijo—. Voy contigo por esta sola razón.

Y sostuvo su mirada sin un estremecimiento.

Jem se echó a reír, sacudió la cabeza y silbó de nuevo; desapareció la tensión entre ellos, remplazándola una familiaridad un poco infantil. La misma audacia de sus palabras le había desarmado; no sospechó la debilidad que escondían, y fueron compañeros sin la traba de ser un hombre y una mujer.

Llegaron al camino real y el cochecillo marchó por él al trote del potro, con los dos caballos robados alborotando detrás. Nubes de lluvia flotaban en el espacio amenazantes y bajas, pero ni una gota se desprendía de ellas, y las colinas que se

elevaban en el marjal, a distancia, aparecían claras y sin niebla. Mary pensó en Francis Davey, en Altarnun, que quedaba hacia la izquierda, y calculaba qué le diría cuando le contase su historia. Ahora no le aconsejaría que esperase otra vez. Quizá no le agradaría que interrumpiese su Navidad; y se imaginaba la silenciosa vicaría, apacible y quieta, entre los grupos de cabañas que formaban la aldea y la alta torre de la iglesia, como un centinela, sobresaliendo sobre los tejados y las chimeneas.

Había un paraíso de descanso para ella en Altarnun —el nombre solo parecía un susurro—, y la voz de Francis Davey significaba seguridad y olvido de toda preocupación. Había algo extraño en él, que a la vez era agradable y desconcertante. El cuadro que había pintado, la forma en que había guiado al caballo, la manera de servirla en silencio, y extrañaba, sobre todo, la gris y sombría quietud de su habitación, que no conservaba rastro de su personalidad. Era la sombra de un hombre, y ahora que no estaba con él le parecía que no era material. No tenía la viril agresividad de Jem; no tenía carne ni sangre; no era más que dos ojos blancos y una voz en la oscuridad. El potro se lanzó repentinamente por una brecha del seto, y un fuerte juramento de Jem la sacó de golpe de la abstracción de sus pensamientos.

Disparó a la ventura:

—¿Hay iglesias por estos alrededores? —le preguntó—. He vivido como una pagana estos últimos meses, y no me gusta la sensación.

—¡Fuera de ahí, maldito!, —gritó Jem, hiriendo al potro en la boca—. ¿Quieres lanzarnos a todos en ese agujero? ¿Iglesias dices? ¿Cómo diablos voy yo a saber nada de iglesias? Solo he estado dentro una vez en mi vida, y entonces me llevaba mi madre en sus brazos, y cuando salí me llamaba Jeremías. No te puedo decir nada de ellas.

—Hay una iglesia en Altarnun, ¿no es por ahí? —dijo ella—. A un paso de la «Posada de Jamaica». Debo ir mañana.

—Sería mejor que compartieras conmigo la comida de Navidad. No te podré dar pavo, pero siempre puedo cogerle un ganso al viejo granjero Tuckett, de North Hill. Está quedándose tan ciego, que nunca sabría que lo había perdido.

—¿Sabes quién está encargado de la congregación en Altarnun, Jem Merlyn?

—No, no lo sé, Mary Yellan... Nunca he tenido trato con pastores, y seguramente nunca lo tendré. Es gente extraña. Saca el pan y el queso, Mary; tengo el estómago vacío.

Mary volvió la cabeza y suspiró.

—¿Has tomado en serio alguna cosa en tu vida? ¿No tienes respeto por nada ni por nadie?

—Respeto a mi estómago —dijo él—, y está pidiendo comida. A mis pies hay una cesta. Puedes comerte la manzana, si te sientes religiosa. En la Biblia hay una manzana; hasta ahí sé.

A las dos y media de la tarde llegaron a Launceston. Mary desechó todo cuidado y responsabilidad, y, a pesar de su firme resolución de aquella mañana, identificó su

humor con el de Jem y se entregó a la alegría.

Lejos de la «Posada de Jamaica» recobró su juventud y su alegría. Jem, al notarlo, se burlaba.

Ella se reía porque tenía necesidad de ello y porque él la hacía reír; el aire estaba saturado del ruido y animación de la ciudad; era un ambiente excitante y de bienestar; un ambiente de Navidad. Las calles estaban atestadas de gente y los puestos eran alegres. Carruajes, carretas y hasta diligencias se apiñaban en la plaza, empedrada de guijarros. Había color, vida, movimiento. La alegre multitud se empujaba y apretaba ante los puestos del mercado. Los pavos y los gansos arañaban con sus patas las vallas de madera que los encerraban, y una mujer con un abrigo verde llevaba un cesto de manzanas sobre la cabeza y sonreía; las manzanas era rojas y brillantes, como sus mejillas. La escena era familiar y grata. Helston, en la época de Navidad, había sido, años atrás, lo mismo que esto; pero había más brillantez y un espíritu más libre en Launceston. Esto era más grande y despejado. Devonshire e Inglaterra quedaban al otro lado del río. Granjeros del cercano Condado marchaban al lado de campesinos del este de Cornualles y había tenderos y confiteros y pequeños aprendices que empujaban, entre la muchedumbre, con bandejas de salchichas y pastas calientes. Una señora con sombrero de plumas y una capa de terciopelo azul salió de un coche y penetró en el cálido e iluminado recinto del hospitalario mesón del «Ciervo Blanco», seguida de un caballero embutido en un abrigo gris. Se colocó un monóculo y se contoneaba detrás de ella exactamente igual que un pavo.

Para Mary era un mundo feliz y agradable. La ciudad estaba edificada en la cima de una colina, con un castillo en el centro, igual que en las viejas historias. Había grupos de árboles y campos en declive y el agua brillaba en el fondo del valle. Los marjales estaban lejos, se extendían en la distancia, detrás de la ciudad, y estaban olvidados. Launceston era realidad; estas gentes tenían vida. La Navidad recobraba un sentido en la ciudad y tenía su ambiente entre la alegre multitud que se agolpaba en sus empedradas calles, y detrás de las pesadas nubes grises, el oscuro sol luchaba por salir de su escondrijo a unirse a la fiesta.

Mary llevaba el pañuelo que le había regalado Jem. Condescendió hasta el punto de permitirle que se lo anudase debajo de la barbilla. Habían dejado el potro y el cochecillo en la parte alta de la ciudad y ahora Jem se abría camino a través de la multitud, conduciendo los dos caballos robados. Mary le seguía, pisándole los talones. Continuaba confiadamente hacia la plaza Mayor, donde se reunía todo Launceston y donde los puestos y tenderetes de la feria de Navidad ocupaban toda su extensión. Había un sitio acotado con una cuerda, algo separada de la feria, para la compra y venta de ganado, que se hallaba rodeada de granjeros y campesinos, caballeros y chalanos de Devon y de más allá. El corazón de Mary latía más de prisa a medida que se aproximaban al cercado; si había alguien de North Hill allí o algún granjero de las aldeas cercanas, de seguro que reconocerían los caballos. Jem llevaba el sombrero echado hacia atrás y silbaba. Una vez volvió la cabeza y la miró

guiñándole un ojo. La gente se apartaba abriéndoles paso. Mary se quedó fuera, detrás de una gruesa mujer que llevaba un cesto, y vio a Jem ocupar su puesto entre los grupos de hombres con caballos. Saludó a uno o dos y pasó la mirada sobre los caballos, inclinándose al hacerlo para encender la pipa. Parecía frío e imperturbable. Un individuo de llamativo aspecto, con sombrero cuadrado y calzón color crema, se abrió paso entre la multitud y se acercó a los caballos. Por su tono y su aire de autoridad, Mary dedujo que debía de ser un tratante. Muy pronto se le acercó un hombrecillo con ojos de lince, que llevaba un abrigo negro, y que una y otra vez le tocaba en el codo y murmuraba a su oído.

Mary le vio mirar fijamente al caballo que había pertenecido al señor Bassat; se acercó a él y se inclinó tocándole las patas; después murmuró al oído del hombre de la voz fuerte. Mary miraba nerviosa.

—¿Dónde ha conseguido este potro? —dijo el tratante, tocando a Jem en el hombro—. Este no se ha criado en los marjales, con esa cabeza y esos remos.

—Nació en Callington, hace cuatro años —respondió Jem descuidadamente, con la pipa en un extremo de la boca—. Lo compré de un año al viejo Tim Bray. ¿Se acuerda usted de Tim? Lo vendió todo el año pasado cuando se marchó a Dorset. Tim me decía siempre que ganaría dinero con este potro. La madre era de raza irlandesa y había ganado premios en el país. ¿No quiere usted echarle una ojeada? Aunque le advierto que no es barato.

Dio una chupada a la pipa, mientras los dos hombres examinaban el caballo cuidadosamente. El tiempo pareció interminable hasta que se enderezaron y se echaron hacia atrás.

—¿Ha tenido alguna enfermedad en la piel? —preguntó el hombre de los ojos de lince—. Parece muy áspera en la superficie, y pincha como si tuviese púas. Tiene también el color que no me gusta. No le habrá estado medicando, ¿verdad?

—No hay nada raro en este potro —replicó Jem—. El otro adelgazó mucho durante el verano, pero lo he sacado adelante. Haría mejor en conservarlo hasta la primavera, pero me ha costado mucho. No, al caballo negro no le puede usted encontrar falta ninguna. Para serle franco, le diré una cosa: el viejo Tim Bray no supo nunca que la yegua había parido —estaba en Plymouth por aquel tiempo, y su hijo era quien cuidaba de ella—; cuando se enteró, le dio una paliza al muchacho, pero, desde luego, era demasiado tarde. Tuvo que conformarse. En mi opinión, el padre era tordo. Fíjese en los pelos cortos cerca de la piel. Son grises, ¿no? Tim se perdió una buena ganga con este potro. Mire qué patas; son de raza. El precio es dieciocho guineas.

El hombre de los ojos de lince movió la cabeza, pero el tratante dudó.

—Le doy quince y cerramos el trato —propuso.

—No; el precio es dieciocho guineas, ni un penique menos —dijo Jem.

Los dos hombres se consultaron aparte y parecía que no se ponían de acuerdo. Mary oyó la palabra «engaño», y Jem lanzó una mirada a Mary por encima de las

cabezas de la multitud. Se levantó un pequeño murmullo del grupo de hombres que había a su lado. Una vez más, el hombre de los ojos de lince se inclinó y tocó las patas del potro negro.

—Aconsejo que se pida otra opinión sobre este caballo; yo no estoy satisfecho —dijo—. ¿Dónde tiene el hierro?

Jem le mostró una pequeña desgarradura en la oreja y el hombre la examinó detenidamente.

—Es usted un comprador muy exigente —dijo Jem—. Cualquiera diría que he robado el caballo. ¿Le pasa algo a la marca?

—Aparentemente, no. Pero para usted es una buena cosa que Tim Bray se haya ido a Dorset. Nunca tuvo este caballo, aunque usted lo diga. En tu lugar, yo no tocaría este caballo, Stevens. Te meterá en algún lío. Vámonos.

El tratante de la voz fuerte miró pesaroso al caballo negro.

—Tiene buen aspecto —dijo—. No me importa quién lo ha criado ni si su padre era pío. ¿Qué te hace tan exigente, Will?

Una vez más, el hombre de los ojos de lince le tiró de la manga y susurró algo a su oído. El tratante escuchó, hizo un gesto y después asintió.

—Está bien —dijo en alta voz—; no cabe duda de que tienes razón.

—Quédese con el caballo —dijo a Jem—. A mi compañero no le gusta. Tome mi consejo y baje el precio. Si lo tiene mucho tiempo en su poder, lo sentirá.

Y se abrió camino a través de la gente, desapareciendo al lado del hombre de los ojos de lince en dirección al «Ciervo Blanco». Mary dio un suspiro de alivio cuando los vio alejarse. No podía comprender la expresión de Jem; tenía los labios fruncidos con el inevitable silbido. La gente iba y venía; los desgarrados caballejos de los marjales se vendían por dos o tres libras cada uno, y sus antiguos dueños partían satisfechos. Nadie volvió a acercarse al caballo negro. La gente lo miraba con recelo. A las cuatro menos cuarto, Jem vendió el otro caballo por seis libras a un alegre labrador de honrado aspecto, después de una larga discusión llena de buen humor. El granjero declaró que daría cinco libras y Jem pedía siete; después de veinte minutos de ruidoso regateo, se convino la suma de seis libras, y el granjero se alejó a lomos de su compra con una sonrisa de oreja a oreja. A Mary le flaqueaban las piernas. El crepúsculo descendía sobre la plaza del mercado y se encendieron los faroles. La ciudad tenía un aire de misterio. Estaba pensando en volver donde habían dejado el cochecillo, cuando oyó detrás de ella una voz de mujer y una carcajada aguda y forzada. Se volvió y vio la capa azul y el sombrero de plumas de la mujer que había salido del coche en las primeras horas de la tarde.

—¡Mira, James! —decía—. ¿Has visto caballo más delicioso en la vida? Levanta la cabeza lo mismo que el pobre *Beauty*. El parecido es asombroso, únicamente que este caballo es negro. ¡Qué lástima que Roger no esté aquí! ¿Qué te parece?

Su compañero se encajó el monóculo y se quedó embobado.

—¡Maldita sea!, María —gruñó—. ¡No sé una palabra de caballos! El caballo que

perdiste era tordo, ¿no? Este bicho es negro como el ébano. Completamente negro, querida. ¿Quieres comprarlo?

La mujer lanzó una pequeña carcajada.

—¡Sería tan buen regalo de Navidad para los chicos...! —exclamó—. Desde que *Beauty* desapareció no han dejado de dar la lata al pobre Roger. Pregunta cuánto vale, James, ¿quieres?

El hombre se adelantó contoneándose.

—¡Oiga, buen hombre! —dijo a Jem—. ¿Quiere usted vender ese caballo negro?

Jem movió la cabeza.

—Se lo he prometido a un amigo —contestó—. No quiero faltar a mi palabra. Además, este caballo no podrá llevarlo a usted. Ha sido domado para ser montado por niños.

—¡Oh! ¿De veras? Ya veo. Gracias. María, este individuo dice que el caballo no está en venta.

—¿Estás seguro? ¡Qué lástima! Me he encaprichado con él. Pagaré lo que pida. Pregúntale otra vez, James.

Una vez más, el hombre se puso el monóculo y gruñó:

—¡Oiga, amigo! Esta señora se ha encaprichado con su caballo; acaba de perder uno, y desea remplazarlo. Sus hijos se disgustarán mucho cuando se enteren. ¡Al diablo su amigo! Él puede esperar. ¿Qué precio tiene?

—Veinticinco guineas —dijo Jem rápidamente—. Al menos, eso era lo que iba a pagar mi amigo. No tengo prisa en venderlo.

La dama del sombrero de plumas se adelantó en el cercado.

—Le daré treinta por él —dijo—. Soy la señora Bassat, de North Hill, y quiero este caballo para hacer un regalo de Navidad a mis hijos. ¡Por favor, no se obstine! Tengo la mitad de esa cantidad en el bolsillo y este caballero le dará el resto. El señor Bassat está ahora en Launceston, y quiero el caballo para dar una sorpresa, tanto a él como a los niños. Mi lacayo se hará cargo de él inmediatamente y lo llevará a North Hill antes que el señor Bassat deje la ciudad. Aquí está el dinero.

Jem se quitó el sombrero y le hizo una profunda reverencia.

—Gracias, señora —dijo—. Espero que al señor Bassat le guste su compra. Encontrará el caballo muy en condiciones para los niños.

—¡Oh! Estoy segura de que quedará encantado. Desde luego que este caballo no es nada en comparación con el que nos robaron. *Beauty* era un pura sangre y valía mucho dinero. Este pequeño animal es bastante bonito y les gustará a los chicos. Vamos, James; está oscureciendo y yo estoy helada hasta los huesos.

Se encaminó fuera del cercado, hacia el coche que esperaba en la plaza. El alto lacayo se adelantó para abrir la portezuela.

—Acabo de comprar un caballo para el señorito Robert y el señorito Henry —dijo—. Busca a Richards y dile que lo lleve a casa. Quiero darle una sorpresa al señor.

Subió al carruaje mientras sus faldas flotaban detrás de ella, seguida de su

compañero del monóculo. Jem miró rápidamente por encima del hombro y tocó en el brazo a un chico que estaba detrás de él.

—Oye —le dijo—; ¿quieres ganarte una moneda de cinco chelines?

El muchacho asintió con la boca abierta.

—Sujeta este caballo y cuando venga el lacayo por él, dáselo, ¿quieres? Me acaban de decir que mi mujer ha dado a luz dos mellizos y su vida está en peligro. No puedo perder un momento. Aquí están las bridas, y felices Pascuas.

Se marchó rápidamente atravesando la plaza con paso vivo, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Mary le seguía discreta a diez pasos de distancia. Su rostro estaba rojo y sus ojos miraban al suelo. La risa le retozaba en el interior y se tapaba la boca con el chal. Estaba a punto de soltar la carcajada cuando llegó al otro extremo de la plaza, lejos de la vista del coche y del grupo de gente, y quedó con una mano en el costado recobrando el aliento. Jem la estaba esperando, con el rostro grave como el de un juez.

—¡Mereces que te cuelguen, Jem Merlyn! —dijo cuando se recobró—. ¡Tener valor para estar, como estuviste en la plaza del mercado, y vender el caballo que le habías robado a la misma señora Bassat! ¡Eres el mismo demonio!

Él echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír. Mary no podía resistirle. Su risa resonó en la calle, hasta el punto de que la gente se volvía para mirarlo, y, contagiada, sonreía y rompía a reír; hasta el mismo Launceston parecía estremecerse de alegría al resonar en las calles estas oleadas de risas que se mezclaban al bullicio y clamor de la feria entre gritos, llamadas y canciones. Las antorchas y los faroles lanzaban extrañas luces sobre los rostros de las gentes, y había color y sombras, y murmullos de voces y ondas de excitación en el aire.

Jem le cogió la mano y le estrujó los dedos.

—Estás contenta de haber venido, ¿verdad?

—Sí —contestó ella impulsivamente.

Se lanzaron en lo más concurrido de la feria, con todo el calor y el atractivo de la apretada multitud a su alrededor. Jem compró a Mary un chal encarnado y unos pendientes de oro. Chuparon naranjas en una tienda pintada a rayas y se hicieron decir la buenaventura por una arrugada gitana.

—Guárdate de un moreno desconocido —dijo a Mary, y ellos se miraron y se echaron a reír de nuevo.

—Hay sangre en tu mano, joven —dijo a Jem—. Algún día matarás a un hombre.

—¿Qué te dije en el cochecillo esta mañana...? —dijo Jem—. Todavía soy inocente. ¿Me crees ahora?

Pero ella movió la cabeza; no se lo diría. Pequeñas gotas de agua caían sobre sus rostros, pero no hacían caso. El viento soplaba en ráfagas, sacudiendo los tenderetes, esparciendo el papel, las cintas y las sedas; y una gran tienda rayada se estremeció un instante y se desplomó, mientras que naranjas y manzanas rodaban por el arroyo. Las luces oscilaban con el viento; llovía; la gente corría de un lado a otro buscando

refugio, riéndose y llamándose unos a otros, empapados por la lluvia.

Jem arrastró a Mary al abrigo de una puerta. Rodeando sus hombros con sus brazos, le hizo volver la cara, y, cogiéndosela entre las manos, la besó.

—¡Guárdate de un moreno desconocido! —dijo, y se echó a reír, besándola de nuevo.

Las sombras de la noche llegaron con la lluvia, y se hizo oscuro en un momento. El viento apagaba las antorchas; las linternas brillaban amarillas y macilentas, y todo el brillante colorido de la feria desapareció. Las tiendas de lona rayadas, los puestos, los tenderetes, fueron abandonados; pronto quedó desierta la plaza. La brusca lluvia llegaba en ráfagas al umbral de la puerta, y Jem, de espaldas, resguardaba a Mary con su cuerpo. Le desató el pañuelo que llevaba y jugaba con sus cabellos. Ella sentía la punta de sus dedos sobre el cuello y sobre los hombros, y, levantando las manos, los separó.

—He tonteado bastante por una noche, Jem Merlyn —dijo—. Es hora de que pensemos en volver. Déjame.

—No querrás que con este tiempo volvamos en el cochecillo abierto. El temporal venía de la costa y nos barrerá en las alturas. Tendremos que pasar la noche juntos en Launceston.

—¡Seguramente! Vete a buscar el caballo, Jem, mientras pasa este aguacero. Te esperaré aquí.

—No seas gazmoña, Mary. Te calarás hasta los huesos en el camino de Bodmin. ¿No puedes imaginarte que estás enamorada de mí? Entonces te quedarás conmigo.

—¿Me hablas así porque soy la camarera de la «Posada de Jamaica»?

—¡Al diablo la «Posada de Jamaica»! Me gusta tu aspecto y me gusta tenerte a mi lado. Esto es suficiente para cualquier hombre, y debía serlo también para cualquier mujer.

—De seguro lo será para algunas. Pero resulta que yo no soy de esas.

—¿Es que a las del río Helford os hacen diferentes a las otras mujeres? Quédate conmigo esta noche, Mary, y lo sabremos. Cuando llegue la mañana serás como las demás. Te lo juro.

—No me cabe la menor duda. Por eso prefiero arriesgarme a una mojadura en el cochecillo.

—¡Dios mío! Eres más dura que el pedernal, Mary Yellan. Lo sentirás cuando estés sola otra vez.

—Mejor es estar triste entonces que después.

—¿No cambiarás de opinión si te beso otra vez?

—No.

—No me extraña que a mi hermano le diera por meterse en la cama y agarrarse a la botella durante una semana teniéndote en la casa. ¿Le cantaste salmos?

—Me atrevo a decir que sí.

—Jamás he conocido una mujer tan perversa. Te compraré una sortija si eso

puede hacer que te sientas respetable. No tengo con frecuencia suficiente dinero en el bolsillo para hacer el ofrecimiento.

—¿Cuántas esposas tienes?

—Seis o siete, esparcidas por Cornualles; sin contar las del otro lado del Tamar.

—Es una buena cantidad para un solo hombre. Yo que tú lo pensarías antes de tomar la octava.

—Eres lista, ¿verdad? Pareces un mono con ese chal y los ojos brillantes. Está bien; buscaré el cochecillo y te llevaré a casa con tu tía, pero primero te besaré, quieras o no.

Le cogió la cara entre las manos.

—Uno por la tristeza, dos por la alegría —dijo—. Te daré el resto cuando estés en un estado de ánimo más cariñoso.

Inclinó la cabeza bajo la lluvia y marchó por la calle.

Le vio desaparecer detrás de una hilera de puestecillos y volver la esquina.

Se reclinó de nuevo al abrigo de la puerta. Sabía que la carretera estaría solitaria; la lluvia azotaba con aire enconado, y podía esperarse poca clemencia en los marjales. Se necesitaba cierto valor, para salvar esas doce millas en un cochecillo descubierto. La idea de quedarse en Launceston con Jem Merlyn hizo que su corazón latiese más aprisa; era inquietante pensar en ello; ahora que él se había marchado y no podía ver su cara; pero, a pesar de todo, no perdería la cabeza por agradarle. Una vez abandonada la línea de conducta que se había trazado, no habría modo de volver a ella. Perdería su independencia, la intimidad de sus pensamientos. Ya había dado demasiado, y nunca más podría deshacerse totalmente de él. Esta debilidad sería un lastre que le haría odiar aún más las cuatro paredes de la «Posada de Jamaica». Era preferible soportar la soledad. Desde ahora, el silencio en los marjales sería un tormento, por tenerle a cuatro millas de distancia de ella. Mary se arrebujó en el chal y cruzó los brazos. Deseaba que las mujeres no fuesen tan frágiles como ella las consideraba; así podría quedarse esta noche con Jem Merlyn y olvidarse de sí misma, como él podía olvidar y separarse después, por la mañana, con una sonrisa y un encogimiento de hombros. Pero era una mujer, esto era imposible. Unos cuantos besos habían bastado para hacer de ella una estúpida. Pensó en tía Patience deslizándose como un espectro a la sombra de su amo, y tembló. En eso se convertiría Mary Yellan también, de no ser por la gracia de Dios y por la fuerza de su voluntad. Una ráfaga de viento agitó su falda, y un nuevo aguacero entró por la puerta. El frío era más intenso; se formaban charcos en el empedrado de guijarros y las luces y las gentes habían desaparecido, Launceston perdía su esplendor. Mañana sería un día de Navidad vacío y sin alegría.

Mary esperó, golpeando con los pies y soplándose las manos. Jem estaba tardando demasiado en traer el cochecillo. Seguramente estaría disgustado con ella por haberse negado a sus deseos y la había abandonado para que se mojara, y enfriase en el abierto umbral de la puerta a modo de castigo. Los minutos pasaban

interminables y no llegaba. Si este era su sistema de venganza, no tenía gracia alguna y carecía de originalidad. En un reloj sonaron las ocho. Hacía más de media hora que se había marchado, y el sitio donde habían dejado el caballo y el cochecillo se hallaba a cinco minutos escasos de allí. Estaba desalentada y cansada.

Había permanecido en pie desde las primeras horas de la tarde, y ahora que había desaparecido su excitación, deseaba descansar. Sería difícil recobrar el descuidado e irresponsable estado de ánimo de las últimas horas. Jem se había llevado su alegría.

Por fin, Mary no pudo continuar en pie, y se puso en marcha en su busca hacia la cima de la colina. Las largas calles estaban desiertas, salvo los escasos rezagados que permanecían al dudoso abrigo de las puertas, como ella lo había hecho. La lluvia caía sin piedad y el aire soplaba en ráfagas. No quedaba nada del espíritu de Navidad.

En pocos minutos llegó a la cuadra donde habían dejado el caballo y el cochecillo por la tarde. La puerta estaba cerrada, y, mirando por una grieta, vio que el cobertizo estaba vacío. Jem debía de haberse marchado. Impaciente, llamó a la pequeña tienda de al lado, y al cabo de un rato abrió la puerta el individuo que les había facilitado la entrada en el cobertizo hacía unas horas.

Parecía molesto por haber tenido que abandonar la comodidad de su fuego, y al principio, no la reconoció, desaliñada como iba y con el chal mojado.

—¿Qué desea? —dijo—. Aquí no damos de comer a los desconocidos.

—No he venido por comida —replicó Mary—. Busco a mi compañero. Vinimos juntos aquí con un caballo y un cochecillo. ¿Recuerda? Veo que la cuadra está vacía. ¿Le ha visto usted?

El hombre murmuró varias excusas.

—Perdóneme, estoy seguro de que su amigo se fue hará unos diez minutos. Parecía tener gran prisa. Iba acompañado por otro hombre. No estoy muy seguro, pero parecía uno de los criados del «Ciervo Blanco».

—¿No dejó ningún recado para mí?

—No. Quizá le encuentre usted en el «Ciervo Blanco». ¿Sabe dónde está?

—Sí, gracias. Iré allí. Buenas noches.

El hombre le dio con la puerta en las narices, contento de verse libre de ella, y Mary encaminó sus pasos en dirección a la ciudad. ¿Qué haría Jem con uno de los servidores del «Ciervo Blanco»? El hombre debía de estar equivocado. No tenía otro remedio que averiguar la verdad por sí misma. Una vez más, llegó a la plaza empedrada. El «Ciervo Blanco» tenía un aspecto acogedor con sus iluminadas ventanas, pero no había rastro del caballo ni del cochecillo. El corazón de Mary desfalleció. Seguramente no habría emprendido el camino sin ella. Dudó un momento, y después se acercó a la puerta y pasó al interior. En el vestíbulo había muchos caballeros que hablaban y reían, y una vez más sus toscas ropas y mojado cabello causaron asombro. Un criado se le acercó un momento y le dijo que se fuera.

—Vengo buscando al señor Jem Merlyn —dijo firmemente—. Vino aquí con un caballo y un coche y fue visto con uno de sus criados. Siento molestarle, pero tengo

que encontrarle. ¿Quiere ver si está aquí?

El hombre se marchó de mala gana, mientras Mary esperaba a la entrada, de espaldas a un pequeño grupo de hombres que había al lado del fuego y la miraban. Entre ellos reconoció al tratante y al hombrecillo de los ojos de lince.

De pronto, tuvo un presentimiento. A los pocos momentos volvió el criado con una bandeja de vasos, que distribuyó entre las personas que había alrededor del fuego, y un poco más tarde volvió a aparecer con pastel y jamón. No volvió a prestar más atención a Mary, y únicamente cuando esta le llamó por tercera vez se le acercó.

—Lamento mucho —dijo—: tengo mucho que hacer esta noche y no puedo perder el tiempo con la gente de la feria. Aquí no hay nadie que se llame Merlyn. He preguntado fuera y nadie ha oído hablar de él.

Mary se dirigió inmediatamente hacia la puerta, pero el hombrecillo de los ojos de lince llegó antes que ella.

—Si se trata del individuo moreno que parecía un gitano y que intentó vender un caballo a mi compañero esta tarde, puedo decirle algo —dijo sonriendo y mostrando una hilera de mellados dientes.

Los del grupo de al lado del fuego rompieron a reír.

Mary miró de uno a otro.

—¿Qué tiene usted que decir? —dijo.

—Estaba en compañía de un caballero hace escasamente diez minutos —replicó el hombre de los ojos de lince, sonriendo todavía y mirándola de arriba abajo— y con la ayuda de alguno de nosotros se le persuadió para que entrara en un carruaje que estaba esperando a la puerta. Al principio estaba inclinado a resistirse, pero una mirada del caballero pareció decidirle. Sin duda alguna usted sabrá lo que ha sido del potro negro. El precio que pedía era indudablemente alto.

Su observación dio lugar a un nuevo golpe de risa en el grupo junto al fuego. Mary miró fijamente al hombre de los ojos de lince.

—¿Sabe usted dónde ha ido? —preguntó.

Él se encogió de hombros y puso una cara de cómica lástima.

—Su destino me es desconocido, y siento tener que decirle que no dejé ningún mensaje de adiós. Sin embargo, es Nochebuena, y todavía muy temprano, y, como puede ver, el tiempo no es a propósito para permanecer fuera. Sí quiere esperar aquí hasta que a su amigo se le antoje volver, yo y el resto de estos caballeros tendremos mucho gusto en obsequiarla.

Puso una mano flácida sobre su chal.

—¡Qué malvado debe de ser para haberla abandonado! —dijo suavemente—. Entre, descanse y olvídalo.

Mary le volvió la espalda sin decirle una palabra, y volvió a atravesar la puerta. Al cerrar, detrás de ella, pudo oír el eco de su risa.

Quedó en la desierta plaza del mercado con el viento y los chaparrones de lluvia por toda compañía. Al fin, había sucedido lo peor; el robo del potro había sido

descubierto. No había otra explicación, Jem se había ido. Se quedó mirando estúpidamente las sombras de las casas, preguntándose qué castigo darían por robar. ¿Ahorcarían a los hombres por él lo mismo que por el asesinato? Se sentía físicamente enferma, como si le hubiesen dado una paliza, y su mente estaba confusa. No veía nada claro y no podía hacer planes. Suponía que Jem estaba ahora perdido para siempre, y que no le volvería a ver más. La breve aventura había terminado. De momento estaba anonadada, y a duras penas podía comprenderlo. Empezó a andar a la ventura, a través de la plaza, en dirección a la colina del castillo. Si hubiese consentido en quedarse en Launceston, esto no habría ocurrido. Habrían abandonado el refugio de la puerta y encontrado una habitación en alguna parte de la ciudad, donde, juntos, se habrían amado.

Y aun en el caso de que le hubieran prendido por la mañana, habrían pasado estas horas juntos. Ahora que se había ido, su cuerpo y su alma estaban llenos de amargura y remordimiento, y comprendía cuánto le había deseado. Era culpa suya que le hubiesen prendido, y ella no podía hacer nada por él. Sin duda le ahorcarían; moriría lo mismo que su padre. La muralla del castillo se alzaba ante ella, y la lluvia corría, formando riachuelos, al lado del camino. Ya no quedaba belleza en Launceston; era un lugar tétrico, gris y odioso, y cada vuelta del camino presagiaba desgracia. Continuó adelante, tambaleándose, con el rostro azotado por la lluvia, sin importarle adónde iba y el hecho de que había once millas largas entre ella y su habitación en la «Posada de Jamaica». Si el amar a un hombre significaba este dolor, esta angustia, este malestar, no quería nada de ello. Se llevaba el juicio, la compostura, y destruía el valor. Ahora era una débil criatura, ella que antes había sido indiferente y fuerte. La empinada colina se levantaba ante ella. Aquella tarde la habían bajado juntos. Recordaba el enguinaldado tronco del árbol en la brecha del seto. Jem había silbado y ella había cantado fragmentos de canciones. De pronto volvió a la realidad y se detuvo en su marcha. Era una locura continuar más adelante, el camino se extendía como una cinta blanca frente a ella, y caminar otras dos millas significaba el agotamiento, con este viento y esa lluvia.

Volvió otra vez hacia la pendiente de la colina con las centelleantes luces de la ciudad a sus pies. Quizá alguien podría darle un lecho para pasar la noche o una manta para tenderse en el suelo. No tenía dinero; tendría que fiar en su palabra. El viento azotaba sus cabellos y los árboles pequeños se doblaban a su impulso. Sería un húmedo y triste amanecer el día de Navidad.

Marchaba camino abajo como una hoja arrastrada por el viento. Vio salir de la oscuridad un carruaje que remontaba la pendiente en dirección a ella. Parecía un negro y monstruoso escarabajo, y su marcha, con toda la violencia del temporal en contra, era lenta. Lo miró con ojos cansados. Su presencia no le sugirió otro pensamiento que por algún camino desconocido, Jem Merlyn viajaba, quizá hacia la muerte, de la misma manera. El carruaje llegó a su altura, y cuando ya empezaba a distanciarse, corrió impulsivamente y llamó al cochero que, sentado en el pescante, se

envolvía en un recio capote.

—¿Va usted por el camino de Bodmin? ¿Lleva algún pasajero dentro?

El cochero sacudió la cabeza y fustigó a su caballo; poco antes de que Mary pudiera apartarse, un brazo salió por la ventanilla y una mano se apoyó en su hombro.

—¿Qué hace Mary Yellan sola en Launceston, en Nochebuena? —dijo una voz desde el interior.

La mano era firme, pero la voz suave. Un pálido rostro la contemplaba desde el interior del carruaje: cabellos blancos, ojos blancos, bajo el negro sombrero de teja. Era el vicario de Altarnun.

Mary contemplaba su perfil en la penumbra: era agudo y acusado; la nariz, prominente y delgada, se inclinaba hacia abajo, como el curvado pico de un pájaro. Los labios eran finos y pálidos, fuertemente apretados, y se inclinaba hacia delante, descansando la barba sobre el largo bastón de ébano que tenía entre las rodillas.

De momento no pudo ver sus ojos; estaban velados por las blancas y cortas pestañas. Luego, él se volvió y la contempló; los ojos que la miraban eran también blancos, sin expresión, y transparentes como el cristal.

—De modo que vamos a viajar juntos por segunda vez —dijo, y su voz era suave y queda, lo mismo que la voz de una mujer—. Una vez más he tenido la buena suerte de poder ayudarla al borde del camino. Está usted calada hasta los huesos; haría mejor en quitarse ese chal.

La miró con fría indiferencia, y ella luchó confusa con el alfiler que sujetaba el chal.

—Aquí tiene una manta seca que le servirá para el resto del viaje. Y en cuanto a los pies, será mejor que se descalce. En este coche no hay corrientes.

Sin pronunciar palabra, se quitó el empapado chal y la blusa y se envolvió en la áspera manta de pelo que él le entregó. Su cabello se escapó del lazo que lo sujetaba y quedó colgando como un velo sobre sus hombros desnudos. Se sentía como una criatura cogida en una travesura, y ahora estaba sentada, con las manos cruzadas humildemente, obediente a la palabra del maestro.

—¿Y bien? —preguntó mirándola gravemente. Y de nuevo se encontró dándole una explicación de los acontecimientos del día. Como antes en Altarnun, había algo en él que la hacía traicionarse, apareciendo como una tonta e ignorante campesina, pues contó su historia mal y llegó al final desastrosamente.

Sencillamente, otra mujer que se había dejado seducir en la feria de Launceston, y que, abandonada por el hombre que había elegido, tenía que volver sola a casa. Se avergonzaba de llamar a Jem por su nombre, y lo presentó simplemente como un hombre que vivía domando caballos, a quien había encontrado una vez que paseaba por el marjal. Y ahora había habido alguna confusión en Launceston sobre la venta de un caballo, y ella temía que le hubiesen cogido en algún fraude.

Se preguntaba qué pensaría de ella Francis Davey, al saber que había ido a Launceston con un casi desconocido, y después de haber perdido a su compañero había corrido por la ciudad, sucia y mojada, después de la caída de la noche, como una mujer de la calle. Él la escuchó en silencio hasta el final, tragando una o dos veces, en una forma que ella recordaba.

—Después de todo, no ha estado demasiado sola —dijo al fin—. La «Posada de Jamaica» no está tan solitaria como usted suponía, ¿verdad?

Mary se ruborizó en la oscuridad, y aunque no podía ver su rostro, sabía que sus

ojos estaban fijos en ella, y se sentía culpable, como si hubiera hecho algo malo y su mirada fuese una acusación.

—¿Cómo se llama su compañero? —preguntó tranquilamente.

Ella dudó un momento, cohibida y molesta, con la sensación de culpabilidad más fuerte que nunca.

—Es el hermano de mi tío —replicó dándose cuenta de la desgana de su voz, como si le arrancaran una confesión.

Cualquiera que hubiese sido la opinión que tuviera de ella antes, esto no contribuiría a mejorarla. Hacía escasamente una semana que había llamado asesino a Joss Merlyn y, a pesar de ello, había salido de la «Posada de Jamaica» con su hermano, sin aprensión alguna, como una vulgar moza de taberna que quisiera ver la feria.

—Por supuesto que pensará mal de mí —dijo precipitadamente—. Odiando a mi tío y desconfiando de él, no debía haber tomado por confidente a su hermano. Es un ladrón y un pícaro, lo sé, me lo dijo él al principio; pero a pesar de ello...

Sus palabras sonaron con alguna vacilación. Después de todo, Jem no había negado nada, no había hecho intención de defenderse cuando ella le había acusado. Y ahora se ponía de su parte y le defendía sin razonar y en contra de su sano juicio, ligada a él por sus manos y por un beso dado en la oscuridad.

—¿Quiere decir que el hermano no sabe nada del negocio nocturno del pasadero? —continuó la suave voz—. ¿Que no es de la banda que lleva los carros a la «Posada de Jamaica»?

Mary hizo un pequeño gesto de desaliento.

—No lo sé —dijo—; no tengo pruebas. Él no admite nada, se encoge de hombros, pero me dijo una cosa: que nunca había matado a nadie. Yo le creo. Todavía creo en él. También me dijo que mi tío corría derecho a las manos de la justicia y que no tardarían mucho en cogerlo. De seguro, no diría eso si fuera uno de la banda.

Hablaba ahora para tranquilizarse más a sí misma que al hombre que iba a su lado, y la inocencia de Jem se convirtió en una cosa de vital importancia.

—Usted me dijo antes que tenía buenas amistades —dijo rápidamente—. Quizá pudiese usted ayudar a Jem. Después de todo, es joven; puede empezar de nuevo la vida; esto sería fácil para usted.

Su silencio fue una humillación más, y sentía los fríos y blancos ojos sobre ella, comprendiendo cuan tonta y femenina debía creerla. Él vería que estaba intercediendo por el hombre que la había besado una vez, y no eran necesarias las palabras para comprender que la despreciaba.

—Mi amistad con el señor Bassat, de North Hill, es de lo más superficial —dijo con suavidad—. Una o dos veces nos hemos dado las buenas tardes, y hemos hablado de asuntos relacionados con las respectivas parroquias. Es difícil que perdone a un ladrón por mí, especialmente si el ladrón es culpable, como sucede con el hermano del dueño de la «Posada de Jamaica».

Mary no dijo nada. Una vez más, este extraño ministro de Dios había pronunciado sabias y lógicas palabras y no había argumento que oponer. Pero ella estaba atacada de una repentina fiebre de amor que destruía la razón y la lógica, por lo que sus palabras actuaron como un excitante más, provocando un nuevo torbellino en su mente.

—Parece usted muy preocupada por su seguridad —dijo.

Y ella se preguntaba si era burla lo que percibía en su voz, reproche o comprensión; pero, rápido como el relámpago, él continuó:

—Y si su nuevo amigo fuera culpable de otras cosas, conspirando con su hermano contra la propiedad y quizá las vidas de sus congéneres, entonces, qué, Mary Yellan, ¿trataría todavía de salvarle?

Sintió una mano, fría e impersonal, sobre la suya, y como estaba en el límite de la excitación, asustada y decepcionada al mismo tiempo, queriendo a un hombre en contra de su voluntad, a quien había perdido por su culpa, comenzó a llorar, balbuciendo palabras incoherentes, como una criatura.

—Yo no quería esto —dijo con fiereza—. Puedo soportar la brutalidad de mi tío y la patética y muda estupidez de tía Patience; hasta el silencio y el horror de la «Posada de Jamaica» puedo soportarlos sin temblar ni tratar de huir. No me importa estar sola. Hay cierta lúgubre satisfacción en esta lucha con mi tío, que me envalentona a veces, y presiento que, al final, ganaré, sea lo que sea, lo que diga o haga. Me he propuesto separarlo de mi tía y ver que se hace justicia, y después cuando todo lo haya terminado, buscar trabajo en una granja y llevar la vida de un hombre, como lo hacía antes. Pero ahora no puedo mirar hacia delante; no puedo hacer planes ni pensar por mí misma; doy vueltas, como cogida en una trampa, todo por un hombre a quien desprecio, que no tiene nada de común con mi manera de ser y de entender. No quiero amar como una mujer, ni sentir como una mujer, señor Davey; significa dolor, sufrimiento y miseria por toda la vida. ¡No quiero, no quiero...!

Se echó hacia atrás, apoyando la cabeza en la pared del carruaje, destrozada por su torrente de palabras y avergonzada ya de su explosión. No le importaba lo que pensara de ella. Era un religioso, y, por tanto, desligado de su pequeño mundo de tormenta y de pasión.

Él no conocía estas cosas. Sentíase decaída y desgraciada.

—¿Cuántos años tiene usted? —le preguntó él de pronto.

—Veintitrés.

Le oyó tragar saliva en la oscuridad, y retirando su mano la colocó nuevamente sobre el bastón de ébano y quedó en silencio.

El carruaje había subido el valle de Launceston, dejando atrás el abrigo de los setos, y estaba ahora en las tierras altas que conducían al abierto marjal, expuesto a toda la fuerza del viento y de la lluvia. Él viento era continuo, pero los aguaceros eran intermitentes, y de vez en cuando una estrella solitaria brillaba fugazmente tras una nube pasajera y, por un instante, pendía del cielo como una luz diminuta. Entonces

desaparecía, velada por una densa cortina de lluvia, y por la estrecha ventanilla del coche no se veía nada más que un lóbrego pedazo de cielo.

En el valle, la lluvia había caído con más intensidad y el viento, aunque persistente, había moderado su fuerza y se había calmado algo a su paso a través de los árboles y el contorno de la colina. Aquí, en las alturas, no existía ese abrigo natural; a ambos lados del camino no había más que los marjales y, por encima, la gran bóveda negra del firmamento, y el viento gemía como no lo hiciera antes.

Mary se estremeció y se acercó a su acompañante como un perro tembloroso. Él permaneció silencioso, pero ella sabía que se había vuelto y la observaba, y por primera vez tenía conciencia de su proximidad como un ser humano; podía sentir su aliento en la frente. Se acordó de que su chal y su blusa, empapados, yacían a sus pies, en el suelo, y de que estaba casi desnuda bajo la áspera manta. Cuando él habló de nuevo, ella se dio cuenta de su proximidad, y su voz le llegó de improviso, sobresaltándola y turbándola.

—Es usted muy joven, Mary Yellan —dijo con suavidad—, aun no ha salido del cascarón. Se sobrepondrá a esta pequeña crisis. Las mujeres como usted no deben derramar lágrimas por un hombre que han visto una o dos veces, y el primer beso se olvida pronto. Muy pronto olvidará usted a su amigo, el del caballo robado. ¡Vamos! Enjague sus lágrimas; no es usted la primera que sufre por un amor perdido.

La impresión que ella tuvo de sus palabras fue que él no daba importancia al asunto; que lo consideraba como algo baladí. Se preguntaba por qué no había empleado las usuales palabras de consuelo, tales como decirle que rezase y hablarle de la vida eterna. Recordaba el último viaje que hizo con él cuando, encorvado en su asiento, empuñaba las riendas y fustigaba a su caballo con afán de vértigo, murmurando palabras incomprensibles para ella. De nuevo experimentó la misma sensación de malestar que sintió entonces; una sensación de desasosiego que instintivamente atribuyó a la anormalidad de sus cabellos y de sus ojos, como si este defecto físico fuese una barrera entre él y el resto del mundo. En el reino animal, cuando una bestia es anormal, se la desprecia, persiguiéndola hasta su exterminio, o se la aparta.

No bien hubo pensado esto, se arrepintió de ello, por ser poco humano y poco cristiano. Era un semejante y un sacerdote de Dios; pero mientras murmuraba unas palabras de excusa por su comportamiento ante él por haber hablado como cualquier mujer de la calle, cogió su ropa y empezó a vestirse furtivamente al amparo de la manta.

—¿De modo que estaba en lo cierto, y ha habido tranquilidad en la «Posada de Jamaica» desde la última vez que la vi? —dijo, después de una pausa, como siguiendo un pensamiento—. ¿No han llegado más carros para perturbar sus bellos sueños, y el posadero se ha distraído solo con su vaso y su botella?

Mary, preocupada y molesta todavía, con su pensamiento fijo en el hombre que había perdido, volvió a la realidad haciendo un esfuerzo. Había olvidado a su tío

durante casi diez horas. De repente se acordó del terror de la última semana y de cuanto se había enterado. Pensó en las interminables noches de insomnio, en los largos días que había pasado sola, y los fijos y ensangrentados ojos de su tío se le aparecieron de nuevo; vio su risa de borracho y sus manos tanteando en el vacío.

—Señor Davey —murmuró—, ¿ha oído hablar usted alguna vez de los raqueros?

Nunca hasta ahora había pronunciado esta palabra en voz alta; ni siquiera había pensado en pronunciarla, y ahora que la oía de sus propios labios le parecía terrible y obscena, como una blasfemia. Estaba demasiado oscuro en el interior del coche para poder apreciar el efecto que le había producido a él, pero Mary le oyó tragar saliva. Sus ojos eran invisibles para ella, ocultos en la sombra del negro sombrero de teja, y solamente podía ver la vaga silueta de su perfil: el mentón pronunciado y la afilada nariz.

—Una vez, hace años —continuó—, cuando yo no era más que una niña, oía a un vecino hablar de ello, y más tarde, cuando fui mayor, oí rumores de estas cosas, fragmentos de murmuraciones que cesaban rápidamente. Algunos de los hombres, al volver de la costa norte, traían chismes, pero pronto se les hacía callar, los más viejos prohibían esta conversación por considerarla dañina. Yo no creía ninguna de estas historias —prosiguió—. Pregunté a mi madre, y ella me dijo que eran horribles invenciones de gentes malintencionadas; tales cosas no sucedían, no podían suceder. Estaba equivocada; sé que estaba equivocada, señor Davey. Mi tío es uno de ellos: me lo dijo él mismo.

Su compañero no replicó; estaba sentado, inmóvil como una estatua, y ella continuó otra vez sin elevar la voz, como en un susurro.

—Todos están metidos en ello; todos, desde la costa a la orilla del Tamar; son aquellos hombres que vi en la taberna con él el primer sábado: los gitanos, los cazadores furtivos, los marineros, el buhonero de los dientes rotos. Han asesinado a mujeres y niños con sus propias manos; los han tirado al agua; los han matado con rocas y piedras. Aquellos carros eran carros de muertos que viajaban en la noche, y las mercancías no eran barriles de bebidas ni fardos de tabaco de contrabando: eran las cargas completas de los barcos que hacían naufragar; eran la esperanza y los bienes de los hombres asesinados, comprados a precio de sangre. Y esta es la razón de que mi tío sea temido y odiado por las tímidas gentes de las cabañas y de las granjas; este es el motivo que se le cierran todas las puertas, de que las diligencias pasen ante su casa envueltas en una nube de polvo. Sospechan lo que no pueden probar. Mi tía vive con la angustia mortal de que sea descubierto, y mi tío, en cuanto se emborracha, suelta delante de cualquier extraño su secreto y lo lanza a los cuatro vientos. Señor Davey, ahora ya sabe usted la verdad sobre la «Posada de Jamaica».

Se echó hacia atrás, sin aliento, mordiéndose los labios y retorciéndose las manos con una emoción que no podía dominar, exhausta y temblorosa por el torrente de palabras que se le habían escapado. En algún oscuro rincón de su mente, una imagen luchaba por ser reconocida y buscaba su camino hacia la luz sin piedad para sus

sentimientos; era el rostro de Jem Merlyn, el hombre a quien amaba; pero este rostro aparecía malvado y perverso; se iba desfigurando horriblemente, hasta convertirse, al fin, en el rostro de su hermano.

La faz albina, bajo el negro sombrero de teja, se volvió hacia ella; percibió un repentino aleteo de las blancas pestañas, y los labios se movieron.

—¿De modo que el posadero habla cuando está borracho? —dijo. Y a Mary le pareció que a su voz le faltaba algo de su acostumbrada suavidad que su tono era más agudo, como en una nota más alta; pero cuando lo miró, sus ojos le devolvieron la mirada, fríos e impersonales, como siempre.

—Sí habla, sí —contestó—. Cuando mi tío está cinco días no tomando otra cosa que coñac, desnuda su alma delante de todo el mundo. Me lo dijo él mismo la noche en que llegué. Entonces no estaba borracho. Pero hace cuatro días, cuando desperté de su primer sopor, y entró en la cocina, después de medianoche, tambaleándose, entonces habló. Por eso lo sé. Por eso he perdido toda fe en la Humanidad en Dios y en mí misma; y por eso procedí hoy en Launceston como una tonta.

La tempestad había aumentado su violencia durante su conversación, y ahora, con la curva del camino, el carruaje marchaba cara al viento, cuya fuerza le obligó a pararse por completo. El vehículo se balanceaba entre las altas ruedas, y un repentino chaparrón golpeó las ventanillas como un puñado de guijarros. Ahora no había abrigo alguno: el marjal se extendía a ambos lados, desnudos y sin protección, y las nubes en fuga, corrían veloces sobre la tierra, desgarrándose en jirones sobre los tormos. Había un húmedo sabor de sal en el aire que venía del mar, de quince millas más allá.

Francis Davey se inclinó hacia delante en su asiento.

—Nos aproximamos a Five Lanes, y al recodo para Altarnun —dijo—; el cochero va a Bodmin y la llevará a usted a la «Posada de Jamaica». Yo la dejaré en Five Lanes y continuaré a pie hasta la aldea. ¿Soy el único hombre a quien ha honrado usted con su confianza, o la comparte con el hermano del posadero?

Otra vez Mary no podía decir si había ironía o burla en su voz.

—Jem Merlyn lo sabe —dijo involuntariamente—. Hablamos de ello esta mañana. Él dijo muy poco, aunque sé que no está en muy buenas relaciones con mi tío. De todos modos, eso no importa ahora; Jem está preso por otro delito.

—Y suponiendo que él se salvase por traicionar a su hermano, entonces, ¿qué, Mary Yellan? Reflexione sobre ello.

Mary se sobresaltó. Esta era una nueva posibilidad, y en seguida se aferró a ella como a una tabla de salvación. Pero el vicario de Altarnun debió de leer sus pensamientos, ya que al mirarle ella para confirmar sus esperanzas vio que sonreía. Por un momento, sus delgados labios perdieron ese aspecto de pasividad, como si su rostro fuese una máscara y esta se hubiera resquebrajado. Mary apartó su mirada, se sintió molesta como la persona que, sin saberlo, tropieza en una visión prohibida.

—Sin duda eso sería una satisfacción para usted y para él, de no estar, complicado —continuó el vicario—. Pero siempre existe la duda, ¿verdad? Y ni usted ni yo

conocemos la respuesta a esa pregunta. Un hombre culpable, por lo general, no se pone la cuerda alrededor de su propio cuello.

Mary hizo un movimiento de desaliento con las manos, y él debió de ver la desesperación de sus ojos, ya que su voz, que había sido áspera hasta ahora, se suavizó de nuevo y apoyó su mano sobre la rodilla de ella.

—Nuestros días felices han pasado: ahora estamos en las tinieblas —dijo blandamente—. Si estuviese permitido elegir nuestros textos entre las obras de Shakespeare, se predicarían mañana extraños sermones en Cornualles, Mary Yellan. Sin embargo, su tío y sus compañeros no son miembros de mi congregación; si lo fueran no me entenderían. Usted no me toma en serio porque hablo de manera enigmática; usted se dice: «Este hombre no consuela; es un fenómeno con sus cabellos y ojos blancos». No se retire; sé lo que piensa. Le diré una cosa para consolarla, y usted puede pensar de ella lo que guste. Dentro de una semana será Año Nuevo; las luces falsas han brillado por última vez; no habrá naufragios, se apagaron las velas.

—No le entiendo —dijo Mary—. ¿Cómo sabe usted eso, y qué tiene que ver ello con el Año Nuevo?

Retiró su mano de ella y empezó a abrocharse el abrigo preparándose para la despedida. Levantó la ventanilla y dijo al cochero que parase. El aire frío penetró en el carruaje con un hálito de lluvia helada.

—Vuelvo de una reunión celebrada esta noche en Launceston —dijo—, que no era más que una de las muchas reuniones similares celebradas durante estos últimos años. Y los presentes hemos sido informados, al fin, de que el Gobierno de su Majestad se prepara para tomar ciertas medidas el año que viene para vigilar las costas del país. Habrá vigías en los promontorios en lugar de luces, y los caminos conocidos ahora únicamente por hombres como su tío serán patrullados por los mantenedores de la ley. Se extenderá una cadena por toda Inglaterra, que será muy difícil de romper, Mary. ¿Comprende usted ahora?

Abrió la puerta del coche y salió al camino. Descubrió la cabeza bajo la lluvia, y ella vio el espeso y blanco cabello, que rodeaba su rostro como una aureola. Él sonrió de nuevo e inclinó la cabeza, reteniendo entre sus manos la mano de Mary.

—Sus preocupaciones han pasado —dijo—; las ruedas de los carros se enmohecerán y la habitación atrancada al final del corredor podrá convertirse en una sala. Su tía volverá a dormir tranquila y su tío podrá emborracharse hasta la consunción, evitándoos toda clase de molestias, o bien hacerse wesleyano y predicador a los caminantes. Usted podrá volver al Sur, y encontrará otro amor. Duerma bien esta noche. Mañana es el día de Navidad, las campanas de Altarnun tocarán por la paz y la buena voluntad entre los hombres. Yo pensaré en usted.

Saludó con la mano al cochero, y el carruaje siguió su marcha sin él.

Mary se asomó a la ventanilla para llamarle, pero había torcido hacia la derecha, bajando por uno de los cinco senderos, y ya se había perdido de vista.

El carruaje rodó por el camino de Bodmin. Todavía quedaban por recorrer tres millas antes de que las altas chimeneas de la «Posada de Jamaica» se dibujasen en el horizonte, y estas millas eran las más agrestes y expuestas de las veintiuna que separaban las dos ciudades.

Mary deseaba ahora haberse ido con Francis Davey. En Altarnun no oiría soplar el viento y la lluvia sería silenciosa en el resguardado sendero. A la mañana siguiente se habría arrodillado en la iglesia y orado por primera vez desde que dejó a Helford.

Si lo que había oído era cierto, ya había motivo para alegrarse y algo de qué dar gracias.

Los días de los raqueros habían pasado; serían destrozados por la nueva ley; él y sus compañeros serían borrados y raídos del país, lo mismo que lo habían sido los piratas hacía veinte o treinta años; no quedaría memoria de ellos ni dejarían nada que pudiera emponzoñar las mentes de los que vinieran después. Nacería una nueva generación que nunca oiría sus nombres. Los barcos se acercarían a Inglaterra sin miedo; no habría recolección después de la marea. Las cuevas que habían resonado con el crujido de pisadas sobre los guijarros y con el murmullo de las voces de los hombres volverían a quedar en silencio, que no sería turbado sino por el graznido de las gaviotas. Bajo la plácida superficie del mar, sobre el lecho del océano, quedaban cráneos sin nombre, monedas verdes, que en otro tiempo fueron de oro, y viejos caparazones de buques... Todos serían olvidados para siempre jamás. El terror que conocieron había muerto con ellos. Era la aurora de una nueva edad, en la que mujeres y hombres podrían viajar sin miedo y la tierra les pertenecería. Aquí, en esta zona del marjal, los labradores hundirían sus arados en la tierra y amontonarían las algas para secarlas al sol, lo mismo que hacían hoy; pero la sombra que se había cernido sobre ellos habría desaparecido. Quizá la hierba volvería a crecer y el brezo a florecer de nuevo donde había estado la «Posada de Jamaica».

Siguió sentada en el rincón del coche, con la visión de este nuevo mundo ante ella. Por la abierta ventanilla, traído por el viento, sonó un tiro en medio del silencio de la noche. Un grito en la distancia y un alarido. De la oscuridad surgieron voces de hombres y sonidos de pisadas. Se asomó a la ventanilla. La lluvia le azotaba el rostro; oyó al cochero gritar de miedo mientras el caballo se encabritaba y tropezaba. El camino se elevaba en pendiente desde el valle, serpenteando, hasta la cima de la colina, y allá en la lejanía se divisaban las delgadas chimeneas de la «Posada de Jamaica», semejante a patíbulos coronando el horizonte. Bajando por el camino, venía una pandilla de hombres capitaneados por uno que saltaba como una liebre, balanceando una linterna delante de sí mientras corría. Sonó otro tiro. El cochero se desplomó en su asiento y cayó. El caballo tropezó de nuevo y se tambaleó como un ciego en dirección a la cuneta, por un momento, el carruaje se balanceó sobre las ruedas, cabeceó y quedó inmóvil.

Alguien lanzó una blasfemia contra el cielo; alguien rio brutalmente; se oyó un silbido y un grito.

Un rostro apareció en la ventanilla del carruaje; un rostro coronado por desgreñados cabellos que caían, a manera de flequillo, sobre unos ojos inyectados en sangre. Los labios entreabiertos dejaban ver los blancos dientes; levantó la linterna hasta la ventanilla de modo que la luz cayera dentro, en el interior del coche. Con una mano sostenía la linterna y con la otra empuñaba una humeante pistola; eran manos largas y esbeltas, con delgados y afilados dedos, bellas y llenas de gracia; las redondeadas uñas, llenas de suciedad.

Joss Merlyn se sonrió; la sonrisa delirante y loca de un poseso, un hombre enloquecido hasta el paroxismo por la bebida. Levantó la pistola apuntando a Mary, inclinándose hacia el interior del carruaje, de modo que el cañón la tocaba en el cuello.

Después se echó a reír y tiró la pistola por encima del hombro. Abrió la portezuela y sacó a Mary, dejándola en el camino, a su lado. Levantó la linterna sobre su cabeza para poderla ver. Había diez o doce hombres parados en el camino, harapientos y destrozados; la mitad de ellos, borrachos como su jefe, con ojos salvajes que brillaban en rostros de barbas descuidadas. Uno o dos tenían pistolas; otros iban armados con botellas rotas, cuchillos y piedras. Harry el buhonero estaba al lado del caballo, mientras que, boca abajo, en la cuneta, yacía el cochero con un brazo doblado, flácido e inmóvil.

Joss Merlyn se acercó a Mary y le levantó el rostro hacia la luz. Cuando vieron quién era, un aullido de risa brotó de aquella pandilla de hombres, y el buhonero se llevó dos dedos a la boca y silbó.

El posadero se inclinó hacia ella y le hizo una reverencia con gravedad de borracho. La agarró por el suelto cabello y retorciéndolo en la mano como una cuerda, lo olfateó como un perro.

—¿De modo que eres tú? —dijo—. ¿Has decidido volver como una perrilla quejumbrosa, con el rabo entre las piernas?

Mary no dijo nada. Miraba a los hombres, y ellos le devolvían la mirada, burlándose y acercándose más hacia ella, riendo y señalando sus mojadas ropas, tocando su blusa y su falda.

—¿Te has quedado muda? —gritó su tío, y le dio un golpe en el rostro con el dorso de la mano.

Ella gritó y levantó un brazo para protegerse; pero él se lo cogió, sujetándola por la muñeca y doblándoselo hacia atrás. Gritó de dolor, y él volvió a reír.

—Te domaré aunque tenga que matarte —dijo—. ¿Crees que puedes estar en contra mía con tu cara de mico y tu maldita arrogancia? ¿Qué es lo que haces a medianoche por el camino real, en un carruaje alquilado, medio desnuda y con el cabello suelto? Después de todo no eres más que una mujerzuela.

Le torció la muñeca, y ella se desplomó.

—¡Déjame! —gritó—; no tienes derecho a tocarme ni a hablarme. Eres un asesino y un ladrón, y la justicia lo sabe; todo Cornualles lo sabe. Tu reino ha

terminado, tío Joss. He ido a Launceston a denunciarte.

Se levantó un griterío del grupo de hombres; se acercaron más hacia delante chillando y preguntándole, pero el posadero rugió y les hizo retroceder.

—¡Atrás, condenados idiotas! ¿No veis que está tratando de salvar el pellejo contando mentiras? ¿Cómo puede denunciarnos si no sabe nada? No ha podido andar las once millas de distancia que hay hasta Launceston. Miradle los pies. Ella ha estado con un hombre en algún sitio, abajo, en el camino, quien la ha mandado a casa cuando le ha parecido bien. ¡Levanta! ¿O quieres que te restriegue las narices en el barro?

La obligó a levantarse y la mantuvo a su lado. Entonces señaló al cielo, donde las nubes flotaban bajas, llevadas por el viento, y una húmeda estrella centelleaba.

—¡Mira! —rugió—. Hay un claro en el cielo, la lluvia se va hacia el Este. Sopla mucho viento todavía antes de que hayamos terminado, y la aurora y el amanecer de la costa empezarán dentro de seis horas. No perdamos más tiempo aquí. Coge el caballo, Harry, y ponlo de nuevo en el camino; el coche puede llevar a media docena de nosotros. Tráete el caballo del establo y la carreta; ha estado descansando una semana. Vamos, borrachos, gandules, ¿no queréis el oro y la plata correr por vuestras manos? Durante siete días he vivido como un cerdo y ¡vive Dios!, que esta noche me siento como un niño. Quiero ver la costa otra vez. ¿Quién quiere venir conmigo pasando por Camelfrod?

Un grito salió de una docena de gargantas y las manos se agitaron en el aire. Uno de los individuos rompió a cantar, agitando una botella sobre la cabeza y tambaleándose; después, vaciló y cayó, quedando hecho un ovillo con el rostro en la cuneta. El buhonero le dio un puntapié, pero no se movió; y cogiendo la brida del caballo arrastró el animal hacia delante, obligándole con golpes y gritos a subir la pendiente colina, mientras que las ruedas del carruaje pasaban por el cuerpo del hombre caído, que por un momento pataleó como una liebre herida, luchando en el barro y dando gritos de terror y de sentimiento; después quedó quieto.

Los hombres siguieron el carruaje; se oía el ruido de sus pies al correr sobre la carretera, y Joss Merlyn permaneció un momento mirando a Mary con una sonrisa de beodo; luego, en un repentino impulso, la cogió entre sus brazos y corrió con ella hacia el coche, abriendo de un tirón la portezuela. La tiró en el asiento del rincón, y asomándose por la ventanilla, gritó al buhonero que fustigase al caballo colina arriba.

Su grito fue coreado por los hombres que corrían, y algunos de ellos saltaron al estribo, colgándose de la ventanilla mientras otros se encaramaban al pescante, arreando al caballo con palos y con una lluvia de piedras. El animal tembló, sudando de miedo. Subió la colina a galope con media docena de locos colgando de las riendas y chillando a su alrededor.

La «Posada de Jamaica» estaba toda iluminada; las puertas estaban abiertas y las ventanas desatracadas. La casa aparecía en la noche como una cosa viva.

El posadero puso su mano sobre la boca de Mary y la empujó hacia el fondo del

coche.

—Me denunciarías, ¿verdad? —dijo—. ¿Irías a la justicia para verme colgado de una cuerda como un gato? Muy bien; pues tendrás esa oportunidad. Permanecerás en la costa, Mary, con el viento y el mar dándote en la cara, y verás el amanecer y la llegada de la marea. ¿Tú sabes lo que eso quiere decir? ¿Sabes adónde voy a llevarte?

Ella le miró horrorizada; el color había desaparecido de su rostro y trató de hablarle, pero sus manos se lo impidieron.

—¿Crees que no me tienes miedo ahora? —dijo—. Te burlabas de mí con tu cara bonita y tus ojos de mico. Sí, estoy borracho; estoy borracho como una cuba, y me tiene sin cuidado que se hunda el cielo y la tierra. Esta noche viviremos en la gloria, quizá por última vez; y tú vendrás con nosotros, Mary, a la costa...

Se volvió gritando a sus compañeros, y el caballo, asustado por sus gritos, corrió hacia delante arrastrando el carruaje tras de sí; las luces de la «Posada de Jamaica» desaparecieron en las tinieblas.

Aquella carrera hacia la costa, de más de dos horas, fue como una pesadilla, Mary, maltrecha y dolorida por el trato recibido, permaneció agotada, en el rincón del coche, sin importarle lo que pudiera ocurrir. Harry el buhonero y otros dos hombres se habían colocado al lado de su tío. Ensuciaban el aire con el olor del tabaco, de la bebida y de sus cuerpos.

El posadero se hallaba excitado y había excitado a sus compañeros hasta el paroxismo. La presencia entre ellos de una mujer ponía una nota obscena en su alegría.

Su debilidad, su aflicción, les causaba regocijo.

Al principio hablaban riendo y cantaban para llamar su atención. Harry el buhonero rompió a cantar canciones lúbricas, que resonaban con enorme fuerza en tan estrecho espacio, provocando aullidos de aprobación en su auditorio y produciéndoles una mayor excitación.

Observaban el rostro de Mary para ver el efecto que causaban sus procacidades, pero ella estaba demasiado cansada para darse cuenta de las palabras o de las canciones. Oía las voces como a través de una bruma de fatiga, sentía que el codo de su tío se hundía en su costado, agregando un dolor más a todos sus dolores, le zumbaba la cabeza y los ojos le ardían; veía un mar de rostros que le hacían muecas a través del humo.

Lo que decían o hacían casi no le importaba ya, y el deseo de dormir y olvidar llegó a ser un tormento.

Cuando ellos vieron lo decaída y agotada que estaba, su presencia perdió interés; hasta las canciones perdieron su aguijón, y Joss Merlyn se hurgó los bolsillos y sacó un mazo de naipes. Dejaron de ocuparse de ella con este nuevo entretenimiento, y aprovechando la momentánea calma, Mary se encogió aún más en su rincón, alejándose del espeso olor animal que despedía su tío, y cerrando los ojos se abandonó a los traqueteos y saltos del carruaje. Su fatiga era tal, que no se daba exacta cuenta de lo que acontecía a su alrededor; se encontraba a punto de desmayarse. Se daba cuenta de sus dolores, del rodar de las ruedas del carruaje y de un lejano murmullo de voces; pero estas cosas se movían muy lejos de ella, no podía identificarlas con su propia existencia. Como una bendición del cielo, las tinieblas descendieron sobre ella; se sintió caer y se hundió en la inconsciencia. El tiempo no contaba. Fue el cese del movimiento, la repentina quietud, el frío y húmedo aire que le rodeaba el rostro, entrando por la abierta ventanilla del carruaje, lo que la trajo a la realidad de nuevo.

Estaba sola en un rincón. Los hombres se habían ido, llevándose la luz. Al principio permaneció inmóvil, temiendo que volviesen, sin saber lo que le había ocurrido. Después, cuando se inclinó hacia fuera, el dolor y el entumecimiento de su cuerpo se hicieron intolerables. Un estremecimiento de dolor corrió por sus hombros,

donde el frío había hecho presa. La blusa estaba húmeda aún de la lluvia que la empapó en las primeras horas de la noche. Esperó un momento y luego se inclinó hacia delante de nuevo.

El viento soplaba todavía, pero la lluvia había cesado, y solamente una fina y fría llovizna se estrellaba contra la ventanilla. El carruaje había sido abandonado en una angosta hondonada, con altos repechos a ambos lados, y habían desenganchado el caballo. La hondonada parecía descender en rápido declive, y el sendero era abrupto y cortado. Mary no podía ver más que a unas yardas por delante de ella. La noche se había entenebrecido considerablemente y la hondonada estaba negra como boca de lobo. No había estrellas en el cielo, y el cortante viento de los marjales era borrascoso y arrastraba una húmeda neblina. Mary sacó una mano por la ventanilla y tocó el terraplén. Sus dedos encontraron arena suelta y tallos de hierba empapados por la lluvia. Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada por fuera. Entonces se puso a escuchar atentamente. Forzó su vista para escrutar las tinieblas que ante ella cubrían el pendiente declive de la hondonada. Llevado por el viento, percibió un rugido sordo y familiar al mismo tiempo; un sonido que por primera vez en su vida no acogió con gusto, sino que reconoció con el corazón sobresaltado, y un temblor lleno de presagios.

Era el rugido del mar. La hondonada era un camino que conducía a la playa. Ahora comprendía la llovizna que caía ligeramente en su mano tuviera una sensación salobre.

Los altos terraplenes daban una falsa sensación de abrigo, en contraste con la desnuda soledad de los marjales; pero lejos de su engañosa sombra, la ilusión desaparecía y la tormenta rugía más fuerte que antes. No podía haber quietud donde el mar se rompía sobre una costa bordeada de rocas. La oía ahora continuamente: un murmullo y un suspiro cuando el agua, cansada, se entregaba a las playas, retirándose de mala gana; después, una pausa, como si el mar se concentrase para un nuevo esfuerzo. Una breve quietud, y luego, otra vez el trueno y el bramido en toda su potencia; el rugido de las olas sobre los guijarros y el gemido de las dispersas piedrecillas al ser arrastradas por el mar. Mary tembló. En algún lugar, abajo, en la oscuridad, su tío y sus compañeros esperaban la marea. Si hubiera podido oírlos, su espera en el carruaje hubiera sido más llevadera. Los gritos salvajes, la risa y el canto con que se habían animado para la jornada habrían sido un alivio, aunque odioso; pero esta mortal quietud era siniestra. La faena a que se hallaban entregados los había serenado.

Ahora que había recobrado sus sentidos, dejando a un lado su primera fatiga, Mary encontraba intolerable su inactividad. Examinó el tamaño de la ventanilla. Sabía que la puerta estaba cerrada por fuera, pero, estirándose y encogiéndose, quizá podría hacer pasar su cuerpo a través del estrecho marco.

Valía la pena intentarlo. No le importaba lo que pudiese ocurrir; su vida no tenía importancia. Sabía que Joss Merlyn y sus compañeros podían encontrarla y matarla si

querían; que les era conocida esta región y que, si se lo proponían, la descubrirían, en un momento, como una jauría. Forcejeó y se estiró en la ventanilla, inclinándose hacia atrás la brecha, dificultando su esfuerzo el hombro y la espalda entumecidos. El lecho del carruaje estaba mojado y resbaladizo, no ofreciendo apoyo alguno a sus dedos; pero, a fuerza de trabajo, consiguió pasar por la abertura, y luego, apretándose y comprimiéndose dolorosamente, pudo sacar las caderas; al hacerlo, se rasgó la carne con el marco de la ventanilla, y a punto estuvo de desvanecerse. Perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, por la ventanilla al suelo.

La caída no tuvo importancia, pero el golpe la hizo vacilar, y sintió un hilillo de sangre correr por el costado. Se dio un momento de reposo, tras el cual se incorporó y empezó a trepar por el inestable sendero hacia el sombrío abrigo del terraplén.

Todavía no había formado plan alguno, pero si continuaba caminando de espaldas a la hondonada y al mar se distanciaría de ellos, pues no tenía duda de que habían bajado a la playa. Este sendero, que ascendía, serpenteando, hacia la izquierda, la llevaría a las alturas de la escollera, desde donde, a pesar de las tinieblas, podría explorar algo el terreno. Por alguna parte debía de haber un camino —el carruaje tuvo que venir por uno—, y si había un camino no tardaría mucho en encontrar alguna casa habitada, donde hallaría personas honradas a quienes poder contar su historia, y de seguro, cuando la oyesen, el país entero se levantaría en protesta.

A lo largo de la estrecha cuneta buscó el camino a tientas, tropezando a cada paso con las piedras. Los cabellos sueltos se le metían en los ojos, molestándola, y cuando, repentinamente, llegó a un ángulo del terraplén, extendió las manos para apartar de sus ojos las flotantes guedejas; por ello no pudo ver la acurrucada figura de un hombre que estaba arrodillado en la cuneta, con la espalda vuelta hacia ella y los ojos vigilantes en el serpenteante sendero.

Tropezó con él, quedándose sin aliento, y el individuo, sorprendido, cayó con ella, gritando mitad de rabia y mitad de dolor, golpeándola con los puños cerrados.

Lucharon en el suelo, separándose, arañándole ella el rostro, pero era demasiado fuerte para ella, y haciéndola rodar sobre el costado la cogió por los cabellos, tirando de ellos, hasta que el dolor la inmovilizó. Se echó sobre ella jadeante, y la miró muy de cerca, mostrando sus dientes rotos y amarillentos.

Era Harry el buhonero; Mary quedó inmóvil; el primer movimiento vendría de él. Mientras tanto, se maldecía por haberse aventurado por el sendero de la forma que lo había hecho sin pasarle por la imaginación que alguien estaría vigilando, cosa que hasta un niño habría calculado.

Esperaba que gritara o luchara, pero al no hacer ninguna de las cosas, se apoyó sobre un codo y la miró astutamente, moviendo la cabeza en dirección a la playa.

—No pensabas tropezar conmigo, ¿verdad? —dijo el buhonero—. Creías que estaba en la playa con el posadero y el resto de la banda cebando los anzuelos. ¿De modo que te despertaste de tu sueño y te diste un paseo por el camino? Y ahora te encuentras aquí para que yo te dé la bienvenida.

Le hizo un guiño, tocándole la mejilla con una uña negra.

—La cuneta está húmeda y fría —dijo—, pero eso no importa. Todavía estarán bastantes horas ahí abajo. Veo que te has vuelto contra Joss por la forma en que le hablaste esta noche. Él no tiene derecho a tenerte encerrada en la «Posada de Jamaica», como un pájaro en una jaula, sin cosas bonitas que ponerte. De seguro que no te ha regalado ni un broche para tu vestido. ¿Te lo ha dado? No te importe; yo te daré encajes para el cuello y brazaletes para las muñecas, y sedas suaves para tu cuerpo. Déjame ver...

Se inclinó hacia ella para tranquilizarla, sonriendo estúpidamente. Ella sintió su mano furtiva sobre su cuerpo. Se movió rápidamente, se separó de él y le dio un puñetazo bajo la barbilla, que le hizo cerrar la boca como una trampa, cogiéndole la lengua entre los dientes. Chilló como un conejo, y ella golpeó de nuevo, pero luego se abalanzó sobre ella. Había desaparecido toda su pretendida cortesía; su fuerza era temible; el color había desaparecido de su rostro. Luchaba ahora por su posesión. Ella lo sabía y se daba cuenta de que la fuerza de él era mucho mayor y de que al final vencería. Se quedó quieta de repente, para engañarle, dándole ventaja por un momento. Él gruñó triunfante, disminuyendo la presión, que era lo que ella pretendía. Al cambiar de postura y bajar la cabeza, rápidamente, con toda su fuerza, le golpeó con la rodilla. El buhonero se dobló al instante, rodando sobre su costado, loco de dolor. Libre ya, le pisoteó mientras él se debatía, indefenso, sujetándose el vientre con las manos. Mary buscó en la cuneta alguna piedra para tirársela, pero no encontró más que arena suelta; la cogió a puñados y se la echó en los ojos, para que, cegado momentáneamente, no pudiera valerse. Seguidamente se volvió y echó a correr, como si la persiguieran, por el tortuoso sendero, con la boca abierta y las manos extendidas, tropezando con las raíces de árboles que sobresalían en el camino y cayendo a cada paso. Cuando de nuevo oyó tras de sí sus gritos y el ruido de sus pisadas, una sensación de pánico nubló su razón, y comenzó a subir el alto terraplén que bordeaba el camino, escurriéndose en la blanda tierra a cada intento, hasta que, en un supremo esfuerzo, nacido del terror, pudo alcanzar la cima; sollozando, se arrastró por una brecha abierta en el espinoso seto que bordeaba el terraplén. La cara y las manos le sangraban, pero no reparaba en ello; corrió por el promontorio, lejos del camino, desorientada, con la sola idea de escapar de las garras del buhonero.

Una cortina de niebla la envolvía, oscureciendo la distante línea del seto hacia el que se dirigía; se detuvo en su carrera, dándose cuenta del peligro que significaba la bruma y de que, sin punto de referencia, podría volver otra vez al sendero. A gatas se deslizó despacio hacia delante, con la vista fija en la tierra, siguiendo una estrecha senda arenosa que serpenteaba en la dirección que deseaba seguir. Su avance era lento y penoso, pero el instinto le decía que la distancia entre ella y el buhonero iba aumentando. No tenía idea de la hora. Quizá fueran las tres o las cuatro de la madrugada. Las tinieblas tardarían aún muchas horas en desaparecer. Nuevamente la lluvia se cernía a través de la cortina de bruma. Le parecía oír el rugido del mar, y

tenía la impresión de que no podría escapar de él. El ruido de las rompientes no estaba ya amortiguado: sonaba más claro que antes. Se dio cuenta entonces de que el viento no le había servido para orientarse, puesto que aún ahora, soplando a sus espaldas, parecía haberse desviado algo. En su ignorancia de la disposición de la costa, no se había dirigido hacia el Este, como creía, sino que se hallaba al borde de un curvado sendero en la escollera, que, a juzgar por el ruido del mar, la llevaba derecha a la costa. Las rompientes, aunque no podía verlas a causa de la niebla, debían de estar algo más allá, en la oscuridad, y se dio cuenta con desaliento de que estaba a su nivel, y no más abajo. Esto significaba que la escollera descendía bruscamente hacia la playa y que en lugar de ser un largo y tortuoso sendero hacia una cueva, como ella había imaginado por el abandonado carruaje, la hondonada debía de estar solo a unas cuantas yardas del mar. El talud de la hondonada había amortiguado el ruido de las rompientes. Mientras pensaba esto, la bruma se rasgó, mostrando un trozo de firmamento. Se arrastró vacilante; el sendero se ensanchaba y la niebla era menos densa; el viento volvía a azotarle el rostro; se arrodilló sobre unos maderos, algas y guijarros en una estrecha plataforma; la tierra descendía por ambos lados, mientras que, a menos de cincuenta yardas, enfrente de ella, estaban las encrespadas olas del mar rompiendo sobre la playa.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, los vio acurrucados contra una agrietada roca que rompía la monótona extensión de la playa; un pequeño grupo de hombres, que se apretaban unos contra otros, buscando calor y abrigo, silenciosos, escudriñando las tinieblas. Su misma quietud los hacía más amenazadores; y la actitud de cautela, la posición de sus cuerpos agazapados como estaban contra las rocas; la atenta vigilancia de sus cabezas vueltas todas hacia el mar, era una visión aterradora y cargada de peligros. Si hubieran gritado y cantado, llamándose unos a otros, y haciendo temblar la noche con su clamor, habrían estado más en armonía con su carácter y con lo que ella esperaba; pero había algo ominoso en este silencio que sugería que el momento culminante de la noche había llegado para ellos. Un pequeño saliente de roca separaba a Mary de la desnuda y abierta playa, y no se atrevía a aventurarse más allá por miedo a traicionarse. Se arrastró hasta la roca y se tendió detrás de ella, sobre los guijarros, mientras enfrente de ella estaban su tío y sus secuaces vueltos de espaldas.

Ella esperaba. Ellos no se movían. Todo estaba en silencio. Solamente el mar se estrellaba, con su inevitable monotonía sobre la costa, barriendo la orilla y retrocediendo; la línea de rompientes aparecía delgada y blanca en medio de la oscura noche.

La niebla comenzó a levantarse muy despacio, descubriendo el angosto perfil de la bahía. Las rocas parecían tener más relieve, y la escollera cobraba solidez. La extensión del agua se ensanchaba, abriéndose desde un golfo a una desnuda línea de costa que se prolongaba sin fin. A la derecha, a lo lejos, donde la parte más alta de la escollera iniciaba su descenso hacia el mar, Mary descubrió los pálidos destellos de

una luz. Al principio creyó que era una estrella asomándose tras la última cortina de bruma que se disolvía; pero pronto cayó en que no hay estrellas blancas, ni se balanceaban con el viento sobre una escollera. La contempló con fijeza y la vio moverse de nuevo; era como un pequeño ojo blanco en las tinieblas. Danzaba y se balanceaba movida por la tormenta, como encendida y llevada por el mismo viento; una llama viva que no podía extinguirse. El grupo de hombres de la playa no le prestaban atención; sus ojos estaban vueltos hacia el tenebroso mar, más allá de las rompientes.

Repentinamente, Mary se dio cuenta del porqué de su indiferencia, y el pequeño ojo blanco, que al principio le pareció algo agradable y consolador, parpadeando solo, valientemente, en la salvaje noche, se convirtió en un símbolo de terror.

La estrella era una luz falsa, colocada allí por su tío y sus compañeros. El parpadeante resplandor era ahora nefasto, y sus movimientos, a impulsos de viento, se convertían en una burla. En su imaginación, la luz brillaba más intensamente, extendiendo su resplandor para dominar la escollera, y no ya de color blanco, sino amarillenta, vil. Alguien vigilaba la luz para que no se extinguiese. Vio una oscura figura pasar por delante, ocultando el resplandor, y después volvió a brillar clara otra vez. La figura se convirtió en una mancha que se destacaba sobre la grisácea superficie de la escollera, moviéndose rápidamente en dirección a la playa. Quienquiera que fuese, bajaba por la pendiente, dirigiéndose hacia los hombres que estaban en la playa. Sus movimientos eran precipitados, como si el tiempo apremiase, sin tener cuidado en su andar, pues la suelta tierra y las piedras se desprendían bajo sus pies. El ruido sobresaltó a los hombres por primera vez desde que Mary los vigilaba, y separó su atención de la marea, que ascendía, para mirarle. Vio que se llevaba las manos a la boca y gritaba; pero sus palabras, arrastradas por el viento, no llegaron a sus oídos, pero sí llegaron al pequeño grupo de hombres que esperaba en la playa, el cual se dispersó al momento, dando muestras de excitación; algunos de ellos corrieron hacia la escollera para salir a su encuentro. Pero cuando gritó de nuevo, señalando al mar, todos corrieron hacia las rompientes, desapareciendo por el momento su silencio y su cautela. El ruido de sus pisadas sonaba en los guijarros y sus voces resaltaban sobre el rugido del mar. Entonces, uno de ellos, su tío —le reconoció por sus grandes zancadas y anchos hombros—, levantó la mano reclamando silencio. Todos esperaron en la playa en pie, extendiéndose en una larga hilera, como cuervos, dibujando sus oscuras formas contra la blancura de la playa. Mary los vigilaba. De la niebla salió otro destello de luz en respuesta al primero.

Esta nueva luz no danzaba ni oscilaba como la de la escollera, sino que, hundiéndose, se escondía como aplastada por un gran peso; pero luego volvía a levantarse, apuntando al cielo, como una mano lanzada en la noche, en un último y desesperado esfuerzo para escapar de la muralla de niebla, hasta entonces impenetrable. La nueva luz se acercó más a la primera. Pronto estuvieron casi juntas y, en medio de sus tinieblas, se convirtieron en dos ojos blancos. Y todavía los

hombres permanecían inmóviles, acurrucados en la estrecha ribera, esperando a que las luces se fundieran, al fin, en una sola.

La segunda luz se hundió de nuevo. Ahora Mary podía ver el negro perfil del casco de un barco y sus oscuros mástiles, como dedos, mientras el embravecido mar se hinchaba bajo el buque, rugía y se retiraba. La luz del mástil se acercaba cada vez más a la escollera, fascinada como una mariposa atraída por la llama de una vela.

Mary no pudo resistir más. Se puso en pie y corrió hacia la playa, gritando y llorando, agitando las manos sobre la cabeza, forzando la voz contra el viento y el mar, que se la devolvía con un eco burlón. Alguien la cogió y la derribó sobre la arena. Unas manos la amordazaron. Se sintió magullada y pisoteada. Sus gritos fueron ahogados con la burda mordaza que la asfixiaba, y sus brazos, doblados hacia atrás y atados con una tosca sogá que se clavaba en las carnes.

Hecho esto, la dejaron en tierra, con el rostro sobre los guijarros, en tanto que las rompientes, a unas veinte yardas escasamente, se arrastraban hacia ella. Y allí permaneció indefensa, sin aliento, con el grito ahogado en su garganta. Pero este grito, que no llegó a salir de su garganta, fue lanzado por otras, convirtiéndose en un clamor que llenó el aire. El grito se elevó sobre el estruendo del mar y fue recogido por el viento, y con el grito, el crujir de maderos; el choque violento de una masa viva y dura que encuentra resistencia y el espantable gemido de las cuadernas al doblarse y romperse.

Como atraído por imán, el mar se alejó de la orilla, y una ola, elevándose sobre las demás, se lanzó con un bramido de trueno, sobre el balanceante navío. Mary vio la negra masa que había sido un barco rodar despacio sobre su costado como una monstruosa tortuga; los mástiles y las vergas semejabán hilos de algodón caídos y arrugados. Aferrados a la resbaladiza e inclinada superficie de la tortuga había pequeños puntos negros que pugnaban por no ser lanzados; se adherían fuertemente, como lapas, a los astillados maderos, y cuando la jadeante y temblorosa masa se partió trágicamente en dos, hendiendo el aire, cayeron, uno a uno, en las blancas fauces del mar, como pequeños putos negros sin vida y sin consistencia.

Un malestar de muerte se apoderó de Mary, que cerró los ojos, apretando el rostro contra los guijarros. El silencio y la cautela habían desaparecido. Los hombres que habían aguardado durante aquellas frías horas no esperaron más. Corrieron como locos de un lado para otro, por la playa, aullando y gritando, dementes e inhumanos. Se metieron en el agua de las rompientes hasta la cintura, indiferentes del frío, abandonada toda precaución, adueñándose de los restos del naufragio que arrastraba la marea.

Luchando y regañando sobre los rotos maderos, parecían bestias; algunos se arrancaban las ropas y corrían desnudos en la fría noche de diciembre, para tener mayor libertad de movimiento en el mar, y hundían sus manos en los despojos que las corrientes arrastraban. Gritaban y reñían como simios, arrebatándose las cosas unos a otros. Uno de ellos encendió fuego en un rincón de la escollera, y la llama brillaba

fuerte y voraz, a pesar de la llovizna. Los despojos del mar eran arrastrados a la playa y amontonados. El fuego ponía una luz fantasmal sobre la playa, y un resplandor amarillento envolvía lo que antes fue oscuridad y tinieblas, dibujando largas sombras en la arena, por donde los hombres corrían de un lado a otro ocupados en su espantosa tarea.

Cuando las olas trajeron a la playa el primer cuerpo, misericordiosamente muerto, se agruparon a su alrededor y con ávidas manos le arrancaron todo cuanto llevaba, dejándolo desnudo; después, buscando las sortijas, le arrancaron los destrozados dedos, abandonándolo finalmente, tendido de espaldas sobre la espuma, donde le habían traído las aguas.

Cualquiera que fuese la práctica que habían observado hasta entonces, esta noche trabajaban sin método. Robaban al azar, cada uno por su cuenta, locos y borrachos, perplejos con este éxito que no habían planeado; perros que mordían a los pies de su amo, cuya aventura había sido un triunfo y cuyo poder y gloria eran estos. Cuando corría desnudo entre las olas, le seguían; en medio de todos, corriéndole el agua por todo el cuerpo, parecía un gigante.

Volvió el reflujo. El agua se retiraba y un nuevo frío se extendió en el aire. La luz, que todavía colgaba en la escollera, bailaba a impulsos del viento lo mismo que un viejo burlón cuya broma había terminado hacía tiempo, y se volvía ahora pálida y tenue. Un color grisáceo se extendió por el agua y después por el cielo.

Al principio, los hombres no se dieron cuenta del cambio. Aún deliraban concentrados en su presa. Entonces Joss Merlyn levantó su gran cabeza y husmeó el aire, y, dando una vuelta, contempló el contorno de la escollera, que se destacaba ya claro. Gritó de pronto, llamando a los hombres imponiendo silencio, señalando al cielo, que ahora estaba pálido y plomizo.

Dudaron, mirando una vez más los restos del naufragio, que aparecían y desaparecían en el mar esperando ser salvados. De repente se volvieron como de común acuerdo y empezaron a correr por la playa en dirección a la hondonada, otra vez en silencio, sin palabras, sin gestos, con los rostros lívidos y asustados ante la luz que aumentaba. La aurora había llegado sobre ellos sin darse cuenta, exponiéndose con ello a la acusación que les traería el día. El mundo se despertaba a su alrededor, y la noche, que había sido su aliada, no los protegía ya.

Fue Joss Merlyn quien quitó a Mary la mordaza de la boca y la obligó a ponerse en pie. Viendo que su debilidad era tan grande que no podía tenerse ni valerse por sí misma en ningún sentido, la maldijo furiosamente, echando una mirada a la escollera, que, minuto a minuto, aparecía más clara y dura. Se inclinó sobre Mary, que había caído al suelo otra vez, y cogiéndola en peso, se la echó sobre los hombros como si fuera un saco. Su cabeza colgaba y sus brazos pendían inertes. Sentía las manos de su tío sobre su costado herido, lastimándola y rozando la carne entumecida de haber reposado sobre los guijarros. Corrió con ella a cuestas por la ribera hasta la entrada de la hondonada. Sus compañeros, atacados ya de pánico, echaron los restos del botín

que habían arrebatado a las olas sobre los lomos de tres caballos que estaban allí trabados. Sus movimientos eran febriles, desquiciados, sin ningún orden. En tanto, el posadero, sereno por necesidad, extrañamente inútil, los maldecía y regañaba sin provecho. El carruaje, embutido en medio de la hondonada, resistió todos los esfuerzos que se hicieron para sacarlo. Este repentino contratiempo aumentó el pánico y huyeron a la desbandada. Algunos empezaron a subir por el sendero olvidándolo todo, a excepción de su salvación personal. La aurora era su enemiga. Estaban más seguros solos, al amparo de las cunetas y de los setos, que en compañía por los caminos. Las sospechas serían innumerables aquí, en la costa, donde todas las caras eran conocidas, y donde los extraños llamaban la atención; pero un cazador furtivo, un vagabundo, un gitano, podía marchar solo, buscando su abrigo y su camino. Los desertores fueron maldecidos por los que se quedaron forcejeando con el coche, los cuales, por puro miedo y a fuerza de estupidez, lograron arrancar al vehículo del terraplén, pero lo lograron de manera tan violenta, que el coche volcó, cayéndose sobre uno de sus lados al romperse una rueda.

Este desastre final desató una barahúnda en la hondonada. Corrieron como locos hacia las restantes carretas, que estaban algo más arriba, en el camino, y hacia los ya sobrecargados caballos. Algunos, todavía obedientes a su jefe, y dándose cuenta de la necesidad, prendieron fuego al maltrecho carruaje, cuya presencia en el sendero era un peligro para todos, y el tumulto que siguió —una lucha de hombre contra hombre por la posesión de las carretas que deberían conducirlos tierra adentro— fue un choque horrible: con los dientes, con las uñas, dientes rotos con las piedras, ojos heridos con trozos de cristal.

Los que llevaban pistolas tenían la ventaja ahora, y el posadero, con el aliado que le quedaba, Harry el buhonero, permaneció de espaldas al carro. Hizo fuego contra la chusma, quienes, con el miedo de ser perseguidos al llegar el día, lo consideraban ahora como un enemigo: un falso jefe que los había llevado a la perdición. El primer disparo no dio en el blanco, se hundió en la blanda superficie del terraplén opuesto, pero ello dio lugar a que uno de sus contrincantes pudiera herirle en un ojo con un trozo de pedernal. Joss Merlyn apuntó a su asaltante, y el segundo disparo le dio en medio del estómago, y mientras se desplomaba, mortalmente herido, sobre el fango, chillando como un conejo, Harry el buhonero hirió a otro en el cuello: la bala le atravesó la tráquea, saliendo la sangre a borbotones, como de una fuente.

La sangre ganó la carreta para el posadero, y el resto de los rebeldes, perdidos y locos a la vista de sus compañeros moribundos, se volvieron arrastrándose como cangrejos por el retorcido sendero, preocupados tan solo de poner una buena distancia entre ellos y su antiguo jefe. El posadero se apoyó en la carreta con la humeante pistola en la mano; la sangre manaba de la herida de su ojo. Ahora que ya estaban solos, él y el buhonero no perdieron tiempo. Los restos del naufragio que habían salvado y llevado a la hondonada los echaron en la carreta, al lado de Mary. Una mescolanza de cosas inútiles y sin valor, ya que la parte más importante del botín

estaba todavía en la playa, bañada por la marea. No se atrevieron a recogerlo porque era trabajo para una docena de hombres, y ya la luz del día seguía al amanecer y clareaba en toda la región. No había un momento que perder.

Los dos hombres que habían sido heridos permanecían tendidos al lado de la carreta. No se pararon a averiguar si estaban muertos. Sus cuerpos eran testimonios peligrosos que debían ser destruidos. Fue Harry el buhonero quien los arrastró hasta el fuego. Ardería bien. Una parte del carruaje se había consumido ya, en tanto que una roja rueda salía por encima de la chamuscada y rota madera.

Joss Merlyn enganchó a las varas del carro el caballo que quedaba, y, sin decir palabra, los dos hombres se encaramaron a la carreta, poniéndose en marcha.

Tendida de espaldas en la carreta, Mary contemplaba las bajas nubes que atravesaban el firmamento. La oscuridad había desaparecido. La mañana era húmeda y gris. Todavía podía oír el ruido del mar, pero distante ya, amortiguado; un mar que había agotado su furia y se dejaba ahora arrastrar por el reflujo.

El viento había amainado también; los altos tallos de las hierbas, en los terraplenes de la hondonada, estaban quietos, y el silencio había descendido sobre la costa. El aire olía a tierra mojada, a causa de la niebla que había reinado durante la noche. Las nubes se fundían con el cielo gris. Nuevamente cayó sobre el rostro de Mary una menuda llovizna, que sentía también sobre sus manos, levantadas hacia el cielo.

Las ruedas de la carreta se hundían en el accidentado sendero. Torciendo hacia la derecha, llegaron a un terreno más llano. Era un camino que iba hacia el Norte, entre bajos setos. De muy lejos, atravesando los campos y las esparcidas tierras de labrantío, llegaba el alegre son de las campanas, extraño y discordante en el aire de la mañana.

Mary recordó de pronto que era el día de Navidad.

El cuadrado de vidrio le era familiar. Era mayor que el de la ventanilla del carruaje y tenía un enrejado delante, había una grieta en el cristal que recordaba bien. Fijó los ojos en ella, luchando en su memoria y preguntándose por qué no sentía ya caer la lluvia sobre su rostro y la constante corriente de aire. No sentía ningún movimiento debajo de ella; supuso que el coche se había parado, metido otra vez en el terraplén de la hondonada, y que esta circunstancia y el destino la obligarían a actuar de nuevo, en horrible repetición, en las cosas que ya había hecho. Cuando se subiera a la ventanilla, caería, lastimándose y avanzando otra vez por el serpenteante sendero, encontraría a Harry el buhonero agazapado en la cuneta; pero esta vez no tendría fuerza para oponerse a él. Abajo, sobre los guijarros de la ribera, los hombres esperaban la marea, y la negra tortuga que era un barco, rodaba, aplastada, y monstruosa, en el seno de las olas del mar. Mary gimió y volvió la cabeza, inquieta, de un lado a otro; con el rabillo del ojo vio a su lado la parda y descolorida pared y la mohosa cabeza del clavo, donde, en otro tiempo, se había colgado un texto bíblico.

Descansaba en su cuarto de la «Posada de Jamaica».

Esta habitación, que odiaba, por muy fría y triste que fuera, era por lo menos una protección contra el viento y la lluvia y contra las manos de Harry el buhonero. No podía oír el mar; el bramido de las rompientes no la perturbaba ya. Si la muerte venía ahora, sería una aliada; la vida no le importaba ya. Le habían arrancado la vida, y el cuerpo tendido sobre la cama no le pertenecía. No tenía deseos de vivir. El golpe la había convertido en un maniquí, llevándose toda su energía. Lágrimas de conmiseración por ella misma llenaron sus ojos.

Ahora, un rostro se inclinaba hacia ella; se echó hacia atrás en la almohada con las manos extendidas hacia delante, como protestando, pues la boca hinchada y los dientes rotos del buhonero estaban siempre presentes en su imaginación.

Le cogieron las manos suavemente, y aunque los ojos que la contemplaban estaban como los suyos, enrojecidos por el llanto, eran azules y tiernos.

Era tía Patience. Se abrazaron buscando consuelo, y Mary lloró largamente, desahogando su pena y dejando que la fuerza de su emoción llegara al límite. La naturaleza recobró sus fueros y empezó a sentirse fortalecida, recuperando lentamente algo de su antigua entereza.

—¿Sabes lo que ha ocurrido? —preguntó.

Tía Patience le cogió las manos con fuerza para que no pudiese retirarlas; los azules ojos suplicaban perdón, como los de un animal castigado sin motivo.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí? —preguntó Mary.

Le contestó que era el segundo día. Durante unos momentos, Mary permaneció en silencio, considerando esta inesperada y repentina noticia. ¿Cómo era posible que hubiesen transcurrido dos días si apenas hacía unos minutos había contemplado el amanecer en la costa?

Si era así, durante este tiempo podían haber sucedido muchas cosas, y ella había permanecido aquí en su cama, imposibilitada.

—Debías haberme despertado —dijo rudamente, rechazando las manos que la sujetaban—. No soy una criatura para que me cuiden y me mimen por unos cuantos rasguños. Tengo que hacer algo; tú no lo comprendes.

Tía Patience la acarició con timidez, intentando, sin conseguirlo, llevar la calma a su ánimo.

—No puedes moverte —dijo lloriqueando—. Estás toda llena de heridas y magulladuras. Te bañé cuando estabas sin sentido. Al principio creí que te habían dañado gravemente; pero, gracias a Dios, no es cosa de importancia. Los rasguños cicatrizarán pronto. El descanso te habrá aliviado.

—Sabes quién lo hizo, ¿verdad? ¿Sabes tú a donde me llevaron?

La amargura la hacía cruel. Sabía que sus palabras eran como latigazos, pero no podía contenerse. Empezó a hablar de los hombres en la playa. Ahora era la mujer más vieja la que gemía, y cuando Mary vio la delgada boca temblorosa, los inexpresivos ojos azules contemplándola llenos de terror, se disgustó consigo misma y no pudo continuar. Se sentó en la cama, con las piernas colgando hacia el suelo. Sentía mareos y las sienes le latían con fuerza.

—¿Qué vas a hacer? —tía Patience la sujetó nerviosamente, pero su sobrina la echó a un lado y comenzó a coger sus ropas.

—Tengo cosas que hacer —dijo secamente.

—Tu tío está abajo. No te dejará salir de la posada.

—No le tengo miedo.

—Mary, por tu vida, por mi salud, no le encolerices. Recuerda cuánto has sufrido. Desde que volvió contigo ha estado sentado abajo, pálido y terrible, con una escopeta sobre las rodillas. Las puertas de la posada están atrancadas. Sé que has visto y has soportado cosas espantosas, increíbles. Pero, Mary, ¿no comprendes que si bajas ahora te puede herir de nuevo, que hasta puede matarte? Nunca lo he visto así. No puedo responder de él. No bajas, Mary. Te lo suplico de rodillas, no bajas.

Se arrastró por el suelo agarrada de la falda de Mary, cogiéndole las manos y besándoselas. El espectáculo era lastimoso y enervante.

—Tía Patience, ya he sufrido bastante por mi lealtad hacia ti. No esperes que he de preguntar más. Sea lo que sea lo que el tío Joss haya sido para ti antes, ahora es inhumano. Todas tus lágrimas no podrán librarlo de la justicia; debes darte cuenta de esto. Es un bruto; está medio loco con el coñac y con la sangre. Unos hombres fueron asesinados por él en la playa, ¿no lo comprendes? Otros, se ahogaron en el mar. No puedo ver más que eso. No pensaré en otra cosa hasta el día de mi muerte.

Su voz se elevaba peligrosamente; estaba al borde de la histeria. Estaba todavía demasiado débil para pensar coordinadamente, y se veía corriendo por la carretera, sollozando y pidiendo la ayuda que de seguro vendría.

Tía Patience había suplicado silencio demasiado tarde; el dedo que avisaba fue

desatendido. La puerta se abrió. El dueño de la «Posada de Jamaica» apareció en la puerta de la habitación. Inclino la cabeza bajo el marco y las miró. Estaba macilento y gris. La herida de la frente estaba todavía roja. Aún no se había lavado, y debajo de los ojos tenía sombras oscuras.

—Me pareció haber oído voces en el patio —dijo—. He mirado por una raja de las ventanas de la sala, pero no he visto a nadie. ¿Habéis oído algo desde aquí?

Nadie contestó. Tía Patience sacudió la cabeza. La nerviosa sonrisa que tenía siempre en su presencia se dibujaba ya en su rostro sin que ella se diese cuenta. Se sentó en la cama y comenzó a retorcer mecánicamente un pico de la sábana. Sus inquietos ojos vagaban de la ventana a la puerta.

—Vendrá —dijo—, tiene que venir. Me he jugado el cuello. Me he levantado contra él. Una vez me previno y yo me reí; no le escuché. Quise jugar el juego por mí mismo. Podemos contarnos entre los muertos los tres: tú, Patience, y tú, Mary, y yo. Hemos terminado, os lo digo; el juego ha terminado. ¿Por qué me dejaste beber? ¿Por qué no rompiste todas las malditas botellas que había en la casa y me encerraste? No te habría hecho daño; no habría tocado un solo cabello de vuestras cabezas. Ahora es demasiado tarde. El fin ha llegado.

Su mirada iba de una a otra; los ojos, ensangrentados, hundidos; los anchos hombros, encogidos. Ellas le contemplaban sin entender, confundidas y asustadas por la expresión de su rostro, desconocida hasta entonces.

—¿Qué quieres decir? —dijo Mary al fin—. ¿De quién tienes miedo? ¿Quién te previno?

—No —dijo despacio—; no estoy borracho ahora, Mary Yellan; mis secretos son todavía míos. Pero te digo una cosa: no hay salvación para ti; estás metida en esto tanto como Patience. Estamos rodeados de enemigos. Por un lado tenemos a la justicia, y por el otro...

Se contuvo, con la antigua astucia orillándole en los ojos al mirar a Mary.

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? —dijo—. Te gustaría escurrirte fuera de la casa con el nombre en los labios y traicionarme. Te gustaría que me colgaran. Está bien; no te lo reprocho. Te he lastimado lo bastante para que me recuerdes hasta el fin de tus días, ¿no? Pero también te he salvado. ¿Has pensado en lo que te habría hecho aquella gentuza de no estar yo presente?

Se echó a reír y escupió en el suelo, recobrando algo de su manera de ser habitual.

—Puedes ponerme una buena nota por ello —agregó—. Nadie te tocó la noche pasada, sino yo, y no he estropeado tu cara bonita. Las cortaduras y los arañazos se arreglan, ¿no? Si hubiera querido, habrías sido mía la primera noche que llegaste a la «Posada de Jamaica», ¡infeliz! Eres una mujer después de todo. Y ¡vive el cielo!, que ahora estarías a mis pies como tu tía Patience, oprimida y contenta, pegajosa; otra idiota maldita de Dios. Vámonos de aquí. La habitación hiede a humedad y podredumbre.

Se puso en pie, vacilante, y la arrastró tras sí al corredor, y cuando llegaron al

rellano la empujó contra la pared, debajo de la vela colocada sobre la repisa, de modo que la luz le diera en el herido rostro. Le tomó la barbilla entre las manos y la sostuvo así un momento, pasando sus dedos ligera y delicadamente sobre los rasguños. Ella le miraba con odio y disgusto; las delicadas y graciosas manos le recordaban todo lo que había perdido y a lo que había renunciado; y cuando inclinó aún más la cabeza, sin importarle nada tía Patience, que estaba a su lado, y su boca, tan parecida a la de su hermano, se acercó un instante a la suya, la ilusión fue completa y terrible; tembló y cerró los ojos. Él apagó la luz; bajaron la escalera detrás de él, sin pronunciar una palabra, resonando sus pisadas a través de la casa vacía.

Él las llevó a la cocina, y aun allí la puerta tenía los cerrojos corridos y la ventana estaba atrancada. Sobre la mesa había dos velas alumbrando la habitación.

Se volvió hacia ellas y se sentó a horcajadas en la silla, contemplándolas, mientras se buscaba la pipa en los bolsillos y la llenaba.

—Tenemos que pensar un plan de campaña —dijo—. Hemos estado aquí sentados dos días y una noche, como ratas en una trampa, esperando que nos cacen, y ya estoy harto de esto. Os lo digo. Nunca he podido jugar a este juego. Si ha de haber lío, entonces, ¡vive Dios!, que lo habrá fuera.

Dio una chupada a la pipa, mirando malhumorado al suelo y golpeando las losas de piedra con los pies.

—Harry es bastante leal —continuó—; pero se rajaría y lo echaría todo a rodar si creyese que había alguna ganancia para él. En lo que se refiere a los restantes, están desparramados por toda la región, gimiendo con el rabo entre las piernas, como una manada de perros. Esto los ha asustado para toda la vida. Sí; y a mí también; no me importa que lo sepáis. Ahora estoy sereno y bien puedo ver el maldito lío en que estoy metido, y podemos considerarnos afortunados si salimos de él sin que nos cuelguen. Tú, Mary, puedes reírte de mí si quieres, con tu rostro blanco y desdeñoso; será tan malo para ti como para Patience y para mí. Tú también estás metida en ello hasta el cuello; no escaparás. ¿Por qué no me encerrasteis? ¿Por qué no impedisteis que siguiera bebiendo?

Su esposa se acercó a él y le tiró de la chaqueta, pasándose la lengua por los labios, preparándose para hablar.

—Bien, ¿qué pasa? —dijo él fieramente.

—¿Por qué no hemos de irnos ahora antes que sea demasiado tarde? —murmuró ella—. El carro está en el establo; pasaremos Launceston en dirección a Devon en unas cuantas horas. Podemos viajar durante la noche; podemos irnos a los Condados del Este.

—¡Maldita idiota! —gritó él—. ¿No te das cuenta de que hay gentes en el camino de aquí a Launceston que piensan que soy el mismo diablo y que están esperando que se les presente la oportunidad de cargarme todos los crímenes de Cornualles y de echarme mano? Todo el país sabe ya lo que pasó en la costa en Nochebuena, y si ven que huimos, tendrán la prueba. ¡Dios mío! ¿Crees que no estoy deseando marcharme

y salvar el pellejo? Sí, pero si lo hacemos, todos los hombres del país nos señalarán con el dedo. A fe mía que estaremos muy bien en lo alto del carro, encima de todos nuestros trastos, lo mismo que los labradores en día de mercado, diciendo adiós a la gente en la plaza de Launceston. No, no tenemos ni una sola probabilidad entre un millón. Tenemos que quedarnos quietos, tenemos que estar callados. Si nos quedamos aquí, en la «Posada de Jamaica», empezarán a rascarse la cabeza y a sonarse las narices. Tienen que buscar la prueba antes de ponernos la mano encima. A no ser que alguno de esa maldita gentuza se convierta en delator, no la conseguirán. ¡Oh, sí! El barco está allí con su proa rota sobre las rocas y restos de mercancías desparramados por la playa, montones preparados para llevárselos, puestos allí por alguien. Encontrarán dos cuerpos carbonizados y un montón de cenizas. «¿Qué es esto? —dirán—. Aquí ha habido un fuego, una lucha». No está claro, parece malo para algunos de nosotros; pero ¿dónde está la prueba? Contéstame a esto. Yo pasé la Nochebuena como un hombre respetable, en el seno de mi familia, jugando a las cunitas con mi sobrina.

Chasqueó la lengua contra la mejilla e hizo un guiño.

—Has olvidado una cosa, ¿verdad? —dijo Mary.

—No, querida, no. El cochero del carruaje, a quien matamos de un pistoletazo, y que cayó en la cuneta a escasamente un cuarto de milla de la carretera que pasa por delante de la posada. Esperabas que hubiéramos dejado el cuerpo allí, ¿verdad? Quizá te asombre, Mary, pero el cuerpo viajó con nosotros hasta la costa, y allí descansa, si mal no recuerdo, debajo de una capa de guijarros de unos diez pies. Desde luego que alguien le echará de menos; estoy preparado para esto, pero nunca encontrarán su carruaje; este extremo no me importará mucho. Quizá se cansó de su esposa y se marchó a Penzance. Pueden buscarlo cuando quieran. Y ahora que estamos los dos otra vez en nuestro sano juicio, ¿me puedes decir lo que estabas haciendo en aquel coche, Mary, y dónde había estado? Si no me contestas, ya me conoces lo suficientemente bien, puedo encontrar el medio de hacerte hablar.

Mary miró a su tía. La mujer temblaba como un perro asustado y sus ojos azules estaban fijos en el rostro de su esposo. Mary pensó rápidamente. Era fácil mentir; el tiempo era el factor más importante y debía contar con él y alargarlo si ella y tía Patience querían salir de esto con vida. Debía jugar con él y proporcionar a su tío cuerda suficiente para ahorcarse. Su confianza se volvería al final en contra suya. Tenía una esperanza de salvación a menos de cinco millas, en Altarnun, que solo esperaba una señal de ella.

—Te contaré lo que hice, y puedes creerme o no —dijo ella—; no me importa mucho lo que pienses. Anduve hasta Launceston la noche de Navidad y fui a la feria. A las ocho estaba cansada, y cuando empezó a llover y a soplar el viento, me puse chorreando. Alquilé aquel carruaje y dije al hombre que me llevase a Bodmin. Pensé que si le decía que quería ir a la «Posada de Jamaica», se habría negado a llevarme. Eso es todo. No tengo más que decir.

—¿Estuviste sola en Launceston?

—Desde luego, sola.

—¿Y no hablaste con nadie?

—Compré un pañuelo a una mujer de un puesto.

—Está bien —dijo—. Sea lo que sea lo que ahora te haga, me contarías siempre la misma historia, ¿verdad? Por una vez tienes la ventaja, porque no puedo probar si estás mintiendo o no. Pocas muchachas de tu edad habrían pasado el día solas en Launceston, puedo asegurártelo. Ni habrían vuelto a casa solas. Si tu historia es verdadera, entonces nuestras probabilidades aumentan. Nunca podrán seguir la pista del cochero hasta aquí. ¡Vive Dios! Dentro de un momento tendré ganas de echar otro trago.

Se echó atrás en la silla y dio unas chupadas a la pipa.

—Todavía podrás pasear en tu propio coche, Patience —dijo—, y llevar plumas en el sombrero. Todavía no estoy vencido. Primero he de ver a toda la banda en el infierno. Espera; volveremos a empezar de nuevo y viviremos como duques. Quizá me vuelva sobrio y vaya a la iglesia los domingos. Y tú, Mary, me llevarás de la mano y me darás la comida con una cuchara cuando sea viejo.

Echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír; pero su risa se quebró, cerró la boca como una trampa y dio un golpe con la silla en el suelo, quedando en pie en el centro de la habitación, con el cuerpo inclinado hacia un lado y el rostro blanco.

—¡Escuchad! —murmuró entrecortadamente—; ¡escuchad...!

Siguieron la dirección de su mirada hacia la rendija de luz que se filtraba por la estrecha grieta de los postigos.

Algo arañaba suavemente en la ventana de la cocina... Golpeando ligera, blandamente, arañando el cristal de una manera furtiva.

Era semejante al ruido que produce una rama de hiedra cuando, separada del tronco e inclinándose hacia abajo, golpea en una ventana, movida e inquieta por cada sople de viento. Pero en las paredes de pizarra de la «Posada de Jamaica» no había hiedra y los postigos estaban desnudos.

El ruido continuaba, sin interrupción, tap..., tap..., tap..., tap..., semejante al tamborileo de un pico de ave: tap..., tap..., tap..., tap..., como dado con los cuatro dedos de una mano.

En la cocina no había otro ruido que la temerosa respiración de tía Patience, cuya mano se extendió sobre la mesa en busca de la de su sobrina. Mary contemplaba al posadero, que permanecía inmóvil en medio de la cocina, proyectando una sombra monstruosa en el techo, y vio cómo sus labios estaban azulados entre su oscura y crecida barba. Entonces él se echó hacia delante, inclinándose sobre las puntas de los pies, lo mismo que un gato, y deslizando su mano por el suelo, sus dedos se cerraron sobre la escopeta que estaba apoyada en la silla más lejana, sin separar los ojos ni una sola vez del rayo de luz que penetraba entre los postigos.

Mary tragó saliva. Sentía la garganta seca. El que la cosa que había detrás de la

ventana fuese amiga o enemiga para ella, hacía más tensa la espera; pero a pesar de su esperanza, los latidos de su corazón le decían que el miedo era contagioso, como lo eran las gotas de sudor sobre el rostro de su tío. Sus manos se elevaron hasta su boca, temblorosas y húmedas.

Durante un momento esperó el posadero al lado de los cerrados postigos, y después saltó hacia delante, arrancando el pestillo y abriendo de par en par. La grisácea luz de la tarde penetró de nuevo en la habitación. Un hombre estaba al otro lado de la ventana. Su rostro lívido, apretado contra el cristal, mostraba en una mueca los dientes rotos.

Era Harry el buhonero. Joss Merlyn lanzó un juramento y abrió de par en par la ventana.

—¡Maldito seas! ¡Entra! ¿No puedes? —gritó—. Me has tenido aquí como paralizado cinco minutos con la escopeta apuntándote a la barriga. Descorre los cerrojos, Mary; no te quedes apoyada contra la pared como un fantasma. Ya tenemos bastantes nervios en la casa para que se desaten también los tuyos.

Al igual que muchos hombres profundamente asustados, echaba la culpa de su propio pánico sobre los hombros de otro, y ahora vociferaba para tranquilizarse.

Mary cruzó despacio hacia la puerta. La vista del buhonero traía a su memoria el vivo recuerdo de su lucha en el sendero, y reaccionó rápidamente. Sus náuseas y malestar volvieron con tal fuerza que no pudo ni mirarle. Abrió la puerta sin pronunciar palabra, escondiéndose detrás, y cuando él entró en la cocina se volvió hacia el mortecino fuego, echando turba sobre las ascuas mecánicamente, volviéndole la espalda.

—Bien, ¿traes noticias? —preguntó el posadero.

El buhonero chasqueó los labios en respuesta y apuntó con su pulgar sobre el hombro.

—Está la cosa que arde —dijo—. Todas las lenguas de Cornualles, desde el Tamar a Saint Ives, están en movimiento. Estuve en Bodmin esta tarde; la ciudad vibraba, están locos pidiendo sangre y también justicia. La noche pasada dormí en Camelford. Todos los hombres del lugar agitaban los puños en el aire chismorreando con su vecino. Solo hay un final para esta tormenta, Joss, y tú sabes cuál es, ¿no?

Hizo un gesto con las manos, apretándose la garganta.

—Tenemos que correr el riesgo —dijo—; es nuestra única salvación. Los caminos son peligrosos, más que nada Bodmin y Launceston. Tenemos que ir a Denadavon, manteniéndonos en los marjales por encima de Gunnislake. Tardaremos mucho, lo sé; pero ¿qué importa si salvamos el pellejo? ¿Tiene usted un pedazo de pan en la casa, ama? No he probado bocado desde ayer tarde.

Hizo la pregunta a la esposa del posadero, pero su mirada se fijaba en Mary. Patience Merlyn buscó en el armario pan y queso, frunciendo la boca nerviosamente, moviéndose torpemente, con el pensamiento lejos de lo que estaba haciendo. Puso la mesa y miró suplicante a su esposo.

—¿Has oído lo que ha dicho? —dijo—. Es una locura permanecer aquí; debemos marcharnos al momento, antes que sea demasiado tarde. Ya sabes tú lo que esto significa para la gente; no tendrían piedad de ti; te matarían sin juzgarte; ¡por el amor de Dios, escúchale, Joss! Tú sabes que no me preocupo por mí; es por ti...

—¿No puedes cerrar la boca? —rugió su esposo—. Nunca te he pedido consejo, ni te lo pido ahora. Puedo hacer frente solo a lo que ha de venir, sin tenerte a mi lado balando como una oveja. ¿De modo que tú también tienes miedo, Harry? ¿Corres con el rabo entre las piernas por una cuadrilla de dependientes y de beatos? ¿Tienen alguna prueba contra nosotros? Contéstame a esto.

—Ten sentido común, Joss. Aquí corremos peligro. Yo me voy antes que sea demasiado tarde. Y en cuanto a pruebas, no faltarán. No tendrán más que buscarlas. Sin embargo, no te he abandonado. He venido aquí hoy, arriesgando el pescuezo, para avisarte. No voy a decir nada en contra tuya, pero fue tu maldita estupidez la que nos ha metido en este lío, ¿verdad? Nos hiciste beber como tú, hasta enloquecernos, y luego nos llevaste a una loca aventura que ninguno de nosotros había planeado. Teníamos una probabilidad contra un millón, y resultó demasiado bien. Y porque estábamos borrachos y habíamos perdido la cabeza, dejamos la mercancía y centenares de rastros esparcidos por la playa. ¿Y de quién fue la culpa? Desde luego, tuya.

Dio un puñetazo sobre la mesa; su amarillento y descarado rostro cerca de la cara del posadero, con los agrietados labios distendidos por una burlona mueca.

Joss Merlyn le miró por unos momentos, y cuando habló, su voz era peligrosamente queda.

—¿De modo que me acusas, Harry? —dijo—. Eres lo mismo que todos los de tu ralea, te retuerces como una serpiente cuando la suerte del juego se vuelve en contra. Has ganado conmigo, ¿no? Tenías oro para gastar que no habías tenido antes; has vivido como un príncipe durante todos estos meses, en lugar de estar en el fondo de una mina, donde debías estar. Y suponiendo que no hubiéramos perdido la cabeza la otra noche, y nos hubiéramos retirado antes del amanecer, lo mismo que lo habíamos hecho cientos de veces antes, ¿entonces, qué? Estarías ahora exprimiéndome para llenarte los bolsillos. Estarías adulándome con el resto de esos perros, pordioseando tu parte en el botín, llamándome Dios todopoderoso; lamerías mis botas y te tenderías en el polvo. Corre, si quieres; corre a la orilla del Tamar con el rabo entre las piernas, y ¡maldito seas! Me basto yo solo.

El buhonero lanzó una carcajada y se encogió de hombros.

—Podemos hablar, ¿no?, sin pelearnos. No me he puesto en contra tuya; estoy todavía a tu lado. Todos estábamos borrachos hasta la locura el día de Nochebuena, ya lo sé; dejemos eso; lo que está hecho, hecho está. Nuestra pandilla está diseminada y no necesitamos preocuparnos de ellos. Estarán demasiado asustados para asomar la cabeza y molestarnos. Quedamos los dos, Joss, tú y yo. Nosotros estamos más metidos en este negocio que la mayoría. Yo lo sé, y cuanto más nos ayudemos el uno

al otro, mejor será para los dos. Por eso es por lo que estoy aquí, para discutirlo y entendernos.

Se echó a reír de nuevo, enseñando sus blandas encías y comenzó a repiquetear sobre la mesa con sus rechonchos y negros dedos.

El posadero le contempló fríamente y cogió su pipa otra vez.

—¿Adónde quieres ir a parar, Harry? —dijo, inclinándose sobre la mesa y llenando su pipa.

El buhonero se chupó los dientes e hizo una mueca.

—No voy a parar a ninguna parte —dijo—. Quiero facilitar las cosas a todos. Tenemos que marcharnos, eso es evidente, a no ser que queramos que nos ahorquen. Pero resulta, Joss, que no veo la gracia en que nos marchemos con las manos vacías después de todo. Hay un tesoro en género que dejamos en la habitación de ahí hace dos días, y que trajimos de la playa. ¿No es eso? Y por derecho nos pertenece, puesto que estuvimos trabajando por ello en Nochebuena. No hay nadie que lo reclame sino tú y yo. No digo que haya muchas cosas de valor —es chatarra más que otra cosa—, pero no veo por qué no ha de servirnos de ayuda una parte para marcharnos a Devon, ¿verdad?

El posadero le lanzó una nube de humo al rostro.

—¿De modo que no viniste a la «Posada de Jamaica» solo por mi dulce sonrisa? —dijo—. Creía que me apreciabas, Harry, y que querías estrechar mi mano.

El buhonero sonrió otra vez y se movió en su silla.

—Está bien —dijo—, somos amigos, ¿no? No hay ningún mal en que hablemos claramente. La mercancía está aquí y se necesitan dos hombres para moverla. Las mujeres no pueden hacerlo. ¿Qué se opone a que hagamos un arreglo entre los dos y terminemos?

El posadero chupó su pipa, pensativo.

—Estás rebotando de ideas. ¿Y si la mercancía no está ahí, después de todo? Suponte que he dispuesto ya de ella. Suponte que he estado trabajando estos días; acuérdate de que las diligencias pasan por delante de mi puerta. Y ahora, ¿qué, Harry?

La sonrisa desapareció del rostro del buhonero, que sacó la mandíbula.

—No veo la gracia —gruñó—. ¿Estás jugando un doble juego en la «Posada de Jamaica»? Si has querido hacer una charranada, creo que no te va a salir bien la cuenta. He estado muy callado algunas veces, Joss Merlyn, cuando llegaban los alijos y cuando teníamos carros en el camino. He visto cosas en algunas ocasiones que no entendía, y también he oído otras. Hiciste un brillante trabajo de este asunto, un mes con otro; algunos pensábamos que demasiado brillante para la pequeña ganancia que obteníamos de él nosotros, que corríamos los mayores riesgos. Y nunca te preguntamos qué es lo que hacías, ¿verdad? Escucha, Joss Merlyn: ¿recibes órdenes de alguien por encima de ti?

El posadero se lanzó sobre él como un relámpago. Dio al buhonero un golpe en la

barbilla con el puño cerrado, y el hombre cayó hacia atrás, de espaldas, con la silla debajo, golpeando las losas de piedra con un crujido. Se rehízo al momento y se levantó sobre las rodillas, pero el posadero le dominaba con su estatura, apuntándole al cuello con el cañón de su escopeta.

—Muévete y eres hombre muerto —dijo suavemente.

Harry el buhonero levantó la vista hacia su agresor; sus pequeños y maliciosos ojos, medio cerrados, y su fofo rostro, amarillento. La caída le había dejado sin resuello y respiraba entrecortadamente.

A la primera señal de lucha, tía Patience se apartó contra la pared, llena de terror. Sus ojos buscaban los de su sobrina en una vana súplica. Mary contemplaba a su tío fijamente; esta vez no tenía la clave para comprender su estado de ánimo. Él bajó la escopeta y empujó al buhonero con el pie.

—Ahora podemos hablar como dos amigos —dijo. Se apoyó otra vez en la mesa con la escopeta al brazo, mientras que el buhonero quedaba en el suelo medio arrodillado, medio en cuclillas.

—Yo soy el jefe de este juego y siempre lo he sido —dijo el posadero pausadamente—. Lo he trabajado desde el principio, hace tres años, cuando cogíamos los cargamentos de pequeños lugres de doce toneladas en Padstow y nos considerábamos afortunados cuando teníamos medio penique en el bolsillo. He trabajado hasta hacerlo el mayor negocio del país, desde Harbland a Hile. ¿Que recibo órdenes? ¡Dios mío! Me gustaría ver al hombre que se atreviera a dárme las. Bien, esto se ha terminado. Hemos seguido nuestro curso, y el día terminó. El juego ha terminado para todos nosotros. Tú no has venido esta noche para avisarme; has venido para ver qué podías llevarte de los despojos. La posada estaba cerrada, y tu malicioso corazoncito se regocijó. Arañaste en la ventana porque sabes por experiencia que la aldaba del postigo está suelta y es fácil de forzar. No pensaste encontrarme, ¿verdad? Pensaste encontrar a Patience o a Mary, y que las asustarías fácilmente y habrías cogido mi escopeta colgada en la pared, a mano, como la habías visto muchas veces. Y después, ¡al diablo el dueño de la «Posada de Jamaica»! Harry, renegado, ¿crees que no lo leí en tus ojos cuando abrí el postigo y vi tu rostro pegado a la ventana? ¿Crees que no oí tu exclamación de sorpresa, y que no vi que te ponías amarillo?

El buhonero se pasó la lengua por los labios y tragó saliva. Lanzó una mirada a Mary, inmóvil al lado del fuego; los redondos botones de sus ojos brillaron como los de una rata acorralada. Se preguntaba si ella también se pondría en contra suya. Pero no dijo nada. Esperaba a ver qué hacía su tío.

—Muy bien —dijo—; haremos un pacto como lo propusiste. Llegaremos a entendernos perfectamente. He cambiado de parecer, mi querido amigo, y con tu ayuda nos pondremos en camino hacia Devon. Tenemos mercancías aquí que vale la pena llevarse, como me has recordado, y que yo no puedo cargar solo. Mañana es domingo, un bendito día de descanso. Ni el naufragio de cincuenta barcos haría que

la gente de este país abandonase sus rezos. Las cortinas estarán echadas y habrá sermones y caras largas y oraciones ofrecidas por los pobres marineros que han perecido por obra de la mano del diablo; pero no van a ir en persecución del diablo en domingo. Inició una sonrisa sarcástica.

—Tenemos veinticuatro horas, Harry, amigo mío, y mañana por la noche, cuando te hayas roto el espinazo de extender turba y nabos de mis propiedades en la carreta y después que me hayas dado el beso de despedida y besado a Patience y quizá también a Mary, entonces podrás arrodillarte y dar gracias a Joss Merlyn por dejarte acurrucado en una cuneta, que es tu sitio, con una bala metida en tu negro corazón.

Levantó la escopeta de nuevo, poniendo la fría boca del cañón cerca de la garganta del hombre. El buhonero gimió, mostrando el blanco de los ojos. El posadero rompió a reír.

—Tú eres buen tirador, a tu manera, Harry —dijo—. ¿No es este el sitio en que le diste a Ned Santo la otra noche? Le abriste el gaznate y la sangre salió silbando en un chorro. Ned era un buen muchacho, sí que lo era, pero tenía la lengua demasiado suelta. Aquí es donde le diste, ¿verdad?

El cañón de la escopeta se apretaba más contra el cuello del buhonero.

—Si me equivoco ahora, Harry, tu gaznate se romperá igual que el del pobre Ned. No quieres que me equivoque, ¿verdad?

El buhonero no podía hablar. Sus ojos daban vueltas dentro de sus órbitas y su mano se abrió, extendiendo los dedos como si quisiera agarrarse al suelo.

El posadero separó su escopeta, e inclinándose, obligó al buhonero a ponerse en pie.

—Vamos —dijo—. ¿Crees que voy a estar jugando contigo toda la noche? Una broma es una broma, un ratito; después se hace pesada. Abre la puerta, tuerce a la derecha y marcha por el corredor hasta que diga que te pares. No puedes escaparte por la puerta de la taberna; todas las puertas y ventanas de esta casa están atrancadas. Tus manos estaban deseando tantear los restos del naufragio que trajimos de la playa, ¿verdad, Harry? Pasarás la noche en la habitación, en medio de todos ellos. Patience, querida, creo que esta es la primera vez que ofrecemos hospitalidad a alguien en la «Posada de Jamaica». No cuento a Mary; ella es parte de la familia.

Se puso a reír de buen humor, pero sus maneras cambiaron de pronto, de la misma forma que cambia una veleta movida por el viento, y hundiendo el cañón de la escopeta en la espalda del buhonero, lo empujó fuera de la cocina y por el oscuro y enlosado corredor, hasta la habitación que servía de almacén. La puerta que había sido echada abajo de tan ruda manera por el juez Bassat y su criado había sido reforzada con nuevas tablas, y estaba ahora tan fuerte o más que antes. Joss Merlyn no había estado completamente ocioso durante la pasada semana.

Después que hubo encerrado a su amigo, haciéndole una última recomendación de que no sirviera de comida a las ratas, cuyo número había aumentado, el posadero volvió a la cocina, alborotando con sus risas.

—Pensé que Harry se volvería un traidor —dijo—. Lo he estado viendo venir hace muchas semanas antes que nos metiéramos en este lío. Se pone al lado del que gana, pero si la suerte cambia, muerde la mano. Es envidioso, es celoso; lo tiene metido muy hondo. Está celoso de mí. Todos están celosos de mí. Saben que tengo talento, y me odian por eso. ¿Qué me estás mirando, Mary? Lo mejor será que cenes y te vayas a la cama. Tienes por delante una larga jornada mañana por la noche; y te lo advierto ahora y aquí: no será una jornada fácil.

Mary le miró por encima de la mesa. No le importaba lo que pudiese pensar su tío; ella no se iría con él. A pesar de hallarse cansada, pues la tensión de todo lo que había visto y hecho era una pesada carga para ella, su mente no dejaba de forjar planes.

De alguna forma, a cualquier hora, antes de mañana, debía ir a Altarnun. Una vez allí, su responsabilidad habría terminado. La acción estaría a cargo de otro. Sería duro para Patience, duro también para ella al principio; no sabía nada de los recovecos y complejidades de la ley, pero al final triunfaría la justicia. Sería fácil dejar limpio su nombre y el de su tía. El pensar en su tío, sentado ahora delante de ella, con la boca llena de pan duro y queso; imaginárselo en pie, con las manos atadas a la espalda, por primera vez y para siempre, era algo que le producía un exquisito placer; daba vueltas y más vueltas en su imaginación a este cuadro, mejorándolo. Tía Patience mejoraría con el tiempo, y en el transcurso de los años la paz y la tranquilidad volverían a ella. Mary se preguntaba cómo se efectuaría la captura cuando llegase el momento. Quizá estarían dispuestos para la marcha, según lo había arreglado él, y al salir al camino, riendo en su confianza, serían rodeados por una partida de hombres, superiores en número y en armas, y mientras luchaba contra ellos, sin esperanza, y le arrojaban al suelo, ella se inclinaría hacia él, y, sonriendo, le diría: «Creí que eras más listo, tío», y él comprendería.

Separó sus ojos de él y se volvió hacia el aparador para coger su vela.

—No quiero cenar esta noche —dijo.

Tía Patience lanzó una pequeña exclamación de disgusto, levantando los ojos de la rebanada de pan que tenía en el plato, delante de ella; pero Joss Merlyn le dio un puntapié para que se callara.

—Déjala que esté arisca si quiere —dijo—. ¿Qué te importa si come o no? El hambre es buena para las mujeres y para las bestias. Les hace entrar en razón. Por la mañana estará más humilde. Espera, Mary. Dormirás mucho mejor si te encierro bajo llave. No quiero paseantes en el corredor.

Sus ojos se dirigieron hacia la escopeta, que estaba apoyada en la pared, y, casi inconscientemente, al postigo de la ventana de la cocina, que continuaba entreabierta.

—Cierra esa ventana, Patience —dijo, pensativo— y pon la barra. Cuando termines de cenar te puedes marchar a la cama. Esta noche no saldré de la cocina.

Su esposa le miró con miedo, sorprendida por el tono de su voz, y habría dicho algo si él no la hubiera interrumpido:

—¿No has aprendido todavía a no preguntarme? —gritó.

Ella se levantó al momento y se acercó a la ventana. Mary, con la vela encendida, esperaba al lado de la puerta.

—Está bien —dijo él—. ¿Qué haces ahí parada? Te dije que te fueras.

Mary se marchó por el oscuro corredor; la luz de la vela proyectaba su sombra detrás de ella a medida que andaba. No se percibía ningún sonido procedente del cuarto-almacén, situado al final del corredor, y pensó en el buhonero, tendido allí en las tinieblas, esperando la llegada del día. Su solo pensamiento le resultaba odioso; era como una rata aprisionada entre sus congéneres, y repentinamente se lo imaginó con uñas de rata, arañando y royendo el marco de la puerta, tratando de abrirse un camino hacia la libertad, en el silencio de la noche.

La casa respiraba traición esta noche. Mary tembló extrañamente agradecida a su tío, que había decidido tenerla prisionera a ella también. Sus pasos resonaban huecos sobre las losas, y había ecos insospechados en los muros. Hasta la cocina, la única habitación de la casa que tenía algo de calor y de normalidad, quedaba a su espalda, amarillenta y siniestra, a la luz de las velas.

Pero su tío iba a quedarse allí sentado, hasta que las velas se consumieran, con la escopeta atravesada sobre las rodillas, esperando ¿el qué...?, ¿a quién...? Él atravesó hacia el vestíbulo mientras ella subía las escaleras, y la siguió hasta el rellano de la habitación sobre el porche.

—Dame tu llave —dijo.

Y ella se la dio sin pronunciar palabra. Se detuvo un momento mirándola, y después se inclinó y le puso los dedos sobre la boca.

—Tengo debilidad por ti, Mary —dijo—; tienes todavía espíritu y valor, a pesar de todos los golpes que te he dado. Lo he visto en tus ojos esta noche. Si hubiera sido más joven, te habría hecho el amor, Mary; sí y te habría conquistado y llevado a la gloria. Tú lo sabes, ¿verdad?

Ella no dijo nada. Le miró mientras permanecía más allá de la puerta, y la mano que sostenía la vela tembló imperceptiblemente sin que se diera cuenta.

Él bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Hay peligro ante mí —dijo—. No me importa la justicia; puedo engañarla y conseguir la libertad si llegamos a eso. Cornualles entero puede venir pisándome los talones, sin que me preocupe. Es otra cosa la que tengo que vigilar; pisadas, Mary, pisadas que llegan en la noche y que se van, y una mano que me herirá.

En la penumbra, su rostro aparecía demacrado y envejecido, y en sus ojos había un centelleo de intención que aparecía como una llama para hacérselo comprender a ella y se apagaba después.

—Pondremos el Tamar entre nosotros y la «Posada de Jamaica» —dijo, y después sonrió.

La curva de su boca le era dolorosamente familiar y conocida, como un eco del pasado.

Él cerró la puerta y echó la llave.

Le oyó bajar la escalera, marchar por el corredor y volver el recodo en dirección a la cocina.

Mary fue a la cama y se sentó sobre ella con las manos en la falda, y por alguna razón inexplicable, como una reminiscencia de sus olvidados y viejos pecadillos de la niñez, y aquellos sueños que no había querido reconocer a la luz del día, se llevó los dedos a los labios, como él había hecho; los tuvo allí un momento, llevándose después a sus mejillas y otra vez a los labios.

Comenzó a llorar suave y silenciosamente, cayéndole amargas lágrimas sobre las manos.

Se quedó dormida como se echó, sin desnudarse, y su primer pensamiento consciente fue que la tormenta había vuelto, con su acompañamiento de lluvia, que corría ahora por la ventana. Abrió los ojos y se dio cuenta de que la noche era tranquila, sin un soplo de viento, sin lluvia. Sus sentidos estaban alerta una vez más, y esperó la repetición del sonido que la había despertado. Se repitió al momento: una lluvia de tierra lanzada contra el cristal desde el patio, abajo. Puso los pies en el suelo y esperó, considerando en su mente la posibilidad de un peligro.

Era una señal de aviso; el método era crudo, y lo mejor era ignorarlo. Alguien, sin ninguna idea de la topografía de la posada, debía de haber equivocado su ventana con la del posadero. Su tío esperaba abajo con la escopeta sobre las rodillas, aguardando a un visitante, quizá el visitante había llegado y esperaba ahora en el patio... La curiosidad triunfó al fin, y se acercó sigilosamente a la ventana, manteniéndose en la sombra. La noche era todavía oscura y había sombras por todas partes; pero, a lo lejos, en el cielo, una estrecha línea de nubes anunciaba la aurora.

No se había equivocado, sin embargo; la tierra del suelo era real y asimismo lo era la figura que se hallaba bajo el porche. La figura de un hombre. Se agazapó junto a la ventana, esperando su próximo movimiento. Él se inclinó hacia el suelo, trasteó en el arriate de la ventana, de la sala y después levantó la mano y lanzó una lluvia de tierra a su ventana, golpeando el cristal con barro y piedrecillas.

Esta vez le vio la cara, y la sorpresa le hizo dar un grito, olvidando la cautela que se había impuesto.

Era Jem Merlyn el que estaba en el patio. Se inclinó hacia delante abriendo la ventana, y le habría llamado; pero él levantó la mano recomendando silencio. Se acercó más a la pared, bordeando el porche que le había ocultado, y haciendo bocina con las manos, murmuró:

—Baja a la puerta y ábrela para que pueda entrar.

Ella movió la cabeza.

—No puedo hacer eso. Estoy encerrada en mi habitación.

Él la miró contrariado y confuso, volviendo a mirar a la casa como si esto pudiera ofrecer alguna solución. Deslizó las manos por las pizarras, probándolas, buscando los oxidados clavos que se habían utilizado en otro tiempo para las plantas trepadoras, y que podrían ofrecerle algún apoyo. El bajo tejado del porche estaba a su alcance, pero no tenía dónde agarrarse; saltaría sin conseguir nada.

—Échame una de las mantas de tu cama —dijo suavemente.

Mary comprendió al momento lo que quería decir y ató el extremo de una manta a los pies de la cama, tirando el otro por la ventana, que quedó colgando sobre la cabeza de él. Ahora ya tenía donde sujetarse, y saltando sobre el tejado del saliente porche, pudo meter el cuerpo entre él y las paredes de la casa, apoyando los pies en las pizarras, y de esta manera alzarse por el porche y ponerse a nivel con su ventana.

Balanceó las piernas y se puso a horcajadas en el porche, con el rostro cerca del de ella. La manta colgaba a su lado. Mary trató de abrir la ventana, pero sus esfuerzos fueron inútiles. La ventana solo se abría un pie; no podía entrar en la habitación sino rompiendo el cristal.

—Tendré que hablarte desde aquí —dijo—. Acércate más para que pueda verte.

Mary se arrodilló en el suelo de la habitación, acercando el rostro a la abertura de la ventana, y se contemplaron unos momentos sin hablarse. Él aparecía cansado y tenía los ojos como de no haber dormido, como si hubiera pasado muchas fatigas. Tenía arrugas en las comisuras de la boca, que ella no había notado antes, y no sonreía.

—Tengo que pedirte perdón —dijo al fin—. Te dejé en Launceston, sin pretexto alguno, en Nochebuena. Puedes perdonarme o no, como gustes, pero no puedo darte ninguna explicación. Lo siento.

Esta actitud reservada no le cuadraba. Parecía que había cambiado mucho, y este cambio no le agradaba.

—Estaba angustiada por ti —dijo Mary—; tuve noticias tuyas hasta en el «Ciervo Blanco». Allí me dijeron que te habías ido en un coche con un caballero; nada más que eso, ni una palabra de explicación, ni un mensaje. Aquellos hombres estaban allí; en pie ante el fuego, el tratante de caballos que habló contigo en la plaza del mercado. Unos hombres horribles, y yo desconfié de ellos. Me preguntaba si había sido descubierto el robo del caballo. Estaba preocupada y destrozada. Nada te reprocho. Tú sabrás lo que haces.

Estaba dolida por sus maneras. Había esperado cualquier cosa menos esto. Cuando le vio en el patio, bajo su ventana solo vio en el al hombre que amaba y que había venido a ella, en la noche, buscando su presencia. Pero esta frialdad, esta reserva, entibió su entusiasmo, y se concentró en sí misma, deseando que no hubiera visto el desencanto en su rostro.

Ni siquiera le preguntó cómo había vuelto aquella noche, y su indiferencia la asombraba.

—¿Por qué estás encerrada en tu habitación? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros, y cuando contestó, su voz era cansada e inexpresiva.

—A mi tío no le gusta que escuchen detrás de las puertas. Tiene miedo de que curioseee por el corredor y descubra sus secretos. Parece que tú también tienes el mismo miedo a la curiosidad. Supongo que el preguntarte por qué has venido esta noche será una ofensa, ¿no?

—Puedes ser todo lo irónica que quieras; lo merezco —dijo él repentinamente—. Sé lo que piensas de mí. Algún día podré explicártelo, si entonces estás a mi alcance. Pórtate como un hombre por un momento, deja a un lado tu amor propio herido y envía al infierno tu curiosidad. Piso mal terreno y un paso en falso puede acabar conmigo. ¿Dónde está mi hermano?

—Nos dijo que pasaría la noche en la cocina. Tiene miedo de algo o de alguien;

las ventanas y las puertas están atrancadas y no abandona ni un solo momento su escopeta.

Jem se echó a reír ásperamente.

—No dudo de que tenga miedo. Y tendrá mucho más aún antes que pasen muchas horas; esto sí te lo puedo decir. Vine aquí para verle, pero si está sentado con la escopeta sobre las rodillas puedo aplazar mi visita hasta mañana, cuando las sombras hayan desaparecido.

—¡Mañana puede ser demasiado tarde!

—¿Qué quieres decir?

—Pretende dejar la «Posada de Jamaica» al oscurecer.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—¿Por qué había de engañarte ahora?

Jem quedó en silencio. La noticia fue una sorpresa, sin duda alguna, y le estaba dando vueltas en la mente. Mary le miraba, torturada por la duda y la indecisión. Volvía a tener sus antiguas sospechas de él. Él era el visitante que esperaba su tío. Por tanto, odiado y temido. Era el hombre que tenía en sus manos los hilos de la vida de su tío. Recordaba el rostro burlón del buhonero y las palabras que habían provocado la furia del posadero: «Oye, Joss Merlyn, ¿recibes órdenes de alguien por encima de ti?»; el hombre cuya inteligencia se servía de la fuerza del posadero, el hombre que estuvo escondido en la habitación vacía. Pensó otra vez en el alegre y despreocupado Jem que la había llevado a Launceston, con quien había paseado por la plaza del mercado y que la había besado y abrazado. Ahora estaba grave y silencioso, con el rostro sombrío. La idea de su doble personalidad la torturaba y asustaba al mismo tiempo. Para ella, esta noche era como un extraño, obsesionado por algún siniestro propósito que ella no podía comprender. Avisarle del proyecto de huida del posadero había sido un error por su parte; podía perturbar la realización de los planes que ella se había hecho. Fuera lo que fuese lo que Jem había hecho o intentaba hacer, aunque fuera falso y traidor y hubiese asesinado, ella le amaba en la debilidad de su carne y debió avisarle.

—Más vale que tengas cuidado cuando veas a tu hermano —le dijo—. Es peligroso; el que se interponga en sus planes arriesga la vida. Te digo esto por tu propia seguridad.

—No le tengo miedo a Joss, ni se lo he tenido nunca.

—Quizá no; pero ¿y si él te tiene miedo a ti?

A esto no contestó nada; pero echándose hacia delante, de repente, la miró a la cara y le tocó el arañazo que le cruzaba el rostro desde la frente al mentón.

—¿Cuándo te hiciste esto? —dijo ásperamente, pasando del arañazo a la magulladura de su mejilla.

Mary dudó por un instante, y después le contestó:

—En Nochebuena.

El brillo de sus ojos le dijo al momento que había comprendido y que sabía lo que

había pasado aquella noche, y que por eso estaba ahora en la «Posada de Jamaica».

—¿Estuviste con ellos en la playa? —murmuró.

Ella asintió, mirándole fijamente, cansada de hablar.

Por toda contestación lanzó un juramento, y echándose adelante, rompió el cristal de la ventana de un puñetazo, sin importarle el ruido de los cristales rotos ni la sangre que brotó inmediatamente de su mano. La brecha en la ventana era lo suficiente grande para entrar por ella, subió hasta la habitación, y estuvo a su lado antes que ella se diera cuenta de lo que había hecho. La cogió en sus brazos y la llevó a la cama, dejándola sobre ella; buscó una vela en la oscuridad, y cuando al fin la encontró, la encendió; volvió hacia la cama y se arrodilló ante ella, haciendo que la luz le diera en el rostro. Tocó con sus dedos las magulladuras hasta su garganta, y cuando ella se estremeció de dolor, él contuvo el aliento y de nuevo le oyó jurar.

—Debí evitarte esto —dijo, y apagando la luz se sentó a su lado, en la cama, y le cogió la mano, manteniéndola fuertemente apretada; después la soltó.

—¡Dios todopoderoso! ¿Por qué fuiste con ellos? —dijo.

—Estaban locos por la bebida. No creo que supieran lo que estaban haciendo. Yo no podía hacer nada contra ellos, era como una criatura. Ellos eran doce o más y mi tío..., él los dirigía. Él y el buhonero. Si lo sabes, ¿por qué me lo preguntas? No me hagas recordar. No quiero acordarme.

—¿Te han hecho mucho daño?

—Magulladuras y arañazos que puedes ver. Traté de escapar, y me desgarré el costado. Me cogieron de nuevo. Me ataron los pies y las manos en la playa y me pusieron una mordaza en la boca para que no pudiese gritar. Vi cómo el barco se acercaba en medio de la niebla, y no pude hacer nada, sola, en medio del viento y de la lluvia; tuve que verlos morir.

Se interrumpió con la voz temblorosa, y se volvió, escondiendo el rostro entre las manos. Él no se movió; continuó sentado silenciosamente en la cama, a su lado; pero a ella le parecía que estaba muy lejos, envuelto en misterio.

Se sentía más sola que antes.

—¿Fue mi hermano el que te hizo más daño? —preguntó.

Mary suspiró. Era ya demasiado tarde y nada le importaba ya.

—Te dije que estaba borracho. Tú sabes mejor que yo, de seguro, lo que puede hacer en ese estado.

—Sí, lo sé.

Se detuvo un momento y luego le tomó la mano de nuevo.

—Por esto morirá —afirmó.

—Su muerte no volverá la vida a los hombres que mató.

—No estoy pensando en ellos ahora.

—Si estás pensando en mí, no pierdas el tiempo. Puedo vengarme sola, a mi manera. He aprendido una cosa, al menos: a confiar en mí.

—Las mujeres sois débiles, a pesar de vuestro valor. Es mejor que no te metas en

esto. Ahora corre de mi cuenta.

No contestó. Sus planes eran suyos y él no formaba parte de ellos.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó él.

—Todavía no lo sé —mintió ella.

—Si se marcha mañana por la noche, te queda poco tiempo para decidirte.

—Espera que me vaya con él y con tía Patience.

—¿Y tú...?

—Eso depende de mañana.

Cualquiera que fuese el afecto que sentía hacia él, no iba a confiarle sus planes. Él era todavía un enigma, y, sobre todo, un enemigo de la justicia. Pensó entonces que al traicionar a su tío podía traicionarle también a él.

—Si te pido una cosa, ¿me lo concederás? —dijo Mary.

Él le sonrió por primera vez, burlón e indulgente, como lo había hecho en Launceston, y su corazón se fue hacia él al momento, animada por el cambio.

—¿Cómo te lo puedo decir?

—Quiero que te vayas de aquí ahora.

—Ya me voy.

—No, quiero decir de los marjales, lejos de la «Posada de Jamaica». Quiero que me digas que no volverás más por aquí. Yo puedo enfrentarme con tu hermano; él no me hará daño ahora. No quiero que vengas aquí mañana. ¡Por favor!, prométeme que te marcharas.

—¿Qué es lo que tienes metido en la cabeza?

—Algo que no tiene nada que ver contigo, pero que te acarrearía peligro a ti. No puedo decir más. Es preferible que me creas.

—¿Creerte? ¡Dios mío! Claro que te creo. Eres tú la que no quieres creerme.

Se echó a reír silenciosamente, e inclinándose, la rodeó con sus brazos y la besó, como la había besado en Launceston, pero más deliberadamente ahora; con rabia, con desesperación.

—Juega, pues, tu partida, y déjame que juegue yo la mía —dijo—. Si quieres conducirte como un muchacho, yo no puedo impedírtelo; pero por esa cara bonita que he besado y volveré a besar, guárdate del peligro. No quieres matarte, ¿verdad? Ahora tengo que dejarte. Será de día antes de una hora. Y si los planes de los dos fracasan, entonces ¿qué? ¿Te importará si no me vuelves a ver más? No, desde luego, no te importará.

—Yo no he dicho eso. No lo comprendes.

—Las mujeres piensan de una manera diferente a los hombres; van por distintos caminos. Por eso es por lo que no me gustan; no hacen más que liar y confundir las cosas. Fue muy divertido llevarte a Launceston, Mary, pero cuando se trata de un asunto de vida o muerte, como este de ahora, sabe Dios que quisiera verte a cien millas de aquí, sentada, muy compuesta, con tu labor en la falda, en una coquetona salita, que es donde te corresponde estar.

—Esa no ha sido mi vida, ni lo será nunca.

—¿Por qué no? Algún día te casarás con un labrador o con un pequeño comerciante y vivirás una vida respetable entre tus vecinos. No les digas que una vez viviste en la «Posada de Jamaica» y que te hizo el amor un ladrón de caballos. Te cerrarán sus puertas. Adiós. Te deseo buena suerte.

Se levantó de la cama y se fue hacia la ventana, pasando a través del agujero que hizo en el cristal, y balanceando sus piernas sobre el porche y cogido con una mano a la manta, se dejó deslizar al suelo.

Ella le contempló desde la ventana, diciéndole adiós con la mano, instintivamente; pero él se fue sin volver la cabeza, escurriéndose por el patio como una sombra. Mary tiró despacio de la manta y volvió a colocarla en la cama. La mañana no tardaría en llegar; no volvería a dormirse.

Se sentó en la cama, esperando a que le abrieran la puerta, y formó sus planes para cuando llegara la noche. No debía despertar sospechas durante las largas horas del día; debía mostrarse pasiva, indiferente quizá, como si toda emoción hubiese desaparecido de ella para siempre y estuviese preparada para emprender el viaje con el posadero y tía Patience.

Después, más tarde, pondría algún pretexto, fatiga o deseo de descansar en su habitación para prepararse para el viaje de la noche; entonces sería el momento más peligroso del día para ella. Tendría que dejar la «Posada de Jamaica» secretamente, sin ser vista, y correr como una liebre hasta Altarnun. Esta vez Francis Davey comprendería; el tiempo no estaría a su favor y tendría que actuar en consonancia. Ella volvería a la posada con su aprobación y en la confianza de que su ausencia no habría sido descubierta. Este era el plan. Si el posadero iba a su habitación y descubría que se había ido, su vida no tendría valor alguno. Debía estar preparada para ello. Ninguna excusa la salvaría entonces. Pero si él creía que estaba durmiendo todavía, entonces acaso saliera todo bien. Harían los preparativos para el viaje; hasta puede que subieran a la carreta y salieran al camino; después de esto, su responsabilidad terminaba. Su suerte estaría en las manos del vicario de Altarnun. Más allá no podía pensar ni tenía gran deseo de mirar al porvenir.

Así es que Mary esperó la llegada del día, y cuando llegó, las largas horas se le aparecían interminables delante de ella. Cada minuto era una hora, y cada hora un trozo de eternidad. Una atmósfera de tensión los envolvía a todos. Esperaban la noche en silencio, ansiosamente. Pocos adelantos podían hacerse a la luz del día; en cualquier momento podía venir alguien. Tía Patience vagaba de la cocina a su habitación; sus pisadas sonaban incesantemente en el corredor y en las escaleras, y hacía inútiles e ineficaces preparativos. Hacía líos con las pobres ropas que le quedaban, y los deshacía cuando se acordaba de algún viejo vestido. Iba de un lado a otro, por la cocina, abriendo los armarios, mirando dentro de los cajones y tocando sus sartenes y cacerolas con manos inquietas, incapaz de decidir cuáles llevarse y cuáles dejar. Mary la ayudaba lo mejor que podía; pero la irrealidad de su tarea la

hacía más difícil: ella sabía, aunque su tío lo ignorase, que todo aquel trabajo era en vano.

Su corazón recelaba a veces, cuando dejaba correr sus pensamientos hacia el futuro. ¿Qué haría tía Patience? ¿Qué actitud adoptaría cuando vinieran a llevarse a su esposo? Era una criatura, y como tal debía ser tratada. Otra vez se escuchaban sus pasos subiendo la escalera para ir de la cocina a su habitación, y Mary la oía arrastrar una caja sobre el suelo, andar arriba y abajo, mientras envolvía un candelabro en su chal y lo ponía al lado de una tetera rota, en unión de una descolorida cofia de muselina, para después desempaquetarlo y poner en su lugar algún otro tesoro más antiguo.

Joss Merlyn la contemplaba de mal humor, maldiciendo de cuando en cuando, irritado, cuando ella dejaba caer algo al suelo o se le trababan los pies y tropezaba. Su humor cambió de nuevo por la noche. Su vigilia en la cocina no había mejorado su mal genio, y el mero hecho de que las horas hubiesen pasado tranquilas, sin la llegada del visitante que esperaba, le hacía más inaguantable y más inquieto que antes. Andaba por la casa nervioso y abatido, murmurando para sí algunas veces y mirando por las ventanas para ver si venía alguien de improviso. Sus nervios se desataban contra su esposa y contra Mary. Tía Patience le miraba con ansiedad, y también ella volvía los ojos a la ventana, escuchando, moviendo la boca y torciendo y retorciendo el delantal entre sus manos.

De la habitación en que el buhonero se hallaba encerrado no venía ningún ruido. El posadero tampoco fue a verle y ni siquiera mencionó su nombre; y este silencio era siniestro, extraño y sobrenatural. Si el buhonero hubiese gritado obscenidades o aporreado la puerta, habría estado más en consonancia con su carácter; pero permanecía silencioso y quieto en la oscuridad, y, a pesar de todo el odio que por él sentía, Mary temblaba ante la posibilidad de su muerte.

Al mediodía se sentaron alrededor de la mesa de la cocina, comiendo en silencio, casi furtivamente, y el posadero, que de ordinario tenía el apetito de un buey, tamborileaba sobre la mesa, dejando sin tocar en su plato la carne fría. Una vez Mary levantó los ojos y le vio mirarla bajo sus peludas cejas. Un miedo cerval se apoderó de su ánimo al figurarse que él sospechaba y conocía sus planes. Ella había contado con su buen humor de la noche anterior, y estaba preparada para seguirle la corriente, contestando burla con burla, si era necesario, no oponiéndose a su voluntad. Estaba hosco y sombrío, y este era el humor que ella había conocido antes y sabía que presagiaba peligro. Al fin se armó de valor y le preguntó a qué hora pensaba salir de la «Posada de Jamaica».

—Cuando esté listo —le dijo secamente, y no le dijo más.

Ella se preparó, sin embargo, para continuar, y después que hubo ayudado a retirar las cosas de la comida, propuso a su tía que preparase un cesto con provisiones para el viaje. Luego se volvió a su tío y le habló otra vez.

—Sé que vamos a viajar por la noche —dijo—; ¿no sería mejor que tía Patience y

yo descansáramos durante la tarde para poder emprender el camino frescas y descansadas? Ninguno podremos dormir esta noche. Tía Patience está levantada desde que rompió el día, y yo lo mismo. No hacemos nada de provecho aquí esperando que empiece a caer la noche.

Hizo que su voz pareciese todo lo normal que pudo, pero el lazo que aprisionaba su corazón era señal de que esperaba su respuesta con desconfianza, y no podía mirarle a los ojos. Él lo pensó un momento, y Mary, para dominar su ansiedad, se volvió de espaldas y empezó a trastear en el aparador.

El primer paso estaba dado, y Mary se quedó un momento simulando un trabajo en el aparador, temiendo que su prisa por abandonar la cocina le pareciese sospechosa. Su tía, aceptando la idea, como de costumbre, la siguió arriba como un maniquí, cuando llegó la hora, y continuó por el corredor hacia su habitación como lo habría hecho un niño obediente.

Mary entró en su pequeña habitación y cerró la puerta, echando la llave. Al pensar en su cercana aventura, su corazón latía rápidamente, y no podría decir si era la excitación o el miedo lo que la dominaba. Había cerca de cuatro millas de camino a Altarnun y podía cubrir esta distancia en una hora. Si dejaba la «Posada de Jamaica» a las cuatro, cuando empezaba a oscurecer, podría volver un poco después de las siete. Por tanto, tenía tres horas para poner en práctica su plan, y ya había decidido la forma de partir. Subiría al porche y se deslizaría al suelo como lo había hecho Jem aquella mañana. El salto era fácil y podría escapar con solo algún arañazo y una sacudida a sus nervios. De todas formas, era más seguro este medio que exponerse a encontrar a su tío en el corredor de abajo. La pesada puerta de la entrada no podría abrirse sin ruido, y cruzar por la taberna significaba pasar ante la abierta cocina.

Se puso su vestido de más abrigo y se colocó su viejo chal, sujetándoselo con manos temblorosas y ardientes. La forzosa espera era lo que la aburría más. Una vez en el camino, el objeto del viaje le infundiría valor y el movimiento de sus miembros sería un estimulante.

Se sentó en la ventana, mirando hacia el desnudo patio y hacia la carretera, por donde nadie pasaba, esperando que el reloj del vestíbulo diera las cuatro. Cuando, al fin, sonaron las campanadas rompieron el silencio como una alarma, sacudiendo sus nervios; abrió la puerta y escuchó unos momentos, oyendo pisadas, el eco de las campanadas y murmullos en el aire.

Esto, desde luego, era una figuración suya; nada se movía. El reloj continuaba su tictac medido y tranquilo. Tenía que ponerse en camino. Cada segundo era precioso ahora; no debía perder tiempo. Cerró la puerta, y echando la llave de nuevo, se dirigió a la ventana. Se deslizó por el agujero, lo mismo que había hecho Jem, poniendo las manos en el alféizar, y un momento después estaba a horcajadas sobre el porche, mirando hacia el suelo.

La distancia parecía ahora mayor desde donde estaba, y no tenía manta para ayudarse en el descenso, dejándose balancear, como él lo había hecho. Las tejas del

porche eran resbaladizas y no ofrecían asidero alguno, a sus manos y a sus pies. Se volvió, arrastrándose desesperadamente, al seguro alféizar de la ventana, que repentinamente le parecía deseable y algo muy bien conocido; cerró los ojos y se lanzó al vacío. Sus pies encontraron la tierra casi inmediatamente; el salto no tenía importancia, como ya había supuesto ella, pero las tejas le habían arañado las manos y los brazos, y trajeron a su memoria el vivo recuerdo de su última caída del coche en la hondonada, al lado de la playa.

Miró hacia arriba, a la «Posada de Jamaica», siniestra y gris en el incipiente crepúsculo, con las ventanas atrancadas. Pensó en los horrores de que la casa había sido testigo; los secretos que encerraban ahora sus paredes, junto con los otros viejos recuerdos de fiestas, luces y risas, antes que su tío hubiese proyectado su sombra sobre ella; y alejándose de allí, como uno se aleja instintivamente de la casa de los muertos, emprendió el camino.

La tarde era hermosa —esto, al menos, la favorecía—, y marchó hacia su punto de destino con los ojos fijos sobre el largo y blanco camino que se extendía ante ella. La oscuridad llegaba a medida que iba andando, poniendo sombras en los marjales, a ambos lados de ella. A lo lejos, hacia la izquierda, los altos tormos, envueltos al principio en niebla, comenzaban a esfumarse en la oscuridad. Todo estaba quieto. No había viento. Más tarde saldría la luna. Ella se preguntaba si su tío habría contado con esta fuerza de la Naturaleza que brillaría sobre sus proyectos. A ella le tenía sin cuidado. Esta noche no temía a los marjales. No tenían nada que ver con ella. Lo que a ella le importaba era el camino. Los marjales perdían su importancia cuando no se les prestaba atención. Al fin llegó Five Lanes, donde los caminos se separaban, y torció hacia la izquierda, descendiendo la pendiente de Altarnun. Su excitación creció ahora, al pasar ante las centelleantes luces de las cabañas y oler el humo familiar de las chimeneas. Aquí había ruidos de vecindad, que ella había perdido hacía tiempo; el ladrido de un perro, el rumor de los árboles, el ruido de un cubo al sacar alguien agua de un pozo. Había puertas abiertas y dentro se oían las voces. Los polluelos piaban al lado de un seto; una mujer llamó, chillando, a un niño, que contestó con un grito. Una carreta cargada pasó a su lado y el carretero le dio las buenas noches. Había un soñoliento ambiente de placidez y de paz; aquí había todos los viejos olores de la aldea, que ella conocía y comprendía. Los dejó atrás, y se dirigió a la vicaría, al lado de la iglesia. Aquí no había luces. La casa estaba envuelta en el silencio. Los árboles se cerraban sobre ella, y una vez más volvió a sentir su primera impresión de que esta casa vivía en su pasado y dormía ahora sin tener conocimiento del presente. Llamó a la puerta y oyó resonar en la casa vacía el eco de los golpes. Miró por las ventanas, y sus ojos no vieron otra cosa que la suave oscuridad.

Maldiciendo su estupidez, se volvió de nuevo, dirigiéndose hacia la iglesia. Francis Davey estaría aquí, por supuesto. Era domingo. Dudó un momento, sin saber qué hacer, y entonces la puerta se abrió y una mujer salió al camino llevando flores.

Se quedó mirando a Mary como a una desconocida que era, y habría pasado a su

lado con un «Buenas noches» si Mary no se hubiera vuelto y la hubiese seguido.

—Perdóneme —dijo—; veo que viene usted de la iglesia. ¿Puede decirme si está allí el señor Davey?

—No, no está —dijo la mujer, y después de un momento, continuó—: ¿Quería usted verle?

—Con mucha urgencia —dijo Mary—. Estuve en su casa, pero no contestan. ¿Puede usted ayudarme?

La mujer la miró con curiosidad, y después movió la cabeza.

—Lo siento —dijo—. El vicario no está en casa. Se fue para predicar en otra parroquia a muchas millas de aquí. Esta noche no se le espera en Altarnun.

Al principio, Mary se quedó mirando a la mujer sin creerla.
—¿Que no está en casa? —replicó—. ¡Eso es imposible! ¿No está usted equivocada?

Su confianza en encontrarle había sido tan grande, que rechazaba instintivamente este repentino y fatal golpe para sus planes. La mujer parecía ofendida; no veía la razón de por qué esta desconocida dudase de su palabra.

—El vicario salió de Altarnun ayer por la tarde —dijo—. Se fue después de comer. Yo tengo motivos para saberlo, puesto que soy la que arregla la casa.

Debió de ver algo del intenso desencanto y agonía reflejados en el rostro de Mary, porque se ablandó y le habló con amabilidad.

—Si tiene algún mensaje que quiera darme, para cuando él vuelva... —empezó a decir; pero Mary movió la cabeza con desaliento; el ánimo y el valor le abandonaron al oír la noticia.

—Será demasiado tarde —dijo con desesperación—. Es un asunto de vida o muerte. Habiéndose ido el señor Davey, no sé a quién dirigirme.

Un relámpago de curiosidad brilló de nuevo en los ojos de la mujer.

—¿Se ha puesto alguien enfermo? —preguntó—. Yo le puedo decir dónde vive nuestro doctor, si eso le sirve de ayuda. ¿De dónde ha venido?

Mary no contestó. Pensaba desesperadamente, tratando de encontrar algún camino para resolver la situación. Venir a Altarnun para volver sin ayuda a la «Posada de Jamaica» era imposible. No podía confiarse a la gente de la aldea; no la creerían. Debía encontrar a alguien con autoridad, alguien que supiese de Joss Merlyn y de la «Posada de Jamaica».

—¿Quién es el magistrado más próximo? —preguntó al fin.

La mujer arrugó la frente y meditó sobre la pregunta.

—No hay ninguno cerca de Altarnun —dijo, dudando—. El más próximo debe de ser el juez señor Bassat de North Hill, y esto debe de estar a más de cuatro millas de aquí; tal vez más, tal vez menos. No se lo puedo decir con seguridad, ya que no he estado allí. ¿No pensará ir allá esta noche?

—Tengo que ir —dijo Mary—; no puedo hacer otra cosa. Ni tampoco puedo perder el tiempo. Perdóneme por ser tan misteriosa, pero estoy en un gran apuro y únicamente el vicario o un magistrado pueden ayudarme. ¿Puede usted decirme si es difícil encontrar el camino de North Hill?

—No, es bastante fácil. Marche una o dos millas por el camino de Launceston, y luego tuerza a la derecha de la barrera del camino; pero no es un paseo para una muchacha como usted, a la caída de la noche. Yo no iría nunca. Algunas veces hay gentes poco recomendables y no se puede uno fiar de ellas. No nos atrevemos a salir de nuestras casas estos días por los robos y violencias que se cometen en la carretera.

—Gracias por su interés; le estoy muy agradecida; pero toda mi vida he vivido en

lugares solitarios y no tengo miedo.

—Como usted guste —contestó la mujer—, pero sería preferible que se estuviese usted aquí y esperase al vicario, si puede.

—Eso es imposible —dijo Mary—; pero cuando regrese, ¿querrá decirle, quizá, que...? Espere; si tiene usted papel y pluma le escribiré una nota de explicación. Eso será mejor todavía.

—Venga entonces a mi casa y le escribiré lo que quiera. Cuando usted se haya ido, llevaré la nota a su casa al momento, y la dejaré sobre la mesa, donde la verá tan pronto como regrese.

Mary siguió a la mujer hasta su casita y esperó impaciente mientras buscaba en la cocina una pluma.

El tiempo pasaba de prisa y la jornada imprevista a North Hill había trastornado sus primeros cálculos.

Difícilmente podría volver a la «Posada de Jamaica», una vez que hubiese visto al señor Bassat, con la esperanza de que su ausencia hubiera pasado inadvertida. Su tío, alarmado con su huida, abandonaría la posada antes de lo que había pensado. En cuyo caso, su misión habría sido inútil. La mujer volvía ahora con papel y pluma, y Mary escribió desesperadamente, sin pararse a elegir palabras.

«Vine aquí para pedirle que me ayudara, pero usted se había marchado —garabateó—. Ya habrá oído con horror, como debe haberlo oído todo el mundo, lo del naufragio en la costa la noche de Nochebuena. Fue mi tío quién lo hizo y la banda de la “Posada de Jamaica”; esto ya lo habrá adivinado usted. Sabía que las sospechas recaerían sobre él antes que pasara mucho tiempo, y por eso hizo sus planes para dejar la posada esta noche y marchar a Devon, cruzando el Tamar. Al ver que está usted ausente, me voy con toda la prisa posible a decirle todo esto al juez señor Bassat, de North Hill, y advertirle de la proyectada huida, con objeto de que envíe gente para coger a mi tío en la “Posada de Jamaica” antes que sea demasiado tarde. Le doy esta nota a su ama de gobierno, que espero la coloque donde sus ojos la vean tan pronto como llegue. ¡Apresúrese!

MARY YELLAN».

Dobló la nota y se la dio a la mujer que estaba a su lado, dándole las gracias y asegurándole que no tenía miedo al camino. De esta manera emprendió una marcha de cuatro millas más hacia North Hill. Subió la colina de Altarnun con el corazón apesadumbrado, sintiéndose sola y desgraciada. Había puesto tal confianza en Francis Davey, que le era fácil admitir que, con su ausencia, había fallado su plan. Desde luego, él no sabía que ella le necesitaba, y aunque así hubiera sido, quizá sus planes hubieran sido antepuestos a los apuros de ella. Era amargo y desconsolador dejar tras

de sí las luces de Altarnun sin haber podido hacer nada todavía. Quizá en estos momentos su tío estaba aporreando la puerta de su habitación diciéndole que contestase. Esperaría un momento y después forzaría la puerta. Descubriría que se había marchado y la ventana rota le diría la forma en que lo había hecho. El que su fuga alterase los planes de su tío, era solo una suposición, y al pensar en que emprendiese el viaje como un perro tembloroso detrás de su amo hacía que Mary corriese por el desnudo y blanco camino con los puños cerrados y las mandíbulas apretadas.

Llegó al fin a la barrera del camino y torció hacia el estrecho y tortuoso sendero, como le había dicho la mujer de Altarnun. El sendero se retorció y daba vueltas de igual modo que lo hacían los senderos de Helford; este cambio de escenario tan repentino, después de la desnuda carretera, le infundió nueva fe. Se animó a sí misma, trazándose un cuadro de la familia Bassat, tan amables y corteses como los Vivvians de Trelowarren, que la escucharon con simpatía y comprensión. Ella no había visto al juez tal como era; había ido a la «Posada de Jamaica» malhumorado, y ahora pensaba con remordimiento en la parte que ella había tenido en el engaño. En cuanto a su esposa, ahora debía de saber ya que un ladrón de caballos la había puesto en ridículo en la plaza del mercado de Launceston, y era buena suerte el que Mary no hubiera estado al lado de Jem cuando vendió el caballo a su legítima dueña. Continuó con sus fantasías sobre la familia Bassat, y los menudos incidentes volvían a su memoria en contra de su voluntad; pero, en el fondo, pensaba en la próxima entrevista con inquietud.

El contorno de la tierra había cambiado de nuevo; las colinas se elevaban ahora cubiertas de árboles, y próximo corría un arroyo, cantando y rompiéndose sobre las piedras. El marjal había terminado. La luna salía ahora, apareciendo sobre las copas de los árboles más lejanos. Mary marchaba confiada, por el camino que le trazaba la luz, hacia el valle, donde los árboles la envolvían amigablemente. Por fin llegó a la puerta de entrada, de donde partía una avenida, mientras que el camino continuaba más allá, hasta una aldea.

Esto debía de ser North Hill, y esta la casa solariega que pertenecía al juez. Marchó por la avenida en dirección a la casa; en la distancia, el reloj de una iglesia dio las siete. Hacía ya tres horas que había salido de la «Posada Jamaica». Su nerviosismo volvió al acercarse a la casa, grande e imponente en la oscuridad, pues la luna no se había elevado aún lo bastante para iluminarla. Agitó la gran campanilla, y el sonido fue contestado al punto por el furioso ladrido de los perros. Esperó, y al momento oyó dentro el ruido de las pisadas. Un criado abrió la puerta, hablando ásperamente a los perros, que asomaban las narices por la verja olfateando los pies de Mary. Al darse cuenta de su viejo vestido y de su chal, se sentía pequeña, inferior, ante aquel hombre que esperaba que hablase.

—He venido a ver al señor Bassat sobre un asunto muy urgente —dijo ella—. Él no conoce mi nombre, pero si puedo hablar con él unos minutos, me explicaré. El

asunto es de una importancia tremenda; de otra forma no le molestaría a estas horas y en un domingo por la noche.

—El señor Bassat se marchó a Launceston esta mañana —contestó el hombre—. Le llamaron apresuradamente y no ha regresado todavía.

Esta vez Mary no pudo contenerse y se le escapó un grito de desesperación.

—¡He venido desde muy lejos! —dijo en una agonía de emoción, como si con su gran desesperación pudiera atraer al juez a su lado—. Si no le veo ahora, algo terrible ocurrirá y un gran criminal escapará de las manos de la justicia. ¡No me mire usted así; estoy diciendo la verdad! ¡Sí por lo menos hubiese alguien a quien poder dirigirme!

—La señora Bassat está en casa —dijo el hombre picado de curiosidad—. Quizá ella pueda recibirla, si lo que trae es tan urgente como dice. Sígame a la biblioteca; no tenga miedo de los perros, no le harán nada.

Mary cruzó el vestíbulo como en un sueño; solo sabía que la casualidad había hecho fracasar su plan de nuevo y que ya no podía hacer nada para remediarlo.

La espaciosa biblioteca, con su llameante chimenea, le pareció irreal, acostumbrada como estaba a la oscuridad; parpadeó, cegada por la brillante luz. Una mujer, que reconoció inmediatamente como la elegante señora de la plaza del mercado de Launceston, estaba sentada en una silla delante del fuego, leyendo en voz alta a dos niños, y miró sorprendida cuando Mary fue introducida en la habitación.

El criado empezó a explicarse con alguna excitación.

—Esta joven tiene noticias muy graves para el juez, señora —dijo—. Pensé que lo mejor era traerla inmediatamente a su presencia.

La señora Bassat se puso en pie al momento, dejando caer el libro que tenía en la falda.

—No será algo de los caballos, ¿verdad? —dijo—. Richards me informó de que *Salomón* había estado tosiendo, y que *Diamond* no quería comer.

Mary movió la cabeza.

—No es nada que se refiera a su casa —dijo gravemente—. Traigo nuevas de otra clase. Si pudiera hablar a solas con usted...

La señora Bassat pareció tranquilizarse al saber que no era nada que concerniese a sus caballos, y habló rápidamente a sus hijos, que salieron de la habitación seguidos del criado.

—¿Qué puedo hacer por usted? —dijo cortésmente—. Está pálida y fatigada. ¿No quiere sentarse?

—Gracias, pero yo necesito saber cuándo volverá el señor Bassat.

—No tengo la menor idea —dijo la señora—. Se vio obligado a salir esta mañana apresuradamente, y, si he de decirle la verdad, estoy seriamente preocupada por él. Si ese espantoso posadero ofrece resistencia, como seguramente hará, el señor Bassat puede resultar herido a pesar de los soldados.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo Mary vivamente.

—El señor juez tiene a su cargo una misión muy peligrosa. Su rostro es nuevo para mí, de lo que deduzco que no es usted de North Hill, de otra manera habría oído usted hablar de este Merlyn que tiene una posada en el camino de Bodmin. Al señor juez le fue sospechoso por algún tiempo de crímenes terribles, pero hasta esta mañana no ha tenido la prueba en sus manos. Partió inmediatamente hacia Launceston para pedir ayuda, y, por lo que me dijo antes de marchar, intenta rodear la posada esta noche y coger a sus habitantes. Por supuesto, irá bien armado y con un gran número de hombres, pero no descansaré tranquila hasta que regrese.

Algo en el rostro de Mary debió de advertirla, porque se puso muy pálida y retrocedió hacia el fuego, cogiendo el grueso cordón de la campanilla que colgaba a lo largo de la pared.

—Usted es la muchacha de quien él me habló —dijo rápidamente—, la muchacha de la posada, la sobrina del posadero. ¡No se mueva de donde está o llamaré a mis criados! ¡Usted es la muchacha! Él me la describió. ¿Qué quiere usted de mí?

Mary extendió su mano; tenía el rostro tan blanco como el de la señora.

—No le haré nada —dijo—. ¡Por favor, no llame! ¡Deje que me explique! Sí, yo soy la muchacha de la «Posada de Jamaica».

La señora Bassat no la creía. Miraba a Mary con ojos aprensivos, y su mano no se retiró del cordón de la campanilla.

—No tengo dinero aquí —dijo—. No puedo hacer nada por usted. Si ha venido a North Hill para interceder por su tío, es demasiado tarde.

—Usted se equivoca —dijo Mary pausadamente—. El dueño de la «Posada de Jamaica» es pariente mío por su matrimonio. El que yo haya estado viviendo allí no importa nada ahora; la historia sería muy larga de contar. Yo le temo y le detesto más que usted y más que cualquiera otra persona en el país, y con razón. Vine aquí para avisar al juez Bassat de que el posadero pretendía abandonar la posada esta noche y escapar así de la justicia. Tengo pruebas definitivas de su culpabilidad, que no creo posea el señor Bassat. Usted me dice que ya ha marchado y que quizá ahora esté en la «Posada de Jamaica». Por tanto, he perdido el tiempo viniendo aquí.

Se sentó entonces, con las manos en su regazo, y se quedó mirando al fuego, sin ver. Había llegado al límite de sus fuerzas y, por el momento, no podía mirar hacia el futuro. Todo lo que su cansada mente podía decirle era que su trabajo de esta noche había sido vano y sin objeto. No había tenido necesidad de abandonar su habitación de la «Posada de Jamaica». El juez Bassat hubiera ido de todas maneras. Y ahora, con su secreta intervención, habría embrollado las cosas haciendo precisamente lo que quiso evitar. Llevaba fuera demasiado tiempo; su tío habría adivinado la verdad y, con toda probabilidad, escaparía. El juez Bassat y sus hombres encontrarían la posada desierta. Levantó los ojos nuevamente hacia la dueña de la casa.

—He hecho una cosa sin sentido viniendo aquí —dijo con desesperación—. Creí obrar inteligentemente, y lo único que he logrado ha sido ponerme en ridículo y poner en ridículo a los demás. Mi tío descubrirá que mi habitación está vacía y adivinará al

momento que le he traicionado. Saldrá de la «Posada de Jamaica» antes que llegue el señor Bassat.

La esposa del juez soltó el cordón de la campanilla y se dirigió hacia ella.

—Habla usted sinceramente y la honradez se ve en su cara —dijo amablemente—. Siento haberla juzgado mal al principio, pero la «Posada de Jamaica» tiene una fama horrible, y creo que cualquiera habría hecho lo mismo que yo al encontrarse de pronto con la sobrina del posadero. Ha estado usted en una situación espantosa, y admiro el valor que la ha hecho venir sola tantas millas para avisar a mi marido. Yo hubiera enloquecido de miedo. Y ahora yo le pregunto: ¿Qué puedo hacer por usted? Estoy dispuesta a ayudarla de la forma que crea mejor.

—No podemos hacer nada —dijo Mary, moviendo la cabeza—. Supongo que tendré que esperar aquí a que vuelva el señor Bassat. No le gustará verme cuando se entere de cómo he embrollado las cosas. Dios sabe que merezco todos los reproches...

—Yo intercederé por usted —dijo la señora Bassat—. Usted no podía saber que mi esposo había sido ya informado, y le calmaré, si es necesario. Debe estar contenta por encontrarse aquí, en seguridad, mientras tanto.

—¿Cómo pudo el juez saber la verdad tan repentinamente? —preguntó Mary.

—No tengo ni la más ligera idea. Le llamaron urgentemente esta mañana, como ya le he dicho, y solamente me dio unos ligeros detalles mientras ensillaba su caballo y se preparaba para la marcha. Ahora, ¿no quiere descansar por el momento de todo este odioso asunto? Probablemente estará muerta de hambre.

De nuevo se acercó a la chimenea, y esta vez tiró del cordón de la campanilla tres o cuatro veces. A pesar de toda su preocupación y de todo su disgusto, Mary no podía dejar de apreciar lo irónico de la situación. Aquí estaba la señora de la casa ofreciéndole hospitalidad, ella, que un momento antes la había amenazado con hacerla prender por los mismos criados que le traerían ahora la comida. Pensó también en la escena de la plaza del mercado, cuando esta misma señora, con el abrigo de terciopelo y el sombrero de plumas pagó un alto precio por su propio caballo, y se preguntaba si el timo habría sido descubierto. Si la parte que había desempeñado Mary en el engaño se descubriese, la señora Bassat no se mostraría tan generosa en su hospitalidad.

Mientras tanto, apareció el criado con la cabeza erguida; su señora le ordenó que trajera cena para Mary.

Los perros, que le habían seguido dentro de la habitación, se acercaron ahora y trabaron amistad con la desconocida, moviendo los rabos y poniendo los suaves hocicos en sus manos, aceptándola como miembro de la familia. Su presencia en la casa solariega de North Hill no tenía todavía realidad, y aunque Mary se esforzaba, no podía desechar su ansiedad ni calmar sus nervios. Le parecía que no tenía derecho a estar sentada ante el brillante fuego mientras fuera, en las nieblas, la vida y la muerte luchaban frente a la «Posada de Jamaica».

Comió mecánicamente, esforzándose en tragar el alimento, que le era necesario, escuchando la charla de la señora que estaba a su lado, que creía, equivocadamente, dentro de su amabilidad, que una conversación incesante, sin argumento alguno, era el único medio de calmar su ansiedad. La charla, por el contrario, la aumentaba, y cuando Mary terminó de cenar y quedó con las manos en el regazo, mirando el fuego, la señora Bassat, buscando un medio para distraerla, cogió su álbum de acuarelas y empezó a volver las hojas enseñándoselas a su huésped.

Cuando el reloj colocado encima de la chimenea dio, en agudos tonos, las ocho, Mary no pudo resistir más. Esta inactividad era peor que el peligro y el acoso.

—Perdone —dijo, poniéndose en pie—, ha sido usted muy amable y nunca podré agradecerse bastante; pero estoy muy inquieta, desesperadamente inquieta. No puedo pensar en otra cosa que en mi pobre tía, que en estos momentos debe de estar sufriendo los horrores del infierno. Tengo que averiguar qué es lo que está pasando esta noche en la «Posada de Jamaica», aunque tenga que volver andando y sola ahora mismo.

La señora Bassat dejó el álbum con un gesto de pesar.

—Desde luego que está usted inquieta. Lo he notado hace tiempo, y trataba de distraerla. ¡Qué terrible es! Yo estoy tan preocupada como usted; estoy inquieta por la suerte de mi esposo. Pero no puede volver andando de ningún modo. Será después de media noche cuando llegue, y Dios sabe lo que puede ocurrirle por el camino. Diré que preparen el coche y Richards irá con usted. Es digno de confianza y puede ir armado si es necesario. Si hay lucha puede usted verla desde la falda de la colina y no deberá acercarse hasta que haya terminado. De buena gana iría yo también, pero mi salud no me lo permite; estoy algo delicada.

—Desde luego que no hará semejante cosa —dijo Mary vivamente—. Yo estoy acostumbrada al peligro y a ir de noche por los caminos, y usted no. Será mucha molestia que preparen el caballo y se levante su criado a estas horas. Le aseguro que ya no estoy cansada y que puedo caminar.

Pero la señora Bassat había tirado ya del cordón de la campanilla.

—Diga a Richards que traiga el coche inmediatamente —dijo al asombrado criado—. Le daré más órdenes cuando venga. Dígale que debe darse la mayor prisa posible.

Después dio a Mary un grueso abrigo con capucha, una recia manta y un calentador de pies, diciendo todo el tiempo que solo el estado de su salud la retenía, de lo cual se congratulaba Mary, ya que la señora Bassat no era la compañera más apropiada para una aventura tan peligrosa como aquella.

En un cuarto de hora el coche estuvo preparado a la puerta, con Richards en el pescante. Mary le reconoció en seguida como el criado que fue la primera vez a la «Posada de Jamaica» con el señor Bassat. Tan pronto supo el objeto de su misión, se disipó su disgusto por abandonar el fuego en una noche de domingo. Con dos pistolas al cinto y orden de hacer fuego contra cualquiera que pudiese amenazar al coche,

asumió al punto un aire truculento y autoritario, de una manera inconsciente. Mary se encaramó a su lado los perros ladraron a coro su adiós, y solamente al llegar al recodo de la avenida y desaparecer la casa de su vista se dio cuenta Mary de que la expedición que emprendía iba a ser probablemente temeraria y peligrosa.

Cualquier cosa podía haber ocurrido durante las cinco horas que había estado ausente de la «Posada de Jamaica» y, aun yendo en coche, difícilmente podía llegar allí antes de las diez y media de la noche. No podía hacer planes; su actuación dependería del momento. Con la luna brillando en el firmamento y acariciada por el aire suave, se sentía dispuesta a hacer frente al desastre, cuando llegara, y esta carrera hacia el teatro de los hechos, por muy peligrosa que fuese, era mejor que estar sentada, como una criatura indefensa, oyendo la charla de la señora Bassat. Richards estaba armado y ella misma podía hacer uso de una arma si llegaba el caso.

Él estaba ardiendo de curiosidad, pero Mary contestaba secamente a sus preguntas y no le animaba a proseguir.

El viaje fue silencioso la mayor parte del tiempo, sin otro ruido que el continuo golpear de los cascos del caballo sobre el camino y, de cuando en cuando, el grito de algún búho desde los quietos árboles. El roce del seto vivo y los murmullos del campo quedaron atrás cuando el coche entraba en el camino de Bodmin, y, una vez más, el sombrío marjal se extendió a cada lado, envolviéndolo como un desierto. La cinta que era el camino real brillaba blanca bajo la luna. Se doblaba y se perdía en el repliegue de la próxima colina, desnuda y solitaria. No había otros viajeros en el camino esta noche sino ellos. En Nochebuena, cuando Mary vino por aquí, el viento había azotado enconadamente las ruedas del carruaje y la lluvia golpeaba las ventanillas. Ahora el aire era todavía frío y extrañamente quieto, y el marjal descansaba plácidamente a la plateada luz de la luna. Los sombríos tormos elevaban sus dormidos rostros hacia el cielo, y sus facciones de granito aparecían suavizadas y pulidas por la luz que las bañaba. Reinaba la tranquilidad, y los antiguos dioses dormían sin ser turbados.

Rápidamente el carruaje cubrió las largas millas que Mary había andado sola. Ahora reconocía cada revuelta del camino y cuándo el marjal le robaba espacio, invadiéndole con altas hierbas o con los retorcidos tallos de la retama.

Allá abajo, en el valle, brillarían las luces de Altarnun, y los Five Lanes se separaban del camino como los dedos de una mano.

El despoblado se extendía ahora entre ellos y la «Posada de Jamaica». Aun cuando la noche era tranquila, el viento soplaba en este lugar desnudo y abierto a los cuatro puntos cardinales, viniendo de Roughtor, al oeste; frío y cortante como un cuchillo, recogiendo los olores del pantano al pasar sobre las amargas hierbas y los juguetones arroyos. Todavía no se encontraba señal alguna de hombre ni de animal sobre el camino, que se levantaba y hundía en el marjal, y aunque Mary aguzaba sus ojos y sus oídos, no podía ver ni oír nada. En una noche como esta, el más leve ruido sería amplificado, y el rumor de la gente en marcha, del señor Bassat —unos doce

hombres, según decía Richards—, podría oírse solamente a más de dos millas de distancia.

—Lo mismo podemos encontrarlos allí que no —dijo a Mary—, y al posadero con las manos atadas, echando chispas contra el juez. Será una buena cosa para el vecindario cuando se le ponga en condiciones de no hacer daño, lo que hubiera ocurrido mucho antes si el juez hubiese podido hacer lo que quería. Es una lástima que no hayamos podido venir antes. Supongo que habría sido emocionante su captura.

—Poco emocionante si el señor Bassat se encuentra con que el pájaro ha volado —dijo Mary pausadamente—. Joss Merlyn conoce estos marjales como la palma de mano, y no parará una vez que se haya puesto en marcha.

—Mi amo también nació aquí, lo mismo que el posadero —dijo Richards—; y si hay que registrar el país, apuesto por el juez. Ha cazado aquí, de niño y de hombre, durante casi cincuenta años, y yo diría que donde vaya un zorro, el juez le seguirá. Pero a este zorro le cogerán antes que empiece a correr, si no me equivoco.

Mary le dejó continuar; estas manifestaciones ocasionales no la aburrían tanto como había sucedido con la charla de su señora, y su rostro, honrado y rugoso, le infundía confianza en esta noche de tensión.

Se estaban aproximando a la hondonada del camino y al estrecho puente que se tendía sobre el río Fowey; Mary podía oír el murmullo de la corriente al deslizarse rápidamente sobre las piedras. La pendiente colina donde estaba enclavada la «Posada de Jamaica» se alzaba ante ellos, blanca bajo la luz de la luna, y las oscuras chimeneas del edificio apuntaban sobre la cima. Richards quedó silencioso, hurgando en las pistolas que llevaba al cinto, y se aclaró la garganta haciendo un pequeño movimiento de cabeza. El corazón de Mary latía apresuradamente y se apretaba contra la pared del coche. El caballo emprendió la subida con la cabeza baja, y a Mary le parecía que el ruido que hacían sus cascos sobre la superficie del camino era demasiado fuerte y deseaba que hubiesen marchado más en silencio.

Al aproximarse a la cúspide de la colina, Richards se volvió y le murmuró al oído:

—¿No sería mejor que esperase usted aquí, en el coche, al lado del camino, mientras yo voy a ver si están ellos ahí?

Mary volvió la cabeza.

—Es mejor que vaya yo —dijo—, y usted puede seguirme a uno o dos pasos de distancia, o estarse aquí y esperar a que yo llame. Por el silencio, parece como si el juez y su acompañamiento no hubieran llegado aún y el posadero se hubiese escapado. Si estuviera ahí, a pesar de todo (mi tío, quiero decir), puedo arriesgarme a un encuentro con él, cosa que usted no puede hacer. Deme una pistola; así tendré poco que temer de él.

—No creo que esté bien que vaya usted sola —dijo el hombre, dudando—. Puede tropezar con él enseguida y no me podrá avisar. Es extraño, como usted dice, este

silencio. Yo esperaba tiros y luchas y escuchar la voz de mi amo dominándolo todo. De todas formas, esto no es natural. Deben de haberse detenido en Launceston. Estoy por creer que sería mejor que nos volviéramos por ese camino y esperásemos a que llegaran.

—Ya he esperado bastante, y estoy medio loca de tanto esperar —dijo Mary—. Prefiero encontrarme con mi tío cara a cara, a quedarme en la cuneta sin ver ni oír nada. Estoy pensando en mi tía. De todo esto ella es tan inocente como un niño, y quiero protegerla, si puedo. Deme una pistola y déjeme ir. Puedo deslizarme lo mismo que un gato, y le prometo que no me meteré de cabeza en ninguna trampa.

Se quitó el pesado abrigo y la capucha que la habían protegido del aire frío de la noche, y cogió la pistola que él le tendía de mala gana.

—No me siga, a no ser que le llame o le haga alguna señal —dijo—. Si oye un disparo, entonces será mejor que venga en mi ayuda; pero obre con cautela. No es necesario que los dos nos metamos, como tontos, en medio del peligro. Por mi parte, creo que mi tío se ha ido.

Ahora confiaba en que se hubiera marchado, y que yéndose a Devon terminase todo el asunto. El país se vería libre de él en la forma menos costosa. Hasta podría, como había dicho, empezar la vida de nuevo, o, más probablemente todavía enterrarse en algún lugar a quinientas millas de Cornualles y emborracharse hasta reventar. Ahora lo que le interesaba era terminar; su captura la dejaba a un lado. Deseaba, sobre todo, dirigir su vida y olvidarle; poner el mundo entre ella y la «Posada de Jamaica». La venganza era una cosa vacía. El verle atado e indefenso, rodeado por el juez y sus hombres, sería una satisfacción mezquina. Había hablado a Richards con confianza; pero, a pesar de todo, temía encontrarse con su tío, armada como iba; el pensar que pudiera encontrarse con él, de repente, en el corredor de la posada, con las manos preparadas para el ataque y con sus ojos inyectados en sangre, mirándola, la hizo detenerse en su marcha delante del patio y mirar hacia las negras sombras de la cuneta, que proyectaban Richards y el coche. Apuntó la pistola con el dedo puesto en el gatillo, y miró detrás de la esquina de la pared de piedra del patio.

No había nadie. La puerta del establo estaba cerrada. La posada se hallaba tan oscura y silenciosa como cuando ella la dejó, casi siete horas antes, y las ventanas y las puertas estaban atrancadas. Miró hacia la ventana de su cuarto, y vio que el cristal permanecía igual que cuando salió por él aquella tarde.

No había huellas de ruedas en el patio ni preparativos de marcha. Se deslizó hasta el establo y aplicó el oído a la puerta. Esperó un momento y oyó al caballejo moverse, inquieto en el pesebre; oyó cómo sus cascos golpeaban los guijarros del suelo.

¡Luego no se habían ido, y su tío estaba todavía en la «Posada de Jamaica»!

Su corazón desfalleció: se preguntaba si debía de volver al lado de Richards, en el coche, y esperar, como él había sugerido, hasta que el juez y sus hombres llegaran. Miró una vez más a la cerrada casa. De seguro, si su tío intentaba marcharse, lo

habría hecho antes de ahora. Solamente para cargar el carro se necesitaba una hora y debían ser casi las once. Tal vez hubiese cambiado sus planes y decidió marchar a pie; pero entonces tía Patience no podría haberle acompañado. Mary dudó; la situación era extraña y confusa.

Se paró en el porche y escuchó. Hasta trató de abrir la puerta. Estaba cerrada con llave, por supuesto. Se aventuró un poco, doblando la esquina de la casa, pasando por la entrada de la taberna al trozo de jardín de detrás de la cocina. Ahora marchaba sigilosamente, manteniéndose en la sombra, llegando hasta donde un hilo de la luz de la vela debía escaparse a través de la grieta del postigo de la cocina. No había luz. Se acercó más al postigo, y hasta acercó un ojo a la grieta. La cocina estaba negra como el fondo de un pozo. Puso la mano en el picaporte de la puerta y lo hizo girar lentamente. Cedió, y vio, asombrada, que la puerta se abría. Esta facilidad, completamente imprevista, la sobresaltó de momento, y tuvo miedo de entrar.

¿Y si su tío estaba sentado en su silla, esperándola, con la escopeta cruzada sobre las rodillas? Ella, tenía una pistola, pero esto no le infundía confianza.

Muy despacio, asomó el rostro por la abertura de la puerta. No oyó nada. Con el rabillo del ojo podía ver las cenizas del fuego, pero el resplandor estaba casi desvanecido. Entonces comprendió que allí no había nadie. El instinto le dijo que la cocina estaba vacía desde hacía horas. Empujó la puerta y entró. La habitación estaba fría y húmeda. Esperó hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra y pudo distinguir los contornos de la mesa y de la silla que había a su lado. Vio una vela sobre la mesa, y la acercó al mortecino resplandor del fuego, encendiéndola. Ardió lo suficiente y ella la mantuvo sobre su cabeza y miró en derredor. La cocina estaba aún revuelta con los preparativos de la marcha. Sobre una silla había un lío de cosas de tía Patience, y en el suelo un montón de mantas preparadas para ser envueltas. En un rincón de la habitación, donde siempre había estado, se hallaba la escopeta de su tío. Por lo visto, habían decidido esperar otro día más. Ahora estarían en la habitación de arriba, dormidos en la cama.

La puerta que daba al corredor estaba abierta de par en par, y el silencio era más opresivo que antes; extraña y horriblemente quieto.

Algo había cambiado; faltaba algún sonido, y a ello se debía el silencio. Mary se dio cuenta entonces de que no se oía el reloj.

El tictac había cesado.

Entró en el corredor y escuchó de nuevo. Estaba en lo cierto; la casa permanecía en silencio, porque el reloj se había parado. Continuó avanzando muy despacio, con la vela en una mano y empuñando la pistola con la otra.

Dio la vuelta al recodo donde el largo y sombrío corredor se dividía hacia el vestíbulo, y vio que el reloj que siempre había estado contra la pared, al lado de la puerta de la sala, se había venido abajo, cayendo sobre su parte delantera. El cristal se había deshecho en fragmentos sobre las losas de piedra, y la madera se había resquebrajado. La pared aparecía desnuda en el sitio donde había estado, muy

desnuda y extraña, con el papel de un amarillo intenso, en contraste con el desvaído dibujo del resto de la pared. El reloj había caído en el estrecho vestíbulo, y hasta que llegó al pie de la escalera no vio lo que había más allá.

El dueño de la «Posada de Jamaica» estaba tendido en el suelo, con el rostro oculto entre los restos del reloj.

El caído reloj le había ocultado al principio; estaba tendido en la oscuridad, con un brazo sobre la cabeza, mientras que con el otro se agarraba a la rota y destrozada puerta de la caja del reloj. Como tenía las piernas extendidas, con un pie apretado contra la entabladura, parecía más grande que antes; su gran corpachón bloqueaba la entrada de una pared a otra.

Había sangre en el suelo de piedra, y sangre entre sus hombros, oscura ya y casi seca donde el puñal le había alcanzado.

Cuando fue herido por detrás, debió de extender las manos, y cayó, arrastrando consigo el reloj, que se destrozó contra el suelo, y el posadero murió allí, agarrando a su puerta...

Pasó bastante tiempo antes que Mary pudiese abandonar la escalera. Algo de su energía se había desvanecido, dejándola inerte, como el cuerpo que yacía en el suelo. Sus ojos se detenían en cosas sin importancia: los fragmentos de cristal del reloj manchados de sangre; la mancha descolorida de la pared donde había estado colocado el reloj.

Una araña se posó en la mano de su tío. Le pareció extraño que aquella mano permaneciese inmóvil, sin hacer nada para ahuyentarla. Su tío se la habría sacudido con presteza; después se deslizó por su mano y subió por el brazo siguiendo su camino más allá del hombro; cuando llegó a la herida, dudó, y luego trazó un círculo, volviéndose llena de curiosidad, y había tal ausencia de miedo en sus rápidos movimientos, que daba horror; era como un insulto a la muerte.

La araña sabía que el posadero no podría hacerle daño. Mary lo sabía también, pero ella no había perdido el pavor a la muerte, como la araña.

Pero lo que más la aterraba era el silencio.

Ahora que el reloj no marchaba ya, deseaba oír su tictac; echaba de menos su lento y familiar jadeo, que era como una señal de normalidad.

La luz de la vela danzaba sobre las paredes, pero no llegaba a la parte alta de la escalera, que continuaba sumida en las tinieblas.

Ella sabía que nunca podría subir estas escaleras ni pisar el vacío rellano. Lo que hubiese más allá y arriba, debía quedar en paz. La muerte había venido a la casa esta noche y su hálito permanecía aún en el aire. Mary comprendió que esto era lo que siempre había esperado y temido de la «Posada de Jamaica». Las húmedas paredes, las crujientes maderas, los susurros del viento, las pisadas sin nombre, eran los avisos de una casa que se sentía desde hacía largo tiempo amenazada.

Mary tembló. Supo que este silencio tenía su origen en cosas enterradas y olvidadas desde hacía mucho tiempo. Temía al pánico, sobre todo; al grito que se esforzaba por salir de sus labios, a los desesperados esfuerzos de los pies y las manos que le parecía percibir en el aire pugnando por materializarse. Tenía miedo de que se apoderasen de ella destruyendo su razón. Ahora que la primera impresión de su descubrimiento se había debilitado, sabía que se apoderaría de ella y la ahogaría. Sus dedos llegarían a perder toda sensibilidad y la vela caería de sus manos. Entonces se encontraría sola envuelta en las tinieblas. Un desesperado deseo de echar a correr se adueñó de ella; pero lo venció. Retrocedió hacia el corredor; cuando llegó a la cocina y vio la puerta todavía abierta sobre el trozo del jardín su calma la abandonó y corrió ciegamente, hacia el frío y la libertad del exterior, con un sollozo en la garganta y teniendo que apoyarse en la pared de piedra con las manos extendidas al doblar la esquina de la casa. Corrió como perseguida a través del patio, hacia el camino, donde la familiar y robusta figura del lacayo del juez le salió al encuentro. Él extendió sus manos para salvarla, y Mary se agarró a su cinturón buscando protección. Le

castañeteaban los dientes por la fuerza de su reacción.

—¡Está muerto! —exclamó—. ¡Está muerto, allí, en el suelo! Lo he visto.

Aunque trataba de hacerlo, no podía lograr que cesara el castañeteo de sus dientes ni el temblor de su cuerpo.

Richards la llevó al lado del camino, donde estaba el coche, y cogiendo el abrigo, se lo puso, y ella se envolvió en él agradecida por el calor que le prestaba.

—Está muerto —repetía—. Apuñalado por la espalda. Vi su chaqueta desgarrada y había sangre. Estaba tendido con el rostro hacia el suelo. El reloj había caído con él. La sangre estaba seca; parece que lleva allí algún tiempo. La posada estaba oscura y silenciosa. No había nadie.

—¿Se ha marchado su tía? —murmuró el hombre.

Mary sacudió la cabeza.

—No sé. No la vi; tenía que huir.

Richards vio en su rostro que su fuerza había desaparecido y que estaba a punto de desplomarse; la ayudó a subirse al coche y subió él también, quedando a su lado.

—Está bien —dijo—, está bien. Tranquilícese, nadie le hará daño. Está bien.

Su ronca voz la consolaba y se acurrucó a su lado en el coche, embozada en el caliente abrigo.

—Eso no era espectáculo para una muchacha —le dijo—. Debió dejarme ir a mí. Hubiera preferido que se hubiese quedado aquí, en el coche. Ha sido terrible que le haya visto allí tendido, muerto, asesinado.

La conversación la tranquilizaba, y su ruda simpatía era agradable.

—El caballo estaba todavía en el establo —dijo—. Escuchó en la puerta, y le oí moverse. Ni siquiera habían acabado sus preparativos de marcha. La puerta de la cocina; estaba sin cerrar y había líos por el suelo y mantas preparadas para ser cargadas en la carreta. Ha debido ocurrir hace varias horas.

—No acierto a comprender lo que esté haciendo el juez —dijo Richards—. Debió haber venido antes de todo esto. Estaría más tranquilo si viniese y le contase usted la historia. Esta noche se ha hecho aquí una mala faena. No debía usted haber venido.

Quedaron en silencio, vigilando el camino, esperando la llegada del juez.

—¿Quién habrá matado al posadero? —dijo Richards—. Podía enfrentarse con muchos hombres y resistirlos. Hay muchos que pueden haber tomado parte en esto. Si alguna vez un hombre ha sido odiado, este hombre era él.

—Tenemos al buhonero —dijo Mary lentamente—. Había olvidado al buhonero. Ha debido de ser él, escapándose de la habitación en que estaba encerrado.

Se aferró a esta idea para escapar de otra; y se repetía a sí misma la historia, ansiosamente ahora, de cómo el buhonero había ido a la posada la noche antes. Parecía que el crimen estaba probado y que no podía haber otra explicación.

—No irá muy lejos antes de que el juez le eche mano —dijo el lacayo—; puede usted estar segura de ello. Nadie se puede esconder en los marjales, a no ser uno del país, y yo no he oído hablar antes de ahora de Harry el buhonero. Pero, por otra parte,

los hombres de Joss Merlyn venían de todos los rincones de Cornualles. Eran, como si dijéramos, la escoria del país.

Hizo una pansa, y después dijo:

—Si usted quiere, puedo ir a la posada y ver por mi mismo si ha dejado algún rastro. Puede que haya algo...

Mary le cogió un brazo.

—No me quedaré sola otra vez —dijo vivamente—. Piense, si quiere, que soy cobarde, pero no puedo resistirlo. Si hubiera estado dentro de la «Posada de Jamaica», lo comprendería. Hay en la casa una extraña tranquilidad que parece no importarle nada al pobre cuerpo muerto que está allí tendido.

—Recuerdo la casa cuando estaba vacía, antes de venir su tío —dijo el criado—; cuando traíamos los perros para coger ratas por pura diversión. Entonces no pensábamos nada; nos parecía un cascarón vacío, sin alma. Pero el juez la conservaba en buenas condiciones mientras esperaba un arrendatario. Yo soy de Saint Neot, y nunca vine aquí hasta que entré al servicio del juez; pero me han contado que en otros tiempos había alegría y buena compañía en la «Posada de Jamaica», y en la casa vivía gente afable y feliz, y siempre había una cama preparada para cualquier viajero que pasara por el camino. Las diligencias paraban entonces aquí, lo que no hacen ahora nunca, y los podencos se reunían una vez por semana, cuando el señor Bassat era niño. Puede que vuelvan aquellos tiempos otra vez.

Mary movió la cabeza.

—Yo solo he visto el lado malo —dijo—. Solo he visto ahí sufrimiento, crueldad y dolor. Cuando mi tío vino a la «Posada de Jamaica» debió de cubrir con su sombra todas las cosas buenas, y estas murieron.

Sus voces no eran más que un murmullo y miraban por encima de sus hombros, sin darse cuenta de ello a las altas chimeneas que se recortaban claramente sobre el cielo, altas y grises bajo la luna. Los dos pensaban en la misma cosa, pero ninguno tenía valor para decirlo el primero; el lacayo, por delicadeza y tacto; Mary, únicamente por miedo. Al fin, habló ella con voz ronca y queda.

—Algo le ha ocurrido también a mi tía; lo sé. Sé que está muerta. Por eso tenía miedo de subir la escalera. Está allí tendida en la oscuridad sobre el rellano. Quienquiera que haya matado a mi tío, la mató a ella también.

El lacayo se aclaró la garganta.

—Debe de haberse ido por el marjal. Puede que se haya marchado para buscar ayuda en el camino.

—No —murmuró Mary—; ella nunca habría hecho eso. Estaría con él, en el vestíbulo, acurrucada a su lado. Ella está muerta. Sé que está muerta. Si yo no me hubiera marchado, nunca hubiese ocurrido esto.

El hombre permanecía silencioso. No podía hacer nada para ayudarla. Después de todo, era una desconocida, y lo que había pasado bajo el techo de la posada mientras vivió en ella no era cosa que le incumbiese a él. La responsabilidad de esta noche

pesaba ya bastante sobre sus hombros y deseaba que llegase su amo. Comprendió que los gritos y la lucha tenían algún significado; pero si realmente se había cometido el crimen, así como ella decía, y el posadero estaba allí muerto, como su esposa, entonces no hacían nada aquí, como fugitivos acurrucados en la cuneta, sino que sería mejor marcharse camino abajo, donde pudieran encontrar alguna casa habitada.

—Vine aquí por orden de mi señora —dijo torpemente—; pero ella dijo que el juez estaría aquí... Puesto que no está aquí...

Mary levantó una mano como en señal de aviso.

—Escuche —dijo vivamente—. ¿Oye algo?

Aguzaron los oídos hacia el Norte. Era inconfundible el débil sonido de los cascos de los caballos que llegaba de más allá del valle, sobre la cima de la colina más próxima.

—¡Ellos son! —dijo Richards con excitación—. Es el juez; al fin viene. Vigile ahora; los veremos bajar por el camino hacia el valle.

Esperaron, y un minuto después el primer jinete apareció como una mancha negra sobre el duro y blanco camino, seguido por dos más. Iban en fila, uno detrás del otro, y después se unieron marchando a galope.

El caballo que aguardaba pacientemente al lado de la cuneta levantó las orejas y volvió la cabeza con curiosidad. El ruido del galope se acercaba, y Richards, aliviado, corrió al centro del camino para recibirlos, gritando y agitando las manos.

El jefe desvió su caballo dando un grito de sorpresa al lacayo.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —gritó, pues era el mismo juez, y levantó la mano para prevenir a los que le seguían.

—¡El posadero está muerto, asesinado! —gritó el lacayo—. Tengo a su sobrina ahí en el coche. La misma señora Bassat me envió aquí. Es mejor que esta joven le cuente por sí misma la historia.

Sujetó el caballo mientras su amo desmontaba contestando lo mejor que pudo a las rápidas preguntas que le hacían el juez y la pequeña partida de hombres que se agrupaban a su alrededor ansiosos de noticias; algunos de ellos desmontaron también y golpeaban el suelo con los pies, soplándose al mismo tiempo las manos para calentárselas.

—Sí, el individuo ha sido asesinado como dices, ¡vive Dios!, que le ha estado bien empleado —dijo el señor Bassat—; pero hubiera preferido ponerle los grilletes yo mismo. No se debe censurar a un muerto. Vayan todos ustedes al patio mientras yo trato de sacar algo en limpio de la muchacha.

Richards, relevado de su responsabilidad, fue rodeado al momento y tratado como un héroe, que no solamente había descubierto el asesinato, sino que había cogido al autor sin arma alguna, hasta que, de mala gana, confesó que su parte en la aventura había sido pequeña. El juez, cuyo cerebro funcionaba con lentitud, no se daba cuenta de lo que Mary estaba haciendo en el coche, y la consideró como prisionera de su lacayo.

Oyó asombrado como había caminado las largas millas que la separaban de North Hill, con la esperanza de encontrarle, y que, no contenta con eso, había vuelto otra vez a la «Posada de Jamaica».

—Esto sí que no lo puedo comprender —dijo ásperamente—; yo creía que usted conspiraba también con su tío contra la ley: ¿Por qué me mintió entonces cuando vine en los primeros días del mes? Me dijo usted que no sabía nada.

—Mentí por mi tía —dijo Mary con cansancio—. Lo que dije entonces fue solo por ella; además, yo no sabía mucho tampoco, estoy dispuesta a explicarlo todo ante un tribunal, si es necesario; pero sí trato de decírselo a usted ahora no lo comprendería.

—Ni tengo tiempo para escucharla —replicó el juez—. Ha sido usted muy valiente yendo a Altarnun para avisarme, y lo recordaré en su favor; pero todo esto podría haberse evitado, así como el terrible crimen de Nochebuena, si usted hubiera sido franca antes. Sin embargo, dejaremos eso para después. Mi lacayo dice que ha encontrado a su tío asesinado, pero que no sabe más del crimen. Si fuera usted un hombre, tendría que venir conmigo ahora a la posada, pero la dispenso de esto. Veo que ha soportado bastante.

Luego, alzó la voz y dirigiéndose hacia el criado dijo:

—Lleva el coche al patio y quédate con esta joven mientras nosotros entramos en la posada.

Después, volviéndose hacia Mary, continuó:

—Tengo que pedirle que se quede en el patio, si su valor se lo permite; es la única entre todos nosotros que sabe algo del asunto, y además fue la última que vio a su tío vivo.

Mary asintió con la cabeza. Ella no era ahora más que un instrumento pasivo de la justicia, y debía hacer lo que se le mandaba. Por lo menos, le había evitado el volver de nuevo a la vacía posada y tener que ver el cuerpo de su tío. El patio, que había estado envuelto en sombras cuando ella vino, era ahora teatro de gran actividad. Los caballos golpeaban los guijarros del suelo; se escuchaban las sacudidas de bocados y bridas; se oían las pisadas y las voces de los hombres, dominados por las roncadas palabras de mando del juez.

Los condujo hacia la parte de atrás, bajo la dirección de Mary, y la silenciosa casa perdió al momento su aspecto misterioso. La ventana de la taberna fue abierta de par en par, así como las de la sala; algunos de los hombres subieron las escaleras y registraron las habitaciones para huéspedes, pues las ventanas de estas también se desatracaron y fueron abiertas. Solamente la pesada puerta de entrada permaneció cerrada. Mary sabía que el cuerpo del posadero estaba tendido a través del umbral.

Alguien llamó ásperamente desde la casa, y fue contestado por un murmullo de voces y una pregunta por parte del juez. Los sonidos llegaban claramente al patio a través de la abierta ventana de la sala. Richards miró a Mary y vio, por la palidez de su rostro, que esta lo había oído.

Un hombre que estaba con los caballos, y que no había entrado con los otros en la posada, gritó al lacayo:

—¿Has oído lo que dicen? —dijo excitado—. Hay otro cuerpo allí arriba, en el rellano de la escalera.

Richards no dijo nada. Mary apretó el abrigo aún más sobre sus hombros y se echó la capucha sobre el rostro. Esperaron en silencio. Un momento después el juez salió al patio y se dirigió hacia el coche.

—Lo siento —dijo—. Tengo que darle malas noticias. Quizá usted las espera.

—Sí —dijo Mary.

—No creo que haya sufrido. Ha debido morir al momento. Estaba tendida dentro del dormitorio que hay al final del corredor. Apuñalada lo mismo que su tío. No ha podido darse cuenta de nada. Créame, lo siento mucho. Hubiese deseado evitarle esto.

Permanecía a su lado, embarazado y apesadumbrado, repitiendo una y otra vez que ella no debió de sufrir, que no lo supo, que murió instantáneamente, y después viendo que Mary estaría mejor sola, y que él no podía ayudarla, volvió a cruzar el patio hacia la posada.

Mary permaneció inmóvil, envuelta en el abrigo, y rezaba a su modo para que tía Patience la perdonase y encontrara ahora la paz, dondequiera que estuviese, y que se viera libre de las pesadas cadenas de la vida. Pedía también que tía Patience comprendiera lo que ella había tratado de hacer; y, sobre todo, que su madre estuviera allí, que no estuviese sola. Estos eran los únicos pensamientos que le daban un poco de consuelo, y sabía que si repasaba en su mente toda la historia de las últimas horas llegaría a una sola acusación: si ella no hubiese abandonado la «Posada de Jamaica», tía Patience no habría muerto.

Una vez más, un murmullo de excitación vino de la casa, y esta vez hubo gritos y ruidos de carreras, y varias voces se elevaron al mismo tiempo. Richards corrió hacia la ventana abierta de la sala, olvidándose de Mary en la emoción del momento, y echó las piernas sobre el repecho. Hubo un crujido de maderas rotas, y los postigos de la habitación cerrada, en la que aparentemente nadie había entrado hasta entonces, fueron arrancados. Los hombres echaron abajo la barricada de madera y alguno llevó una antorcha para alumbrar la habitación.

Mary podía ver como danzaba la llama movida por la corriente de aire.

Después, la luz desapareció, las voces se apagaron; oyó el ruido de pisadas que corrían hacia la parte posterior de la casa, y luego, doblando la esquina del patio, aparecieron seis o siete hombres, conducidos por el juez, llevando entre ellos algo que chillaba y se removía luchando por libertarse, dando roncós y azorados gritos.

—¡Le han cogido! ¡Es el asesino! —gritó Richards, llamando a Mary, y ella se volvió, echando a un lado la capucha que le cubría el rostro, y miró al grupo de hombres que se dirigía hacia el coche. El prisionero la miró parpadeando al darle la luz en los ojos; sus ropas estaban cubiertas de telarañas, y su rostro negro con la

barba crecida: era Harry el buhonero.

—¿Quién es? —gritaban—. ¿Le conoce usted?

El juez se acercó al coche y les ordenó que llevasen al hombre más cerca, de modo que ella le pudiera ver bien.

—¿Qué sabe usted de este individuo? —dijo a Mary—. Le hemos encontrado en la habitación cerrada, tendido sobre algunos sacos, y niega todo conocimiento del crimen.

—Es uno de la banda —dijo Mary lentamente—. Vino a la posada la última noche, y se peleó con mi tío. Mi tío pudo más que él, y le encerró en la habitación, amenazándole de muerte. Tenía suficientes motivos para matar a mi tía, y nadie sino él ha podido hacerlo. Miente en lo que dice.

—Pero la puerta estaba cerrada con llave, y ha sido preciso que tres de nosotros la echáramos abajo desde fuera —dijo el juez—. Este individuo no ha abandonado la habitación. Mire sus ropas; mire sus ojos, deslumbrados por la luz. No es el asesino.

El buhonero miró a unos y a otros furtivamente, observando a sus guardianes; sus pequeños y astutos ojos lanzaban miradas a derecha e izquierda, y Mary se dio cuenta en seguida de que lo que había dicho el juez no era más que la verdad. Harry el buhonero no podía haber cometido el crimen. Había estado en la habitación, cerrada desde que el posadero lo metió allí hacía más de veinticuatro horas. Había estado allí, en las tinieblas, esperando que le libertara, y durante las largas horas alguien había venido a la «Posada de Jamaica» y se había marchado, una vez realizado su trabajo, en el silencio de la noche.

—Sea el que fuere el criminal, este pícaro, habiendo estado encerrado en la habitación, no sabe nada —continuó el juez—, y no nos sirve como testigo por lo que veo, ya que no ha visto ni oído cosa alguna. Pero lo meteremos en la cárcel y le colgaremos, si lo merece, que me parece que sí. Pero primero tiene que prestar declaración y darnos los nombres de sus compañeros. Uno de ellos ha matado al posadero por venganza, puede estar segura de ello, y encontraremos su pista si lanzamos en su persecución a todos los sabuesos de Cornualles. Alguno de ustedes que lleve a este individuo al establo y se quede con él allí; el resto, que venga a la posada conmigo.

Arrastraron al buhonero, quien comprendió que se había descubierto algún crimen y que las sospechas posiblemente recaerían sobre él, recobró la palabra y comenzó a hacer protestas de inocencia, suplicando clemencia y jurando por la Santísima Trinidad, hasta que alguien le hizo callar y le amenazó con colgarle en aquel mismo momento bajo la puerta del establo. Esto le hizo callar, pero siguió mascullando blasfemias entre dientes, volviendo una y otra vez sus ojos de rata hacia Mary, que estaba sentada en el coche, unas yardas más allá.

Ella esperaba allí, con la barbilla entre las manos y la capucha echada hacia atrás, y no oyó sus blasfemias ni vio la furtiva mirada de sus estrechos ojos, porque recordaba otros ojos que la habían mirado aquella mañana y otra voz que le había

hablado, calmosa y fría, diciendo de su hermano: «Por esto morirá».

Recordaba también la frase lanzada despreocupadamente en el camino hacia la feria de Launceston: «Todavía no he matado a nadie», y después a la gitana de la plaza del mercado: «Hay sangre en su mano; algún día matará a un hombre». Todos los pequeños detalles que hubiera olvidado se le aparecían de nuevo y clamaban contra su hermano, su aspecto de dura crueldad, su falta de ternura, su corrompida sangre de Merlyn.

Eso, antes que todo lo demás, le traicionaría. Eran iguales. De una misma raza. Había ido a la «Posada de Jamaica», como prometió, y su hermano había muerto, como lo había jurado. Ante ella apareció la verdad en todo su horror y crudeza; deseaba haberse quedado para que la hubiese matado a ella también; era un ladrón y como un ladrón había llegado en la noche y se había marchado. Sabía que podría acusársele punto por punto, con ella como testigo; alrededor de él se levantaría una barrera que no le dejaría escapar. Ella no tenía más que acercarse al juez y decirle: «Yo sé quién ha hecho esto», y ellos la escucharían, todos ellos. Se apretarían a su alrededor como una jauría impaciente por emprender la caza, y la pista les llevaría a Rushyford y a través del Trewartha Mars, al Twelve Menis Mood. Quizá ahora dormía allí, olvidando su crimen, y sin importarle nada, tendido sobre su cama, en la solitaria cabaña donde él y su hermano habían nacido. Cuando llegara la mañana se marcharía silbando a lomos de su caballo, y de esta manera saldría quizá de Cornualles para siempre un asesino, lo mismo que su padre.

En su imaginación, oía el ruido de los cascos de su caballo en el camino, a lo lejos, en la noche tranquila, marcando un compás de despedida; pero la fantasía se convertía en razonamiento, y el razonamiento en certidumbre y el ruido que oía no era un delirio de su imaginación sino las pisadas de un caballo en la carretera.

Volvió la cabeza y escuchó con los nervios tensos hasta el límite; sus manos frías y húmedas de sudor mantenían apretado el abrigo contra su cuerpo.

El sonido de los cascos del caballo se acercó más aún. Trotaba con seguridad con paso igual ni lento ni apresurado y el rítmico compás de su golpeteo sobre el camino tenía un eco en su palpitante corazón.

Ahora no estaba sola escuchando. Los hombres que custodiaban al buhonero cuchicheaban entre sí en tono quedo y miraban hacia el camino, y Richards, el lacayo, que estaba con ellos, dudó un momento, y después entró rápidamente en la posada a llamar al juez. El batir de los cascos del caballo resonaba cada vez más fuerte a medida que remontaban la colina pareciendo un reto a la noche tan tranquila y silenciosa y al llegar a la cima y rodear el muro apareció; el juez salió de la posada seguido de su criado.

—¡Alto! —gritó—. ¡En nombre del rey! Tengo que preguntarle lo que hace en el camino esta noche.

El jinete tiró de las riendas y entró en el patio. La negra capa en que iba embozado impedía identificarle; pero cuando se inclinó y descubrió su cabeza la

espesa aureola de su cabello brilló blanca bajo la luna, y la voz que habló, contestando al juez, era suave y dulce.

—El señor Bassat, de Nort Hill, ¿verdad? —dijo, inclinándose en la silla con un papel en la mano—. Tengo aquí un mensaje de Mary Yellan, de la «Posada de Jamaica», que me pide ayuda en su tribulación; pero veo, por la gente aquí reunida, que he llegado demasiado tarde; usted me recordará, de seguro; nos hemos encontrado antes. Soy el vicario de Altarnun.

Mary se hallaba en el cuarto de estar de la vicaría, sola, sentada cerca del apagado fuego de turba, cuyas cenizas contemplaba. Había dormido mucho. Ahora se encontraba descansada, pero la paz que tanto anhelaba no había llegado todavía.

Habían estado muy amables y tolerantes con ella; quizá demasiado amables, después de tanto sufrimiento. El propio señor Bassat le había dado unos golpecitos en el hombro, como lo haría con una criatura enfadada, y le había dicho, con sus bruscas pero amables maneras: «Ahora tienes que dormir y olvidar todo lo que has sufrido, y pensar que todo eso pasó ya. Te prometo que pronto hemos de encontrar al hombre que mató a tu tía, muy pronto, y el tribunal le condenará a la horca. Cuando te hayas repuesto de los golpes de estos últimos meses, dirás lo que quieres hacer y adonde quieres ir».

No tenía voluntad propia; ellos podían decidir lo más conveniente. Así, cuando Francis Davey le brindó el refugio de su hogar, lo aceptó dócilmente, sin gran entusiasmo, consciente de que sus indiferentes palabras rayaban en la ingratitud. De nuevo sintió la humillación de haber nacido mujer, al ver cómo sus debilidades eran tomadas por cosa natural y lógica.

Si hubiera sido un hombre, ahora se le habría tratado con rudeza, o, en el mejor de los casos, con indiferencia; se le habría requerido para ir a Bodmin o a Launceston para declarar; se le daría a entender que tendría que buscar su propio alojamiento; y si así lo deseaba, podría ir al fin del mundo, después de haberse hecho todas las preguntas necesarias. Y se hubiese marchado en un barco a cualquier sitio, trabajando al pie del mástil para pagar su pasaje, o vagabundearía por las carreteras, con un penique de plata en el bolsillo, pero con el corazón y el alma libres. Pero estaba aquí, con las lágrimas y gestos suaves, la habían retirado del escenario de los sucesos, como un estorbo, como lo es toda mujer y toda criatura después de una tragedia.

El vicario la trajo en su carruaje, seguido del lacayo del juez, montado a caballo. El vicario, al menos, tenía el don de saber callar. Durante el trayecto no le hizo pregunta alguna ni murmuró palabras de condolencia, que por otra parte, hubieran sido inútiles; se dirigieron rápidamente a Altarnun, llegando allí cuando el reloj de su iglesia daba la una.

Despertó al ama de llaves, que vivía en una casita cercana —la misma mujer con quien Mary habló por la tarde—, y le pidió que fuese con ellos a la vicaría para preparar una habitación para su huésped, lo que hizo inmediatamente, sin chistar ni hacer aspavientos de sorpresa, trayendo la ropa de cama de su propia casa.

Encendió el fuego en el hogar, y calentó un tosco camisón de lana mientras Mary se desnudaba; cuando la cama estuvo preparada, Mary dejó que la llevase al lecho como se lleva un niño a la cuna.

Hubiese cerrado los ojos inmediatamente a no ser por un brazo que se deslizó

pronto por sus hombros y una voz persuasiva y fresca que le decía: «Beba esto». Francis Davey estaba junto a su cama con un vaso en la mano: sus extraños ojos, blancos e inexpresivos, vueltos hacia los suyos.

—Dormirá usted ahora —dijo, y por el sabor amargo, Mary se dio cuenta de que había echado alguna droga en la bebida caliente que le había preparado, y percatándose del estado de inquietud y tortura en que se hallaba su ánimo.

Lo último que recordaba era la mano del vicario puesta sobre su frente y sus blancos e inmóviles ojos que incitaban a olvidar. Entonces se durmió, como él se lo había mandado.

Cuando despertó eran cerca de las cuatro de la tarde. Las catorce horas de sueño lograron lo que el vicario quería: paliar la pena y adormecer el dolor.

La pena tan aguda que sentía por la muerte de su tía Patience se había suavizado, así como también su intensa amargura. La razón le decía que no podía culparse a sí misma; solo había hecho aquello que su conciencia le había dictado. La justicia se había adelantado. Su lenta imaginación no había previsto la tragedia; en eso solo radicaba su falta. Le quedaba el remordimiento, y esto no podría devolverle a su tía Patience.

Tales eran sus pensamientos al levantarse. Pero cuando estuvo vestida y bajó al cuarto de estar, encontró fuego encendido y las cortinas corridas y que el vicario se había marchado a unos asuntos, le volvió esa persistente sensación de inseguridad y le pareció que toda la responsabilidad del desastre pesaba sobre sus hombros.

Continuamente tenía presente el rostro de Jem, tal y como lo vio la última vez; cansado y macilento a la falsa luz gris. Había una determinación en sus ojos y en la mueca de su boca, que ella había ignorado deliberadamente. Desde que vino por primera vez a la «Posada de Jamaica», él había sido siempre el elemento desconocido, y ella, deliberadamente, había cerrado los ojos a la verdad. Era una mujer, y no había motivo alguno, ni en el cielo ni en la tierra, para que le amase. Él la había besado, y Mary estaba ligada a él para siempre. Se sentía caída y desgraciada, debilitada en cuerpo y alma. Ella que había sido antes tan fuerte, sentía que su orgullo había desaparecido con su independencia.

Una sola palabra al vicario cuando regresara, un comunicado al juez, y tía Patience quedaría vengada. Jem moriría con una cuerda al cuello como su padre; ella regresaría a Helford, buscando los hilos de su antigua vida, que, aún hoy, yacían retorcidos y enterrados en la tierra.

Se levantó y empezó a pasear por la habitación con la idea de que estaba batallando ahora con su último problema; pero mientras lo hacía sabía que la misma acción era una mentira, un pobre truco para acallar su conciencia, y sabía también que la palabra nunca sería pronunciada.

Jem no tenía nada que temer de ella. Se marcharía con una canción en los labios, riéndose a su costa, sin acordarse de ella, ni de su hermano, ni de nadie. En tanto, ella seguiría vegetando, adusta y amargada, marcada por la mancha del silencio, y

terminaría haciendo el ridículo como una solterona huraña que había sido besada una sola vez en su vida y no podía olvidarlo.

El cinismo y el sentimentalismo eran dos extremos que había que evitar. Y mientras paseaba por la habitación su mente, tan inquieta como su cuerpo, tenía la sensación de que Francis Davey la estaba contemplando con sus fríos ojos escudriñando su alma. Ahora que él no estaba aquí, se daba cuenta de que la habitación conservaba algo de su persona, y Mary se lo imaginaba un pie en el rincón, al lado del caballete; los pinceles en la mano, mirando por la ventana; sus ojos fijos en cosas pasadas que no existían.

Había algunos lienzos de cara a la pared, cerca del caballete, y Mary, llena de curiosidad, los volvió hacia la luz.

Uno era el interior de una iglesia —la iglesia de él, suponía—, al parecer pintada en el crepúsculo de un día de verano, con la nave en sombras. Los arcos tenían un extraño resplandor verde extendiéndose hasta el techo, y esta luz tenía algo de inesperado y repentino que se clavó en su memoria después de haber dejado el cuadro en su sitio, y tuvo que volver a él y contemplarlo de nuevo.

Quizá fuera que este resplandor verde era una fiel reproducción, algo privativo de su iglesia de Altarnun; pero, aunque así fuese, arrojaba una luz sobrenatural y obsesionante sobre el cuadro, y Mary estaba segura de que si ella tuviese una casa propia no le gustaría que ese cuadro colgara de sus paredes.

No podía explicar la sensación de malestar que ello le producía; pero parecía como si algún espíritu, desconociendo la iglesia, hubiese penetrado en ella dejando un aliento extraño en la oscura nave. Conforme iba mirando los cuadros uno por uno, pudo observar que todos tenían el mismo defecto. Lo que pudo haber sido un interesante dibujo en los marjales en las cercanías del Brown Willy en un día de primavera, con las altas nubes sirviendo de fondo al torno, había sido estropeado por el color oscuro, y por el mismo contorno de las nubes, que empequeñecían el cuadro y abrumaban la vista con la misma luz verde que predominaba sobre todo.

Pensaba, por primera vez, si por ser albino y, por tanto, un fenómeno de la Naturaleza, no distinguiría bien los colores, de lo que dedujo que su vista podría ser también anormal. Esto tal vez fuese el motivo, pero aun así, le quedó esa sensación de malestar después de haberlos colocado de cara a la pared. Continuó inspeccionando la habitación, que le reveló muy poco, ya que estaba escasamente amueblada en todos los sentidos, sin adornos ni libros. Su mismo escritorio aparecía sin cartas ni papeles y como si no se usase casi nunca. Sus dedos empezaron a jugar sobre la barnizada superficie, y Mary se preguntaba si el vicario se sentaría allí cuando preparaba sus sermones, y de pronto abrió el estrecho cajón del escritorio. Estaba vacío, y avergonzándose de sí misma, iba a cerrarlo, cuando notó que había un papel con una de las esquinas vueltas y un dibujo en el dorso. Cogió el papel y miró el dibujo, que representaba el interior de una iglesia, pero esta vez con la congregación sentada en los bancos, y el vicario mismo en el púlpito. Al principio,

Mary no vio nada de particular en el dibujo; era un tema muy natural para un vicario que tuviese facilidad para la pintura; pero cuando lo miró con detenimiento, se dio cuenta de lo que representaba.

No era un dibujo, sino una caricatura, tan grotesca como horrible. La congregación aparecía con sus sombreros y chales y sus ropas domingueras, pero en vez de rostros humanos les había pintado cabezas de ovejas. Las bobas caras de animales estaban fijas en el predicador con estúpida y vaga solemnidad, sus pezuñas entrelazadas como en oración, los rasgos de cada oveja habían sido retocados con gran cuidado, como si cada una representase un alma viviente, pero todas tenían la misma expresión; la de un idiota que ni siente ni padece. El predicador, con su toga negra y cabellos formando aureola, era él mismo: Francis Davey, pero se había dado una cara de lobo, y el lobo se estaba riendo de la gente reunida ante él.

Esto era una burla y blasfemia terrible. Mary puso el papel rápidamente en su sitio; el lado en blanco hacia arriba; cerró el escritorio y se retiró, sentándose de nuevo en la silla junto al fuego. Había tropezado con un secreto, y prefería que este secreto continuase oculto.

Esto no tenía nada que ver con ella, y solo incumbía a su dibujante y a su Dios.

Cuando oyó las pisadas del vicario fuera, se levantó rápidamente y cambió la luz de manera que ella quedase en las sombras cuando él entrara, para que no pudiera ver la expresión de su rostro.

Su silla estaba de espaldas a la puerta, y Mary permaneció sentada esperándole. Tardaba tanto en llegar que, por fin, se volvió, tratando de oír sus pisadas, y entonces fue cuando le vio, en pie, detrás de su silla. Había entrado del vestíbulo sin hacer ruido. Mary se sobrecogió, y él se acercó al rayo de luz, excusándose por su súbita aparición.

Mary movió la cabeza, balbuciendo una excusa. El vicario le preguntó por su salud y cómo había dormido quitándose el abrigo mientras hablaba y permaneció en pie ante el fuego en su atuendo religioso.

—¿Ha comido usted algo hoy? —preguntó.

Y al decirle ella que no, miró su reloj, que comparó con el de su escritorio; faltaban unos minutos para las seis.

—Mary Yellan —dijo—, en una ocasión cenó usted conmigo, y ahora lo hará también; pero si a usted no le importa y está lo suficientemente descansada, esta vez preparará usted la mesa, y traerá la bandeja de la cocina. Hannah habrá dejado todo preparado, así es que no volveremos a molestarla. Por mi parte, tengo que escribir algunas cosas; esto es, si usted no tiene ningún inconveniente.

Mary le aseguró que había descansado y que nada le gustaría más que ser útil. Él asintió con la cabeza y volviéndole la espalda, dijo:

—Entonces, a las siete menos cuarto.

Con esto comprendió que estaba despedida.

Se marchó a la cocina un poco molesta por la inesperada llegada del vicario, y se

alegró de tener media hora más para estar sola, ya que, cuando él entró, su ánimo no estaba dispuesto a la conversación.

Quizá no tardarían mucho en cenar, y, una vez que hubiese terminado, es posible que él siguiera escribiendo y la dejara en paz con sus pensamientos. Se arrepentía ahora de haber abierto ese cajón. Tenía desagradablemente impresa en la memoria la caricatura, y le ocurría lo que a una criatura cuando se entera de algo que sus padres le han prohibido: que baja la cabeza, culpable y avergonzada, temiendo que su lengua la delate. Para ella hubiese sido mucho más agradable comer sola, en la cocina, y que él la hubiera tratado como una criada, en vez de como a un huésped. De todas formas, su situación allí no estaba bien definida, ya que su cortesía y sus órdenes estaban extrañamente mezcladas. Empezó a figurarse en su casa preparando la cena, envuelta en los olores familiares de su cocina, y esperó de mala gana que el reloj diera la hora. El reloj de la iglesia dio los tres cuartos, y como no tenía excusa alguna, se dirigió al cuarto de estar, con la bandeja en las manos, esperando que su rostro no delatara lo que sentía en su interior.

El vicario estaba en pie de espaldas a la lumbre, y había acercado la mesa en espera de la cena. Aunque Mary no le miró, sintió que la estaba observando, y sus movimientos eran torpes. Se dio cuenta también de que había hecho algún cambio en la habitación, y con el rabillo del ojo vio que había retirado el caballete y que los lienzos ya no estaban contra la pared. Por primera vez aparecía el escritorio en desorden, con papeles y cartas amontonados encima, y había quemado algunas cartas también, pues los pedacitos amarillos y algunos trozos negruzcos yacían entre las cenizas de turba.

Se sentaron junto a la mesa, y él le sirvió un trozo de pastel frío.

—¿Ha desaparecido la curiosidad de Mary Yellan, que no me pregunta lo que he hecho durante el día? —dijo, por fin, burlándose de ella suavemente, lo que hizo que se ruborizase, consciente de su falta.

—No es de mi incumbencia saber dónde haya estado usted —le contestó.

—En eso está usted equivocada —dijo—, y sí le atañe a usted. He estado ocupado en sus asuntos todo el santo día. Usted pidió ayuda, ¿no?

Mary estaba avergonzada, y casi no sabía lo que contestar.

—No le he dado las gracias aún por acudir tan pronto a la «Posada de Jamaica» —dijo—, ni tampoco por la cama de anoche y el sueño de hoy. Usted me juzgará desagradecida.

—Nunca dije eso. Me maravillo solamente de su paciencia. Habían dado las dos cuando la hice dormir esta mañana, y ahora son ya las siete de la tarde. Son muchas horas y los acontecimientos siguen su curso.

—Entonces, ¿no durmió usted cuando me dejó?

—Dormí hasta las ocho; después me desayuné y me marché de nuevo. Mi caballo gris estaba cojo y no pude utilizarlo. Tuve que montar en la jaca, que marchaba al paso de un caracol, para ir a la «Posada de Jamaica» y de allí a North Hill.

—¿Ha estado usted en North Hill?

—El señor Bassat me invitó a comer. Creo que éramos ocho los presentes y cada uno daba su opinión a gritos al vecino de mesa, sin que este le prestase atención. Fue una comida muy larga, y me alegré cuando, por fin, terminamos. Sin embargo, todos estábamos de acuerdo en que el asesino de su tío no permanecerá en libertad durante mucho tiempo.

—¿Sospecha el señor Bassat de alguien?

Mary hizo esta pregunta con precaución, los ojos fijos en el plato. La comida le sabía a serrín.

—El señor Bassat sospecha hasta de sí mismo. Ha interrogado a todos los habitantes en un radio de diez millas, y las personas forasteras que han frecuentado estos lugares durante la pasada noche son una legión. Se tardará una semana o dos hasta que les saquemos la verdad, pero no importa. El señor Bassat no se acobarda.

—¿Qué han hecho con... mi tía?

—Se los llevaron a los dos a North Hill esta mañana y serán enterrados allí. Todo eso está arreglado y no necesita usted preocuparse. Respecto a los demás, veremos...

—¿Y el buhonero? No le habrán dejado escapar...

—No; está seguro bajo llave, gritando maldiciones.

Mary dejó a un lado el tenedor que había llevado a su boca y no probó la comida.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo ella a la defensiva.

—Repito que a usted no le gusta el buhonero, y lo comprendo muy bien, porque en mi vida he visto una persona tan desagradable y tan repulsiva como esa. Por lo que ha dicho Richards, el lacayo del señor Bassat, entiendo que sospecha usted del buhonero como autor del asesinato, y le dije esto mismo al señor Bassat. Es una lástima para todos nosotros que la habitación cerrada demuestre su inocencia. Hubiese hecho una excelente víctima propiciatoria y evitado una gran cantidad de molestias.

El vicario hizo los honores a la cena con extraordinario apetito; Mary, en cambio, apenas había probado bocado. Por eso, cuando le preguntó si quería repetir, lo rehusó.

—¿Qué ha hecho el buhonero para incurrir en su desagrado hasta tal extremo? —preguntó, persistiendo sobre el particular.

—Me atacó una vez.

—Ya me lo supuse. Es un tipo capaz de ello; ¿por supuesto, le haría usted frente?

—Creo que le hice daño, pues no volvió a tocarme.

—No, me figuro que no. ¿Cuándo ocurrió esto?

—En Nochebuena.

—¿Cuando la dejé a usted en Five Lanes?

—Sí.

—¿Y la llevaron a usted a la costa con ellos para divertirse más?

—Por favor, señor Davey, no me haga más preguntas. Preferiría no hablar de esa noche ni ahora, ni en lo sucesivo, ni nunca jamás. Hay algunas cosas que es preferible

enterrarlas muy hondo.

—No volveré a hablar más de ello, Mary Yellan. Me culpo a mí mismo por haber permitido que continuase el viaje sola. Al mirarla a usted ahora, con sus ojos tranquilos, su piel transparente, su cabeza erguida y, sobre todo, el dibujo enérgico de su mentón, no parece que haya usted sufrido tanto. Las palabras de un vicario no tendrán mucha importancia. Ha demostrado usted tener una fortaleza extraordinaria. La admiro.

Ella le miró un instante, apartó la vista y empezó a desmenuzar un pedazo de pan que tenía en la mano.

—Cuando pienso en el buhonero —continuó el vicario, después de haberse servido un buen plato de compota de ciruelas—, me parece que el asesino no fue muy cauto al no mirar en la habitación cerrada. Puede ser que tuviese prisa, pero un minuto o dos no podría haber afectado mucho a los acontecimientos y, desde luego, hubiese terminado el asunto concienzudamente.

—¿En qué forma, señor Davey?

—Pues muy sencillamente; ajustándole las cuentas al buhonero también.

—¿Quiere usted decir que le podría haber matado igualmente?

—Eso, precisamente. El buhonero no es un adorno para el mundo mientras viva, y muerto, al menos servirá de comida a los gusanos. Esa es mi opinión. Es más, si el asesino hubiera sabido que el buhonero le había atacado a usted, habría tenido motivo suficiente para matarle por segunda vez.

Mary cortó un trozo de tarta, que en verdad no quedaría, y se esforzó en comerlo. Al hacer que comía aparentaba indiferencia. Pero la mano que sostenía el cuchillo temblaba, y casi no pudo comerse el trozo cortado.

—No comprendo lo que yo tenga que ver en el asunto —dijo.

—Tiene usted una opinión muy modesta de sí misma —contestó el vicario.

Continuaron comiendo en silencio. Mary, con la cabeza baja, los ojos fijos obstinadamente en el plato. El instinto le decía que estaba jugando con ella como un pescador de caña juega con el pez en el anzuelo. Por fin, no pudo esperar más tiempo, y le soltó la pregunta.

—¿Conque el señor Bassat y usted han hecho pocos progresos y el criminal sigue suelto?

—¡Oh! Pero no crea que hemos ido tan despacio. Algo se ha adelantado. El buhonero, por ejemplo, en vano intento de salvar la piel, se ha convertido en acusador, pero no nos ha servido de mucha ayuda. Nos ha hecho un crudo relato de lo que sucedió en la costa en Nochebuena (en lo que, según él, no tomó parte) y también ha contado algo de lo que ocurrió en los meses anteriores. Entre otras cosas, nos enteramos de los carros que llegaban por la noche a la «Posada de Jamaica», y nos fueron dados los nombres de sus compañeros, o sea de los que él conocía. Parece ser que la banda era más importante de lo que se había supuesto en un principio.

Mary permaneció en silencio otra vez y rehusó con un movimiento de cabeza la

compota que le ofrecía.

—Es más —continuó el vicario—, tuvo la osadía de insinuar que el dueño de la «Posada de Jamaica» era el jefe nominal de la banda y que su tío de usted recibía las órdenes de otra persona por encima de él. Eso, como es natural, da un nuevo giro al asunto. Los caballeros allí presentes se acaloraron y se turbaron un poco. ¿Qué tiene usted que decir de la teoría del buhonero?

—Es posible, naturalmente.

—Creo que en una ocasión me insinuó usted lo mismo.

—Puede ser, pero no me acuerdo.

—Si esto es verdad, es de suponer que el jefe desconocido y el asesino son la misma cosa. ¿No lo cree usted?

—Sí, supongo que sí.

—En tal caso, esto facilita considerablemente el asunto. Podemos descartar a toda la gentuza de la banda y buscar a una persona con inteligencia y personalidad. ¿Vio usted alguna vez en la «Posada de Jamaica» a alguna persona de este estilo?

—No, nunca.

—Debió de ir y venir, con gran cautela, posiblemente en el silencio de la noche, cuando usted y su tía estaban durmiendo. No llegaría por la carretera, ya que usted hubiese oído el ruido de los cascos del caballo. Pero existe la posibilidad de que viniese a pie, ¿no es verdad?

—Sí, como usted dice, hay esa posibilidad.

—En cuyo caso, el hombre tiene que conocer los marjales, o, por lo menos, tener un conocimiento local de ellos. Uno de los señores sugirió que viviría en las cercanías, o sea a una distancia que pudiese hacer el recorrido andando o a caballo. Y esa es la causa por la que el señor Bassat tiene la intención de interrogar a todos los habitantes en un radio de acción de diez millas, como expliqué a usted al principio de la cena. Como verá, el cerco se está estrechando alrededor del asesino, y si se descuida mucho será atrapado. Todos estamos convencidos de ello. ¿Ha terminado usted ya? Veo que ha comido muy poco.

—No tengo gana.

—Lo siento. Hannah pensará que no nos gustó su pastel frío. ¿Le dijo a usted que había visto hoy a un amigo suyo?

—No, no me dijo nada. Además, más amigos que usted...

—Gracias, Mary Yellan. Es un cumplido muy bonito y lo atesoraré debidamente. Pero le advierto que no es estrictamente sincera. Tiene otro amigo, usted misma me lo dijo.

—No sé a quién se refiere usted, señor Davey.

—¡Vamos! ¿No la llevó el hermano del posadero a la feria de Launceston?

Mary entrelazó las manos fuertemente por debajo de la mesa, hundiéndose las uñas en la carne.

—¿El hermano del posadero? —repitió para ganar tiempo—. No le he visto desde

entonces. Le creía fuera de aquí.

—No, ha estado en el distrito desde Navidad. Me lo dijo él mismo. Parece ser que llegó a sus oídos que yo le había dado a usted protección, y vino a mí para que le diese a usted un mensaje: «Dígale cuánto lo siento». Eso es todo. Me figuro que se refería a su tía.

—¿Eso es todo lo que dijo?

—Creo que hubiera dicho algo más, pero el señor Bassat nos interrumpió.

—¿El señor Bassat? Entonces, ¿el señor Bassat estaba allí cuando él le habló a usted?

—Naturalmente. En la habitación había otros varios señores. Fue un poco antes de marcharme de Nort Hill esta tarde, cuando la sesión se había dejado para otro día.

—¿Por qué estaba Jess Merlyn en la sesión?

—Tenía derecho a ello, supongo, como hermano del difunto. No parecía estar muy apenado por la pérdida, pero quizá sea que no se llevasen bien.

—¿Le interrogó el señor Bassat y los otros señores que estaban reunidos?

—Hablaron bastante entre ellos durante todo el día. Parece que el joven Merlyn es inteligente. Sus respuestas eran de lo más astuto. Debe de tener mucha más inteligencia que su hermano. Me acuerdo de que usted me dijo que vivía en una forma algo precaria, que robaba caballos, creo.

Mary asintió. Sus dedos hicieron un dibujo sobre el mantel.

—Por lo visto, hacía eso cuando no tenía nada mejor que hacer —dijo el vicario—; pero cuando encontró la oportunidad de usar su inteligencia, la aprovechó, y no se lo censuro. Supongo que le pagarían bien.

La voz suave del vicario le crispaba los nervios aguijoneándola con cada palabra; comprendió que la había vencido y que no podía mantener por más tiempo su pretendida indiferencia. Levantó la cabeza y le miró, los ojos llenos de ansiedad, y extendió las manos en señal de súplica.

—¿Qué le harán, señor Davey? ¿Qué le harán?

Los pálidos e inexpresivos ojos la devolvieron la mirada, y por primera vez vio en ellos una sombra y una señal de sorpresa.

—¿Hacerle? —dijo francamente sorprendido—. ¿Por qué le han de hacer algo? Supongo que habrá hecho las paces con el señor Bassat y no tiene nada más que temer. No es posible que le echen en cara faltas pasadas después del servicio que les ha hecho.

—No le comprendo. ¿Qué servicio les ha hecho?

—Su cerebro trabaja lentamente esta noche, Mary Yellan, y parece como si yo hablara en metáfora. ¿No sabía usted que fue Jem Merlyn quien denunció a su hermano?

Mary le miró estúpidamente. Su cerebro se había atontado y paralizado. Repitió las palabras después de él como una criatura que aprende una lección.

—¿Jem Merlyn denunció a su hermano?

El vicario alejó de sí el plato y empezó a colocar las cosas en la bandeja.

—Ciertamente —dijo—, eso es lo que el señor Bassat me dio a entender. Parece ser que fue el juez mismo quien se encontró con su amigo en Launceston en Nochebuena, y se lo llevó a North Hill como un experimento. «Usted me ha robado mi caballo —dijo—, y es usted tan sinvergüenza como su hermano. Tengo poder para meterlo mañana en la cárcel y no volverá a poner los ojos sobre un caballo durante doce años o más. Pero le dejo en libertad si me trae usted una prueba de que su hermano, el de la “Posada de Jamaica”, es la persona que yo creo». Su joven amigo pidió que le diesen tiempo, y cuando el plazo hubo vencido se negó. «No —dijo—: si lo quiere tendrá que atraparlo usted mismo. No quiero nada con la ley». Pero el juez le puso debajo de las narices un edicto. «Mira, Jem, y dime lo que piensas de esto. En Nochebuena ocurrió el naufragio más sangriento que ha tenido lugar desde que el *Lady of Gloucester* encalló el invierno pasado por Padstow. ¿Cambiarás de opinión ahora?». Respecto al resto de la historia, no pude oír lo que el juez decía, según pude deducir, su amigo se fugó durante la noche, si bien volvió ayer por la mañana, cuando todos pensaban que ya no le verían, y dirigiéndose al juez cuando salía este de la iglesia, le dijo con toda la frescura del mundo: «Muy bien, señor Bassat, tendrá usted la prueba». Y por eso le decía hace un momento que Jem Merlyn tenía más inteligencia que su hermano.

El vicario había quitado la mesa y colocado las cosas en un rincón; pero permaneció con las piernas estiradas delante de la lumbre, sentado en la estrecha silla de respaldo alto. Mary no prestó atención a sus movimientos. Permaneció con la mirada fija en el vacío, y su mente, confundida por la narración del vicario, la culpabilidad que tan terrible y dolorosamente había atribuido al nombre que amaba, se desplomaba ahora como un castillo de naipes.

—Señor Davey —dijo lentamente—, creo que soy la imbécil más grande que ha salido de Cornualles.

—Creo que lo es, Mary Yellan —dijo el vicario.

La seguridad de su tono, tan cortante, en contraste con la suave voz que ella conocía, fue una reprimenda que aceptó con humildad.

—Ocurra lo que ocurra —continuó—, ahora podré mirar al futuro con valentía y sin tener que avergonzarme.

—Me alegro de ello —dijo el vicario.

Apartó el cabello de su rostro y sonrió por primera vez desde que la conocía. La ansiedad y el terror se habían alejado de ella por fin.

—¿Qué más dijo o hizo Jem Merlyn? —preguntó.

El vicario consultó su reloj y lo puso en su sitio con un suspiro.

—Ojalá tuviese tiempo para contárselo —dijo—, pero ya son cerca de las ocho. Las horas pasan demasiado aprisa para nosotros dos. Creo que ya hemos hablado bastante de Jem Merlyn por ahora.

—Dígame una cosa: ¿estaba en North Hill cuando usted se vino?

—Estaba. Por cierto que fue su última observación la que me hizo volver a casa rápidamente.

—¿Qué le dijo?

—No se dirigió a mí, sino que comunicó su intención de ir esta noche a Warleggan para hablar, con el herrero.

—Señor Davey, ahora se está burlando de mí.

—De veras que no. Warleggan está a una larga jornada de North Hill, pero supongo que encontrará el camino en la oscuridad.

—¿Y qué tiene que ver con usted que visite al herrero?

—Le enseñaré el clavo que encontré entre el brezo en la explanada, por debajo de la «Posada de Jamaica». El clavo proviene de la herradura de un caballo; el trabajo era una chapuza, naturalmente. El clavo era nuevo, y Jem Merlyn, como ladrón de caballos, conoce la forma de trabajar de cada herrero en los marjales. «Mire —dijo al juez—, lo encontré esta mañana en la explanada detrás de la posada; ya han discutido bastante y no me necesitan más. Con su permiso, voy a Warleggan para arrojarle a Tom Jory esto a la cara, por su chapucería».

—Bueno, ¿y qué? —dijo Mary.

—Ayer fue domingo, ¿no es cierto? Y el domingo ningún herrero trabaja, a no ser que tenga un gran respeto por su cliente. Un solo viajero pasó ayer por la herrería de Tom Jory y le suplicó que pusiera un clavo nuevo a su caballo cojo, y la hora era, me figuro, alrededor de las siete de la noche. Después de lo cual, el viajero continuó su viaje por el camino de la «Posada de Jamaica».

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó Mary.

—Porque el viajero era el vicario de Altarnun —contestó.

Reinaba el silencio en la habitación. Aunque la lumbre ardía como siempre, había algo frío en el aire que no había notado antes. El uno esperaba que el otro hablara, y Mary oyó a Francis Davey tragar saliva. Por fin, le miró a la cara, y vio lo que esperaba: los pálidos e inmutables ojos fijos en ella a través de la mesa, no más fríos ya, sino ardiendo en la máscara blanca de su rostro como cosas vivas al fin. Ya conocía lo que él quería que supiese, pero siguió callada; se aferró a la ignorancia como a un escudo protector, consciente de que el tiempo era el único aliado a su favor.

Sus ojos la obligaron a hablar, y continuó calentándose las manos al fuego, tratando de sonreír.

—Parece que le gusta ser misterioso esta noche, señor Davey.

No le contestó en seguida, y ella oyó que tragaba de nuevo; entonces se inclinó hacia delante en su silla, cambiando repentinamente el tema.

—Hoy perdió usted su confianza en mí antes que llegara —dijo—. Fue al escritorio y encontró el dibujo. La turbó. No, no la vi a usted. No tengo la costumbre de mirar por el ojo de la cerradura; pero vi que no estaba en su sitio. Se preguntó a sí misma como lo ha hecho antes: «¿Qué clase de hombre es este vicario de Altarnun?», y cuando oyó mis pasos fuera, se acurrucó en su silla al lado de la lumbre antes de mirarme a la cara. No huya de mí, Mary Yellan; el disimulo entre nosotros está ya de más y podemos ser sinceros el uno con el otro; usted y yo.

Mary se volvió hacia él, y después apartó su mirada; había un mensaje en sus ojos que le daba miedo ver.

—Siento mucho haber curioseado en su escritorio —dijo—. Fue una acción imperdonable, y no me explico todavía por qué lo hice. Respecto al dibujo, soy muy ignorante, y no sé si está bien o está mal.

—No me importa si está bien o mal; lo principal es que la asustó, ¿verdad?

—Sí, señor Davey.

Nuevamente se dijo a sí misma: «Este hombre es un fenómeno de la Naturaleza y su mundo no es el mío».

—Tenía usted razón en eso, Mary Yellan. Vivo en el pasado, cuando los hombres no eran tan humildes como lo son hoy. ¡Oh!, pero no los héroes de sus cuentos, con jubón y calzas y zapatos de punta estrecha, esos nunca fueron mis amigos, sino allá en los tiempos remotos, al principio del mundo, cuando los ríos y los mares estaban unidos y los dioses antiguos andaban por la tierra.

Se levantó de la silla y se puso delante del fuego; una figura negra, delgada, con cabellos y ojos blancos, y su voz era suave ahora, como ella la había conocido.

—Si usted fuera un estudiante, me comprendería —dijo—, pero es usted una mujer que vive en el siglo XIX, y por eso mi lenguaje le es extraño. Sí, soy un

fenómeno de la Naturaleza y del tiempo. No pertenezco aquí y nací con un resentimiento contra la edad y un rencor contra la Humanidad. Es muy difícil hallar la paz en el siglo XIX. El silencio ha desaparecido hasta de los montes. Sin embargo, podremos hablar de esto más tarde, cuando estemos libres del tumulto y del acaloramiento de la persecución. Ante nosotros se extiende una eternidad. Una cosa tenemos a nuestro favor: carecemos de bártulos y equipajes y podremos viajar ligeros, como hacían antiguamente.

Mary le miró, agarrándose convulsivamente a los lados de la silla.

—No le entiendo, señor Davey.

—Sí, me comprende usted perfectamente. Ya sabe que maté al dueño de la «Posada de Jamaica» y a su mujer también, y tampoco viviría el buhonero de haber sabido que estaba allí. Mientras le he estado hablando ahora ha reconstruido usted la historia a su manera en su mente. Sabe usted que era yo quien dirigía todas las acciones de su tío y que él era solamente el jefe nominal. Por la noche me he sentado aquí con él frente a mí, ocupando la silla que usted tiene ahora, con el mapa de Cornualles extendido entre los dos. A Joss Merlyn, el terror de la campiña, dando vueltas nerviosamente al sombrero entre las manos, y saludándome respetuosamente cuando le hablaba. Parecía un niño en el juego, impotente sin mis órdenes. Un pobre fanfarrón y bravucón que casi no sabía dónde tenía la mano derecha. Su vanidad era como un vínculo entre los dos; cuánto más celebridad tenía entre sus compañeros, más contento estaba. Tuvimos éxito y me sirvió bien; no había hombre alguno que conociese el secreto de nuestra asociación. Mary Yellan, usted fue la piedra contra la cual chocaron nuestros pies. Con sus grandes e inquisitivos ojos y su gallarda cabeza, siempre alerta, se vino entre nosotros, y me di cuenta de que el final había llegado. De todos modos, hemos jugado la partida hasta el límite y ha llegado la hora de terminar. ¡Cómo me importunó usted con su valor y con su conciencia, y cómo la admiré a usted por ello! Claro que tuvo usted que oírme en la vacía habitación de la posada y tuvo que bajar a la cocina y ver la cuerda colgando de la viga; ese fue su primer desafío. Y después se deslizó a los marjales, siguiendo a su tío, quien tenía una cita conmigo en Roughtor, y, perdiéndole de vista en la oscuridad, tropieza conmigo y me hace su confidente. Bien, pero me convertí en amigo y le di buenos consejos, ¿no es verdad? Los cuales, créame, ni el mismo juez podría habérselos dado mejor. Su tío no sabía nada de nuestra extraña alianza; no lo hubiese comprendido. Él mismo se buscó la muerte a causa de su desobediencia. Yo conocía algo de las intenciones de usted y sabía que le traicionaría en la primera ocasión. Por tanto, no debería darle esa oportunidad, y, con el tiempo, sus sospechas se hubieran acallado. Pero su tío se emborracha hasta el paroxismo de la locura en Nochebuena, y haciendo disparates, como un salvaje imbecil, inflama en ira a la comarca entera. Sabía que se traicionaba a sí mismo y que con una cuerda alrededor del cuello jugaría su última carta y me denunciaría como jefe. Por lo tanto, tenía que morir. Mary Yellan, y su tía de usted, que era su sombra; y si usted hubiese estado en la «Posada de Jamaica»

anoche, cuando yo pasé por allí, usted también... No, usted no hubiera muerto.

Se inclinó hacia ella, y cogiéndole las dos manos, la obligó a levantarse para que estuviese a nivel con él, mirándole a los ojos.

—No —repitió—, no hubiese muerto. Hubiese venido conmigo, como lo hará esta noche.

Mary le devolvió la mirada, observando sus ojos. No le dijeron nada —eran tan claros y fríos como de costumbre—, pero la forma que le tenía asidas las manos era firme y no parecía tener intención de soltarlas.

—Está usted equivocado —dijo ella—; me hubiese matado, como lo hará ahora. No me voy con usted, señor Davey.

—¿La muerte antes que la deshonra? —dijo el vicario sonriendo con su sonrisa peculiar—. No le doy a usted esa alternativa. Ha aprendido a conocer el mundo en libros anticuados, Mary, donde el Malo tiene un rabo asomando por debajo de su capa y va despidiendo fuego por las narices. Ha demostrado usted ser un adversario peligroso, y la prefiero a mi lado. Es usted joven y tiene cierta gracia que no me gustaría destrozar. Además, con el tiempo reanudaremos los hilos de nuestra primera amistad, que se han roto esta noche.

—Tiene usted razón al tratarme como a una niña y como a una imbécil, señor Davey —dijo Mary—. He sido ambas cosas desde que tropecé con su caballo aquella noche de noviembre. La amistad que hayamos compartido solo ha sido una burla y un deshonor, y me aconsejó usted con la sangre de un inocente aún fresca en sus manos. Mi tío, por lo menos, era sincero; borracho o sobrio, lanzaba sus crímenes a los cuatro vientos, y para terror suyo, soñaba con ellos por la noche. Pero usted, usted usa las vestiduras de un pastor de Dios para protegerse contra las sospechas; usted se esconde tras la cruz. Y todavía me habla de amistad...

—Su repugnancia y su disgusto me agradan aún más —respondió—. Hay en usted algo de la fiereza propia de las mujeres de antaño. Su compañerismo no es cosa de dejarlo a un lado. Vamos, omitiremos la religión en nuestra polémica. Pobre Mary, con sus pies fuertemente arraigados en el siglo XIX y su asombrado rostro de niña mirando a mi alma de fauno, a mí, que me reconozco un fenómeno de la Naturaleza y una vergüenza para su pequeño mundo. ¿Está usted lista? Su capa está colgada en el vestíbulo y yo la estoy esperando.

Mary se retiró hacia la pared con los ojos fijos en el reloj; pero él la tenía sujeta aún por las muñecas y se las oprimió más fuertemente.

—Escúcheme —dijo suavemente—: la casa está vacía, lo sabe usted, y la triste vulgaridad de los gritos sería inútil, no la oiría nadie. La buena Hannah está en su casita, al otro lado de la iglesia. Tengo más fuerza de la que usted supone. Un pobre hurón hablando da la sensación de ser débil y despista a uno, ¿verdad?; pero su tío conocía mi fuerza. No quiero hacerle daño, Mary Yellan, o estropear esa belleza que posee usted para hacerla callar; pero lo tendré que hacer si me contraría. Vamos, ¿dónde está ese espíritu de aventura que ha hecho tan suyo? ¿Dónde están su valor y

su intrepidez?

Vio por la hora que se había extralimitado en el tiempo de que disponía. Disimulaba bien su impaciencia, pero se le notaba en el parpadeo de los ojos y en lo apretado de sus labios. Eran las ocho y media y Jem habría hablado ya con el herrero de Warleggan. Entre ellos había doce millas, pero no más. Y Jem no era tan idiota como ella. Rápidamente calculó las probabilidades del fracaso y del éxito. Si se marchaba ahora con Francis Davey sería un impedimento y un retardo en su marcha; eso era inevitable, y él debía haberlo tenido en cuenta. Le seguirían muy de cerca, y la presencia de ella le delataría al fin. Si rehusaba marcharse con él, le clavaría sobre sí la carga de una persona herida.

La había llamado intrépida, y le había dicho que poseía espíritu aventurero. Bien; vería hasta qué punto la llevaba su valor, y pagaría con la vida lo mismo que él. Si estaba loco —y así lo creía ella—, su locura sería la causa de su destrucción; si no lo estaba, ella seguiría siendo la piedra tope que había sido desde el principio. Su ingenio de muchacha competiría con su inteligencia. Tenía la razón de su parte, la fe en Dios, mientras que él era un aborto del infierno creado por él mismo.

Sonrió y le miró a los ojos decidida.

—Iré con usted, señor Davey —dijo—, pero seré para usted una espina en su carne y una piedra en su camino. Al fin, le pesará.

—Venga, como amiga o enemiga, me es igual —le dijo—. Será la piedra de molino atada a mi cuello, y por eso la querré mucho más. Pronto dejará a un lado esos prejuicios de la civilización que le han imbuido desde niña. La enseñaré a vivir, Mary Yellan, como los hombres y las mujeres no han vivido desde hace más de cuatro mil años.

—No seré una buena compañía para usted, señor Davey, en su camino.

—¿Camino? ¿Quién habló de caminos? Nos marremos por los marjales y las colinas y pisaremos granito y brezo, como los druidas hicieron antes que nosotros.

Le dieron ganas de reírse en sus mismas barbas, pero se dirigió hacia la puerta y la abrió para que saliera. Ella se inclinó burlonamente ante él y salió al vestíbulo. Estaba poseída del enardecedor espíritu de la aventura y no le tenía ya miedo ni a él, ni a nadie, ni a la noche. Nada le importaba ahora, porque el hombre a quien amaba estaba libre, y no tenía las manos manchadas de sangre. Podía amarle sin avergonzarse y decirlo a voces, si le parecía. Sabía lo que hizo por ella y que volvería de nuevo. Le oyó en su imaginación yendo a caballo por el camino, persiguiéndolos; oyó su reto y su grito triunfal.

Siguió a Francis Davey al establo, donde los caballos estaban ensillados, cosa que ella no había esperado.

—¿No piensa usted llevar el coche?

—¿No es usted ya suficiente impedimento? —le contestó—. No, Mary, viajaremos ligeros y desembarazados, usted puede montar; toda mujer nacida en una granja sabe montar, y yo sostendré las riendas. No le puedo prometer,

desgraciadamente, velocidad, porque la jaca ha trabajado mucho hoy y no podrá andar de prisa, y si es el caballo gris, está cojo, como usted sabe, y podrá adelantar poco. ¡Ah! ¡Si supieras, *Restless*, que esta huida es por culpa tuya...! Cuando perdiste el clavo en el brezo delataste a tu dueño. En castigo, tienes que llevar a una mujer.

La noche estaba oscura, húmeda y con viento frío. El cielo estaba cubierto con nubes bajas y la luna se hallaba oculta. No habría luz alguna en el camino y los caballos marcharían sin ser vistos. Parecía que la primera etapa iba en contra de Mary y que la noche favorecía al vicario de Altarnun. Montó, preguntándose si un grito de alarma despertaría la dormida aldea; pero al cruzar este pensamiento por su mente, sintió la mano del vicario en su pie, colocándolo en el estribo, y mirando hacia abajo, vio el brillo del acero bajo su capa; él levantó la cabeza y sonrió.

—Eso sería una tontería —dijo—. En Altarnun se acuestan temprano, y para cuando se despertaran y empezaran a restregarse los ojos, yo estaría allá en los marjales, y usted, usted yacería boca abajo con hierba húmeda por almohada y su juventud y su hermosura se habrían estropeado para siempre. Vamos; si tiene las manos y los pies fríos, la caminata se los calentará, y *Restless* la llevará bien.

Mary guardó silencio, pero tomó las riendas. Había ido demasiado lejos en esta farsa y tenía que continuar hasta el fin.

El vicario montó en la jaca baya, llevando cogidas también las riendas del caballo gris, y emprendieron su fantástico viaje, como dos peregrinos.

Cuando pasaron delante de la silenciosa iglesia, envuelta en sombras, y la dejaron atrás, el vicario se quitó el negro sombrero de teja y saludó.

—Si usted me hubiese oído predicar... —dijo suavemente—. Se sentaban en los bancos como ovejas, con las bocas abiertas y las almas dormidas. La iglesia era un techo sobre sus cabezas como cuatro paredes de piedra, y porque manos humanas la bendijeron al principio, la creían santa. No saben que bajo sus cimientos de piedra yacen los restos de sus paganos antecesores y los antiguos altares de granito donde se hacían los sacrificios mucho antes que Jesucristo muriese en la Cruz. Mary, he estado en la iglesia durante la madrugada escuchando su silencio; hay un rumor en el aire y un murmullo de inquietud que procede de las profundidades de la tierra y no tiene conocimiento de la existencia de la iglesia de Altarnun.

Sus palabras encontraron eco en la mente de Mary y la transportaron allá, al oscuro corredor de la «Posada de Jamaica». Se acordaba de cuando encontró a su tío tendido en el suelo, muerto, y también allí las paredes daban una sensación de terror y de miedo que tenían su origen en una antigua causa. Su muerte no era nada sino una repetición de lo que sucediera mucho tiempo ha, cuando la colina donde ahora se encontraba la «Posada de Jamaica» no era más que brezo y piedra.

Recordaba que se había estremecido como si la tocase una mano fría y sobrenatural; y tembló ahora, al mirar a Francis Davey, con sus cabellos y sus ojos blancos: ojos que habían escudriñado el pasado.

Llegaron al borde de los marjales y a la vereda tosca que iba hacia el vacío,

pasándolo después, y cruzando el arroyo se adentraron en el negro corazón de los marjales, donde no había veredas ni caminos, sino solo la áspera hierba y el brezo seco. Una y otra vez tropezaban los caballos en las piedras o se hundían en la tierra blanda que bordeaba las ciénagas; pero Francis Davey se guiaba por el aire, como un halcón, parándose un momento, pensando en la hierba que pisaba, torciendo después hacia un lado hasta pisar tierra firme.

Los tormos se alzaban a su alrededor y los escondían del mundo, y los caballos se perdían entre el caos de colinas. Juntos, el uno al lado del otro, buscaban el camino entre los helechos secos, dando pasos cortos e inseguros.

Las esperanzas de Mary empezaron a flaquear, y miraba por encima de su hombro las negras colinas que la empequeñecían. Las millas se extendían entre ella y Warleggan, y North Hill pertenecía ya a otro mundo. Había algo de mágico en estos viejos marjales que los hacía inaccesibles y eternos. Francis Davey conocía su secreto y los atravesaba en la oscuridad como un ciego andando en su propia casa.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó, por fin, y el vicario se volvió hacia ella sonriendo por debajo de su sombrero de teja, y señaló hacia el Norte.

—Llegará el momento en que los servidores de la ley se paseen por las costas de Cornualles —dijo—; ya le comuniqué esto durante nuestro último viaje, cuando iba usted conmigo desde Launceston. Pero ni esta noche ni mañana encontraremos este obstáculo; solo las gaviotas y los pájaros silvestres rondarán los acantilados desde Boscatle hasta Hartlan. El Atlántico ha sido mi amigo antes de ahora; quizá más salvaje y cruel de lo que yo esperaba; pero, sin embargo, amigo. Supongo, Mary Yellan, que habrá oído hablar de los barcos, aunque últimamente no quería usted nombrarlos; pues será un barco el que nos aleje de Cornualles.

—Entonces, ¿nos marchamos de Inglaterra, señor Davey?

—¿Qué otra cosa aconsejaría usted? A partir de hoy, el vicario de Altarnun tiene que separarse de la Santa Iglesia y convertirse de nuevo en un fugitivo. Mary, verá usted España y África, y gozará algo de sol; si quiere, sentirá la arena del desierto bajo sus pies. A mí me es indiferente dónde vayamos, y será usted la que elija. ¿Por qué se sonrío y mueve la cabeza?

—Me sonrío porque todo lo que usted dice es fantástico e imposible, señor Davey. Sabe tan bien como yo que huiré de su lado a la primera oportunidad, en la primera aldea; quizá me vine con usted esta noche porque, de lo contrario, me hubiera matado; pero, a la luz del día, y rodeados de seres humanos, será usted tan impotente como yo lo soy ahora.

—Como usted quiera, Mary Yellan. Estoy preparado para ello. Usted olvida, en su feliz confianza, que la costa del norte de Cornualles no tiene relación ninguna con el Sur. Usted procede de Helford, según me dijo, donde los caminos agradables siguen el curso del río, y las aldeas se tocan unas a otras, y hay casitas en el camino. Esta costa del Norte no es, ni mucho menos, tan hospitalaria, según verá. Está tan solitaria e intransitada como estos mismos marjales, no verá más rostros humanos que

el mío hasta que lleguemos al puerto que tengo en mi mente.

—Concediéndole que sea así —dijo Mary con cierta jactancia nacida de su temor —; concediéndole también que lleguemos al mar y nos encontremos en el buque que usted espera, habiendo dejado la costa atrás, ¿cree usted que llegando a cualquier país que usted quiera, África o España, yo le seguiré allí y no le denunciaré como asesino?

—Usted lo habrá olvidado para entonces, Mary Yellan.

—¿Olvidar que usted ha matado a la hermana de mi madre?

—Sí, y algo más aún. Habrá olvidado los marjales, y la «Posada de Jamaica», y el haberse interpuesto en mi camino. Olvidará las lágrimas que derramó en la carretera de Launceston y al joven que fue la causa de ellas.

—Parece que se complace usted en mentar cosas íntimas, señor Davey.

—Me alegro de haber tocado la llaga. ¡Oh! No se muerda los labios ni frunza el ceño. Puedo adivinar sus pensamientos; ya le dije antes que he escuchado confesiones y conozco las ilusiones de las mujeres mejor que usted misma, y en eso le llevo ventaja al hermano del posadero.

Sonrió de nuevo con su peculiar sonrisa, y Mary volvió la cara para no ver los ojos que la desagradaban. Cabalgaron en silencio, y después de un rato, le pareció a Mary que la oscuridad de la noche se intensificaba y el aire se hacía más denso; ya no podía ver las colinas a su alrededor. Los caballos caminaban con precaución, y de vez en cuando se paraban y resoplaban como si tuvieran miedo, inseguros de sus pisadas. La tierra era ahora blanda y traicionera, y aunque Mary no podía ver a su alrededor, se daba cuenta de que estaban rodeados de ciénagas.

Esto le hacía comprender el miedo de los caballos, y miró a su acompañante para indagar el estado de su ánimo. Estaba inclinado hacia delante en la silla, forzando la vista en la oscuridad, que a cada instante se hacía más intensa y difícil de penetrar, y vio, por la rigidez de su perfil y lo apretado de sus labios, que concentraba todo su esfuerzo en la ruta para evitar este nuevo peligro. El jinete se contagió del nerviosismo del caballo, y Mary pensó en estas mismas ciénagas tal como las había visto a la luz del día; la hierba pardusca movida por el viento y, más allá, los altos y esbeltos juncos balanceándose, susurrando apiñados y moviéndose al unísono, mientras que, debajo de ellos, el agua turbia esperaba en silencio una nueva víctima.

Ella sabía que los mismos que habitaban los marjales podían extraviarse y vacilar en sus pasos, de manera que quien en un momento anduviese confiado corría el peligro de hundirse al siguiente sin darse cuenta. Francis Davey conocía los marjales, pero él tampoco era infalible y podía perderse.

Un arroyo burbujea y canta y se le puede oír deslizarse sobre las piedras a una distancia de más de una milla; pero el agua de las ciénagas era silenciosa. El primer trapiés podía ser el último. Sus nervios tensos con la expectación, y dándose cuenta del peligro, empezó a prepararse para deslizarse del caballo en el caso de que este se tambalease de pronto y se hundiera entre las hierbas de la ciénaga. Oyó que su compañero tragaba saliva, y este pequeño hábito aumentó su temor.

Francis Davey miraba de izquierda a derecha con el sombrero en la mano para ver mejor, y la humedad brillaba ya en su cabello y se adhería a su ropa. Mary observaba la húmeda niebla elevándose de la tierra. Aspiraba el agrio olor de los juncos putrefactos, y delante de ellos se alzó una espesa bruma, como una blanca muralla que ahogaba todo rastro y sonido, impidiendo que siguiese adelante.

Francis Davey hizo alto, y ambos caballos le obedecieron inmediatamente, temblando y resoplando; el vapor de sus ijares se mezclaba con la bruma.

Esperaron un rato, ya que la niebla de los marjales puede disiparse tan rápidamente como surge, pero esta vez no se percibía ningún claro en el aire ni había señales de que fuese a disolverse. Los envolvía como una telaraña.

Francis Davey se volvió entonces hacia Mary; parecía un espectro a su lado, con las pestañas y el cabello húmedos a causa de la niebla, la blanca máscara de su rostro tan inescrutable como siempre.

—Los dioses están en contra mía —dijo—; conozco muy bien las nieblas y esta no se disolverá hasta dentro de algunas horas. Continuar ahora por entre las ciénagas sería mayor locura que volver atrás. Tendremos que esperar al amanecer.

Mary calló y volvió a tener esperanzas; pero tan pronto como estas surgieron, se acordó de que la niebla desorientaba a los que persiguen, y era un enemigo, tanto para el cazador como para el acosado.

—¿Dónde estamos? —preguntó, y mientras hablaba, él cogió las riendas de nuevo y guio a los caballos hacia la izquierda, hasta que en lugar de la hierba blanda pisaron el brezo más firme y piedrecillas sueltas, mientras que la niebla blanca los acompañaba paso a paso.

—Después de todo podrá descansar, Mary Yellan —dijo—, y tendrá una cueva para cobijarse y el granito como lecho. Puede ser que el mañana la devuelva a usted al mundo, pero esta noche dormirá en el Roughtor.

Los caballos continuaron su difícil marcha, saliendo despacio y penosamente de la niebla y remontando las negras colinas.

Un poco más tarde, Mary se encontraba sentada, reclinada en una roca cóncava, envuelta en su capa, que la hacía aparecer como un fantasma. Tenía la barbilla sobre las rodillas, que sujetaba fuertemente con sus brazos; pero, aun así, el aire crudo penetraba entre los pliegues de la capa y le rozaba la piel. La grande y mellada cima del tomo se elevaba hacia el cielo, por encima de la niebla, como una corona, y debajo de ellos las nubes pendían densas e inmóviles; una maciza muralla que desafiaba toda penetración.

El aire aquí era puro y cristalino, mientras que más abajo los seres vivientes tenían que andar a tientas tropezando en la niebla. Corría un vientecillo que susurraba entre las piedras y movía el brezo; un soplo penetrante y frío como un cuchillo, que soplaba sobre la superficie de los riscos, haciendo eco en las oquedades. Todos estos sonidos se mezclaban y parecían un pequeño clamor en el aire. Después se hacían más débiles, hasta desaparecer, y un silencio sepulcral se apoderaba de aquel lugar.

Los caballos buscaban protección en las peñas, juntas sus cabezas; pero aun ellos estaban inquietos y nerviosos, volviéndose de vez en cuando hacia su amo, sentado a unas cuantas yardas de su compañera, y de tiempo en tiempo sentía ella que la miraba pensativo, considerando las probabilidades de éxito. Ella estaba alerta, siempre al acecho de un ataque; y cuando él se movía de súbito o se volvía en su asiento de piedra, retiraba sus manos de las rodillas y esperaba con los puños cerrados.

Él le había recomendado que durmiese, pero el sueño estaba bien lejos de ella aquella noche.

Si por casualidad trataba de dominarla, lo rechazaba, intentando vencerle lo mismo que a su enemigo. Sabía que el sueño podía apoderarse de pronto de ella antes que se diera cuenta, y se despertaría más tarde, sintiendo las manos de él, frías, sobre su garganta, y su pálido rostro dominándola. Vería el cabello corto, blanco, dibujando su rostro como una aureola y los inmóviles e inexpresivos ojos resplandecer con el brillo que había visto anteriormente. Este era su reino, solo en el silencio, con los grandes y retorcidos picos de granito para protegerle y la blanca niebla a sus pies para envolverle como en un sudario.

Le oyó tragar una vez, como si fuera a hablar, y pensó cuan alejadas estaban de todo círculo de vida dos seres arrojados juntos a la eternidad, una pesadilla sin despertar, de manera que tendría que desaparecer y convertirse en la sombra de él.

Él callaba, y del silencio surgió el murmullo del viento. Aumentaba y disminuía, parecido a un lamento. Era este un viento distinto a los demás, como un sollozo, y como un grito después; un sople que no procedía de sitio alguno, que no venía de ninguna costa. Surgía de entre las piedras y de la tierra de debajo de ellas, silbaba dulcemente en las oquedades y en las grietas de las rocas, comenzaba como un suspiro y terminaba como un lamento. Sonaba en el ambiente como un coro de ultratumba.

Mary se arrebujó en su capa; se levantó la capucha hasta los oídos, para amortiguar el sonido, pero el viento arreció y despeinó sus cabellos; una bocanada de aire entró, silbando en la cueva, detrás de ella.

No había razón para este torbellino, ya que al pie del tomo la densa niebla se adhería a la tierra tan persistente como siempre, sin que hubiera ni un sople de aire para dispersarla. En la cima, el viento se agitaba como si llorase y murmuraba inquieto, sollozando por viejos recuerdos sangrientos y de desesperación. Era como una nota salvaje y perdida que hacía eco en el granito y se elevaba muy por encima de la cabeza de Mary, en la misma cima del Roughtor; parecía como si los dioses estuvieran allí con sus gigantescas cabezas elevadas hacia el cielo, e imaginaba oír el murmullo de una legión de voces y las pisadas de miles de pies, y veía que las piedras a su alrededor se convertían en seres vivos. Sus rostros eran sobrehumanos, más viejos que el tiempo, tallados y toscos como el granito; hablaban un lenguaje que ella no entendía, y sus extremidades estaban curvadas como las garras de un ave de rapiña.

Sus ojos de piedra se volvían hacia ella y miraban, atravesándola, más allá de donde se hallaba, sin hacerle caso. Se daba cuenta de que ella era como una hoja arrastrada de un lado a otro por el viento, sin objeto alguno, mientras que ellos, como monstruos de la Antigüedad, vivían y perduraban.

Se acercaban a ella, hombro por hombro, sin verla ni oírla, pero moviéndose como seres ciegos que la llevaban a la destrucción.

De pronto gritó y se levantó con todos sus nervios en tensión.

El viento había cesado y solo era como un soplo sobre sus cabellos; los bloques de granito yacían más allá, oscuros e inmóviles, como antes, y Francis Davey la observaba con la barbilla apoyada en las manos.

—Se durmió usted —le dijo.

Ella lo negó, dudando de sus mismas palabras. Su mente luchaba con el sueño que no era tal.

—Está usted cansada; sin embargo, insiste en esperar al amanecer —le dijo—. Tan solo es medianoche y quedan largas horas de espera. Deje obrar a la Naturaleza y descanse. ¿Cree usted que quiero hacerle daño?

—No creo nada, pero no puedo dormir.

—Se ha quedado usted helada acurrucada y envuelta en la capa con una piedra por almohada. Yo estoy algo mejor porque donde me encuentro no hay corriente alguna que sople por entre las grietas de las rocas. Haríamos mejor en darnos calor mutuamente.

—No, no tengo frío.

—Hago esta proposición porque conozco bien la noche —dijo él—; las horas más frías son las que preceden al amanecer. Es usted imprudente al permanecer ahí sola. Venga y apóyese en mí, espalda con espalda, y duerma, si quiere. No tengo el propósito ni el deseo de tocarla.

Ella rehusó con un movimiento de cabeza y apretó las manos debajo de la capa. No podía ver su rostro, porque estaba sentado a la sombra, de perfil, pero se daba cuenta de que sonreía en la oscuridad, burlándose de ella y de su temor. Tenía frío, como él había dicho, y su cuerpo ansiaba calor, pero no se acercaría a él para protegerse. Sus manos estaban yertas y sus pies habían perdido la sensibilidad; parecía como si ella se hubiese convertido en granito. Su mente vagaba y soñaba con él como si fuese un gigante, una figura fantástica, con cabellos y ojos blancos; como si le tocara la garganta y susurrara a su oído. Se encontró en un mundo nuevo, habitado por gentes de la clase de él, que le impedían, con los brazos extendidos, seguir adelante, y entonces despertaba de nuevo, con el viento frío sobre su rostro, que la volvía a la realidad, y nada había cambiado, ni la oscuridad, ni la niebla, ni la noche misma, y solamente habían transcurrido sesenta segundos.

A veces se veía paseando con él en España, donde le regalaba flores monstruosas de moradas corolas, mientras le sonreía, y cuando trataba de arrojarlas lejos de ella, se adherían a su falda, como tentáculos, deslizándose hasta su cuello y agarrándose a

ella con una fuerza ponzoñosa y letal.

O bien iría en un coche al lado de él, semejante a un escarabajo negro y aplastado, y las paredes se juntarían sobre los dos estrujándolos, arrancando el aliento y la vida de sus cuerpos hasta que quedaban aplastados y rotos, destruidos uno contra el otro, pasando a la eternidad como dos lajas de granito.

Se despertó de este último sueño sintiendo la mano de él sobre su boca, y esta vez no era una alucinación de su mente, sino la triste realidad. Hubiese forcejeado, pero él la tenía fuertemente agarrada, hablándole severamente al oído y ordenándole estarse quieta.

Le puso las manos a la espalda, atándolas, sin violencia ni brutalidad, sino con fría y tranquila determinación, utilizando para ello un cinturón. Las ligaduras eran seguras, pero no dolorosas, y metió uno de sus dedos por entre el cinturón para asegurarse de que no le irritarían la piel.

Ella le observaba impotente, sin dejar de mirarle a los ojos, como si con ello pudiese anticipar algún mensaje en la mente de él.

Entonces sacó un pañuelo del bolsillo de su abrigo y, doblándolo, la amordazó de manera que le era imposible hablar o gritar, viéndose obligada a permanecer allí esperando los acontecimientos. Entonces la ayudó a levantarse para que pudieran andar y la guio un poco más allá de los peñascos de granito, a la falda de la colina.

—Mary, tengo que hacer esto para bien de los dos —dijo—. Cuando emprendimos anoche esta ascensión no había contado con la niebla. Si pierdo ahora, será a causa de ella. Escuche y comprenderá por qué he hecho esto con usted y por qué su silencio nos podrá salvar todavía.

Se paró al borde de la colina, sujetándola del brazo, y señaló hacia la blanca niebla a sus pies.

—Escuche —volvió a decir—. Puede que tenga usted mejor oído que yo.

Se dio ahora cuenta de que debía de haber dormido más de lo que ella creyó, ya que la oscuridad estaba desapareciendo y había amanecido. Las nubes eran bajas y se deslizaban por el cielo mezcladas con la niebla, mientras que, hacia el Oeste, un leve fulgor anunciaba al pálido y tímido sol.

La niebla no se había disipado aún y escondía los marjales a su vista como cubiertos por una blanca sábana. Ella siguió la dirección que él indicaba, pero no veía nada sino la niebla y el brezo mojado. Entonces escuchó como él había ordenado, y allá lejos, de la niebla, les llegó un sonido mitad grito, mitad llamada, como una intimidación en el aire. Al principio era demasiado débil para poderlo distinguir; el tono era muy extraño y distinto a la voz humana, distinto a los gritos de hombres. Se iba acercando rasgando el aire, y Francis Davey se volvió hacia Mary, sus pestañas y sus ojos mojados por la niebla.

—¿Sabe usted lo que es eso? —dijo.

Ella se quedó mirándole y movió la cabeza negativamente; aunque hubiera podido hablar, no hubiese sabido qué contestarle. Nunca había oído ese sonido. Él

sonrió entonces, con una sonrisa sombría que se extendió por su rostro como una mueca.

—Lo oí una vez, pero lo había olvidado, que el juez de North Hill tenía sabuesos en sus perreras. Es una lástima para ambos, Mary, que no lo recordase.

Entonces ella comprendió, y distinguió de pronto ese distante e impaciente clamor; miró a su compañero con el terror reflejado en su rostro, y de él a los dos caballos, que esperaban tan pacientes como siempre cerca de las lajas de granito.

—Sí —dijo, dándose cuenta de la mirada de ella—, tenemos que soltarlos y hacer que se marchen por los marjales. Ya no nos pueden servir de nada; al contrario, solo servirían para atraer la jauría. ¡Pobre *Restless*, de nuevo me delatarías!

Le observó, llena de terror, soltar los caballos, y guiarlos por la pendiente de la colina. Entonces se agachó, cogió piedras y empezó a lanzarlas contra los animales una y otra vez, hasta que estos tropezando y escurriéndose en los helechos de la ladera, y sintiendo que la pedrea continuaba, se vieron obligados a reaccionar, huyendo aterrorizados por la pendiente del tomo, resoplando, arrastrando las piedras y levantando la tierra en su bajada, perdiéndose de vista en la niebla blanca a sus pies. El ladrido persistente de los sabuesos se acercaba, y Francis Davey corrió al lugar donde estaba Mary mientras se despojaba de su largo chaquetón negro, que le llegaba a las rodillas y arrojó su sombrero sobre el brezo.

—Venga —dijo—; como amiga o enemiga, compartimos el mismo peligro ahora.

Ascendieron por la colina entre las rocas y lajas de granito; él le rodeaba el cuerpo con un brazo, porque con las manos atadas le era muy difícil la marcha. Entraban y salían por las grietas de las rocas, hundidos hasta las rodillas en los helechos húmedos y el pardo brezo, subiendo cada vez más el gran pico del Roughtor. Aquí, en la misma cima, el granito tenía formas monstruosas torcidas y torturadas, que se asemejaban a un techo, y Mary yacía debajo de la gran laja de piedra sin aliento y sangrando por sus rasguños mientras él subía, buscando dónde poner el pie, en los huecos de las piedras. Se inclinó hacia ella, y aunque movió la cabeza en señal de que no podía subir más, la hizo ponerse en pie y le soltó las ligaduras de las manos y le quitó la mordaza.

—Sálvese entonces, si puede —gritó, brillándole los ojos como brasas en el pálido rostro, flotando su cabello al viento.

Ella se asió a un saliente de piedra que estaba a unos diez pies del suelo, sin aliento, rendida, mientras él continuaba su ascenso, pareciendo su figura esbelta y negra una sanguijuela adherida a la superficie llana de la roca. El ladrido de los sabuesos parecía sobrenatural e inhumano viniendo de la masa de niebla que había a sus pies, y al coro se unieron ahora voces y gritos de hombres, un tumulto de excitación que llenaba el aire de sonidos, y era más aún porque no se veían. Las nubes se deslizaban rápidamente por el cielo, y el amarillento reflejo del sol apareció de pronto por un claro de la niebla. Esta empezó a disgregarse y luego se disolvió. Ascendía de la tierra en una ondulante columna vaporosa para ser recogida por las

nubes; y la tierra, que durante tanto tiempo había cubierto, aparecía pálida y como recién nacida. Mary miró por la pendiente de la ladera y pudo distinguir pequeños puntos que eran hombres, cubiertos por el brezo hasta la rodilla, con la luz del sol brillando sobre ellos, mientras que los perros, cuyo pelaje aparecía de color pardo rojizo, en contraste con la piedra gris, corrían ladrando delante de ellos como ratas entre las rocas.

Seguían la pista muy de cerca. Había unos cincuenta hombres gritando y señalando a los bloques de piedra, y conforme se iban acercando, el clamor de los perros hacía eco en las grietas de las rocas y gemía en las cuevas.

Las nubes se disiparon, lo mismo que la niebla, y por encima de sus cabezas apareció un claro en el cielo poco mayor que la mano de un hombre mostrando el azul del firmamento.

Alguien gritó de nuevo, y un hombre que estaba arrodillado sobre el brezo, escasamente a unas cincuenta yardas de Mary, apuntó con su escopeta y disparó.

El proyectil dio contra una roca de granito sin rozarla a ella, y cuando el hombre se puso en pie vio que era Jem, y que no la había visto.

Disparó de nuevo y esta vez el proyectil silbó cerca de su oído y sintió su calor en el rostro.

Los perros se arrastraban entre los helechos y uno de ellos saltó al saliente de la roca donde ella se encontraba; su gran hocico olfateaba la piedra. Entonces Jem disparó una vez más, y al mirar Mary más allá, vio la alta y negra figura de Francis Davey dibujada como un altar, muy por encima de su cabeza. Por un momento permaneció inmóvil como una estatua, su cabello flotando al viento; después extendió los brazos, como un pájaro abre las alas para volar, dejándose caer de pronto de su pico de granito al húmedo y lacio brezo y a las piedrecillas que se desmoronaban.

Era un día crudo y brillante de enero. Los surcos y agujeros en el camino real, que tenían por lo general varias pulgadas de cieno y agua, estaban cubiertos con una delgada capa de hielo, y las señales de las ruedas blanqueaban con la escarcha.

La misma escarcha había extendido una blanca capa sobre los marjales, que se prolongaban por el horizonte, de un color pálido e indefinido, en contraste con el claro azul del firmamento. La tierra estaba quebradiza, y la hierba corta crujía bajo los pies como si fueran guijarros. En un país de veredas y setos vivos, el sol habría brillado cálidamente fingiendo una primavera; pero aquí el aire era penetrante y cortaba las mejillas, y por todas partes sobre la tierra se sentía el áspero y helado toque del invierno. Mary caminaba sola por el Twelve Men's Moor, con el aire vivo azotándole el rostro, y se preguntaba por qué el Wilmar, a su izquierda, había perdido su aire amenazador, y no era ahora más que una negra colina llena de costurones bajo el cielo. Quizá fuera su ansiedad lo que la cegaba a la belleza. Como entre los hombres y la Naturaleza, en su mente reinaba una gran confusión. La austeridad de los marjales se mezclaba extrañamente con el miedo a su tío y a la «Posada de Jamaica». Los marjales estaban desiertos y tranquilos, y las colinas desamparadas; pero su antigua malignidad se había desvanecido y podía pasear por ellas con indiferencia.

Ahora estaba en libertad para ir donde quisiera, y sus pensamientos se dirigían hacia Helford y hacia los verdes valles del Sur. Sentía en su corazón una extraña nostalgia por su hogar y por los rostros conocidos.

El ancho río corría al mar y las aguas lamían las playas. Recordaba, con dolor, todos los olores, todos los perfumes, todos los sonidos, que habían sido suyos hacía tiempo. Recordaba cómo los riachuelos se separaban del río principal, lo mismo que pequeñuelos perdidos entre los árboles y los arroyos murmuradores.

Los bosques ofrecían reposo a los cansados, y en ellos había música y fresco en el roce de las hojas en el verano, y aun en invierno daban abrigo las desnudas ramas. Ansiaba oír la alegre algarabía de los pájaros y verlos volar entre las ramas de los árboles. Anhelaba los hogareños murmullos de la granja; el cloqueo de las gallinas; el estridente clarín de un gallo; el agudo grito de los gansos. Deseaba el olor cálido del estiércol en los cobertizos y percibir el caliente aliento de las vacas en sus manos, y el pesado sonido de sus pisadas en el patio, y el rechinar de los cubos en el pozo. Deseaba reclinarsse contra un portillo y mirar por el sendero de la aldea; dar las buenas noches a un amigo que pasara, y ver el humo azul rizarse a la salida de las chimeneas. Habría voces conocidas, rudas y suaves a sus oídos, y risas en alguna ventana. Se ocuparía de los asuntos de la granja; se levantaría temprano y sacaría agua del pozo, moviéndose entre su pequeño rebaño confiada y tranquila; se entregaría por completo al trabajo; encontraría en ello alegría y un antídoto al dolor. Todas las estaciones del año serían bien recibidas, porque todas traerían promesas de

buenas cosechas y habría en su mente paz y contento. Perteneecía a la tierra, y a ella volvería, echando raíces en el mismo suelo donde la habían hecho sus antepasados. Helford la había visto nacer, y cuando muriese quería ser una parte de él.

La soledad era una cosa sin importancia que no tomaba en consideración. Un trabajador no presta atención a la soledad, sino que, una vez terminado su trabajo del día, se entrega al sueño para tomar nuevas fuerzas y continuar su tarea. Ella había trazado y decidido su línea de conducta, y el camino le parecía bueno. No se demoraría más, como lo había hecho durante la semana, desalentada e indecisa, sino que haría conocer sus proyectos a los Bassat cuando volviera para la comida del mediodía. Eran amables y tenían infinidad de sugerencias —quizá demasiadas, con sus ruegos de que se quedara con ellos, por lo menos durante el invierno—, y para que ella no se considerase una carga, le habían propuesto con amable tacto emplearla en alguna cosa de la casa, tener un cargo que desempeñar, quizá con los niños o como acompañante de la propia señora Bassat.

A todas estas conversaciones ella había prestado una sumisa atención, sin comprometerse a nada, estudiadamente cortés, y dándose continuamente las gracias por todo lo que ya habían hecho.

El juez, fanfarrón y jovial, le echaba en cara su silencio a la hora de la comida: «Vamos, Mary, las sonrisas y el agradecimiento están bien de cierto modo, pero debe usted decidirse. Es usted demasiado joven para vivir sola, y, además, es usted demasiado bonita. Aquí, en North Hill, tiene usted un hogar, ya lo sabe, y mi esposa une sus ruegos a los míos para que se quede. Tendrá mucho que hacer, mucho que hacer. Hay que cortar flores para la casa, cartas que escribir, y hay que reñir a los chicos. Le prometo que estará muy ocupada». En la biblioteca, la señora Bassat le decía lo mismo, poniendo amistosamente su mano en la rodilla de Mary. «Nos encantaría tenerla en la casa. ¿Por qué no se queda con nosotros indefinidamente? Los niños la adoran, y Henry me dijo ayer que le daría el caballo si usted se lo pedía..., y esto le aseguro que es un gran cumplido hacia usted por parte suya. Le proporcionaremos una vida amable y tranquila, sin preocupaciones ni cuidados; me hará compañía cuando el señor Bassat esté ausente. ¿Piensa usted todavía en su casa de Helford?».

Entonces, Mary sonreía y le daba las gracias otra vez, pero no podía expresar con palabras lo mucho que significaba para ella el recuerdo de Helford.

Ellos comprendían que la tensión de los pasados meses pesaba todavía sobre ella, y con su amabilidad trataban de hacérselo olvidar; pero los Bassat tenían una casa abierta a todo el mundo en North Hill, y los vecinos venían de muchas millas alrededor con un solo tópico de conversación en sus labios, como era natural. Cientos de veces tenía el señor Bassat que contar su historia, y los nombres de Altarnun y Jamaica se hicieron odiosos a los oídos de Mary, que quería verse libre de ellos para siempre.

Esta era otra de las razones de por qué quería marcharse; se había convertido en

un objeto de curiosidad y discusión, y los Bassat, con un poco de orgullo la presentaban a sus amigos como una heroína.

Se esforzaban, en su gratitud, en hacer todo que podía, pero se encontraba cohibida entre ellos. No eran de su clase. Perteneían a otra raza y a otro mundo, Sentía por ellos respeto y buena voluntad; le gustaban, pero no podía quererlos.

Con cariñosa amabilidad se esforzaban porque tomara parte en la conversación cuando había visitas y se sentara entre ellos. Ella, entre tanto, echaba de menos el silencio de su dormitorio o la cocina familiar de Richards, el lacayo, cuya esposa con sus mejillas como manzanas, le darían la bienvenida.

Y el juez, haciendo alarde de buen humor, se dirigía a ella pidiéndole siempre consejo y riendo de todo corazón cada una de sus propias palabras. «En Altarnun queda vacante la vicaría. ¿Se hará usted pastor, Mary? Le aseguro que usted lo haría mucho mejor que el último». Y ella tenía que sonreír a esto, preguntándose si el juez era tan torpe que no se daba cuenta de los amargos recuerdos que despertaban sus palabras.

—Bien, ya no habrá más contrabandos en la «Posada de Jamaica» —solía decir—, y si yo pudiera hacer mi voluntad, ni siquiera se bebería. Dejaré el lugar barrido y limpio de todas aquellas telarañas, y ni un cazador furtivo ni un gitano se atreverían a asomar las narices por allí cuando haya terminado. Pondré allí un hombre honrado que no haya olido el coñac en su vida, que llevará un delantal atado a la cintura y que pondrá las palabras «Bienvenidos» sobre la puerta. Y ¿sabe quiénes serán los primeros que vayan a visitarla? Pues usted, Mary, y yo.

Y rompía a reír a carcajadas, dándose palmadas en el muslo, mientras que Mary forzaba una sonrisa para seguirle la broma.

Pensaba en todas estas cosas a medida que caminaba sola por el Twelve Men's Moor, y comprendía que debía marcharse en seguida de North Hill, porque estas gentes no eran su gente, y porque solamente entre los bosque y los arroyos de su valle de Helford volvería a gozar de paz y contento.

Una carreta venía hacia ella desde el Kilmar, haciendo surcos en la blanca escarcha. Era la única cosa que se movía sobre la silenciosa llanura. La miraba con prevención, porque no había cabañas en este marjal, a excepción de Trewartha, allá lejos, en el valle, al lado de Withy Brook, y Trewartha sabía que estaba vacía. No había visto a su propietario desde que disparó sobre ella en Roughthor. «Es un pícaro desagradecido, como todos los de su casta —había dicho el juez—. Si no hubiera sido por mí, estaría ahora en la cárcel con una larga condena que cumplir, que quebrantaría su espíritu. Le amenacé y tuvo que doblegarse. Reconozco que, después de esto, se portó muy bien y que por él descubrimos su rastro, Mary, y el de aquel canalla vestido de negro; pero ni siquiera me dio las gracias por haber dejado su nombre limpio de sospechas en este asunto, y, a lo que parece, ha debido de marcharse al fin del mundo. Nunca ha existido un Merlyn que haya hecho nada bueno, y él seguirá el camino de todos ellos».

Trewartha estaba vacía, y los caballos se habían unido a sus salvajes hermanos que correteaban por los marjales, mientras que su dueño se había marchado con una canción en los labios, como ella sabía que era su costumbre.

La carreta se aproximaba a la falda de la colina, y Mary protegió sus ojos del sol para observar su avance. El caballo se doblaba por el esfuerzo y vio que se balanceaba bajo una extraña carga de cacerolas y sartenes, colchones y palos. Alguien se marchaba del país con la casa auestas. Ni aun entonces se dio ella cuenta de la verdad, y hasta que la carreta llegó a su lado y el conductor, que marchaba punto al vehículo, llegó hasta ella y agitó la mano, no pudo reconocerle. Ella se inclinó hacia el carromato, mostrando indiferencia, y se volvió hacia el caballo acariciándole la cabeza y hablándole mientras que Jem empujó con el pie una piedra debajo de la rueda para evitar que se deslizara.

—¿Estás mejor? —dijo desde detrás de la carreta—. Oí que estabas enferma y habías tenido que guardar cama.

—Has debido de oír mal —dijo Mary—. He estado andando por toda la casa en North Hill y paseando. No me ha ocurrido nada de particular, a no ser el odio que he tomado a mis vecinos.

—Corría el rumor de que te ibas a quedar aquí, como acompañante de la señora Bassat. Supongo que no estará muy lejos de la verdad. Bien, llevarás una vida tranquila con ellos, me atrevo a asegurarlo. Sin duda, son gente amable cuando se llega a conocerlos.

—Ellos han sido más amables que nadie para mí en Cornualles desde que mi madre murió; esto es lo único que me importa. Pero, a pesar de todo, no me voy a quedar en North Hill.

—¡Oh!, ¿no?

—No; voy a volver a Helford.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Trataré de empezar con una granja otra vez, o por lo menos trabajar para conseguirlo, porque aún no tengo el dinero. Pero tengo amigos allí, y también en Helston, que me ayudarán al principio.

—¿Con quién vas a vivir?

—No hay una sola casa en la aldea que yo no pueda llamar mi casa, si quiero. Somos muy corteses en el Sur, tú lo sabes.

—Nunca he tenido vecinos, y no puedo contradecirte; pero me ha parecido que vivir en una aldea sería como vivir en una caja. Metes las narices por la puerta del jardín de otro, y si sus patatas han sido más grandes que las tuyas, te enredas en una discusión; si guisas un conejo para cenar, lo olerá desde su cocina. ¡Vive Dios! Mary, esa no es vida para nadie.

Ella se echó a reír, porque Jem había arrugado la nariz en señal de disgusto, y después su mirada se posó sobre la cargada carreta y en la confusión que en ella reinaba.

—¿Qué vas a hacer con todo eso? —le preguntó ella.

—Odio a mi vecindad, lo mismo que tú —respondió él— y quiero huir del olor de turba y cieno y de la vista del Kilmar, que me mira con su horrible rostro ceñudo de la mañana a la noche. Es mi casa, Mary, lo que llevo ahí encima de la carreta. Me la llevo conmigo y la levantaré donde se me antoje. He sido un vagabundo desde que era niño; nunca he tenido lazos, ni raíces, ni fantasías que me hayan detenido por mucho tiempo; y me atrevo a decir que moriré siendo un vagabundo. Es la única vida en el mundo que me satisface.

—No hay paz ni tranquilidad, Jem, en andar vagabundeando. Dios sabe que la misma existencia es un viaje bastante largo, sin que se añada más a la carga. Llegará un tiempo en que desees un trozo de tierra, cuatro paredes y un techo y algún lugar donde descansen tus pobres y cansados huesos.

—El país entero me pertenece, Mary, si a eso vamos, con el cielo por techo y la tierra por cama. Tú no lo comprendes. Tú eres una mujer y tu hogar es tu reino junto con las pequeñas cosas de todos los días. Yo no he vivido nunca así ni nunca viviré. Dormiré en las colinas una noche, y en la ciudad otra. Me gusta buscar fortuna aquí y allí, y en todas partes, con desconocidos por compañía y caminantes por amigos. Hoy encuentro un hombre en el camino y hago con él una jornada de una hora o de un año, y mañana se va para siempre. Tú y yo hablamos un lenguaje diferente.

Mary continuó acariciando el caballo, sintiendo bajo su mano la carne caliente y húmeda. Jem la contemplaba con una sombra de sonrisa en los labios.

—¿Por qué camino te vas? —preguntó ella.

—Por algún sitio al este del Tamar, no importa cuál —dijo él—. Nunca más volveré al Oeste hasta que sea viejo y canoso y haya olvidado muchas cosas. Pensé dirigirme hacia el Norte, pasado Gunnislake, y marchar al interior del país. Allí son ricos y están muy adelantados; habrá fortuna para un hombre que vaya a buscarla. Quizá algún día tendré dinero en el bolsillo y compraré caballos para divertirme en vez de robarlos.

—El interior del país es feo y también negro —dijo Mary.

—No importa el color de la tierra —contestó él—. La turba del marjal también es negra, ¿no?, y también es negra la lluvia cuando baña las pocilgas de Helford. ¿Cuál es la diferencia?

—Tú hablas por hablar, Jem; no tiene sentido lo que dices.

—¿Cómo puedo hablar con sentido, cuando estás reclinada contra mi caballo, con tu indómito cabello mezclado con su crin, y sé que dentro de cinco o diez minutos estaré sobre la cima de aquella colina sin ti, en dirección al Tamar, mientras que tú te dirigirás hacia North Hill para tomar el té con el caballero Bassat?

—Aplaza tu viaje entonces y ven a North Hill también.

—No seas boba, Mary: ¿puedes imaginarme tomando el té con el juez y haciendo saltar a sus chicos sobre mis rodillas? Yo no pertenezco a su clase, ni tú tampoco.

—Ya lo sé, y yo vuelvo a Helford por eso. Tengo nostalgia, Jem; deseo aspirar de

nuevo el olor del río y andar por mi propio país.

—Entonces, vete; vuelve la espalda y comienza a caminar ahora. Cuando hayas recorrido diez millas llegarás al camino que te llevará a Bodmin, y de Bodmin a Truro, y de Truro a Helston. Una vez en Helston, encontrarás a tus amigos y formarás tu hogar con ellos, hasta que puedas tener tu granja.

—Eres muy duro y muy cruel hoy.

—Soy duro con los caballos, cuando son obstinados y se desmandan, pero no quiere decir que los quiera menos.

—Tú no has querido a nadie en tu vida —dijo Mary.

—No he tenido muchas oportunidades de usar esa palabra.

Se dirigió a la parte posterior de la carreta, y de un puntapié quitó la piedra que sujetaba la rueda.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Mary.

—Es más de mediodía y debía estar ya en camino. Me he detenido aquí demasiado —dijo él—. Si fueras un hombre, te pediría que vinieras conmigo, y tú te sentarías en el pescante, a mi lado, con las manos en los bolsillos y marcharíamos, hombro con hombro, por todo el tiempo que quisiéramos.

—Lo haría ahora mismo si me llevaras al Sur.

—Sí, pero yo me dirijo al Norte y tú no eres un hombre. Eres solo una mujer, y ya sabes lo que te costaría si vienes conmigo. Apártate del sendero, Mary, y no retuerzas las riendas. Me voy. Adiós.

Le cogió el rostro entre las manos y la besó, y ella vio que se estaba riendo.

—Cuando seas una vieja solterona, con millones, allá en Helford, te acordarás de esto —le dijo—, y no lo olvidarás hasta el fin de tus días: «Robaba caballos —te dirás a ti misma—, y le tenían sin cuidado las mujeres; pero si no hubiera sido por mi orgullo, estaría ahora con él».

Se encaramó en la carreta, y la miró, restallando el látigo, y bostezó:

—Haré cincuenta millas antes que llegue la noche, y dormiré después como un cachorro en una tienda del camino. Encenderé un fuego y freiré tocino para cenar. ¿Pensarás en mí, sí o no?

Sin embargo, ella no escuchaba; tenía la cara vuelta hacia el Sur, dudando y retorciéndose las manos. Detrás de aquellas colinas, los desnudos marjales se convertían en prados, y los prados en valles y arroyos.

—No es orgullo —dijo ella—, tú sabes que no es orgullo; es dolor en el corazón por mi casa y por todas las cosas que he perdido.

Él no dijo nada, pero cogió las riendas y silbó al caballo.

—¡Espera! —dijo Mary—, espera y tenle quieto; dame la mano.

Jem dejó a un lado el látigo y se inclinó hacia ella, alzándola y sentándola a su lado en el pescante.

—Ahora, ¿qué? —dijo—. ¿Dónde quieres que te lleve? ¿Sabes que estás dando la espalda a Helford?

—Sí, lo sé —dijo ella.

—Si vienes conmigo, será una vida dura y salvaje algunas veces, Mary; sin residencia fija en ningún sitio y con poco descanso y comodidades. Los hombres son malos compañeros cuando están de mal humor, y Dios sabe que yo soy el peor de ellos. Sales perdiendo en el cambio, y tienes pocas esperanzas de conseguir la paz que anhelas.

—Correré el riesgo, Jem, y probaré fortuna con tu carácter.

—¿Me quieres, Mary?

—Creo que sí, Jem.

—¿Más que a Helford?

—No puedo contestarte a eso.

—Entonces, ¿por qué estás sentada aquí, a mi lado?

—Porque quiero, porque debo; porque ahora y siempre es aquí donde me corresponde estar —dijo Mary.

Él se echó a reír entonces, la tomó la mano y le dio las riendas; y ella no volvió a mirar otra vez, sino que miró adelante: hacia el Tamar.



DAPHNE DU MAURIER nació el 13 de mayo de 1907 en Londres (Inglaterra). Era descendiente de una importante familia de literatos y artistas, entre ellos su padre, el actor Gerald Du Maurier, o su abuelo, el caricaturista de la revista *Punch* George Du Maurier.

Su madre era la actriz Muriel Beaumont.

Tras educarse en Inglaterra y París, dio inicio a su faceta como escritora en 1928 abordando con talento la intriga, el romanticismo y el misterio.

En el año 1932 contrajo matrimonio con el militar Frederick Arthur Montague, con quien residió principalmente en Menabilly, Cornualles. Montague recibió el título de Sir por su servicio a la corona británica en la Segunda Guerra Mundial.

En 1969, esta escritora influenciada por las hermanas Brontë, fue nombrada Dama del Imperio Británico y veinte años después, el 19 de abril de 1989, falleció a la edad de 81 años.

Daphne alcanzó la inmortalidad literaria con la novela *Rebeca* (1938), título que fue llevado al cine por Alfred Hitchcock, al igual que otros de sus títulos, como *Los Pájaros* o *La posada de Jamaica*.